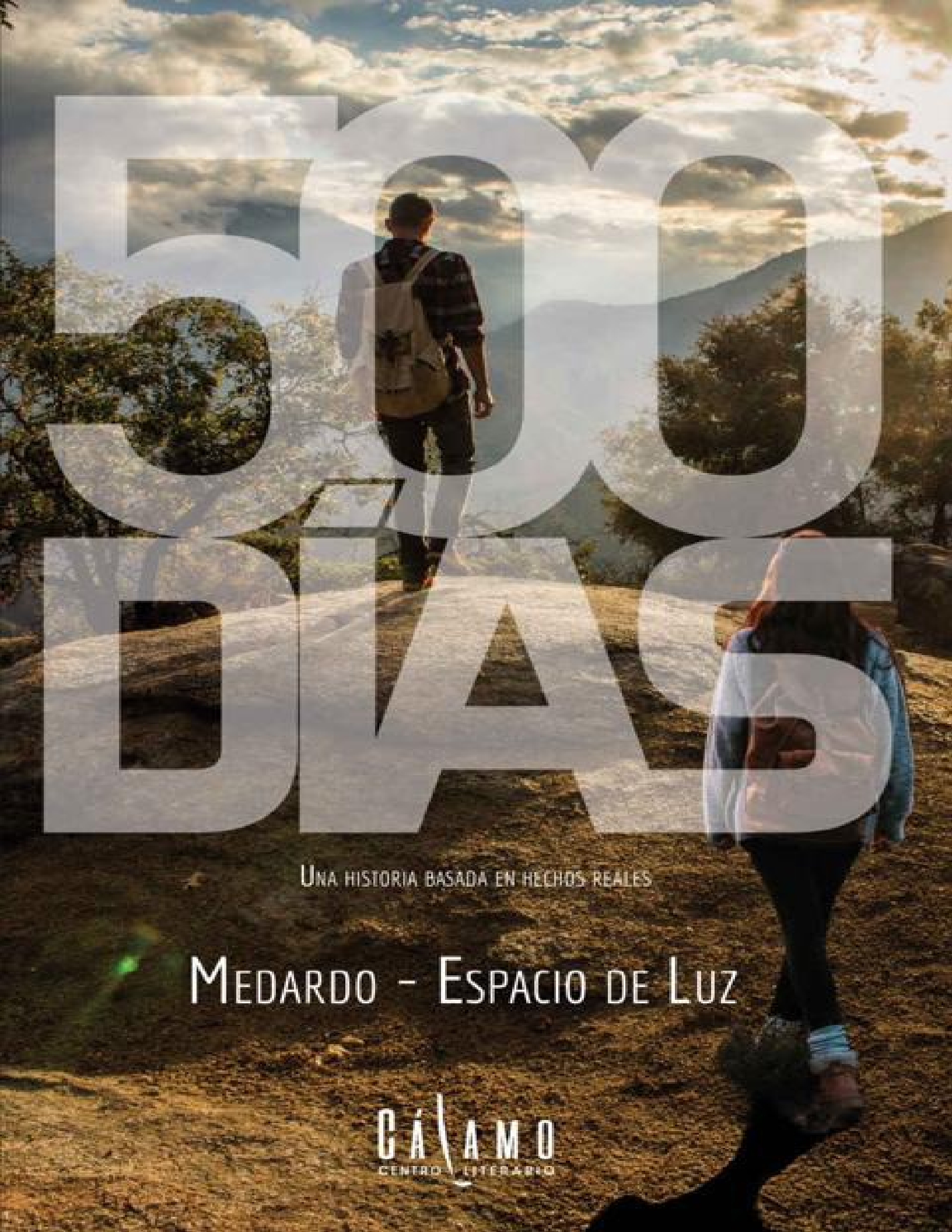


500 DÍAS



UNA HISTORIA BASADA EN HECHOS REALES

MEDARDO – ESPACIO DE LUZ

CÁLAMO
CENTRO LITERARIO

500 DÍAS

UNA HISTORIA BASADA EN HECHOS REALES

Medardo | Espacio de Luz

500 días. Una historia basada en hechos reales
© Medardo / Espacio de Luz



 calamocentroliterario  @calamo_centro_literario

Dirección: Cálamó Centro Literario, Esperanza Buenrostro
Diseño de cubierta y diagramación: Verónica Leal

Primera edición, 2024

Todos los derechos reservados. Prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita del autor.

A mi padre

PÓRTICO

Gerardo Segura

Jean-Paul Sartre, filósofo francés considerado el padre del existencialismo, sentenció que El hombre está condenado a ser libre. Por sobre la paradoja inherente de la sentencia misma, la frase abre algunas líneas de reflexión. Por una parte, aunque condenatorio niega la del determinismo. No hay nada, ni fuerza ni presencia en la vida del hombre, capaz de gobernarlo. Es el hombre el único responsable de cada una de las decisiones que tome, de las acciones emprendidas y de las consecuencias resultantes. Así, la vida se resuelve como la suma del ejercicio de la voluntad. Se prescinde de la suerte de haber nacido en un hogar emocionalmente estable, materialmente desahogado, culturalmente sólido, razones por las que el éxito llega como regalo del cielo. O fracasar si son adversas las condiciones del hogar de origen. No se trata de cómo nos recibe la vida en el lejano día del nacimiento, sino de lo que se hace con las condiciones en que nos recibió la vida, y éste es un puro ejercicio volitivo.

Una segunda reflexión es el ejercicio de la decisión. Del verbo latino *decidere*, separar cortando, supone manifestar una elección. Pero llegar a la decisión exige a) reconocer de un modo consciente y pleno las opciones existentes, y b) analizar con claridad y objetividad cada una de ellas. Para la naturaleza humana la objetividad es una condición difícil de alcanzar. Influyen los gustos, las preferencias, la cultura, el nivel de escolaridad, la condición económica, los usos y costumbres familiares, la opinión pública, y un sinfín de escenarios más. De ahí que decidir sea un ejercicio de suprema voluntad, en tanto que significa cortar. Todo corte acarrea dolor, porque cortar trae consigo la consecuencia de dejar, de perder aquello que no fue elegido.

Una tercera línea es la condena. Ser libre es innegociable. La libertad, como la respiración, la sudoración, o las excreciones, conforman y definen al hombre de manera innata. La respiración o la sudoración gravitan en el universo de la animalidad, la libertad en el universo de la conciencia. El hombre es un ser consciente, es decir, piensa, siente y actúa con conocimiento de las consecuencias.

No es libre el individuo que cree que es su automóvil y sufre gravemente el dolor de su automóvil rayoneado en el estacionamiento del centro comercial, o el que se confunde con su pareja y decide por ella. Estos individuos no son libres porque no se reconocen, por tanto no son libres porque desconocen los límites entre sí mismo y lo otro.

Reconocerse y actuar dentro de los parámetros de la conciencia, es ser libre.

Finalmente, surge la reflexión de lo presente: La libertad es acto presente. No se fue libre ni se será libre, ni siquiera se pensaría ser libre. El hombre no es potencialmente libre. El hombre es libre aquí y ahora, o no lo es.

Para la ejecución de la libertad, no del remedo de libertad que venden las tarjetas de crédito o el orgullo de vivir que promete los automóviles nuevos, es necesario satisfacer una condición: ser

consciente. Poseer en acto la capacidad de reconocer el propio ser, esto es, de establecer la diferencia entre lo que se es y lo que no se es. Solo de esta manera se accederá al análisis de las opciones que se ofrecen al hombre cada día, en el infinito transcurrir de los instantes. ¿levantarse o dormir unos minutos más?, ¿ponerse la camisa blanca o la azul?, ¿tomar el transporte o caminar?, ¿comer una manzana o beber un refresco? La inmarcesible obligación, primero de decidir, después de responder a los efectos, genera en el hombre condiciones adversas que con frecuencia lo alejan de la toma de decisiones, y por lo tanto de la libertad. Kierkegaard le llamó la angustia. Saberse dueño absoluto de la vida propia, trae consigo la más grave de las servidumbres consigo mismo. Soy mi dueño. Nada ante mí es más potente que yo. Pero saberlo acarrea una angustia superlativa, que para sobrellevarla son necesarias dos personas, parafraseando a Dumas hijo.

Medardo y Luz han escrito una obra sobre cómo sobrellevar la angustia, y cómo aprender a vivir la condena de la libertad.

¿Pueden privar de la libertad un policía, los muros de una cárcel, un sistema judicial corrupto? No, si a quien se pretende aprisionar es a un hombre consciente.

La premisa que desarrolla 500 días es que *ese de los Medardos* llegó a prisión por error. Sin embargo, ese error termina por ser una lección mayor para ambos autores. Gracias al ejercicio diario, permanente y voluntario del análisis de las condiciones adversas que rodearon a Medardo y a Luz, uno en prisión la otra fuera de ella, durante 500 días, los llevó a descubrir que, esté donde esté, ocurra lo que ocurra, el hombre es libre. “Parece contradictorio cómo se puede hablar del disfrute sin libertad —dice Medardo en la novela—. Pero la libertad no estaba atrapada entre los barrotes, sino disponible, siempre al alcance de nuestras manos, esperándonos en nuestras mentes”. Cuando se llega a esta conclusión, apenas en el primer tercio de la novela, el lector sabe que no se discute acerca de la sentencia absolutoria o condenatoria, sino de aprender a ser libre, esencialmente libre. Por sobre la purulencia omnipresente, las condiciones materiales terriblemente hostiles, la violencia endémica que flota en el ambiente, y explota por el menor de los motivos, lanzando esquirlas de consecuencias imprevisibles; por sobre la prepotencia de las autoridades, el hacinamiento, las ratas, las cucarachas, los excrementos machacados en las paredes, por sobre esto y mucho más que se consigna en esta novela testimonial, *ese de los Medardos* aprende a ser libre. Aprende y enseña el camino de la libertad, cueste lo que cueste, como bien lo anunció Cervantes “...por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida”.

Una última reflexión: el lenguaje. 500 días está escrito con un lenguaje claro, directo, en ocasiones seco, pero, sobre todo, lírico. Emerge en cada página la fragancia de saber que se es libre. Tan cierto es que el lenguaje es el primer vestido de la narración, que por él se indica el talante del portador, como cierto es que no hay lenguaje lírico-imaginativo que reporte situaciones enfermas. Así, desde el primer tercio del libro ya se adivina el final. Y este final no tiene necesariamente que ser el final feliz de las películas rosas. No importa que sobrevenga la muerte o caiga sobre Medardo la cadena perpetua, cuando su libertad es interna, pura, luminosa y eterna, como su espíritu.

Mayo, 2022

INTRODUCCIÓN

—*¡No cabe duda, la vida es una enramada de situaciones
que nos llevan hacia nosotros mismos!*
—*La mía es una, un tanto espinada.*

Los amigos somos testigos del camino, en el trayecto, nos comprometemos creando formas de ayudarnos para sortear los obstáculos. Este libro es parte de una de las tantas ideas que han surgido en nuestro andar, que esta vez trasciende el ámbito de lo privado para proyectarse hacia el corazón de los demás.

Esta historia ha sido escrita con la intención de sanar un trance que se prolongó por 500 días en la vida de Medardo. Ante mi incapacidad como terapeuta de atenderlo como paciente, debido a nuestra amistad, le pedí que redactara una crónica. A él le pareció una idea excelente, a condición de convertirlo en libro.

Medardo me envió correos electrónicos durante un año, cuatro meses y trece días consecutivos. En tanto, yo leí, completé textos, tejí la trama, modifiqué personajes — para salvaguardar la integridad y privacidad de cada uno. Además, tuve el honor de acompañarlo en esta historia manteniendo siempre abierta la línea de la comunicación entre nosotros, lo que me permitió anexar más contenido a la crónica.

La esencia de esta obra radica en el corazón de cada uno de nosotros. Unidos logramos describir este sendero un tanto espinado en el que avanzamos en la amistad. Hoy ponemos en las manos del lector esta aventura plagada de emociones, que es un testimonio del toque de Dios que nos transformó en lo que hoy somos.

Espacio de Luz
Primavera de 2019

*El soñador y el sueño siempre se encuentran
para dejarnos claro que
el soñador es más grande que lo soñado.*
Espacio de Luz

Verano del 2015

No quiero que se sepa aún, no quiero que sospechen lo que me han informado, medito mientras camino despacio, incrédulo, sorprendido. Mis pensamientos corren uno tras otro, mi cuerpo transpira como nunca. Tiemblo por dentro. Debe ser la combinación de emociones. Trato de calmarme. Entro en mi habitación, resuelvo darme un baño para quitarme el sudor, el último baño con esta agua que apesta a gasolina. Me quito la ropa. Una vez más el agua no sale por la regadera. Ni modo. A jicarazos. El grito de un mensajero irrumpe:

—¡Apúrate —urge—, te tienes que ir ya!

—Espera, agarra onda, ya voy. Búscame a éstos —le entrego una lista de compañeros.

Ellos acuden al llamado, ninguno se atreve a entrar. Me respetan, Eso me honra. Estoy enfundado en mis shorts más viejos, en una playera sin mangas y patas de gallo. Así llegué y así me voy. Tomé esa decisión mientras llegaban, quiero dejarles todo lo que tengo. De prisa, reparto mis pertenencias. En mi mente lo hice tantas veces, tenía claro qué iba a dejar a cada uno de ellos. Dios sabe que al ver sus rostros quisiera tener más para darles. Por primera vez en mi vida, quisiera quitarme hasta la piel para dejarla aquí.

I
DE CAMINANTE
A PEREGRINO

Cansado de estar cansado

Soy un hombre cuyas ideas de negocios corren por mi cabeza a mil por hora. A mis treinta y un años, he trabajado en una empresa y he renunciado; he sido distribuidor de celulares, de vinos importados, he tenido un bar y otros expendios de bebidas, soy lo que se puede decir, un comerciante de tiros o negocios que dejen dinero rápido. Ahora estoy haciendo pininos en el ramo inmobiliario; soy un tipo que todo cuanto me rodea tiene que ver con dinero que llega rápido. Me doy cuenta que vivo entre un muy buen y jugoso negocio y otro pésimo y hasta degradante. Mi peso aumentó mucho con esta forma de vida. Mi oficina está en cualquier lugar donde me pueda ver con alguien que traiga un buen tiro.

—¿Te ofrezco un té? —me interrumpió.

—No gracias —contesté.

—Pasa —indicó una segunda habitación.

Fui directo al sofá donde dejé caer todos mis kilos. No tenía idea de qué seguía, pero yo seguí en mi discurso mental.

Estoy en medio de un pésimo negocio que supuestamente era muy bueno. Esta situación me pesa como si me hubiera tragado un carnero a las cuatro de la mañana. Literalmente me tiene temblando. Le pedí a un buen amigo que me ayudara. Bueno, de hecho, es mi mejor amigo. Nos conocemos de toda la vida. Es el único que me entiende. Hace una semana nos vimos y de plano me dijo que me fregaron. Cometí el error de ponerlo de referencia en el negocio y también a él ya lo están amenazando. Quieren que me presione para que devuelva el dinero, pero de dónde, si me dejaron sin nada. Quisiera ahorcar al pinche marrano que me tronzó. No tengo cómo demandarlo, no hay nada firmado, creí en su palabra. Y de paso embarré a Justino. Siento que otra vez perdí el control de la situación. Él me mandó aquí. Confío en Justino porque es mi mejor amigo, sabe más que yo lo que necesito, yo no puedo pensar, estoy enojado, lleno de rencor.

—Voy a tomar algunos datos generales antes de conocer el motivo que te trae aquí —volvió a interrumpirme. Asentí. Fui contestando cada una de las preguntas. Al final soltó:

—¿Qué quieres solucionar?

Después del resumen de mi vida laboral con que abrimos la sesión, entré en los detalles técnicos del desfalco, de la enorme deuda que tenía y sobre todo del estrés que me generaba. Fui dejando todo ahí, y como intoxicado con mariscos no cesaba de vomitar. Mi estómago emocional se volcaba palabra tras palabra. Mi cuerpo transpiraba, la irritación iba en aumento. Una bola creciente de frustración, de fracaso, de miedo, de enojo, de dolor, de ira, de tristeza sintetizaban la primera entrevista. A la terapeuta parecía divertirle esta sinopsis de vida; y parecía divertirse en serio porque de pronto soltó una carcajada que emergió desde lo más profundo de su ser. Atónito detuve mi discurso, le clavé la mirada y me pregunté “¿Qué es lo chistoso, vieja loca”?

—Entonces tú eres de los que tiene precio —dijo aun sonriendo.

—¿Cómo?, Luz, no entiendo.

—Medardo, ¡la gente que tiene precio no tiene valor!

Enmudecí. Ella permaneció tranquila como sabino de pueblo, firme, bien enraizada a la tierra.

—Te voy a dejar este par de tareas —me dio una hoja con algunas prescripciones, me acompañó a la puerta donde me despidió con un abrazo—. Te espero la siguiente semana.

Abordé mi Audi entregado a mis pensamientos. ¿Será eso lo que me pasa? ¿Es tan simple? ¿Me muevo en la vida poniéndome precio y paso por alto mis valores? Pero ¿cuáles son mis valores? Al parecer, el dinero es mi principal y único valor. ¿Y eso de la tarea? ¿A mi edad? ¿Pues qué se piensa esta mujer? Suficiente es la presión de conseguir el dinero que debo y esta terapeuta pidiendo que camine descalzo en la tierra y abrace árboles.

—¡Está loca! —grité mientras conducía de regreso a mi mundo real. Me esperaban mi trabajo inmobiliario, al que debía meter candela para salir cuanto antes de las deudas.

Era tan intensa mi entrega a la promoción de casas y terrenos, y tan apremiante la necesidad de realizar ventas, que ansiaba la llegada de los fines de semana para reunirme con mis amigos en fiestas inolvidables, o irme a montar a caballo, o mejor aún: ver a mis amigos con los que tiempo atrás jugué fútbol en el club Palestino Libanés.

Transcurrió una semana, y a pesar de mis resquemor me obligué a volver a la terapia.

Aun refunfuñando estacioné mi coche en la antigua construcción de dos pisos donde está el consultorio. Todavía me detuve un poco en el portal blanco con ventanales de piso a techo que conforman la plata baja. Ante mí se mecían movidas por el viento helado las dos palmeras en maceta que enmarcan la puerta de cristal.

Llamé.

Abrió Luz. Bajo la incierta claridad invernal me di cuenta de que la estaba viendo por primera vez. Aunque en la primera sesión estuvimos juntos durante dos horas, no me había percatado que era alta, delgada; de edad indefinida, ánimo jovial, sonriente, y rostro que se iluminaba al hablar.

—¿Cómo eras antes de que todo esto sucediera? —preguntó Luz en la segunda sesión. Tampoco recordaba que su voz estaba permanentemente repleta de alegría y era, por momentos, hasta divertida. De alguna parte del consultorio nos llegaba una suave música ambiental. Una de las paredes estaba colmada de títulos y reconocimientos como muestra documental de que la persona frente a mí sabía lo que hacía.

—A los veintitantos yo era un figurín —dije orgulloso—. Un tipo delgado, fuerte, fisiculturista, bien parecido, reconozco que vivía obsesionado con mi forma de alimentación, lo que me llevó a ser modelo de revista para tiendas departamentales; asesoraba adolescentes que me tomaban como ideal y esto me hacía sentir importante. Me recuerdo soberbio, vanidoso, egocéntrico, conquistador, disciplinado. En pocas palabras un hombre cuyo aspecto atraía las miradas de las mujeres, lo que alimentaba mi autoestima. Pero vacío, sin vida interior. —Continué hablando mientras mi discurso se llenaba de tristeza—. De eso nada quedó, Luz. Hoy estoy más de veinte kilos arriba de mi peso, como con desesperación cuanto cosa se pone en mi camino, tengo dos grandes fracasos de pareja, estoy todo el tiempo mal encarado, enojado, resentido, amargado.

—Háblame un poco de estas dos relaciones de pareja, ¿Algún denominador común?

—Ahora que lo preguntas, puedo ver que sí. No había reparado en ello. Ambas eran foráneas. Creo que siempre busqué que fueran de otro estado de la república.

—¿Tienes alguna idea de por qué las elegiste foráneas? ¿O aún crees en la casualidad en vez de la causalidad, Medardo?

El silencio reinó en la habitación, Elevé mi vista a la cornisa del ventanal detrás de Luz. El sol mustio del atardecer se colaba por entre las persianas. Mientras duró mi silencio, Luz escribió en su bloc de notas de tareas. Luego arrancó una hoja que me entregó.

—Nos vemos la siguiente semana. Sé que encontrarás más respuestas.

Memorias de Luz

Iban a dar las cuatro cuarenta y Medardo estaba diez minutos tarde. Preparé café y con la última gota de la percoladora sonó el timbre. Abrí la puerta y mientras la sostenía entró un ventarrón.

—¡Sí, ya me di cuenta! —renegó mientras caminaba hacia su sofá habitual. Solía sentarse siempre en el mismo, aun cuando hay tres más. Me limité a observarlo mientras bebía un sorbo de mi café del atardecer.

Medardo es un tipo alto, corpulento, de facciones árabes, cabello castaño oscuro, ojos cafés grandes y expresivos, narigón, mentón afilado, tez clara, de abundante vello facial. Desde que inició en terapia bajó de peso, lucía más alineado, erguido, ya no encogía los hombros al hablar. Se fue la silueta de aquel inmenso oso grizzli que llegó el primer día. Se esfumaron las inmensas camisas de corte cuadrado que llevaba por fuera y los holgados jeans con los que ensayaba disfrazar los kilos de más; se rasuraba diariamente. Ahora sostenía la mirada, segura y empoderada. ¡Estaba encantada de ser testigo de su transformación!

—¿De qué te has dado cuenta, Medardo? —retomé sus palabras.

—De por qué elijo mujeres foráneas para entablar una relación.

—Interesantes palabras —di otro sorbo a mi café—. Pareces muy conmovido con tu descubrimiento. —La emoción no le permitía hablar. En silencio respiraba hondo. Poco a poco fue desdoblado su nuevo hallazgo.

—Me di cuenta de que he vivido siempre con la atención puesta en el exterior, esperando que lo bueno de la vida venga de afuera. Yo creo que lo mejor de la vida está lejos de mí, busco fuera una relación o un negocio. Quiero que la vida me devuelva lo que me pertenece. ¡Siempre he hecho lo mismo! ¡Busco que la vida me dé! ¡Y vivo enojado porque no lo consigo!

—Medardo, pareces muy conmovido con tu descubrimiento, pero aún no logro entender. ¿Cuál es el factor común de las dos relaciones? —le dije tratando de que se escuchara a sí mismo.

—Toda la vida he buscado que el amor venga desde el exterior. Mis dos novias eran foráneas, ¡tenían que ser foráneas!, ya que cerca de mí, no puede existir el amor. ¡Tiene que venir de lejos! —sin pausa siguió como ventarrón—. Pasa lo mismo con los negocios: están allá afuera, yo solo soy un intermediario que me gano algo comercializando lo que ya existe. Nunca he generado nada por mí mismo. Siempre he pensado que si era bueno iba a obtener un premio, y la vida, Luz, la vida, no es así. ¡He vivido de forma equivocada! He sido un tipo mal encarado por mis creencias erróneas.

—Entonces, ¿buscabas ser amado como un niño? ¿Te diste en adopción en vez de establecer un noviazgo? —Su semblante se tornó al rojo vivo. ¡En su interior se desató una furia de búfalo bramante! Era evidente que lo alteraba compararlo con un infante—. Claro está, a los pequeños hay que colmarlos de amor, ellos no tienen la capacidad psíquica de darlo, aún no maduran. Cuando una criatura dice: “Te quiero mucho”, en realidad está diciendo “Quiéreme mucho”. —Era evidente que mi paciente estaba muy enojado, la furia le salía por el rostro enrojecido, transpiraba coraje. Parecía preguntarse ¿Cómo es posible que una mujer lo equipare con un niño a sus treinta y un años?—. La primera etapa de vida es una tarea de llenado, para que cuando llegue a la adolescencia y despierten sus hormonas, sea capaz de dar amor a la par que se es capaz de generar vida biológica. Es por esto que te pregunto si tú te relacionaste buscando el amor como un niño.

—Yo venía tan emocionado con mi descubrimiento, y ahora resulta que soy un niño.

—Qué te parece si me explicas qué significa para ti ser un adulto, Medardo.

No podía articular palabra. Estaba en completo berrinche. Pero, ¿qué le estaba pasando?, ¿qué le estaba enojando tanto?, ¿era acaso que no toleraba que una mujer lo llamara niño? ¿Por qué se mostraba tan molesto? No atinaba a desentrañar su lenguaje no verbal.

—Un adulto es alguien maduro —lo dijo con un dejo de intolerancia a la situación.

—Y ¿Qué sientes al decir esto?

—Pues yo creo que...

—Te pregunté que sientes, no qué piensas. —Se molestó aún más. La sesión se tornaba rojo óxido, pero me interesaba llevarlo al límite, necesitaba ver en acción a su niño interior herido. Ya no pudo disimular, estalló cual roseta de maíz al calor del fuego. Se arrancó en primera reforzada, como buen coche deportivo subiendo una pendiente. Y ahí estaba yo, acompañándolo, siendo testigo de la forma cómo sus emociones se apoderaban de él cuando “alguien allá afuera”, no reconocía sus aciertos. Manoteaba molesto diciendo sabrá Dios cuánta tontería, trataba de salirse con la suya. Quería asustar, o por qué no decirlo, manipular para que la vida girara como él quería. Permití que terminara su escena, mientras permanecía tranquila. A continuación, pedí que narrara lo que acababa de suceder, observándose a sí mismo desde el exterior. Accedió desconcertado. Narró lo mejor posible, como defendiendo su punto, luego la conversación dio un giro, tomó consciencia, se cuestionó.

—¿Cómo es posible que me vuelva a pasar esto? —se preguntó más que preguntarme—. La sesión terminó.

Van a pensar que estoy loco

Resignado a ser pobre un buen rato empecé a hacer cosas que no requerían dinero, como las que me recetó Luz:

- 1.- Caminar descalzo en la naturaleza.
- 2.- Abrazar árboles.
- 3.- Visualizar bajo el chorro de la regadera, cómo el agua se lleva el enojo que hay en mí.
- 4.- Respirar inflando el abdomen al inhalar y pegar el abdomen a la espalda al exhalar.

Con la excusa de padecer una vieja lesión en la rodilla, desde hacía años había abandonado el ejercicio. A pesar del evidente sobrepeso mi cuerpo obedecía a mi mente: “Estás lastimado, por eso no puedes hacer ejercicio”.

En la medida en que las consultas continuaban fui sintiendo cómo me desahogaba, cómo se hacía espacio en mí y entraba la luz de la creatividad a mi mente. Encontré soluciones, me armé de valor, solicité un crédito en la inmobiliaria donde empecé a trabajar para obtener el dinero que debía. Y desde entonces trabajé como un bendito para pagar. Mi terapia continuó, pedí crédito a la terapeuta, pagadero a un mejor mañana. El pinche marrano fraudulento, al que quería ahorcar, de tanto hablar del tema, se convirtió en una caricatura minúscula. Mi prioridad de cada día era concentrarme en mí.

Con cada sesión abría más mi entendimiento, veía la forma en que llevaba mi vida, que ahora narro como un espectador. Yo antes de la terapia vivía corriendo, sin reflexionar, condenado a repetir mis modos de entender la vida. Era un tipo que circulaba transitando los mismos caminos errados. Por ejemplo, y este es el mejor que puedo dar: los negocios. Estuve abajo, luego arriba y de nuevo bajaba en caída libre hacia un precipicio del que desconocía la profundidad, y del que sólo sabía que volvería a emerger. Los buenos momentos me ayudaban a soportar los malos, como a la mayoría de los mortales. Yo era uno más del montón.

Luz sabía que me encontraba en el límite del caos, y decía: “Es el mejor momento para cambiar. Quiero que te conviertas en tu mejor psicólogo, que seas independiente; este espacio es el lugar para quienes están cansados de estar cansados, de haber sido como hasta ahora han sido, para quien está al tope”.

Una tarde me decidí. Calcé tenis y sin un peso en el bolsillo para pagarme un gym, me lancé al parque más cercano. Qué bien me sentía, el aire expandía mis pulmones de una manera que creía olvidada; , renovando la energía física que algún día tuve y desperdicié en aras del dinero fácil, por pura ligereza. En cada tarde de trote transpiraba como si al final todo el sudor retenido por años encontrara la válvula de escape y saliera, mejor dicho, abandonara mi cuerpo llevándose las toxinas almacenadas en mi organismo.

Empecé a correr a diario y, al principio, cuando nadie me veía, finteaba un calambre, me descalzaba y caminaba sobre el césped. En aquellas primeras semanas tenía tanto miedo de hacer el ridículo, de ser juzgado como loco si llegaba directo a desnudarme los pies como Luz me lo pidió. Esa fue mi forma de cumplir con la tarea. Descubrí que me avergonzaba lo que la gente diría o pensara de mí.

El asunto de la regadera se me facilitó, ahí nadie me veía. Bajo el chorro del agua me conectaba con el pensamiento que Luz sembraba en mí. “Visualiza cómo el agua se lleva y

limpia tu enojo”. También al principio lo hacía nada más para darle el beneficio de la duda. Lo de inhalar y exhalar al revés, o lo que yo consideraba al revés en aquel tiempo, fue cuestión de disciplina. “Cada vez que te acuerdes, lo haces. Por ejemplo, cuando el semáforo esté en rojo es un buen momento para practicar”, y así lo hacía.

—¿Cómo te fue con la tarea?

—Pues, casi toda —dije orgulloso. Lo que de plano no pude, te voy a ser sincero, es eso de abrazar árboles. Siento vergüenza. Creo que la gente va a pensar que estoy loco.

—¿Pensaste en la posibilidad de recargarte en alguno que te gustara?

—No, ni por error se me ocurrió. Pero parece una buena idea —dije, y recuerdo que sonreí.

Ese día Luz mencionó la práctica del yoga de los hindús a través de la respiración, lo mismo que los indios de América del norte y los indígenas de nuestro México, y cómo en la actualidad continúan utilizando estas formas para sanar a su gente. Me comentó cómo a través de los elementos tierra, agua, aire y fuego sus tribus han vuelto a armonizarse. Me pareció muy interesante lo que dijo y entonces sí, le encontré sentido a la tarea.

Después de esta sesión me sentí más animado, valiente para llevar a la práctica lo que me encargaba. Ya no sería el único loco, si algo me quedaba claro es que un conjunto de seres haciendo los mismos rituales, se convierten en normalidad. ¿Por qué no reproducir las técnicas ancestrales de sanación de los indígenas?

Cada sesión iba acompañada de trabajo a casa o tarea. Luz decía: “Lo que aquí avanzamos no es nada comparado con lo que vas a aprender en tu casa. A mí no me creas nada, tú ve y comprueba a través de tu experiencia lo que yo aquí te digo”.

Claro que yo hacía todas las tareas y me transformé en el ser que estaba oculto dentro de mí.

Otras tareas se relacionaban muy poco con lo que yo consideraba la psicoterapia pura. Después me di cuenta que el divorcio entre actividades y terapia era aparente. Por ejemplo, Luz me daba libros para que los leyera completos, y a mí me parecía imposible terminarlos. Pero todo era empezar para darme cuenta de que Luz sabía con exactitud qué necesitaba leer en el momento justo en el que vivía. ¿Cómo podía ella haber leído tantos libros?, ¿cómo podía saber cuál encajaba conmigo? Qué digo saber, ¡Acordarse de todos ellos! Otras tareas era ver alguna película o documental de un personaje atravesando una situación muy similar a la mía; escuchar ciertas canciones o poemas. En fin, cada vez le tomaba más gusto a la tarea; cada vez me sentía motivado por descubrir qué seguía para mí.

Re-conexión

*Si la montaña no viene a mí,
yo voy a la montaña*

Amanecía. Inicié el ascenso por una brecha hacia la punta de la Sierra Madre Oriental. Corría la cuarta semana de mis sesiones con Luz. Para ese entonces había recuperado un poco de condición física trotando en el parque, y había bajado seis kilos. Observé la pendiente pronunciada frente a mí, sabía que podía ascender, sin embargo, había un problema: era demasiado temprano para enojarme “Enójate al subir y observa ¿qué le pasa a los árboles con tu enojo?”, así que mejor reflexioné en lo vivido en la terapia. A medida que analizaba qué me

molestaba tanto, identifiqué que cuando eso sucedía, lo hacía desde mis entrañas, desde las tripas, como decimos acá en el norte: explotaba.

¿Qué me enojaba?, ¿la manipulación?, ¿la injusticia?, ¿la traición?, ¿el abuso? Al parecer eran muchas situaciones. ¿Cómo esta maldita montaña me lo iba a quitar? Por qué Justino, mi amigo del alma me envió con esta psicóloga, que era más bruja que terapeuta. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué le hago caso a esta mujer? Mi cabeza se llenaba de ideas, de preguntas sin respuesta, y así era cómo el enojo se apoderaba de mí, me faltaba el aire, batallaba para subir. ¿Era mi propio coraje o la incomodidad la causaba algo externo? Por instinto me volví a los lados, observé los árboles a mi alrededor: ¡la vegetación era más densa, por eso me faltaba el oxígeno! Comprobé mi teoría: el mundo exterior tenía la culpa. No podía respirar, me estaba ahogando, no me llegaba el aire.

Tomé una decisión espontánea, casi obligado a punta de árbol y no de pistola: “¡O me calmo o me asfixio!” Respiré agitado. No podía subir ¡Si seguía me estallaría el corazón! Mareado, casi desmayado, frené en seco. Me recargué en un árbol. Inflé el abdomen para inhalar y lo exprimí pegándolo a la espalda al exhalar. Comprobé que poco a poco me tranquilizaba. Pasaba el momento crítico.

Decidí seguir con pasos lentos, con cuidado, consciente de mi forma de respirar. Llegué a la cima, asustado por el mareo. Me tendí en una banca, descansé y dormité un poco. Treinta minutos después inicié el descenso. La lección quedó tatuada. Aunque aún no la asimilara, experimenté nuevas formas de enfrentar el enojo, y me asusté con las consecuencias: ¡casi perdí el conocimiento! ¿Y los árboles? ¡Méndigos! ¡Si no fuera por ellos, hubiera podido respirar! Mi estómago estaba a punto de estallar. Ahí a mitad de la sierra, en medio de mi enojo, de mi miedo, caí en cuenta que aún no había trabajado los corajes en terapia, que son los que tienen en pésimo estado a mi digestión. ¡Mi estómago está hecho garras!

Esa fue la mejor tarea. Aunque seguía caminando descalzo, y me bañaba dejando ir el enojo, aún no abrazaba a los árboles, pero ya subí la montaña y me di cuenta que los árboles no se inmutaban con mi enojo.

Llegué a casa exhausto, me quité el horripilante atuendo: viejos tenis desgastados inapropiados para caminar en la montaña, shorts tan grandes que parecían tienda de campaña, y una camiseta desteñida. Me sentía extraño dentro de este cuerpo.

Era tan pobre, no tenía recursos ni para comprar ropa deportiva adecuada, y aun así continuaba subiendo la montaña cada tercer día. Cada vez lo hacía mejor. La señora montaña me iba dando lecciones diferentes en cada visita. Comprendí que ella marcaba el paso a llevar, mientras yo cuidaba mantener mi ritmo respiratorio, aunque tuviera que caminar lento.

Para mi sorpresa, un día con toda naturalidad me abracé a un árbol. Me estremecí al contacto con la superficie rugosa, húmeda. Era como abrazar a un ser humano ancestral, a alguien que está en la tierra con los pies bien asentados, con una paz sin dudas, confiado en su raigambre. Entonces desde el fondo de mi ser apareció como catarata que me inundaba, una apacible sensación de gratitud. “¡Gracias!” exclamaron mi mente y mi corazón en el silencio trepidante de mi comunión con el árbol.

Conforme se sucedían las subidas los fui identificando, los ubicaba como logros y a la vez como marcas del camino. Cuando llegaba hasta ellos los saludaba con amor. Se había esfumado la vergüenza de abrazarlos, y con ella el sobrepeso. Estaba convencido que la señora montaña se quedó con los quince kilos que tenía de más. ¿Cómo no estar agradecido con ella? Me recibió y

me transformó. Era mágico subir con cierto estado emocional y bajar liberado, feliz, complacido de estar vivo.

Cada día me relacionaba más estrechamente con la naturaleza, me sentía un ser vivo más en ese hábitat sin juicios. Descubrí un lazo ancestral entre nosotros: reconectamos.

Alineación divina

Las mañanas de verano transcurrían entre el ejercicio y las tareas de la terapia. Me había convertido en un tipo de esos que disfrutaban el golpe del aire fresco en el rostro mientras trotan. Un día, vi a una hermosa mujer que corría en sentido contrario. La observé de frente. Su mirada era profunda, enmarcada en unas cejas tupidas y elegantes, y de nariz pronunciada. Su cabellera ondulada y rubia, nimbada por los rayos del sol, bailaba libre al viento. Su silueta espigada, garbosa, de modelo de pasarela, en extremo femenina. Me quedé boquiabierto. Fue cuestión de segundos, pero bastaron. “¿Quién será?, ¿tendrá novio?” ¡Mi corazón volvió a latir! Después de mucho tiempo. El amor estaba de nuevo presente, pero yo ya no era el mismo, había perdido seguridad, no me atrevía a abordarla, me trababa al hablar. Continué viéndola un par de veces más en el parque, pero nunca le dirigí una palabra.

*

Llevaba cuatro meses en terapia. Mis sesiones se habían espaciado. En su momento le comenté a Luz lo sucedido con la chica.

—¡Ya no me es tan fácil conquistar a una mujer! Creo que algo está pasando en mí; aquel galán que antes fui se está esfumando. Reconozco que he mejorado en muchas cosas, pero me siento inseguro en aspectos que nunca imaginé que me afectarían. He tenido la oportunidad de acercarme a buenas mujeres, excelentes prospectos, pero saco cualquier pretexto para no abordarlas.

—¿Qué te parece si empezamos con que tú te comprometas primero contigo mismo, y después buscas a alguien con quien crear una relación? —dijo Luz—. Necesitamos lograr el balance. Tomó una hoja, la dobló en cuatro y me invitó a hacer un recuento de lo que denominó “Las grandes áreas en el diario vivir”: el aspecto físico, mental, emocional-social y espiritual.

—Anotarás durante el día cuáles actividades realizas correspondientes a cada cuadrante, y vamos indagando a qué le das prioridad —puntualizó.

Así que de eso se trata la vida. ¿Será tan sencillo? Al menos Luz así lo hace parecer. Me di cuenta que he sido desordenado. Cuando trabajaba me tiraba a matar, abandonaba el ejercicio y la convivencia social. Cuando tenía pareja, dejaba todo para enfocarme sólo en ella. ¡Con razón vivía hecho un lío! ¡Claro que es importante primero revisar esto que encontrar novia!

Mi terapia se enriquecía con elementos de otras disciplinas. Nunca sabía con qué novedad iba a salir Luz en cada entrevista. Era impredecible como terapeuta. En aquella sesión, por ejemplo, Luz me habló del orden divino de las cosas. Ya sospechaba que ahí había más que psicología.

—La alineación divina de las cosas es muy sencilla, como la verdad. Quiero que siempre recuerdes esto —dijo, mientras puso sus manos sobre el corazón: lo primero es el sentir. Tu corazón te va a decir el Qué. Él sabe lo que te pasa, lo que quieres, sientes y sueñas. Él tiene

todos los qué —Después se llevó las manos a la frente—. Lo segundo es el pensar, la cabeza, Medardo. La mente te dice el Cómo. Cómo vas a lograr lo que el corazón quiere. Dale la oportunidad de crear las condiciones para conseguir tus sueños —Por último, colocó las manos en el estómago y dijo—: Este es el centro de la voluntad, la mitad del cuerpo, de aquí tomas el impulso para moverte. Aquí se alberga la fuerza del ser humano. Tus entrañas te dirán el Cuándo. Cuando llevar a cabo eso que sueñas y que tu mente estructura.

De acuerdo con el nuevo esquema de vida que Luz me estaba planteando, aún quedaban muchos cambios por realizar.

Estuve en terapia por ocho meses. Quince sesiones de trabajo con lo cual dimos por concluido el proceso terapéutico. Adquirí conocimientos, experimenté sensaciones, tuve vivencias. En resumen, obtuve aprendizajes significativos que transformaron mi ser. Aun después de concluir las consultas yo continué pagando hasta saldar la deuda.

Cada día me sentía mejor. Interiormente más estable y por fuera el figurín de antes. O casi. Hoy sé que todo lo que se presenta en el exterior es una escuela de la que se puede aprender, desarrollar nuevas cualidades y habilidades; sabía que lo externo no era el responsable de mis desgracias. Le comenté a Luz lo agradecido que estaba con el proceso terapéutico. Ella se mostró, y así me lo dijo, honrada de haberme acompañado en este camino de autodescubrimiento. Sólo una cosa quedaba pendiente: el titubeo al hablar en público. Luz me dejó algunas tareas de vocalización más para sanarlo, y lo explicaba como una de las formas en que nos sabotamos los pacientes para asirnos a la terapia y crear dependencia. Ya estás listo, me aseguró, y nos despedimos.

Rumbo a mi espacio sagrado

Desde el alma decidí seguir aprendiendo de la forma de vivir de Luz. Su ejemplo me inspiraba cuando nos topamos en la montaña. La primera ocasión la saludé y le pregunté si podía caminar con ella. Con la misma sonrisa con la que me recibió el día que llegué al consultorio, aceptó y me mostró caminos para mí desconocidos.

Fueron varios encuentros y en cada uno me transmitía enseñanzas de chamanes que nombraba con familiaridad. En una ocasión ella subía con su marido y ambos me invitaron a caminar a su lado.

Habían pasado más de dos años de que terminamos la terapia y mi aprendizaje continuaba, mantenía el balance, cada día más me reafirmaba como una persona sencilla, un buen alumno de la vida.

Los negocios mejoraban cada día. Me recuperaba emocional y económicamente. A los 33 años por primera vez en mi vida renté un departamento. Ahí aprendía a vivir solo, a hacer el súper, cómo me gustaba tener la casa, y decidía qué comidas preparar a diario, y de vez en cuando a hacer la limpieza. Establecía una buena relación conmigo mismo, lo que me hacía feliz. Los paseos a la montaña alimentaban mi espíritu, las relaciones interpersonales mejoraban; aún me equivocaba en uno que otro negocio que emprendía. La mujer de mi vida no había llegado. Salía con algunas, aunque sin llegar al enamoramiento.

Gracias, infinitamente gracias a Luz por todo lo que aprendí, y gracias a su familia por recibirme en su hogar.

Una mañana en mi departamento, mientras lo aseaba, escuché a mi corazón decir: “Es momento de que los paseos en la montaña pasen a otro plano: de agradecer por lo aprendido y compartir tu transformación”. No dejé pasar un instante. Tomé el teléfono, llamé a Luz.

—¿Qué hay, Medardo?, ¿qué se ofrece? —respondió directa y franca. Se distingue por ser escueta a la hora de contestar porque no le gusta hablar por teléfono.

—Quiero platicar un proyecto contigo, ¿Cuándo me puedes recibir?

—Hoy mismo hay una hora libre entre pacientes, ¿la quieres?

Me dirigí al consultorio. Mi mente flotaba y mi corazón no dejaba de hablar. La creatividad fluía como cascada: “Tú eres mi siervo, guiarás a todo aquel que quiera iniciarse en el reencuentro con lo sagrado de su ser. Las personas lograrán la integración a través del contacto con la naturaleza, el yoga, la meditación y las prácticas ancestrales de sanación. Les hablarás desde el corazón y tocarás su alma”.

Me detuve a comprar café para que nuestra charla fuera más amena. Luz gozaba de tomar café al atardecer, un café lleno de requisitos.

—Buenas tardes, señorita, me da dos cafés del día. Uno negro y el otro descafeinado, con un shot de café en vez de dos, leche deslactosada calientita, un sobre de azúcar mascabada y una pizca de canela en polvo.

Llegué. Luz abrió, le entregué su bebida, la saludé con un beso en la mejilla.

—¡Gracias! —dijo sorprendida.

Tomó asiento en la recepción. Era claro que no me recibía como paciente. Di un sorbo al café. Hacía tiempo para tomar valor antes de comenzar a hablar.

—Estoy aquí porque quiero proponerte algo.

—Soy toda oídos —dijo mientras se reconcentraba en su café. Lo bebía con una entrega ceremonial y no le importaba que la gente se diera cuenta.

—Quiero compartir lo que la señora montaña me ha enseñado, llevando grupos de personas a reconectarlos con la naturaleza. Quiero comunicar todo lo que me enseñaste.

Luz abrió los ojos. No esperaba una propuesta como ésta. Tras una larga pausa, dijo:

—Habrà que pensarlo despacio —su cabeza asentía una y otra vez—. Me agrada la idea —nueva pausa. Su cabeza seguía asintiendo—. Hay que pensar en los inconvenientes que pudieran surgir. No puedo romper la ética de mi consulta. Lo platicamos.

Pasada la primera sorpresa continuamos con una charla llena de ideas que iba fluyendo. Luz se mostraba contenta. Al despedirnos me preguntó:

—¿Qué te mueve a hacer esto? —sospeché que Luz estaba midiendo el terreno, quería ver si aún era el tipo ambicioso que actuaba si había dinero de por medio. Tal vez no pensaba eso, pero de cualquier manera le contesté con una palabra que emergió desde lo más profundo de mi alma.

—¡Gratitud! —Al pronunciarla sentí una gran explosión de gozo interior.

Con los días perfilamos un programa de trabajo. Acordamos que los recorridos serían cada fin de semana. Luz se comprometió a invitar a algunos pacientes como complemento terapéutico. Cada uno aceptaría o no, de manera aleatoria si les interesa el plan de trabajo. No era obligatorio para nadie, ni siquiera para mí, que lo guiaba. Luz compartió mi dirección electrónica a los pacientes. Quien se interesaba me escribía, y yo le enviaba la presentación que realizamos juntos, con el objetivo y la logística del programa “Rumbo a mi espacio sagrado”.

Las visitas a la montaña se concretaron. En pequeños grupos los pacientes acudían para complementar su terapia. La cita era en un punto cercano a la Sierra Madre Oriental. Desde ahí compartimos vehículo como medida ecológica.

Muy pronto estos fines de semana en la naturaleza fueron del gusto de muchos. Surgía la camaradería, las anécdotas, las risas. Algunos días practicábamos yoga y meditación; otras ocasiones las dedicábamos a una reflexión. Fuimos aprendiendo a estar alertas ante cualquier cambio, puesto que la montaña está viva, se mueve, el clima cambia en cuestión de minutos. Algunas veces iniciábamos el recorrido bajo un hermoso sol y regresábamos en medio de una lluvia torrencial con viento fresco, aunque siempre agradecidos por cada paseo. Cada estación la madre naturaleza nos recibía con alguna novedad. En primavera el avistamiento de osos negros que recién salían de hibernar.

Era posible admirar estos animales majestuosos manteniendo la debida distancia y respetando su espacio. Dos veces estuvimos cerca de ellos. Una ocasión llegamos a un paraje después de un ascenso de cinco kilómetros. Vimos un oso enorme sentado en un lado del techado donde acostumbramos a compartir la actividad del día.

Nos aseguramos de no intervenir en sus cosas e iniciamos un ritual de intercambio de energía con la madre tierra.

Durante el verano modificamos el horario de los recorridos, iniciando al caer la tarde, poco antes de ocultarse el sol, con el propósito de descender una vez entrada la noche. Los meses de julio y agosto, que es la temporada de luciérnagas, la montaña se convierte en un espectáculo inolvidable, un verdadero regalo de la naturaleza. Durante el recorrido les sugerí no encender las

linternas para experimentar la sensación de estar en la completa oscuridad de la noche. En aquella ocasión nos circundaron miles, quizá millones de luciérnagas. De no ser porque pisábamos la tierra, hubiéramos creído que íbamos flotando en el espacio entre estrellas y galaxias.

Octubre es época de la migración de las monarcas al sur. Los senderos se embellecían con flores multicolores y las monarcas diminutas, frágiles, desafiando la gravedad, nos recordaban que la vida es transformación.

Con cada paso andado desarrollé la habilidad de manejar grupos, me convertí en un ser responsable, comprometido conmigo mismo y con los demás. La montaña me cambió, hizo de mí un tipo seguro al expresarse, puntual, organizado, observador, comprensivo, compasivo, empático.

Estaba atento a la respiración y a los pasos de cada persona. Algunas veces les proponía actividades o meditaciones de acuerdo con la necesidad que percibía en el momento. Otras, se enojaban y se rebelaban por el rumbo que les marcaba, por considerarlo difícil de andar. En ocasiones, los vi derramar lágrimas mientras caminaban. Los entendía. ¡Claro que los entendía! ¡Yo ya había pasado por todo eso!

Parte de esa experiencia en la montaña me impulsó a desarrollar cualidades y dones que nunca imaginé: imperturbabilidad ante los embates, mantenerme firme, confiado, agradecido; compartir lo aprendido. La naturaleza me enseñó que todo tiene un curso natural, las cosas han de ser cuando tengan que ser. Mi corazón me decía que todo llega en su momento.

II
UN SENDERO
ESPINADO

Viernes chilango

Habían pasado seis años de la terapia. Vivía en paz, tenía amigos, seguía rentando mi propio departamento, hacía negocios, confiaba en la abundancia del universo. Estaba convencido de que nada me faltaría. Soltar y descansar fueron lecciones que aprendí. Como dijo Luz: “Tu preocúpate de dar lo mejor de ti, que lo demás vendrá como consecuencia de ello, la vida te retribuye lo que tú le das, el universo es muy justo y eso, Medardo, es ser exitoso”.

Los viernes después de la comida ya no regresaba a trabajar, costumbre que tomé de los amigos de la capital. ¡Los viernes chilangos se empezaban a institucionalizar en mi vida!

Un viernes por la tarde bajé a la alberca del edificio donde vivía. Puse música, serví snacks, preparé bebidas esperando que alguno de los inquilinos se sumara a la diversión.

El atardecer era magnífico, la luna estaba a punto de llenar, el viento acariciaba mi alma, mientras disfrutaba el agua fresca de la alberca. Los amigos del edificio bajaban y se tumbaban en los camastros; yo subía algunas selfis a las redes sociales como testimonio del momento perfecto. En primer plano se veía una cerveza, en segundo plano la alberca, y para completar el cuadro, el cerro de la silla al fondo como ícono de la ciudad, coronado por la luna. El sol empezaba a ocultarse. Eran casi las siete. Pronto se abriría la aventura de la noche. Todo pintaba para una buena velada. Las bebidas sueltan el cuerpo, nos liberan del estrés de la semana laboral.

Dos tipos entraron e invadieron el área de la alberca. Su presencia impactó. Uno de ellos resguardó la puerta. Era un hombre de un metro con ochenta, tez aperlada, llevaba barba de candado. Mientras el otro caminaba hacia nosotros. Ambos de facciones muy duras. El chaparro se acercó:

—¡Qué onda, Medardo! —me gritó con acento cantadito. Era un tipo de piel morena, y un abdomen pronunciado, vestido de civil, enfundado en un chaleco antibalas. Se me acercó con prisa y mostró una escuadra y dijo elevando la voz para que escucháramos por encima de la música—. ¡Somos agentes federales, necesito que nos acompañes!

Me incorporé sorprendido. Traté de responder, pero no pude. El tipo soltó otra pregunta de inmediato:

—Eres Medardo, ¿no?

—Sí —contesté, en medio de mi total confusión.

—¡Pues nos tienes que acompañar, hijo de tu pinche madre!

En segundos dos supuestos agentes federales me sujetaron de ambos brazos. Uno de ellos tomó mi cabeza con fuerza y me condujeron hacia el lobby del edificio. Ahí se encontraban otros oficiales. El que me sujetó dijo:

—¡Treinta y siete identificado! Vámonos rápido a cuarenta y cuatro.

Traté de levantar la cabeza. El agente me gritó mientras atenazaba mi nuca, empujándome:

—¡Agáchate cabrón!

No podía caminar, el traje de baño me escurría, las patas de gallo se me resbalaban. Trastabillaba por lo que había bebido, sumado a la brusquedad de los supuestos funcionarios. Aun así, me daba cuenta de todo lo que sucedía; observaba y registraba cada detalle y lo que me

provocaba. Enfoqué la atención en las reacciones físicas de mi cuerpo, en el impacto que sufrió al ser maniatado por esos tipos. Imaginé mi páncreas liberando insulina, mientras las glándulas suprarrenales derramaban adrenalina por todo el organismo ¡Tenía el estómago hecho nudo! La sensación de miedo e impotencia se apoderaban de mí. La mente trataba de descifrar si esto era un secuestro o qué. Escuché un grito fuerte:

—¡Ya sáquenlo de aquí, vámonos a la chingada!

¡Crack, crack! escuché el ruido metálico de las esposas que ceñían mis muñecas.

Estaba afuera de mi edificio, esposado y forzado por un sujeto a ir con la cabeza gacha, cosa que no me importaba. Como pude giré el cuello liberándome de la presión de su mano y observé la escena completa. Una multitud de agentes de uniforme o vestidos de civiles a bordo de vehículos oficiales paralizaban el tráfico de la avenida. ¡Cinco camionetas y una diligencia de al menos treinta oficiales! Me quedé atónito. Esto no es un secuestro. ¡Esto es una confusión! ¿Quién pensaban que era para traer esa cantidad de agentes y vehículos? Sí. Sin duda esta es una confusión.

Adentro los vecinos lucían pasmados, en silencio. En algunos de ellos me pareció advertir un gesto de preocupación, mirándose unos a otros. No es que fuésemos amigos íntimos ni confidentes, eran, lo que se podría llamar compañeros de fiesta, debido a que eran recurrentes las parrandas en la alberca y las salidas en grupo a algunos bares y restaurantes. Con algunos pocos había cierta camaradería, preparábamos platillos en el depa y los compartíamos mirando la tele.

Una sensación extraña me envolvía, como si me aislara de la escena y fuera solo un observador exterior desde donde todo es calma. Mi mente descansaba ahí, pero mi cuerpo aún continuaba viviendo la escena de la detención. “Ahorita que se den cuenta de su error, me van a soltar y asunto arreglado”.

Me arrojaron en la tercera fila de una Suburban, al lado de un agente con arma larga. El tipo que me abordó en la alberca se asomó por la puerta derecha del vehículo y preguntó:

—¿Dónde vives?

—Qué más da donde vivo, mire cómo me tienen.

—¡Qué dónde vives, puñetas! —me gritó

—¡Aquí vivo! —contesté firme.

—¿Aquí dónde?, ¡cabrón! —volvió a gritar.

—En este edificio a su espalda —le dije en completa calma.

—Tus cosas, ¿dónde están? —bajó la voz, aunque seguía hablando muy áspero.

—¿Qué cosas, señor?, ¿de qué me habla? —seguía sin entender.

—¡No te hagas pendejo! tu celular güey, la cartera y la ropa.

—En la alberca se quedó una mochila con lo que traía, ahí está lo que usted me pide.

—¿Cómo es la mochila? ¿dónde está?

—Debe estar arriba de algún camastro, es de camuflaje, como para salir al campo.

El agente dio media vuelta y desapareció en el interior de mi edificio. Al poco tiempo volvió con la mochila en mano.

—¿Es está?

—Sí

Abordó el vehículo sentándose a mi lado. Sacó su pistola, con la mano izquierda la apoyó en mi sien, mientras con su mano libre me sometió por el cuello obligándome a agacharme.

—¡Así te vas a ir todo el camino! —ordenó—. ¡Si levantas la cabeza te rompo tu madre!

Guardé silencio sentado entre dos agentes federales, esposado por la espalda, vestido con un

traje de baño húmedo. Veintitantos agentes más nos acompañaban en una caravana de sirenas abiertas. El tráfico era denso, como cada viernes.

¿De qué se trataba todo esto?, ¿por qué me llevaban? Caí en cuenta que todo había sido tan rápido que no mostraron una orden oficial, ni se identificaron, sólo mostraron sus pésimos modales y sus armas. Me concentré en el recorrido tratando de ubicarme por dónde íbamos. Escuché al copiloto molesto porque su celular no tenía señal. De manera natural dije en voz alta:

—En esta parte de la avenida no hay señal, hasta después de la curva. —El federal que me encañonaba preguntó con una risa irónica.

—¿Cómo sabes por dónde vamos si no puedes ver?

—Recorro este camino a diario, puedo sentir por dónde vamos con el movimiento —dije tranquilo. El agente rio de nuevo y preguntó:

—Oye Medardo, ¿tomaste alcohol?

—Sí.

—¿Mucho?, ¿cuánto?

—Seis cervezas —mentí.

—¿Seguro que nada más esas? —dijo incrédulo—. ¿Sabes por qué te arrestamos?

—No señor, si me lo puede decir se lo agradecería.

—Ahorita platicamos en la corporación. Tú síguete agachado —dijo con un dejo de suavidad.

Transcurrió el tiempo. De pronto cesó el ululato y vino un brusco enfrenón que me hizo rebotar contra el respaldo del asiento. El peso de mi espalda cayó sobre mis manos haciendo que las esposas se corrieran más. ¡Qué dolor!

—Señor, se apretaron las esposas —me quejé con un aliento de voz.

—¿Ya te las habían puesto antes?

—¡No! —grité sin controlar el dolor.

—¡Pues aguántate y ya no te muevas! —me dijo amenazante—, porque te vas a chingar más.

Aunque el tipo siguió hablando con su rústico vocabulario durante lo que restó del trayecto, ahora era menos agresivo, quizá por mi forma de expresarme. Cuando la camioneta se detuvo el agente ladró:

—¡Ya llegamos! ¡Ahorita sueltas toda la sopa! —se volvió a preguntar a su compañero—: ¿Te lo vas a coger o que le vas a hacer?, ¿cómo lo vas a acalambrar?

—¡Ahorita habla porque habla este cabrón! —dijo—. ¡Hasta arenita le voy a echar para que raspe! —remató con una carcajada pinche.

Comenzaba el juego psicológico. Como pude descendí. Me condujeron hacia la puerta principal del edificio de la Corporación Policiaca Federal (CPF). El aire acondicionado se escapa al abrirla. ¡Oh, por Dios! ¡Hacía un frío de los mil demonios! Caminamos entre pasillos laberínticos pobremente iluminados hasta llegar a una oficina repleta de gente y de ruido. En el umbral nos topamos con un tipo blanco, barba de candado, con una gorra y vestido de civil. Al verme preguntó:

—¿Él es Medardo? —los custodios asintieron— ¡Chingada madre! —explotó—. ¡Les dije que estoy en contra de la aprehensión de este hombre! —Sin esperar respuesta se alejó del lugar.

Entramos a una oficina donde me retiraron las esposas, y me entregaron la mochila de donde saqué una playera que me cubrió un poco del frío. Fue mi pequeño alivio entre tanta pesadumbre de golpes psicológicos y estrujones. Me permitieron sentarme en el sillón donde caí. Respiré profundo, conecté con la energía Reiki y me calmé. Coloqué mis manos sobre el abdomen, respiré consciente para relajarme. Escuché una voz en mi interior: “Calma, nada te pasará,

recuerda que tú no eres tu cuerpo, tú no eres tu cuerpo”. El eco de la frase retumbó dentro de mí. Recordé a Mahesh mi primer maestro de yoga, quien usaba esa frase que desde ese momento se convirtió en mi mantra.

Sentí que alguien me observaba. Levanté la vista. Era una mujer joven, alta de complexión medianamente gruesa, aperlada, cabello largo y lentes. Caminaba de un lado a otro detrás de su escritorio, mientras me observaba con insistencia. Vestía pantalón sastre negro y una blusa color gris. Yo permanecía pacíficamente sentado con las manos sobre el abdomen. Cruzamos miradas. Le sonreí. Ella permaneció seria, luego volvió la cara.

Entró el chaparro panzón que me sujetó en la alberca:

—¡Acompáñame! —ladró.

Me ordenó dejar la mochila y caminé detrás de él. De nuevo nos internamos en el laberinto de pasillos, ascendemos por una escalera hasta la segunda planta, sola, fría, oscura. Un corredor largo con pequeños cuartos a los lados. Una luz al final. ¡Lo peor está por llegar! Las habitaciones vacías deben ser las áreas de interrogatorio ¡Van a torturarme! Se me heló la sangre.

Ingresamos al área al final del pasillo. Era una recepción con una barra que me llegaba a la cintura. Detrás estaba una mujer con bata blanca. Llegaron dos agentes, uno joven, de unos veintiún años, quizá sería un practicante; el otro andaría por los cincuenta. La mujer se presentó como la doctora. Era blanca, delgada, de estatura media, cabello negro. Llevaba lentes. Su voz todo el tiempo fue firme, fría, con una distancia buscada. Se redujo a indicar lo que debía hacer para el protocolo médico.

—¿Nombre?

—Medardo Salvatierra Robles.

—¿Edad?

—Treinta y seis.

—¿Apodos?

—Ninguno —contesté mientras me recargaba en la mampara.

—¿Tatuajes?

—No.

—¿Antecedentes penales?

—No.

—¿Drogas?

—No.

—¿Alcohol o cigarro?

—Alcohol sí, cigarros no.

—¿Alergias?

—No.

De pronto me jaló del hombro el agente al que le calculé cincuenta años:

—¡Hazte para atrás, cabrón, no te recargues que no estás en el mercado!

Terminó el interrogatorio. La doctora me pidió que pasara a un cuarto detrás de ella. Ahí me solicitó que me desnudara dándole la espalda. Luego me pidió verme de frente.

—Estoy revisándolo porque tengo que reportar si viene golpeado o con cicatrices. Vístase y pase por favor al frente de la oficina.

Obedecí, avergonzado y humillado. Afuera el chaparro y dos agentes más me regresaron por el mismo camino, comienza el bombardeo de preguntas:

—¿A qué te dedicas?, ¿cuánto dinero mueves al mes?, ¿en qué bancos tienes tus cuentas?

Contesté de manera fluida, calmada y con una sonrisa. Seguro que al terminar de interrogarme me dejarán libre

—¿Conoces la empresa La raya verde?

—¿Qué es eso? —pregunté

—¡Es una empresa, no te hagas! ¿Qué tienes que ver con ella?

—Nada, no sé de qué me habla. Mejor dígamelo usted.

—¿Has hecho fuertes negocios con una empresa de Querétaro?

—Yo nunca he estado en Querétaro. No conozco esa ciudad y creo que para hacer fuertes negocios como usted dice, es necesario ir a conocer con quién estoy haciendo trato.

—Mmmhh vamos a ver. Ven para acá —El agente me introdujo en un cuarto oscuro sólo con una silla—. ¡Siéntate ahí!

Nos quedamos solos el chaparro y yo. La incertidumbre de lo que intuí me carcome el alma. ¿Qué me iría a hacer este chaparro? ¡Seguro me iba a golpear para obtener una información que yo no le podía dar!

—A ver, Medardo, háblame al chile ¿tú eres el apoderado de la empresa La raya verde?

—No sé de qué me está hablando —contesté exagerando la tranquilidad, intentando que mi energía dominara la escena.

—Al chile, güey, no te va a pasar nada, háblate con la neta. ¿Te mamaste unos milloncitos con La raya verde?, ¿te chingaste al fisco?

¡Con que de eso se trataba todo esto! Por fin sabía de qué se me acusaba. ¡Es el fisco quien me estaba confundiendo! Mi mente acomodó a la situación. Saber esto, de cierta forma me tranquilizó.

—Señor agente —contesté—. Usted me acaba de detener hace unas horas en mi domicilio, sin ningún esfuerzo. Yo tengo registrado ahí mi domicilio fiscal, mis identificaciones oficiales y las cuentas bancarias. Yo soy un tipo que ando por la vida como si nada, de un lugar a otro ¡Pues que incongruencia sería la mía! —dije, mientras subía los hombros, doblaba mis brazos y abría las manos hacia el cielo—. Si yo hubiera hecho tal cosa no estaría en el país. Me escondería, no publicaría en redes sociales mi ubicación, no anunciaría con quién me reúno. ¡El que nada debe, señor, nada teme! —El agente me clavó la mirada. En mi rostro sólo encontró una sonrisa llena de paz, una gran calma que me abrigaba dándome calidez en el frío cuarto del interrogatorio.

—¿Conoces a Gabino Sauces? —continuó.

—No señor, no conozco a esa persona.

—¡No te hagas! ¡Es tu socio en La raya verde!

—Pues dónde está ese tal Gabino Sauces que dice ser mi socio, señor, para decirle en su cara que no lo conozco.

El agente molesto se puso de pie. Hice lo mismo. Con esto dio por terminado el interrogatorio. De nuevo fuimos hacia la escalera, descendimos. En la planta baja del edificio, nos topamos con el señor que vi al llegar, en la primera oficina a la que me llevaron. Era un tipo pasados los cincuenta años, estatura media, cabello entrecano y bigote. Llevaba unos jeans aguados y una camiseta tipo polo a rayas. Traía una hoja y un celular en la mano. Nos abordó:

—Medardo, recárgate en la pared, voltea hacia nosotros, toma esta hoja.

Detuve el papel con unos números y mi nombre escrito sobre él. Con el celular tomó fotos de frente y dos perfiles. Luego el tipo habló por teléfono:

—Aquí tengo las fotos, te las mando en un momento.

Le pregunté:

—¿Qué está haciendo con las fotos?, ¿las está mandando por WhatsApp?, ¿por qué hace eso?, ¿es legal lo que está haciendo?

El tipo se limitó a contestar:

—Se la envió a una gente que las solicita en la Ciudad de México.

—Que raro que ahora se maneje esa información por WhatsApp —repliqué. Él sólo esbozó una sonrisa.

Me regresaron a la oficina en la que dejé la mochila. Me dejé caer en el sillón. Un segundo después entró un hombre alto, blanco, cabello corto, barba crecida. Vestía pantalón negro, camisa blanca y por encima una forniture. Parecía ser algún jefe en la CPF porque el tipo llegó partiendo plaza. Se detuvo justo en el centro de la oficina. Los presentes guardaron silencio, expectantes. El tipo vino hacia mí.

—A ver, pinche Medardo, ¿qué tienes tú que ver con La raya verde?

“Vuelve la mula al maíz” bromeó mi voz interior quitándole peso al asunto.

—Nada que ver, señor —contesté.

—¡Hiciste una chingadera y la vas a pagar! —amenazó—. ¡No te hagas pendejo!

—No sé de qué habla, señor —dije tranquilo

—¡Ya me tienes hasta la verga, hijo de tu puta madre! ¿Cómo es posible que no digas nada? ¡Te va a llevar la chingada, cabrón!

Salió de la oficina. Coloqué ambas manos, una sobre la otra en el centro de mi abdomen para protegerme, respirando profundamente hasta calmarme. Otro tipo mal encarado de cabello entrecano y un pronunciado bigote, me comenzó a disparar todo tipo de preguntas personales y familiares, para comprobar si contestaba mal alguna de ellas.

Me sentí invadido. ¿Qué se creía este tipo?, ¿por qué preguntaba sobre mi familia? ¡No les bastaba haberme detenido! Traté de tolerar tanta intromisión lo más que pude, mientras me consolaba pensando: “Esto ya casi se acaba, en un rato más salgo libre de aquí”.

El tipo hizo una pregunta más y reventé tratando de no perder el control:

—¿Con quién tengo el gusto?

—¡Qué te importa! —me dijo de mala gana.

—Pues mínimo para saber con quién me dirijo, a quién le estoy contestando preguntas tan personales. Si no me quiere dar su nombre, al menos dígame su función. ¿Es usted licenciado, comandante, juez?

—Comandante —escupió— ¡Contesta la pregunta que te acabo de hacer!

—Necesito hablar con mi abogado. Me han negado la llamada en varias ocasiones y tengo el derecho.

—Al rato hablarás con él —escupió de nuevo.

Ahí terminó el bombardeo de preguntas e insultos. Unos segundos después llegó de nuevo el chaparro a sacarme de la oficina.

—¡Tráete la mochila!

Recorrimos los fríos pasillos de la corporación. Salimos del edificio. Nos dirigimos hacia una camioneta pick up doble cabina. En su interior había dos personas. El copiloto era la persona que dijo no estar de acuerdo con mi detención. Al que conduce no lo había visto.

Me ordenaron subir. Abrí la puerta, me introduje al vehículo. El chaparro no se despegaba de mí. Le pregunté:

—¿A dónde me llevan?

—A dar la vuelta por ahí, a dejarte en un centro penitenciario.

Sospeché que el maltrato físico y moral continuaría. Insistí en que me dejen hablar con mi abogado.

—Vas a hacer una llamada, en la mochila está tu celular, sácalo y habla de ahí —al fin accedieron.

Me apresuré a marcar a mi abogado, que gracias al cielo era mi hermano Miguel.

Me obligaron a poner la llamada en altavoz. Contestó. Lo puse al tanto de la detención.

—¿Dónde te tienen? —preguntó imperturbable como roca.

—Estaba en la CPF y ahora voy en un vehículo, no sé a dónde me llevan — El chaparro me interrumpió y me dijo en voz baja:

—Dile que te llevamos al Centro Penitenciario “El Penal del Oso Grande”

Retransmití el mensaje a mi hermano. La calma de su voz se transformó en un tono fúnebre

—Te veo en Oso Grande. ¿Medardo?

—¿Qué pasa, Miguel?

—¿Por qué motivo te detienen?

—¡No tengo ni puta idea de qué está pasando! —le contesté a vivo pulmón fingiendo furia.

Los agentes se paralizaron ante mis palabras, cruzaron miradas. La llamada terminó.

El penal de Oso Grande

Llegamos. Tomé la mochila antes de bajar de la camioneta.

—La mochila aquí se queda —me gritó el agente.

—¡Bájate cabrón! —gritó el otro.

—Pero, ahí están mis lentes de aumento, el teléfono celular, mi cartera.

—Eso no te lo dejan pasar, además quítate la playera porque ese color negro no es permitido en el penal.

—Pero ¿cómo voy a entrar sin camisa? —pregunté desconcertado.

—Ahí consigues una. Por la mochila, no te preocupes. Que vaya un familiar tuyo el lunes a la CPF y que solicite tus pertenencias. Yo te las voy a resguardar —prometió el tipo.

Caminé semidesnudo, en traje de baño y sandalias empujado hacia el edificio del penal. Salí a mi encuentro un soldado que me detuvo. Pidió mi nombre, lo apuntó en una libreta.

—Pásele a ese cuarto —El soldado entró tras de mí. El lugar estaba sucio y descuidado. Adentro un custodio estaba sentado en un banco.

—¡Desnúdate! —ordenó el custodio.

—Pues ya lo estoy —respondí.

—¡Que te quites el short! —gritó.

Una vez más estaba expuesto como Dios me trajo al mundo. El tipo me observó, luego me ordenó volver a vestirme. Otro custodio entró con una playera en la mano para mí. Quién sabe de dónde la trajo y quién sabe de quién era, pero es mejor que andar con el torso desnudo dentro de una cárcel. Al plantarme la prenda por la cabeza me invadió una extraña sensación, como si el tiempo se detuviera. De pronto una pregunta surgió en mi mente: ¿Será todo esto una prueba de Dios? Sólo Él tiene el poder de cambiar todo en un instante: el lugar que ocupo en la sociedad, la profesión de comerciante, mi carrera de licenciado. Recé en silencio desde lo más profundo de mi ser: Gracias Dios por acordarte del pudor de mi cuerpo y dejarme el traje de baño, gracias por acordarte de las enfermedades que entran por los pies y permitirme calzar estas sandalias; los lentes, ¿qué importancia tienen ya? Tal vez quieres que empiece a ver la vida como es y no a través de un cristal, pues todo es perfecto para Ti, permíteme ver como Tú ves esta situación, entro en ella como en esta camiseta que solo Tú sabes de dónde viene.

La voz del custodio irrumpió mi oración.

—Oye güey, tráete unos ganchos —le dijo a un compañero—. Aquí no tengo y no podemos sacar a este cabrón a la sala de abogados, así como está.

¿Qué serán los ganchos?, me pregunté. La duda desapareció al minuto que regresó el compañero con unos grilletes. ¡Putra madre, faltaba más! Me los colocaron sin piedad, después pusieron mis manos al frente y las esposaron. El fierro me pellizcaba la piel de mis tobillos. Una cadena los unía a mis manos. Quedé atado como un animal rumbo al sacrificio. Me empujaron hacia adentro del edificio de Oso Grande, cada paso era un suplicio ¡Estaban tan apretados los grilletes que eran insoportables! No atinaba a saber cuál dolor era más fuerte, si el emocional o el físico. El lugar expelía una densa energía, apestaba a miedo, olía a muerte ¡Era espeluznante! Un escalofrío recorrió mi espalda.

Las instalaciones tenían mal aspecto; todo estaba plagado de cámaras de vigilancia. Llegamos a un portón metálico pintado de gris custodiado por militares quienes solicitaron mi nombre y destino. El custodio respondió:

—Es Medardo Salvatierra Roble, lo llevo a la admisión de abogados.

Seguimos caminando. La idea de ver a mi hermano Miguel iluminaba mi mente. Al fondo del pasillo otra puerta que abrió un militar. Metro y medio adelante había una reja de barrotes, custodiada por elementos vestidos de negro con armas largas, que en total silencio nos franquearon el paso. Cuatro metros más adelante había otra reja con una persona sentada detrás de un escritorio. Al fondo se veía un portón gris a partir del cual se bifurcaban los caminos. Me condujeron por el pasillo de la derecha. Atravesamos un lugar con muchos escritorios, de los que sólo dos estaban ocupados. Continuamos avanzando hasta topar con un pequeño cuarto de vigilancia que servía de filtro. Cada paso es un suplicio, el dolor se clava en mis tobillos.

Un olor fétido invadió el ambiente. Conforme nos acercábamos a una puerta abierta a mi izquierda más aumentaba la pestilencia. ¡Eran los baños! Dejé salir todo el aire de mis pulmones, bloqueé mis fosas nasales mientras una frase empezaba a martillarme en la mente: ¡Si así huele el pasillo cómo estará ahí adentro! ¡No manches, está cabrón!

Al fin llegamos a la sala de abogados ¡Por Dios! ¡Eso no era una sala de abogados! ¡No había ni un solo sofá! Sólo era una habitación rectangular de unos tres metros de ancho por doce de largo. Los pisos estaban sucios y las paredes maltratadas. Al fondo se veía una división. La parte superior estaba asegurada con una reja, sobre una barra de cemento que se extendía a lo largo de la pared del lado izquierdo de la habitación.

Al fondo de la pared derecha estaba un portón café, adentro había cámaras de vigilancia por todas partes. Al parecer ahí era donde los abogados veían a sus clientes, cada uno en su respectivo lado de la reja. Me recargué en la barra tratando de quitar presión a los grilletes de los tobillos. Había cuatro personas más. Una mujer con aspecto varonil de jeans, botas vaqueras y camiseta de los Tigres se encontraba a cierta distancia de los otros tres. El primero de ellos estaba de espalda a la reja. Rubio con prominentes entradas, barba de candado, blanco, complexión atlética, de jeans deslavados y una playera interior blanca. Le calculé casi cuarenta años. Tras observarme me dijo:

—¿Qué pasa, güero, por qué vienes? —La pregunta me incomodó. Yo seguía alterado por el aspecto del lugar, por esos tipos raros que querían platicar conmigo, y por el inextinguible dolor en los tobillos.

—No sé por qué vengo. Estoy esperando ver a mi abogado para irme —traté de mostrarme lo más seguro posible.

—¿De dónde eres? —insistió el tipo.

—De por aquí —contesté con un tono seco y evasivo. El tipo me observó un momento más. Luego sonrió.

—Pide que te arraiguen, güero —dijo el tipo con una voz extrañamente dulce—, porque si te meten a Oso Grande vas a valer verga. Te van a matar.

La sangre se desplomó a mis tobillos. Quedé pálido. Entre estas asquerosas paredes, encadenado de pies y manos, me vine a enterar que mi vida puede quedar truncada de un momento a otro, y todavía sin ver a mi abogado. La adrenalina recorrió mi cuerpo sin cesar, se acentuó la deshidratación a causa del alcohol. Las fuertes impresiones de las últimas horas hacían mella en mi organismo. Tenía la boca seca y viene este tipo a decirme que si me internaban me iban a matar. ¡Me urgía ver a mi hermano!

Al lado del rubio estaba un hombre de aspecto más fiero aún. Sólo vestía unos shorts que dejaban al aire una musculatura prominente de la cual parecía enorgullecerse. Un sinnúmero de tatuajes exhibía su recorrido por la vida: lágrimas tatuadas debajo de los ojos, variadas imágenes en el torso y las piernas. Al ver su intención de abordarme le pregunté:

—¿Tú, por qué estás aquí?

Sonrió, agachó la cabeza, la levantó de nuevo y mirándome fijamente contesta:

—Homicidio —Tras una nueva sonrisa endureció el semblante para advertirme— ¡Que no te metan, porque te van a chingar, güero!

¡Ahí estaba de nuevo el aviso! ¡Que no te metan! ¿Qué carajos quieren decir con eso, si ya estamos adentro?

El tercer hombre estaba adormilado en el piso. Tenía un rostro triste, vestía shorts largos y una playera desgarrada de tirantes. Sus piernas y brazos estaban tatuados. Lo saludé con un movimiento adolorido de mi cabeza.

A estas alturas de la noche estaba agotado. Con gran dificultad intenté sentarme, pero mis movimientos eran muy limitados. El dolor en los tobillos ya era insoportable. Me deslicé por la pared lentamente hasta alcanzar el piso. Cuando apenas lo había logrado se presentó en la sala de abogados un tipo de lentes, vestido con una bata blanca cubriendo sus jeans. Se recargó en la barra y pronunció mi nombre. Me incorporé con gran dificultad y dolor extremo.

—¿Es usted Medardo? —preguntó con desgano.

—Sí —contesté con la boca seca.

—Soy el doctor del Penal. Voy a hacerte unas preguntas.

Nombre, edad, tatuajes, adicciones. Contesté todo. Al final agregué:

—Doctor, no he podido ver a mi abogado, soy una persona tranquila que no tiene problemas con nadie y no quiere tenerlos. ¡Necesito estar en un lugar seguro! —Después de las advertencias de los compañeros trataba de salvaguardar mi integridad.

—Yo no puedo hacer nada, pero ahorita que venga el comandante exponle tu situación. —Metió sus papeles a la carpeta.

—Ok, ¿pero cuando viene? Necesito estar seguro —insistí.

—No lo sé, pero debe venir pronto porque necesita entrevistarte. —Salió de la sala.

Me quedé de pie ya que era menos doloroso que volver a sentarme. Pasaron unos minutos y llegó un tipo moreno, delgado y alto. Se recargó en la misma barra que el doctor. Pronunció mi nombre. Me acerqué a él, despacio para no lastimarme más los tobillos con los grilletes:

—¿Antecedentes criminales? ¿Apodos? ¿Aliado a alguna banda?

—Señor...

—Comandante.

—...comandante, yo soy una persona muy tranquila, necesito estar en un lugar seguro, necesito hablar con mi abogado. Aún no he podido hablar con él.

—Más tarde se te permitirá hacer una llamada — me contesta cortante. Sin decir más, se retiró.

¡Pues qué tanto problema es hacer una llamada! Sólo había hablado con mi hermano dos minutos en altavoz, frente a tres agentes a bordo de una camioneta y ya eran pasadas las once de la noche. Me derrumbé en el suelo. Mi cuerpo pedía agua a gritos. A mi lado sólo veía suciedad. Los olores putrefactos del baño contiguo penetraban el ambiente. Me invadió la sensación de un total abandono. Cerré los ojos, tomé refugio en mi interior y desde ahí repasé las conversaciones con los tipos tirados en el suelo, ¡Eran perfectos desconocidos y aun así me prevenían! ¿Acaso eran ángeles? No era creyente, pero había hojeado la Biblia, algunos versículos se me quedaron

tatuados, como el salmo 91: A sus ángeles mandará cerca de ti, para que te escolten en todos tus caminos. ¿Será que, en Oso Grande, los ángeles utilizan un vocabulario burdo y son de apariencia rústica? ¿Será esta la primera aparición de mis ángeles? Uno acusado de homicidio, otro de portar armas y otro de golpear a un agente federal que se metió a su casa sin orden de cateo. ¡Qué locura! ¿Cómo éstos pueden ser mis ángeles? Seguramente estaba delirando a causa del susto y de la deshidratación. Me fui desvaneciendo, adormilado por el cansancio. Una sensación de tranquilidad se apoderaba de mí. Una voz surgió más allá del diálogo interior: Ellos son tus ángeles. Esa visión era más fuerte que el pesar que me generaba aquella situación. Algo dentro de mí decía que todo iba a estar bien: ¡Aguanta guerrero! ¡Esto no te derrumbará!

Llegó la media noche y seguía sin noticias de mi hermano. No podía estar peor: encadenado, tirado en el suelo, deshidratado, con la boca sabiendo a centavo. Traté de dormir.

—¡Francisco! ¡Juan! ¡Pedro! ¡Medardo! —gritó un custodio—. ¡Pónganse de pie que los vamos a mover! ¡Rápido!

—¿A dónde? —dijo el rubio con su dulce voz.

—A La Perrera —anunció el custodio.

—¡Menos mal! —agrega Juan, aliviado.

Me desconcertó el aviso del guardia.

—A mí aún no me han dejado hablar con mis abogados. Por favor permítame hacer una llamada.

—Hoy no vas a llamar, mañana te damos permiso, ahorita ya los tengo que meter a La Perrera —anunció terminante—. Tienes tres días para arreglar porque si no, te vamos a llevar a donde están todos los internos de Oso Grande y ahí, sí está bien feo.

Memorias de Luz

Escuché el repiqueteo del celular de aquel viernes por la noche mientras cenábamos en un restaurante con varias parejas de amigos. La voz turbulenta de Justino irrumpió como vendaval.

—¡Luz se llevaron a Medardo detenido! —Me disculpé, me puse de pie, y salí del local. Mientras el vendaval tornaba en huracán—. Me llamó un vecino de su edificio. Dijo que lo levantaron del área de la alberca, que estaban armados; ya hablé con Miguel y él ya habló con sus contactos. Nadie sabe a dónde se lo llevaron, ni por qué. ¡Todo es muy confuso...!

—¡Dios bendito! —contesté, exhalando el primero de muchos suspiros que mi alma usaría para encontrar sosiego—. Por favor mantenme informada, si sabes algo más, a la hora que sea, por favor, ¡márcame, Justino! Me pondré en oración para pedir protección para él.

Volví a la mesa. Mi semblante lo decía todo. Era obvio que acababa de recibir una noticia catastrófica. Intenté sin éxito reintegrarme a la conversación. Los amigos me interrogaron, pero me zafé con el conocido: “Cuestiones de trabajo. Disculpen, a veces no logro desconectarme del todo”.

Las siguientes horas fueron de llamadas con información fragmentaria que poco a poco fui construyendo hasta conseguir una situación más o menos clara: habían llevado a Medardo al penal de Oso Grande, lo internaron en un lugar separado del resto de los reos, al parecer, se encontraba hasta cierto punto custodiado o protegido.

Energéticamente trabajé mucho esa noche para cubrirlo con una burbuja de luz. Envié Reiki a distancia, oré a Dios, le pedí a la Santísima Virgen que lo cuidara, hasta quedarme dormida. Mi corazón estaba azorado.

Al día siguiente Justino me reveló que, hasta donde se sabía, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público acusaba a Medardo, y que al parecer se trataba de un robo de identidad fiscal.

—¡Gracias a Dios!, entonces de un momento a otro le asignarán una fianza y saldrá libre al comprobar el error —aseguré.

Una aventura de perros

Desandamos el pasillo. Yo iba con pasos limitados por los grilletes. De nuevo ese olor fétido nos acompañaba por cada reja y portón. Llegamos al área principal, atravesamos una cortina negra, nos metieron en un cuartito de cinco por cuatro metros, asegurado con una puerta de barrotes. Era una celda común contigua al cuarto donde me revisaron al llegar. El corazón se me quiso salir del pecho al ver a más de quince reos asociados en grupos de tres y cuatro que nos miraron al entrar ¡No traen grilletes! Sudé frío, contuve el aliento ¡Ya valimos madre! ¡Nos van a golpear! Tenían pinta de verdugos. Nos metieron en un pequeño espacio asegurado con una puerta de barrotes. Al fondo había dos cuartitos. Uno era baño y cocina el otro, con barra de madera, horno de microondas y un par de hieleras. No era un lugar limpio.

Nos abordó un tipo con un físico imponente, alto, lleno de tatuajes; llevaba corte tipo militar, una cicatriz en su ceja, los ojos hundidos y la barba crecida. Vestía bermudas y una playera sin mangas.

—Acérquense —invitó con voz muy suave. Mis tres compañeros se dirigieron hacia la cocina. Yo me quedé inmóvil.

—¡Ven, güero! No te asustes, no te voy a hacer daño —dijo con un tono firme de hermano mayor—. ¿No ves que estamos sin ganchos? Yo te los voy a quitar para que descanses y te limpies, pero tenemos que hacerlo en la cocina. Ahí no hay cámaras —Confíe en él y me coloqué detrás de mis compañeros.

El hombre, a quien llamaban El Caguama, nos fue liberando de uno en uno con una habilidad de escapista. En menos de diez segundos nos quitó los grilletes de pies y manos ¡Qué descanso!

—Si te preguntan quién te los quitó, ¿qué vas a decir?

—Que no sé, quizá estén defectuosos y se cayeron solos

—¡Eeessso compadre! Ya nos estamos entendiendo —dijo en tono alegre—. Ten los ganchos a la mano. Cuando llegue la tira hay que ponérselos de volada.

Sentía muy irritada la piel de las muñecas y tobillos. En pocos minutos ya formaba parte del sistema de La Perrera. Tres compañeros estaban cenando de los guisos dispuestos al centro, sobre el piso, había de picadillo, frijoles, chicharrón, carne deshebrada y una salsa que parecía muy picante.

—¿Gustas un taco, güero? —ofreció uno con un enorme tatuaje femenino y su respectivo nombre en letras góticas en la espalda. Su cabeza rapada estaba coronada por una gran cicatriz.

—No, muchas gracias.

—¡Ándale, güero, come algo! —me insistió aun acucillado.

—Si tienen algo de tomar se los agradecería. Con tanta impresión en las últimas horas se me quitó el apetito.

—¡Sobres! —dijo y se puso de pie y me extendió un vaso. Me quedé mudo. Era un hombrón de casi dos metros. En el pecho lucía otro tatuaje.

—Toma güero, es lo único que hay, te doy un trago si gustas.

Di un sorbo al vaso. ¡Madres! Era café negro demasiado dulce. Mi boca se reseco aún más, el sabor a centavo se agudizó.

—A ver, esos nuevos que acaban de llegar, échense un baño —dijo en voz alta uno de los internos.

—Si no tienes donde acomodarte, aquí hay espacio —dijo otro—. Te presto unas cobijas para el tendido mientras te traen las tuyas —palpó invitadoramente un sitio junto a él—. Tienes suerte, La Perrera está vacía, acaban de llevarse a muchos.

—¿Vacía? ¡Si somos veintiuna personas en el cuarto! ¡Esto está a reventar! —me quejé. Él soltó una carcajada.

—Éramos sesenta antes del traslado. A veces, meten hasta cien ¡Esto ahora está vacío! Estamos a toda madre. Te tocó buena suerte. Échate un baño, aquí todos los nuevos van directo a la regadera.

Entré al baño, corrí la sábana habilitada como puerta del baño. Había un lavabo maltratado medio provisto con una llave. Un inodoro y la regadera. Me metí al agua. Tomé un poco del chorro esforzándome por no imaginar de dónde provenía. Al terminar de bañarme salí y un kit completo me espera: una cobija para acostarme, otra enrollada que servía de almohada y una más para taparme. ¡Qué bendición! Hay ángeles en todos lados. Uno cree que están en el cielo o que hay que orar para que nos ayuden, pero esa era la segunda ocasión que me topaba con un ángel y en el sitio menos esperado. Éste dice llamarse José Garrido.

—Aquí, ¿qué onda?

—Estamos en La Perrera. Es una celda de arraigo temporal adentro del edificio del penal de Oso Grande. Aquí resguardaban a los perros que usaban para las revisiones de internos y visitantes. Nosotros estamos bien porque estamos separados de los demás reos —Sus palabras me tranquilizaron. Cerré los ojos y respiré profundo. Todo sucedía tan rápido. Trataba de ponerme en calma. Me alteró un golpe fuerte en la reja y una voz áspera que gritó mi nombre:

—¡Levántese! Tiene visita —Me puse la camiseta con la que me había secado. Caminé hasta la puerta con la ilusión de ver a mi hermano. En la reja estaba un joven de unos veinticinco años, bien vestido y con un gafete.

—¿Medardo Salvatierra Robles?

—Sí, dígame.

—Soy el actuario del Juzgado H Penal Federal en Monterrey y vengo a notificarle que, a las trece horas de hoy doce de abril, usted tiene una audiencia para declarar.

—Declarar qué, licenciado, no sé nada de por qué estoy aquí, no me han permitido hablar con mi abogado —no le quise decir que tampoco eran horas de notificar, que me habían detenido sin mostrar orden, que no me permitieron hacer la llamada a la que tenía derecho.

—Lo siento, yo sólo cumplo con notificarle, en unas horas más usted será trasladado al juzgado en una unidad de Seguridad y Vigilancia Pública para que rinda su declaración.

Faltaba más. ¡Ahora tenía que hacer una declaración! Razón más para no conciliar el sueño. Ahí metido en esa celda común, con veintidós compañeros reos —trajeron a un hondureño a mitad de la noche—, y para acabarla de joder, me enteré que los sábados se madrugaba porque

era día de visita. ¿Por qué me pasaba todo esto? ¿Por qué estaba rodeado de delincuentes? ¿Por qué, Dios mío?

—¡Levántense hijos de su pinche madre! —Una voz grave y recia retumbó en los oídos—. ¡Bola de huevones! ¡Va la liiiiiiiiista!

—Pérez

—Presente

—Uribe

—Presente

—¿Qué está pasando? —le pregunté a José, tratando de coordinar mis ideas

—¡La lista! —contestó, mientras el guardia seguía gritando apellidos y las voces “Presente” resonaban por doquier.

—Ponte abusado, en cuanto escuches tu apellido dices presente, porque si no te regañan y si bien te va, te mandan encadenado a limpiar los baños de la sala de abogados.

—¿Por qué tan temprano?, ¿qué horas son?

—Las cinco treinta de la mañana, güero. Aquí así es el pedo.

Había que aprender rápido las normas. Bebía a sorbos cada trago amargo y mi estómago lo resentía ¿Cómo digerir eso? Me sentía humillado, con la moral por los suelos, dentro de un pequeño cuarto, infestado de bichos, con dos abanicos para veintidós pelados ¡Y para colmo pasan lista como en los campos de concentración!

Antes del traslado me puse unos jeans y una camiseta limpia que me prestó un compañero:

—No puedes ir en traje de baño a declarar a un tribunal federal.

El sábado era día de visita. Irían los familiares de mis compañeros a verlos. Nos iban a sacar en fila a un lugar donde los recibían.

—Eh, güero, échame una mano con estos bultos, son para la visita en el patio. Donde vamos a estar no hay nada —dijo Garrido—. Tenemos que tender carpas y colchas en el piso para pasar el día más cómodo con las familias.

—Trataré, pero está bien difícil caminar con grilletes.

—Ya te acostumbrarás —dijo mientras cargaba una enorme maleta que parecía muy pesada.

Nos sacaron de La Perrera uno a uno. Un custodio se aseguraba de que tuviéramos los grilletes bien puestos y apretados. Caminé dando pasos de pingüino, cargando con ambas manos el bulto de cobertores. Pendulando, pendulando llegué hasta el soldado que tiene la lista.

—¿Nombre? —gritó.

—Medardo —respondí.

—Nombre completo, ¡hijo de su pinche madre!

Entre dientes pronuncié mis apellidos.

Ahí todos tenían un genio de la fregada. Me molestaba su forma de hablar. ¡Me dolía! Sabía que no era personal, así fueron entrenados, pero no alcanzaba a entender ¿Para qué me ponía la vida frente a ellos? ¿Qué necesitaba aprender? Seguí caminando detrás de mis compañeros, reflexionando. ¿Qué pasaría si observaba con amor a esas personas que se comportaban prepotentes y groseras? Quizá comprendiera qué les ocurría. Tal vez traían cargando una gran frustración, no les gustaba su trabajo y lo hacían por necesidad. Los imaginaba saliendo del horrendo penal, desarmados y vestidos de civiles, con ropa sencilla, desgastada. Visualizaba cómo subían al transporte colectivo que los dejaría en una avenida, en la que abordaban otro camión. Al descender aún tendrían que caminar otro trecho para llegar a su humilde casa a cumplir con su familia. Mi corazón se abría, se compadecía de esas vidas.

Continuamos avanzando hacia el patio, pasando los filtros de seguridad, tolerando los malos tratos, hasta que llegamos al área de visitas, después de cruzar la puerta que vi la noche anterior en el fondo de la sala de abogados.

El día empezaba a aclarar. Apenas pasaban de las seis de la mañana.

—¡Dios! ¿Qué es esto?

El patio de visitas era un lugar amurallado, sucio y descuidado. Las ventanas del segundo y tercer piso estaban cubiertas con sábanas. Eran las habitaciones destinadas a la visita conyugal, según dijeron mis compañeros.

Algunos se arrinconaban, se cubrían de las miradas del personal de seguridad para quitarse los grilletes; otros hacían los tendidos, usan sábanas para las carpas y las cobijas para tenderlas de tapetes. La vendimia empezaba a instalarse, el de los refrescos deambulaba con su hielera a cuesta, el del café y los té se había traído hasta el microondas. De su maleta El Garrido sacó cigarros, dulces y chicles alistándose para ofrecerlos a la gente que acudiría a la visita.

—¿A qué hora llega la visita, Garrido? —le pregunté.

—A partir de las nueve les permiten el acceso ¿Vendrán a verte?

—No. Apenas le voy entendiendo a esto. Quiero hablar con mi abogado e irme de aquí. Esto va a ser tan rápido que ni si quiera tendrá que venir mi familia a este lugar.

El Garrido guardó silencio ante mi afirmación. Entre su silencio y las constantes negativas para hacer una llamada a mi abogado, mi corazón desfallecía. Sentía que una mano lo empuñaba y la garganta se cerraba. Tenía el estómago revuelto.

Miré con desprecio el entorno, veía cómo bromeaban y reían. Me fui a la puerta del patio y llamé. Un custodio abrió la escotilla:

—¡Qué quiere cabrón! Tan temprano y ya está chingando. ¿No puedes ir al baño más tarde?

—Disculpe, necesito hacer una llamada, tengo que hablar con mi abogado.

—Quién dijo que puedes hablar por teléfono. ¡Eso aquí está prohibido!

—Llegué anoche y me aseguraron los guardias que hoy iba a poder hacer una llamada, estoy muy desorientado, me van a llevar a declarar más tarde y me urge hablar con mi abogado

—¿Cuál es su nombre?

—Medardo Salvatierra Robles.

—Espérate —dijo y cerró la escotilla.

Dos minutos después abrió la puerta.

—Pásale, Medardo —me franqueó el paso, mostrando un trato mucho menos altanero—. Hay autorización del comandante para que hagas una llamada.

Atravesamos la Sala de abogados, pasamos frente al baño que a esa hora ya no olía tan feo.

Frente al teléfono me liberaron la mano derecha para que pudiera alcanzar el aparato. Temía que mi hermano no tomara la llamada por ser muy temprano.

—¡Hola! —contestó de inmediato.

—Miguel, soy Medardo —me atropellé al hablar—. Te estoy llamando de Oso Grande, me metieron a una celda común que se llama La Perrera. ¡Está horrible el lugar! Voy a estar ahí poco tiempo, dicen que si nadie viene a verme me van a internar y que adentro está peor. También vinieron a notificarme que me van a llevar a declarar más tarde, ahorita estoy en un patio de visitas que está para llorar. ¡Ayúdame! ¡Sácame de aquí! — Le dije con la respiración entrecortada y la garganta seca.

—Calma, vamos por partes —me respondió con su acostumbrada paciencia—. Primero que nada, anoche no pude entrar a verte porque aún no estás fichado. Ya estoy enterado de tu

declaración. Ya me moví en los tribunales, vas a ir al Juzgado H Penal Federal en Monterrey a la una de la tarde. Ahí te veo. Voy a ir acompañado con un amigo que es un gran especialista en la materia, se llama José del Ángel.

—Pero, ¿qué voy a declarar?

—No te preocupes, ahí vemos una vez que revisemos el expediente.

Me quedé pensando en las palabras de Miguel “Ahí vemos una vez que revisemos el expediente”. No esperaba esa respuesta. Pensé que sólo era de decirle al juez que yo no tenía nada que ver y me liberaría. Algo me decía que las cosas no eran tan simples como yo creía. El ansia me carcomía, y aún faltaban muchas horas.

Memorias de Miguel

Viernes por la noche. Terminé la semana laboral dando fe del desalojo de una propiedad. En mi mente solo estaba invitar a mi esposa a cenar. Sonó el celular. Era Justino, ¿a esa hora?, ¿algún accidente?

—Buenas noches Justino, ¿en qué puedo servirte?

—¡Miguel, se llevaron a Medardo...! ¡Un comando armado entró al edificio y lo detuvo...!, ¡iba esposado! Miguel, me acaba de llamar su vecino, dijo que era una comitiva muy grande.

—¿Qué dijo?

—Pues eso, que oyó cuando le preguntaron su nombre y sin más se lo llevaron. ¡Eran hombres armados, Miguel...! ¿Será un secuestro?

—No sé, Justino. Iré a la oficina a hacer unas llamadas. Te mantengo informado.

Volé a mi oficina. En mi mente todo era confusión, ¿qué estaba sucediendo? Mi hermano había iniciado varios negocios, y uno tenía que ver con comercializar carbón y leña para carnes asadas. Su fuerte eran los bienes raíces, además de cursos de meditación en las montañas, el universo y sabrá Dios cuánto rollo se trae. De unos años para acá anda haciendo yoga y retiros con monjes y gurús de quien sabe dónde. ¡Nada que ver con esta noticia que me dan! ¿Lo estarán confundiendo con algún capo?

Cuando entraba a la oficina me llamó Medardo.

—¡Miguel, me tienen detenido!

Al escucharlo noté que el teléfono estaba en altavoz—. ¿Dónde te tienen? —pregunté con calma, transmitiéndoles que todo estaría bien.

—Estaba en la CPF y ahora voy sobre un vehículo y no sé a dónde me llevan.

Alguien dijo algo en voz baja. Medardo agregó—: Dicen que me llevan al centro penitenciario del Penal de Oso Grande —por su voz advertí que se encontraba totalmente desconcertado.

—¡Uhhh! —alcancé a decir. Mi ánimo se desplomó ante la realidad que estaba por enfrentar. Jamás imaginé que esto le ocurriera a mi familia—. ¿Medardo?

—¿Qué pasa?, Miguel.

—¿Por qué te detienen?

—¡No tengo ni una puta idea de qué está pasando! —gritó.

—Bien. Veré qué puedo hacer.

Llamé a José del Ángel, excelente amigo y abogado penalista. De inmediato me reiteró todo su apoyo, comprometiéndose a hacer equipo conmigo para llevar el caso. Si se trata de mi hermano

temo no dejar de lado mis emociones para ser neutral a la hora de tomar decisiones.

Justino me llamó de nuevo. Le aseguré que no es secuestro, que es una detención y no sabíamos por qué. Ya estamos investigando.

Ellos crecieron juntos. Son amigos-hermanos. Me conmovía vivir esta situación.

Aquella noche fue difícil. Era tremendo saber que mi hermano se equilibraba en la delgada línea entre la vida y la muerte. Aún más tratándose del penal de Oso Grande.

No logré conciliar el sueño. Había tantas historias en mi cabeza que, en vez de cenar con mi esposa esa noche, la pasé en vela.

La Perrera

Sobrellevé la mañana como pude. Caminé a la “tienda” en busca de un café. Se trataba de un tambo de doscientos litros con una vieja tabla encima a manera de barra, donde descansaban el horno de microondas, los botes con la crema, el azúcar, el café, un cartón de leche y el cereal.

—¿Cuánto cuesta el café?

—A diez pesos, güero.

—Oye, viste que llegue anoche, en shorts...

—No te preocupes, te lo fío, después que venga tu visita me lo pagas.

Tomé un trago y me perdí en mis pensamientos. En este momento estaría en el punto de reunión esperando a los compañeros para guiar el programa de montaña. Deseaba que ese día alguien hubiera tomado mi lugar. El recuerdo me trajo la alegría del grupo, el aire sobre nuestros rostros, mis ojos se llenaron de lágrimas. ¡Me podría la impotencia! Entre aquellos muros despintados, rejas oxidadas, rodeado de concreto, no había cabida para el verde de la naturaleza. Aquí hasta el polvo quedaba encerrado.

—No se ponga triste, güero —me sacó de mis pensamientos el tipo que me quitó los grilletes cuando llegué a La Perrera.

—¿Qué le puedo hacer? Así me siento, no lo voy a negar. Al rato se me pasa.

—Véngase acá a cotorrear, no pasa nada... —me dijo mientras hacía un ademán invitándome al grupo.

—Calmao, güero, al rato se va de aquí y si no se va, ¡pues que son diez pinches años de cana pa’ usted!

—¿Cuáles diez pinches años? ¡No estoy para bromas! —contesté por impulso, lleno de coraje, sin reparar en su marcada carrera delictiva, ni en sus grandes músculos.

—Calmao, güero, no pasa nada. Aquí nos reímos de la vida, de nuestras desgracias. ¡Relájese!

Di otro trago al café y volví al silencio, ahora reflexionando en las palabras del Caguama. Podría ser que tuviera razón, pero yo me sentía sin fuerza para abrigar esa posibilidad. ¿Cómo era posible que esto me pasara en el mejor momento de mi vida, cuando me estaba yendo bien? Estaba en buena forma física, trabajaba mi espiritualidad y en búsqueda seria de un compromiso de pareja con miras de crecer juntos, tener una familia, y ahora ¡¿La cárcel?! ¡No podía más! No lo aguantaría. Necesitaba salir de ahí cuanto antes.

Un custodio me llamó. De nuevo, entramos al edificio junto con los compañeros que ingresamos a La Perrera la noche anterior. Nos formaron en fila y fuimos pasando de uno en uno frente a una regla que mostraba la estatura mientras sosteníamos un letrero de ficheo. Qué

experiencia tan difícil, jamás pensé estar ahí y mucho menos vivirlo en carne propia. ¡Era humillante! La impotencia me invadía, las lágrimas de coraje brotaban incontenibles.

De regreso, en el patio de visitas los familiares comenzaban a llegar. Casi todos cargaban mochilas, canastos, hieleras de donde extraían abundante comida tratando de saciar a los internos.

—¿Gusta un taquito, güero?

—No, muchas gracias —rechacé la invitación con la dignidad maltrecha del humillado al ver que ponían las vasijas con comida encima de las cobijas sucias.

El calor aumentaba, el cansancio de la desvelada y el alcohol del viernes por la tarde hacían mella en mí. Aunque había bebido agua durante el regaderazo de la noche anterior el malestar continuaba.

Deambulaba por el pequeño pasillo entre las carpas con el dolor instalado en mis tobillos y muñecas por los grilletes. Me recargué en una de las bardas y me fui deslizando para sentarme en un intento por aliviar el cansancio y mitigar el daño de las coyunturas.

Eran casi las doce del mediodía. A esa hora estaría bajando de la montaña con el grupo, renovado, feliz; al llegar a mi departamento me recostaría a tomar una siesta, luego bajaría a disfrutar del sol en la alberca con los vecinos, con buena música y con bebidas ¡No soportaba esta tortura! Guardaba la esperanza de que en un rato más, me iría de ahí.

Escuché que alguien abrió la puerta de acceso. Un guardia gritó:

—¡Medardo!

—¡Aquí! —Levanté la mano. Luego gritó el nombre del hondureño.

—Van de traslado Federal —dijo—. Vengan pronto. No lleven nada en las bolsas porque está prohibido.

Al caminar los pantalones se me caían dejando al descubierto el traje de baño. Atravesamos los pasillos y los filtros de seguridad vigilados por soldados y custodios quienes nos sometían a revisiones, hasta que finalmente alcanzamos la salida. Subimos a una camioneta. Nos sentaron juntos, nos quitaron el candado de una mano y de un pie, intercambiaron los seguros, de manera que quedáramos encadenados entre nosotros. Nos miramos y sonreímos con ironía. Nos trataban como a grandes delincuentes. El compañero hondureño declararía tras lo cual saldría libre ese mismo día. Yo aún no sabía porque estaba ahí. Mi única certeza era mi inocencia. Seguro Miguel arreglaría esto en un momento y para esa noche ya estaría en casa.

Salimos a toda marcha custodiados por agentes con armas largas, que ya cortaban cartucho preparados para una posible fuga, según lo supuse. Al tenor de las sirenas no existen los semáforos ni los altos. El convoy se desplazaba como dueño de la calle.

Al llegar a los juzgados de nuevo nos colocaron los grilletes a cada uno y descendimos hacia el sótano del edificio, siempre obligados a desplazarnos con la cabeza gacha. Adentro estaba oscuro y helado debido al potente clima central.

—Ya pueden levantar la cabeza —dijo un tipo vestido con uniforme negro, chaleco antibalas, capucha y arma larga—. ¿Quién es Medardo?

—Yo, señor.

—Acompáñeme. Vamos a llevarlo al Juzgado H.

Lo seguí hasta topar con una escalera. Dios ¿cómo subirla? Los grilletes encadenaban mis pies, además de limitar el movimiento de mis brazos. Así no podía asirme a la baranda ni abrir la zancada para cubrir la altura de los escalones. Avanzaba lento, sintiendo que me martillan el tobillo. Al fin ascendí y continuamos el trayecto.

En el Juzgado H un oficial encapuchado abrió una puerta metálica muy gruesa. Ingresamos a un cuarto pequeño con una puerta al fondo. Me pareció que ahí se intensificaba el frío. Traspasamos la segunda puerta, también gruesa y de metal, que nos condujo a un cuarto aún más pequeño, provisto con una ventanilla enrejada.

—Con cuál mano escribe —preguntó el custodio.

—Con la derecha — revelé, sin poder ocultar el dolor.

El custodio abrió el grillete.

—Vas a tener que firmar algún documento. Necesitas una mano libre.

—Quíteme todos los grilletes por favor —supliqué—. No aguanto el dolor de los pies.

—No se puede compa, son parte del protocolo.

—Está imposible escaparme de aquí, pero entiendo lo que me dice, ¿Me puede dar la hora por favor?

—1:40 p.m.

Faltaban veinte minutos para la audiencia. Me acosté sobre el piso limpio. Las paredes mostraban algunos grafitis, quizá insignias de grupos pandilleros o de cárteles. Me concentré en el lado artístico y creativo de los dibujos. Abrigaba la esperanza de que el mal trago estuviera por terminar. Respiré suave y profundo, inflando el abdomen, hasta conseguir relajarme un poco. Coloqué las manos sobre el corazón y recé. Los minutos pasaban lentamente.

Al fin me pareció escuchar voces en la ventanilla y me puse en pie con el dolor que ya me era familiar. Era Miguel. ¡Qué alivio ver una cara conocida! Estaba seguro de que no le fue grato verme con grilletes. Traía las ojeras marcadas, su semblante reflejaba preocupación y me rehuía la mirada. ¿Qué sabría que traía peor cara que yo? Algo no estaba bien. Venía acompañado por un hombre de facciones duras que al cruzar miradas dejó ver una sonrisa retorcida. Su rostro me pareció conocido. Miguel nos presentó. Era José del Ángel, abogado experto en materia penal.

Se nos acercó una empleada del Juzgado:

—Hago entrega del expediente. Lo pueden revisar —dijo sin preámbulos dejando caer una gruesa carpeta.

De inmediato José del Ángel abrió el expediente permitiendo que Miguel lo viera.

—Bien, Medardo, tienes que hablarme con la verdad —dijo de pronto.

—Ok —le narré lo sucedido, paso a paso, hasta concluir en el momento en el que estábamos.

Llené una hoja con datos personales. Un hombre salió de lo que parecía una oficina. Era alto, blanco, ojos claros. Me saludó a través del hueco de la ventanilla. Me estrechó fuerte y yo correspondí al saludo.

—¿Medardo?

—Sí, señor

—Mucho gusto, soy Victoriano, el juez del Juzgado H. Yo ordené tu aprehensión. Si algo se ofrece para tu seguridad en el penal me avisas en este momento o por medio de tus abogados para de inmediato ordenar que te coloquen en un lugar tranquilo. Su mirada directa a los ojos, da a entender que es el jefe en ese recinto.

—Pues dicen que estoy en un lugar tranquilo donde no hay mucha violencia. Sin embargo, a mí no me lo parece —le dije con aplomo—. Yo lo que quiero es salir de ahí, no pertenezco a ese lugar.

El juez cruzó mirada con mis abogados. Entre ellos se entendieron en un lenguaje que sólo conocen los que cada día están presentes en las batallas legales. Los tres sabían perfectamente

que el juez tenía mi destino en sus manos y que había que acatar las reglas no escritas de la obediencia y la subordinación.

—Bueno. Que te tomen tu declaración —dijo el juez.

Llegó el momento. Todos en silencio y atentos escucharon mi declaración. Al concluir dije:

—¡Quiero salir de aquí! ¡Esto es un montaje, una total falsedad, yo no cometí nada de lo que me acusan! —De nuevo el juez y los abogados cruzaron miradas. Ellos sabían mucho más acerca de lo que estaba sucediendo. Para mí todo este cáliz era un trago amargo de casi veinte horas.

—Los delitos por los que se le acusa no son graves, puede pagar la fianza y salir después de un trámite —comentó el funcionario que tomó la declaración—. Es posible llevar su proceso penal desde afuera, sólo tendrá que venir a firmar al juzgado.

Sorprendido ante lo dicho, esperé a que mi hermano o José del Ángel dijeran algo. Ambos se miraban dubitativos. Miguel se acercó a la ventanilla y reveló en voz baja la suma de la cantidad millonaria marcada como fianza para retomar mi libertad. Me sobrevino una náusea. ¿En qué momento me convertí en un delincuente de proporciones millonarias? Por el contrario, yo había sido estafado varias veces por los charlatanes de socios e intermediarios que se cruzaron en mi camino. José del Ángel se acercó al enrejado:

—Medardo, si no tienes esa cantidad, vas a tener que llevar tu juicio en prisión, no hay de otra. Así es el sistema.

—¡No puede ser! —Mis ojos se colmaron de lágrimas de impotencia y me derrumbé.

—Lo siento mucho —dijo José del Ángel sin asomo de emoción—. Como tu abogado, me voy a conducir en todo momento con la verdad. Cuenta con que vas a salir de aquí, pero tienes que esperar. Le vamos a echar todas las ganas y más por lo especial que es este caso para mí, pues eres el hermano de Miguel.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunté con la voz quebrada.

—Algunos meses, no sé cuántos, los juicios son muy variables.

Finalmente, las lágrimas rodaron sin parar por mi cara. No pude contenerme. Traté de ocultarle el rostro a mi hermano para evitarle el dolor de verme desfallecer. Él se acercó a la ventanilla y me dejó unos billetes enrollados.

—Te va a hacer falta para alimentarte. A nuestros padres, aún no les voy a comentar nada. Necesito preparar el terreno, no quiero que se vayan a enfermar con la noticia.

—Ok —contesté tratando de no levantar la cabeza.

En un instante la sala quedó vacía. Yo me derrumbé en el piso, en posición fetal, roto en llanto. Al cabo de unos minutos escuché el ruido de la escotilla al abrirse. Me sentí observado. Busqué con la mirada. Era un custodio sin capucha, me llamó la atención el brillo de sus ojos verdes, tal vez era el mismo que me llevó hasta ahí.

—¿Cómo está, güero? ¿Ya comió? Nos vamos a quedar un rato más aquí mientras termina el otro compañero que trajimos.

—Ok

—Tome esto, por favor —dijo en tono compasivo mientras dejaba caer por el hueco una pequeña bolsa de cacahuates japoneses—. Para que coma algo.

—Gracias —le dije sorprendido al ver mi snack preferido. Un dejo de fe llegó por la escotilla. ¿Dios me reitero su presencia?

Permanecí recostado sobre el piso, con las piernas recargadas contra la pared, sintiendo cómo se abría un abismo en mi vientre. Cerré los ojos tratando de dormir un poco, de aprovechar la soledad, la limpieza, el aire acondicionado. ¡No creía poder con todo eso!

Es tan grande el daño, físico, moral y psicológico al que había estado sometido en tan pocas horas. Entró un custodio encapuchado. Me colocó el grillete suelto, y me condujo de nuevo hacia el sótano. Bajé las escaleras tratando de no trastabillar, y de seguirle el paso. Al subir a la camioneta vi que ya estaba ahí el compañero centroamericano luciendo una gran sonrisa. Su asunto de migración ya se había aclarado. De nuevo nos entrelazaron y así regresamos a toda velocidad al Penal de Oso Grande.

Llegamos, pasamos los mismos filtros, y de nuevo me dejaron como Adán en el Paraíso. Por poco me despojaban del dinero. En el patio de visitas seguían algunas familias. Varios compañeros se acercaron a preguntarme cómo me había ido. Al ver mi semblante lo adivinaron todo. Yo busqué en silencio un rincón para platicar con mi tristeza.

A las cinco de la tarde terminó la hora de la visita. Retiraron las carpas y cobertores, recogieron todo y nos ingresaron de nuevo, en fila india, cargados con las cosas que sacamos al patio esa mañana. En la puerta de La Perrera, tomaron lista, y entramos como nos fueron nombrando. Adentro hicimos fila de nuevo para el único baño destinado a las veinte personas que estamos aquí. Al fin llegó mi turno. Me concentré en imaginar que el agua se llevaba las emociones vividas ese día. Al salir me encontré prácticamente en una fiesta. En medio de mucho ruido merendaban, veían televisión. Yo busqué dónde recostarme para reflexionar, tratando de encontrar algo positivo en el entorno. Vino a mí la imagen de Luz invitándome a descubrir lo rescatable de cada momento: “Toda situación lleva consigo un regalo, concéntrate en descubrirlo y estarás bien”.

Por más que lo intentaba no lograba ver lo positivo. El lugar estaba sucio, predominaban los malos olores, las paredes estaban atestadas de objetos colgados. Cerré los ojos esforzándome por encontrar lo positivo.

Recordé cómo mis compañeros se prepararon para recibir la visita, cómo propusieron ideas, crearon espacios para estar lo mejor posible con su familia a pesar de las circunstancias. Sin herramienta alguna, ni clavos ni armellas, lograban montar las carpas y conseguían colgar sus cosas en las paredes. Crearon una logística para ir al baño y para asearlo cada dos horas. En especial el Caguama hacía un gran esfuerzo por mantenerlo limpio. Circulaban refrescos, café, cigarros, dulces, gracias a compañeros con iniciativa. ¡Dios! Qué ciego había estado concentrándome en lo que no me gustaba, quejándome, juzgando hasta las sábanas colgadas como cortinas, sin valorar lo útiles que eran. Al observar mi entorno desde la comprensión y la compasión, tomé el regalo que el momento me ofrecía. Por primera vez sonreí con sinceridad ante lo descubierto.

Morfeo apareció llevándome por un viaje en la libertad de los sueños.

Me despertó abruptamente el estrépito y los gritos provenientes de un golpeteo a una lámina, tal vez un portón. Casi al instante escuché del exterior de la celda, un sonido que sólo conocía en películas: el corte de cartucho de las armas. ¡La Perrera era un caos! Los compañeros estaban de pie, arrinconados en posición de guardia con las cadenas amarradas en las manos para usarlas como armas.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Levántese, güero! Al parecer hay un motín, y si los que están adentro del penal llegan aquí, ya nos cargó la chingada.

—¡Van a entrar a la fuerza o nos van a incendiar! —dijo otro compañero lleno de pánico.

Me incorporé al grupo armándome con las cadenas de los grilletes en las manos, listo para defenderme. Los ruidos continuaban sin que alcanzáramos a ver nada por la cortina negra. Se

escuchaban golpes en los portones, gritos, órdenes, pasos de gente correr de un lado a otro. Uno de nosotros se acercó a la puerta de la celda tratando de ver qué ocurría. Los minutos se alargaban tensándose como nuestros nervios. Escuchábamos ruidos que por desconocidos ignorábamos cuánto peligro encerraban. Todos estábamos apanicados. Poco a poco, con una lentitud que a mí me parecieron años, el ruido fue disminuyendo y el grupo, como un solo individuo empezó a tranquilizarse. Después vimos a través de una rendija que pasaban cargando en camillas a varios sujetos, algunos iban cubiertos con sábanas. ¡Los muertos! Detrás desfilaron más camillas transportando gente herida. Pronto confirmamos que sí hubo un motín. Por fortuna, La Perrera se mantuvo a salvo, gracias a los guardias que aseguraron bien los portones, logrando contenerlos y resguardarnos de los amotinados.

Mis entrañas estaban intoxicadas por el exceso de adrenalina, la sangre se me helaba, transpiraba en exceso, temblaba. ¡Olía la muerte! Así estuve varias horas asustado, viendo pasar la noche, escuchando el resuello de ese individuo colectivo que recuperaba la calma, y yo, como parte de él.

Probé un poco de alimento. Me sentía vulnerable ahí adentro. En cualquier momento me podían arrancar la vida y con ella mis sueños. En mi mente apareció la imagen de Luz. La escuché preguntarme: “¿Medardo, a qué sentimiento te estás enganchando?” Al miedo, atiné a contestar, al tiempo que tomaba consciencia de que mis compañeros vibraban en el temor, tal vez por tener cuentas pendientes con gente de otros bandos criminales. Yo no tenía por qué estar así. Sabía que mi vida corría peligro ahí adentro; cada minuto se estaba al filo de la navaja, pero no tenía líos con ningún criminal y podía elegir conservar la paz.

Memorias de Miguel

Al día siguiente nos citaron en el juzgado. Se le tomaría la primera declaración a Medardo. Sábado, día de fiesta familiar, se confirmaría a un sobrino.

—Uriel, discúlpanos a Medardo y a mí. No estaremos con ustedes hoy. Detuvieron a Medardo.

—¿Queeeeé? ¿Pues qué hizo?

—Estamos en eso. Creo que lo confundieron. Está conmigo mi amigo José del Ángel, un abogado penalista. Por favor no les digas nada a nuestros padres. Ni a nadie más.

El problema era avisarles a mis padres, lo cual me colocaba en un dilema ético. Por una parte, era el abogado de Medardo, por tanto, estaba impedido para dar información del caso. Por otra parte, mis padres son nuestros padres.

Desde ese momento iniciaba un extenso recorrido que me llevaría a buscar las palabras precisas para llegar a ver la luz al final del túnel. Sin arriesgar la salud de nuestros padres.

En el Juzgado “H” en Materia Penal Federal, presenté a Medardo con José del Ángel. Ya se habían visto, no atinaron a recordar dónde, pero coincidieron que ocurrió años atrás. Procuré conservar la serenidad y no contagiarme de la ansiedad de Medardo. Él nos narró su versión. Nosotros apenas tuvimos tiempo de hojear el expediente de aproximadamente 500 fojas, lleno de documentos, actas constitutivas, altas en el fisco, contratos y estados de cuenta bancarios supuestamente firmados por Medardo; también testimonios de apoderados de empresas donde aseguraban haber hecho tratos comerciales multimillonarios con él. Todo esto dio al licenciado Victoriano elementos para ordenar la aprehensión.

Como abogados necesitábamos conocer la verdad y de ahí partir para hacer una estrategia de defensa. En este punto me hice a un lado y dejé que José del Ángel le exigiera a nuestro cliente total honestidad sobre lo presentado por el juzgador. Medardo negó todo, desconoció la empresa “La raya verde”, desconoció sus firmas y el haber hecho operaciones exorbitantes con negocios foráneos.

Esto me dejó más tranquilo, pero con mucho mayor compromiso de conseguir la absolución de mi cliente en el menor tiempo posible, porque no nos iba a alcanzar para la cuantiosa fianza que solicitó el juez para llevar el proceso fuera de la cárcel.

El caso era muy especial por quien iba a defender. La sinergia con José del Ángel era mejor para mí, porque en cuanto vinieran cosas complicadas para el inculpado, él podía decir las cosas fríamente sin involucrar emociones.

Llegó el juez, nos saludó de mano, y comentó que él ordenó aprehenderlo, y que era importante salvaguardar su integridad física. Él podría actuar rápido ante cualquier situación de peligro para mi hermano. Me quedaba claro que se refería a la “prontitud” de los tiempos penitenciarios, que distaban mucho de actuar de inmediato ante las emergencias.

Medardo respondió rabiosamente al juez que toda la acusación era un montaje, una vil y total mentira. El titular del Juzgado “H” se limitó a decir que eso se tendría que probar. Nos miró a José del Ángel y a mí, como diciendo: “Explíquenle a este joven que es lo que sigue. ¡Aterrícenlo!”

Así lo hicimos. El resto de la audiencia se llevó a cabo. Medardo acató lo acordado por nosotros, sus abogados, y concluyó la sesión. Me quedé tranquilo con las palabras de José del Ángel respecto del juez:

—Es un hombre recto e inquebrantable —concluyó—. Una persona ecuánime e imparcial.

Finalmente se llevaron a Medardo al penal de Oso Grande. Lo que seguía era elaborar una estrategia para comunicar la noticia a la familia. Este tipo de eventos son muy fuertes, y en este caso fue complicado para mí, como hermano, notificador y abogado del ahora procesado, lo cual complica mucho el asunto. Era quien tenía que dar la cara hacia todos lados. A mis padres, a la sociedad y al Estado. Cargaba sobre mis hombros la tarea de sacar a Medardo de esa jugarreta del destino, guardando el equilibrio entre mis roles.

Ya solos, José del Ángel y yo afinamos la estrategia:

—Vamos a apostar por las pruebas periciales para desacreditar las firmas —le dije a José del Ángel—. Hay que citar como testigos al notario donde hicieron el acta de esa empresa, y al dueño de la imprenta que imprimió las facturas.

—De acuerdo —respondió entusiasmado—, y mientras va sucediendo el juicio, prepararé un amparo indirecto para ver si por ese lado sacamos a Medardo del bote. Según su versión, los federales irrumpieron en el edificio sin orden de cateo y la invasión de propiedad privada en una detención es totalmente ilegal, así podemos tumbar todo sin quemar los cartuchos de la estrategia principal. Por favor, Miguel, encárgate de conseguir los videos del circuito cerrado de cámaras del edificio donde vive tu hermano.

—Hecho. Yo me encargo de esa parte —acepté mientras caminábamos rumbo al estacionamiento—. También hay que preparar denuncias contra la notaría y el Registro Público de la Propiedad y Comercio. Hay que demandar a los bancos por corrupción bancaria porque permitieron la apertura de cuentas falsificando identificación y firmas.

—Manos a la obra, Miguel —De pronto me detuvo. Mostraba esa mueca retorcida que pretendía ser una sonrisa y que ya le conocía—. No voy a cobrar nada por este asunto.

—Te lo agradezco en nombre de mi hermano, José del Ángel, pero esto es trabajo —contesté y le entregué un sobre amarillo cerrado.

El reino de las almas endurecidas

Los días pasaban. Cada vez llegaba más gente detenida a La Perrera y los espacios se reducían. Interactuaba con mis compañeros, a excepción del que vendía los refrescos. Un tipo de nariz chata, cabello chino, estatura baja, complexión gruesa y abdomen pronunciado apodado El Morelos. ¡Era bastante agresivo! Estaba por homicidio. Acuchilló a un rival bajo los efectos de las drogas y el alcohol. Me lo dijo en una ocasión que me llamó y de manera inexplicable se desahogó conmigo. Me contó santo y seña de cómo cometió el homicidio, no sin antes darme una introducción a su dura y golpeada vida delictiva. Después de esta conversación decidí guardar la debida distancia.

Conforme transcurrían los días aprendía a sobrellevar el encierro. La mayor parte del tiempo la pasaba con los grilletes puestos. Cuando me iba a bañar le pedía al guardia que me los retirara.

En ocasiones a los nuevos nos sacaban a los escritorios cercanos para formularnos algunas preguntas a modo de entrevista. Al parecer reunían datos para un perfil psicológico y criminal. Frente al escritorio de pie y encadenado, bien custodiado, contestaba una infinidad de preguntas, mientras el personal descansaba en sillas acojinadas. Nadie ahí parecía advertir el maltrato psicológico y moral al que nos sometían. Ese lugar estaba lleno de almas endurecidas que no notaban el dolor que ocasionaban con su ignorancia. A mí me resultaba inevitable no darme cuenta del sistema que construimos como sociedad. Existía un gran abismo entre la forma de interactuar con los reos, a quien se nos veía y trataba como a animales salvajes, y el resto de los seres humanos.

Las conversaciones a modo de confesión que sostenía con algunos compañeros eran cada vez más frecuentes. Me estaba convirtiendo en una especie de confesor. Una vez platiqué largo rato con El Caguama. Éramos tan diferentes y a la vez tan iguales. Habíamos pasado por situaciones similares, sólo que en rubros distintos y de pronto estábamos en el mismo cruce de caminos: la cárcel. El Caguama era amante de la adrenalina. Dentro de su rudeza y su imponente físico, habitaba un ser humano noble, el compañero más talentoso de La Perrera, un verdadero artista para realizar tallas de figuras religiosas en jabones y huesos de aguacate con tan sólo un pedazo de alambre de siete centímetros y un bolígrafo.

Los tendedores de ropa también eran obra de él, igual que toda reparación de abanico, microondas o televisiones. Pero, sin duda, su habilidad más grande era la de mantener la paz dentro del lugar. Muchas riñas potenciales se reducían a conatos gracias a su habilidad como negociador. Entendía muy bien a la gente.

Era el encargado de la limpieza del baño, lavaba ropa, vendía dulces artesanales. En el patio de visita, fabricaba una recámara de quita y pon con un mínimo de privacidad para quienes buscaban intimidad con su visita. El Caguama era un hombre muy disciplinado. Noche a noche extendía sobre su pecho un papel escrito por ambos lados, como queriendo que por osmosis le llegase al alma, mientras oraba con fervor.

El Garrido fue con quien más conviví. Me dejaba encargado de su tienda de cigarros cada vez que él tenía que ir al baño o cuando dormía la siesta, lo que ocurría con bastante frecuencia. Me

entretenía vendiendo cigarrillos, leyendo, conversando, y cuando había espacio y oportunidad de estar sin grilletes, haciendo un poco de lagartijas y sentadillas. Las conversaciones con El Garrido eran muy amenas. Él era fan de las frases matonas de cierto locutor muy popular en Monterrey.

El Garrido era un conquistador nato. Desde su aposento carcelario controlaba cuál de sus novias venía a verlo, programaba concienzudamente las visitas evitando que coincidieran una con otra. Entre sus conquistas locales estaba la chica que le traía cigarros de la tienda, a quien le enviaba recaditos con frases amorosas. A diario me pedía ayuda para redactar algo seductor. A mal santo se encomendaba. Lo hacía por compartir su afición a la galantería.

El Garrido robaba residencias. Esa era su segunda estancia en la cárcel. Le quedaban pocos meses para cumplir su condena.

—¿Qué piensas hacer saliendo? —pregunté.

—No lo sé. Tengo seguridad de un buen trabajo con un familiar.

—Y luego, ¿vas a trabajar ahí?

—No sé, Medardo.

—¿Por qué, Garrido? Si ya no quieres volver a la cárcel, y te están ofreciendo chamba, considérala, puede ser una oportunidad.

Se quedó pensativo unos segundos antes de decirme.

—Es que a las ratas nos encanta andar entre la mierda. Además, si vuelvo a las drogas ya valí madre.

—¿Algún proyecto con tu novia la formal?

—Peor el asunto. Ella es fardera.

—¿Qué es eso?

—Así se les dice a las mujeres que roban en los supermercados o en las tiendas. Son las que se esconden las cosas entre la ropa, bajo la falda.

Sus palabras me dejaron sobrecogido. Cómo las personas circulamos entre los mismos dos puntos una y otra vez.

Me perseguía el recuerdo de mis constantes fracasos y éxitos en los negocios. Por desoír a mi corazón seguí por mucho tiempo poniendo oído atento a charlatanes que, con labia excelsa me vendieron ideas; gente que solía usar para su beneficio a las personas, tratarlas como objetos; gente que disfrutaba pisar a otro ser humano y pasarse de listo para escalar en el mundo económico, sin importarles el daño que producen. “Se llaman pendejos —me dijo Luz entre carcajadas— y pululan, Medardo, pululan”.

En este escenario tan diferente pude comprobar que yo también anduve entre la mierda, entre gente dispuesta a fregar, como atinadamente los describió El Garrido.

Memorias de Miguel

Armé un plan en mi cabeza con la secuencia de hechos para presentarme ante mis padres y darles la noticia. La primera nota era el aviso de la detención. La segunda era la del inicio del proceso. La tercera sería darles los tiempos probables de duración del juicio. Pero antes me subirían al pódium de las preguntas: por qué ocurrió la detención, quiénes lo involucraron, dónde viven, a qué se dedican, ¿realmente existía una relación entre ellos y mi hermano?, etcétera.

Había que enterarlos de la situación, aunque sin suministrar tanta información que pusiera en riesgo el caso, y esperar el bombardeo de preguntas. Ya meditado el punto, decidí dar la mala nueva el miércoles siguiente. Ese día no había visitas en el penal, lo que les daría tiempo de asimilarlo y prepararse para ir al día siguiente a verlo. El jueves Santo iniciaríamos como familia un calvario de vida penitenciaria.

Llegué a casa de mis padres, me senté en una silla de la mesa de la cocina, y me armé de valor para presenciar el dolor de mis padres. A medida que articulaba las palabras ellos entraban en confusión, incapaces de creer lo que les decía. Emergió la preocupación en sus rostros, todo se les vino abajo, las preguntas surgieron al por mayor. Una a una fui respondiendo con toda calma. Querían verlo de inmediato. Les expliqué cómo estaba la logística de las visitas, el tema de llevarle comida; yo me encargaría de proporcionarle ropa, y de estar atento a su departamento, de ver cómo estaban las cosas en su edificio.

Ellos trataron de asimilar los hechos, levantaron la cabeza, se llenaron de entereza y valor. Declararon su confianza en mí, como abogado, en que yo sacaría a mi hermano de esa confusión. Finalmente manifestaron estar listos para visitar a Medardo sin importarles que les sometieran a las excesivas revisiones de los penales, durante todo el tiempo que durara esta travesía.

Familiares y amigos

Las visitas en La Perrera eran todos los días. Por la mañana podían ir las mujeres y por la tarde los hombres. En ambos casos sólo se les permitían quince minutos. Los abogados gozaban de horario irrestricto.

Las dos primeras semanas en La Perrera fueron una montaña rusa emocional para mí. Mis padres se enteraron de mi situación y se organizaron para verme todos los días. Jamás los había visto tan desencajados. Les impactó verme en un sitio tan sucio, encadenado, rodeado de criminales y delincuentes. Les puso el alma en un hilo. Desde los barrotes de La Perrera intentaban entender mi nuevo mundo. Tomaban aire, me daban ánimos, me reiteraban su apoyo y solidaridad.

Un día venía mi padre y otro mi madre. Los domingos me visitaban ambos. Llegaban al patio de visita, cargados con alimentos suficientes para compartir con todos los compañeros, especialmente con quienes no recibían visita.

El día que los guiaron al patio por primera vez, la impresión fue demoledora. Estar dentro de una prisión, conviviendo con su hijo encadenado como un animal, como el resto de los compañeros y sus familias; presos de un calor insoportable, y totalmente carente de higiene. Por fortuna no se rindieron porque sabían que su hijo era inocente. Cada día que me visitaron se las arreglaban para ayudar y hacer obra social.

Cada persona que me visita en La Perrera no puede ocultar su dolor e impresión al verme en estas condiciones inhumanas. Un buen día llegó Justino, mi mejor amigo. Pálido peor que muerto. Su barba frondosa fue incapaz de ocultar lo que su rostro gritaba. De haber estado en una mesa de póker, todos los jugadores hubieran sabido quién recibió las peores cartas. En cuanto pudo articular palabra conversamos. Diez minutos. Me expresó su indignación. Me entregó una enorme bolsa con botanas, sin duda muy necesarias para sazonar a esos momentos. Se despidió ofreciendo su ayuda en todo lo que estuviera al alcance de sus manos. Yo me quedé viendo como

desapareció frente a la reja. Ahí iba Justino, compartiendo mi sentir en otra de mis duras experiencias de la vida.

Mi hermano Miguel, venía seguido a verme. Cada vez que pasaba tiempo con él, me invadía una calma enorme, su pacífica presencia era inamovible, a pesar de que las cosas iban lentas en el proceso legal. Sabía que él y su colega estaban haciendo el mejor de los esfuerzos en mi caso jurídico. El carisma de Miguel llevaba a mis compañeros a pedirle asesoría, incluso algunos de ellos lo contrataron para resolver su situación legal.

Memorias de Luz

Horas más tarde, me enteré de que no salió, que la fianza era proporcional al monto de lo que creían que Medardo no había declarado. Era una suma estratosférica. Me comentaron que Medardo había dicho:

“¡Esto es un completo error! ¡No voy a permitir que nadie pague ningún soborno para que yo pueda salir de aquí! ¡Soy una buena persona, creo en la justicia y quiero verla actuando! ¡No me voy de aquí hasta que la autoridad reconozca su error!”

Así que Medardo fue trasladado de nuevo a las perreras en el penal de Oso Grande donde solo podía permanecer un mes arraigado.

—Tenemos que hacer todo lo posible para que no lo internen en ese penal, porque de ahí no sale vivo —prorrumpió Justino apesadumbrado.

Mi mente se movía a toda velocidad buscando entre mis conocidos a quién pedir ayuda. En tanto, cada noche le enviaba Reiki a distancia y hacía oración por Medardo, rodeándolo en un óvalo de luz, hasta quedarme dormida.

*

Habían pasado solo tres días de la detención y yo ya había investigado el protocolo para entrar a ver a Medardo. Me puse de acuerdo con una amiga, nos enfundamos en faldas blancas y camisetas claras. En el penal nos topamos con muchas sorpresas. El soldado de la entrada nos regresó una y otra vez: “Sin aretes ni pulseras”. “Aquí no entran las llaves del coche, las tienen que dejar a resguardo en aquel tejabán de enfrente”. “Tienen que hacer fila y esperar”, nos decía cada vez que pretendíamos el acceso. Al fin cumplimos con el protocolo y a punto de registrarnos en la ventanilla, caí en cuenta que debía dejar mi identificación oficial y permitir que me fotografiaran. Sin reparar en la consecuencia, salté la valla de la fila, mi amiga me siguió sin preguntar, y nos dirigimos a la salida.

—Lo siento —atiné a decirle a mi amiga, después de dos horas de espera sin lograr el objetivo—. No puedo con esto, buscaré otra forma de ver a Medardo.

Por mi mente pasó la posibilidad de dejar grabada mi foto y mi identificación oficial en la computadora de la prisión, con todos los datos que facilitarían las futuras extorsiones. Evalué y decidí que el daño podría ser mayor que el beneficio de visitarlo y brindarle algún tipo de apoyo moral.

Con la frustración a cuestas regresamos trayendo con nosotras las más espeluznantes historias de las mujeres que encontramos ahí, quienes al vernos tan nuevas nos pusieron al tanto de esa

dramática realidad.

Fue entonces cuando me acordé de Amparo. Quince años atrás fuimos mamás catequistas en el colegio de nuestros hijos. Luego nos reencontramos cursando un diplomado de Logoterapia; más tarde fui invitada a formar parte de la planta de maestras del diplomado en Desarrollo humano en una universidad local y la invité a colaborar. La última vez que nos vimos me platicó que estaba por terminar la maestría y trabajaba en su tesis, algo así como un programa de Desarrollo humano en los penales de la ciudad. Aquel trabajo académico sería la primera semilla de un gran proyecto que con el tiempo y su esfuerzo se consolidaría como una Asociación Civil para luego convertirse en una Fundación. ¡Amparo era la persona adecuada!

Una imagen tomó forma en mi mente: visualicé a Medardo como colaborador en el proyecto de Desarrollo humano de los penales. Elucubré la forma de ganar-ganar-ganar para presentársela a Amparo.

Llamé a Amparo, contenta me saludó, la puse al tanto de la situación y le pedí apoyo moral para la familia de Medardo en este trance amargo. Aceptó de inmediato.

—¿Dales mi teléfono, por favor!

Luego le hablé de la preparación de Medardo como yogui y como colaborador dentro de algunos programas de sanación emocional en los últimos años. Le hablé un poco del programa “Rumbo a mi espacio sagrado” que era el que manejaba en la actualidad, y abundé acerca del papel que desempeñó en el programa “De caminante a peregrino”. En ese ayudábamos a sanar a las personas a través de los elementos: tierra, agua, aire y fuego.

Nuestra conversación se extendió a lo largo de cuarenta minutos. Al final Amparo se mostró interesada en Medardo para encabezar un proyecto que traía en mente. De pronto me lanzó directo la pregunta:

—¿Ya lo fuiste a visitar?

—No —contesté—. Lo traté de hacer, pero me faltó valor —reconocí apenada.

—No te preocupes, todo irá bien —dijo—. Estaremos en contacto. Estaré pendiente de la llamada de sus padres.

Al colgar seguí con el auricular en la mano. La siguiente llamada que hacer era a los padres de Medardo. No tenía el gusto de conocerlos, pero sabía que ya les hablaba de mí y del trabajo en colaboración que veníamos desarrollando de unos cinco años a la fecha.

Me presenté, les comuniqué la intención. Agradecieron la ayuda, conversamos un poco, les reiteré mi apoyo en todo este trance, y nos despedimos. Al colgar me desplomé en la silla, una sensación de impotencia amenazaba con apoderarse por completo de mi mente. Pensé que eso era lo único que yo podría hacer en este asunto.

Una visita inesperada

Cierto día, al filo de la una de la tarde, después de la comida andamos sin los grilletos. Un guardia me llamó, levanté la vista y vi a Luz delante de la reja. Como resorte salí disparado a su encuentro. Ella abrió los ojos grandes como queriendo detenerme con la mirada. Una mujer la acompañaba. Luz se mantuvo detrás de la mujer quien se presentó:

—Hola, soy la licenciada Amparo, de la Fundación Promoción de Paz. Mi compañera es la licenciada Luz.

Luz se limitó a inclinar la cabeza en señal de saludo, manteniéndose en silencio. En mi mente las ideas se sucedían unas sobre otras sin saber qué estaba sucediendo, cuál era el papel de Luz aquí. Me quedaba claro que no venía como una visita porque estaba actuando como una perfecta desconocida. Amparo tomó de nuevo la palabra.

—He leído tu expediente y estamos interesadas en que trabajes para nosotras durante el tiempo que permanezcas detenido, es decir, mientras se resuelve tu situación legal. Tu aportación para con la Fundación... —Me concentré en Luz, su rostro afligido me rompió el alma. Ella era una guía y una gran amiga para mí, en qué la estaba involucrando, me pregunté mientras trataba de escuchar a la licenciada Amparo. Luz aprovechó un descuido del custodio e interrumpió a su compañera:

—Medardo, sé fuerte, todo va a estar bien, no te preocupes —su tono era suave, claro, directo. Al mismo tiempo tocó con su mano izquierda mi mano izquierda que estaba sobre la reja. Su compañera me tomó de la mano derecha y me dio un fuerte apretón. Ambas me sostenían la mirada, me confortaban dándome fuerza para sobrellevar el tiempo que durara esta pesadilla.

Fue como si el tiempo se detuviera este instante en que me entregaban un regalo de paz, de seguridad y de fuerza. Literalmente recibí de ellas luz y amparo. Sentí la frescura en mi corazón de saber que podía ser útil con todo lo que he aprendido desde que conocí a Luz, y que eso le sirviera a alguien mientras yo estuviera ahí dentro.

—¡Con gusto trabajo para la Fundación! ¡Cuenten conmigo! ¡Muchas gracias por el ofrecimiento! —Fue lo único que atiné a decir, mientras mis ojos reflejaban el entusiasmo y la alegría de vivir aquel momento hermoso.

Con una sonrisa ambas agradecieron al custodio y se retiraron.

Luz se estaba moviendo con la gente que conocía para apoyarme. No hay duda que todo esto lo fraguaba ella. Creí que hasta pactó con la Fundación una de sus acostumbradas negociaciones: ganar–ganar–ganar. Para negociar algo Medardo, piensa en que siempre son tres en la jugada: ganas tú, gana tu socio y sobre todas las cosas, gana Dios, me dijo un buen día.

A lo lejos escuché el sonido de la carcajada de Luz ¡Algo estaba pasando allá afuera! ¡Qué bárbara, sólo ella se concede la autoridad moral de carcajearse donde se le dé la gana!

*

La Perrera se seguía llenando cada vez más. Casi todos los recién llegados eran jóvenes que a duras penas alcanzaban la mayoría de edad. Los pleitos se hicieron más frecuentes. Yo me quedaba sentado en mi lugar todo el día y sólo me levantaba para ir al baño. A la hora de comer me servía de las vasijas que me llevaba a diario mi familia. Compartía con El Garrido, con El Caguama, con los compañeros que tuviera al lado. Esperaba a que tomaran una porción y se sentaran para no tener que comer con el trasero del alguno de ellos cerca de mi plato. Se tiraban pedos todo el tiempo.

La situación era cada vez más difícil de sobrellevar. Había menos espacio, aumentaba el calor y el ruido, en consecuencia, se complicaban las horas de sueño. Un día nos conté: sesenta y tres personas en La Perrera de veinte metros cuadrados. ¡Decían que habían llegado a ser hasta noventa! Ocho personas dormían en el baño con lo que nos obligábamos a tener bajo las cobijas un envase vacío de PET para usarlo de urinal, maniobra muy complicada por la carencia de espacio; o bien aguantarse toda la noche.

Los que estábamos en el cuarto teníamos que girarnos de costado para caber al dormir, y tener

cuidado al movernos de no golpear a los compañeros con los grilletes. Antes de dormir y de que nos apagaran las luces, conversaba un poco con El Garrido, por un lado, y El Caguama por el otro. A veces El Garrido se quedaba pensativo, con la mirada perdida.

—¿Qué pasa?

—Estoy muy desesperado, es mucha gente, no tarda en hacerse una bronca de las grandes —pronosticó.

—¿A poco sí? —contesté tratando de aligerar la plática.

—Me siento sofocado. Mira nada más cuántos chavos son —dijo El Garrido—. Además, ya nadie aguanta al Morelos por su agresividad. No tardan en darle una desconocida por gandalla.

El Garrido tenía razón, ese Morelos era un abusivo. Siempre se abalanza a la reja empujando a todos cuando iba el sacerdote, los martes y viernes, a las seis de la mañana, a dejarnos pan y galletas. Tomaba para él solo unas diez o hasta veinte piezas, sin importarle que varios se quedaran sin desayunar. Con aquel calor sumado al mal humor de algunos, las cosas estaban a punto de explotar. Pronto iban a tundir a ese pobre hombre que, para mí, reflejaba en todas sus acciones el gran dolor que llevaba dentro.

Las cosas se ponían tan mal que, cierta noche, El Caguama, siendo un tipo que procuraba la paz en este lugar tan difícil, me confesó apretando los dientes:

—Me aguanto de romperle la madre nada más porque no quiero problemas y porque ya voy a cumplir mi cana. ¡No trae nada ese cabrón! —Cerró los puños— ¡No me dura! En menos de un minuto, lo mato al pobre estúpido.

¡Vaya que El Caguama se estaba conteniendo! Era mucho más alto y fuerte que El Morelos, pero en este medio, nunca se sabe. Los reos conocían muchas mañas para herir de gravedad. Ahí no importaba si se trataba de un gorila lleno de músculos y experto en artes marciales. Igual le ganaban con sagacidad.

La fila para el baño se complicaba. El lugar estaba tan lleno que ya era difícil mantener el orden. No podía estirar el cuerpo, menos hacer ejercicio. Gracias al cielo, me entretenía con la tienda de tabacos. A veces platicaba un poco y leía libros que Luz me enviaba con mis padres. En ocasiones las lecturas se sincronizaban con lo que vivía, de tal forma, que no podía evitar que rodaran las lágrimas. ¿Cómo hace para saber cuál libro darnos en cada circunstancia? ¿Los ha leído todos o tendrá un ángel que le dice cuál elegir?

Memorias de Luz

Dos días después me llamó Amparo.

—Luz, quiero invitarte a un evento de graduación de unos muchachos en el penal de Oso Grande, mañana por la mañana. ¿Puedes?

—Claro, ¿dónde te veo? —contesté sin pensarlo.

—En la Fundación —dijo y a continuación me dictó el domicilio.

—¿Algún protocolo de vestimenta? —aventuré.

—No, a los voluntarios de la Fundación nos permiten entrar en jeans y camiseta polo de cualquier color.

—Muy bien, cuenta conmigo —y subrayé un Gracias que contenía, auténticamente todo mi agradecimiento.

—Quiero ver la posibilidad de que nos autoricen acercarnos a donde está tu amigo para que me lo presentes. Ya revisé su expediente.

—Qué bien, Amparo, me encantaría verlo.

—Solo necesito que tu actitud sea totalmente ajena a él —advirtió— Has de cuenta que no lo conoces.

—¡Cuenta con eso! —me comprometí sin saber si podría controlar mi reacción al ver a Medardo en aquellas condiciones.

Amparo no dudaría en pedir a la directora del penal que nos permitiera ver al sujeto cuyo expediente embonaba con el perfil que le interesaba a la Fundación. Tenía claro lo que Medardo podía aportar en el proyecto que estaba por iniciar. “Era la pieza del rompecabezas que faltaba”. Al parecer nos perfilábamos a lograr una gran negociación ganar-ganar-ganar: Medardo ganaría un lugar seguro donde sobrevivir este tiempo, además de un trabajo digno. Amparo ganaría un colaborador bien asesorado desde afuera por esta servidora. Y Dios ganaba tres alumnos más en la escuela de la vida.

A la mañana siguiente acudí a hacerle frente a la realidad carcelaria de nuestro país, enfundada en unos jeans, unas sandalias y una blusa holgada. Usé un mínimo de maquillaje, pedí un aventón para no comprometer el número de placas de mi auto. Evitaría dar indicios de posesiones que otros puedan desear. Las amenazas y extorsiones crecen con facilidad en ese lugar. Recordé a las mujeres que esperaban en la fila el día que intenté entrar. “Te fichan en todo, todo el tiempo te están observando”, “Si ven algo que no les gusta pones en riesgo de ser golpeado a tu familiar interno”, “Amenazan, extorsionan, hay que pagar por la sobrevivencia ahí dentro. Dinero a cambio de salvaguardar su vida. Así es la transacción”.

Ingresamos al penal de Oso Grande. Amparo era reconocida por su labor humanitaria, por lo que esta vez el soldado de la entrada nos recibió con amplia cordialidad y una ancha sonrisa, nos acompañó a la sala de juntas. De prisa ocupé la silla del rincón, tratando de pasar desapercibida —propósito casi imposible con mi estatura y mi estructura corporal—, y bajé la vista al suelo como indicando “No soy de aquí y no estoy aquí”. Intentaría levantar la mínima sospecha.

Me vi en un ambiente desconocido, entre personalidades de gobierno enfundados en elegantes vestimentas. De pronto, para mi sorpresa, una mujer de la comitiva se detuvo en la puerta, y lanzó una pregunta en voz alta:

—¿Lucy? —Lucy me llamaban de niña, de joven, de estudiante. ¿Quién podría ser la mujer que me nombraba? “No debe ser a mí”, pensé tratando de calmar el corazón que ya galopaba a toda velocidad solo de imaginar poner en riesgo el plan con Amparo. Mantuve la mirada fija en el suelo, pero por el rabillo vi que una mujer se me acercaba, y sin más se plantó frente a mí:

—¿Lucy?, ¿eres tú? —dijo emocionada.

Salté de un brinco de la silla al percatarme de su cercana presencia, y caí abrigada en el abrazo más cálido, seguro, firme que una excompañera de la facultad puede ofrecer. ¡Dios, qué bien se sintió ese abrazo! Me tumbó el estrés desde la nuca hasta el coxis.

—¡Alma!, ¡qué gusto volver a verte!

La alegría nos colmó, e intercambiamos unos pocos datos. Dijo trabajar para gobierno en un puesto de subdirección y que estaba invitada al evento. Yo me presenté como voluntaria y amiga de Amparo, y que la estaba acompañando. A medida que el tiempo pasaba fueron llegando más personas ostentando rangos cada vez más altos, hasta completarse la comitiva. Una vez reunidos, la directora del penal nos dio la bienvenida invitándonos a su vez a comer al final del evento en esa misma sala de juntas. Agradecemos la atención y nos pusimos de pie.

Temazcal en movimiento

Las visitas de fin de semana se tornaron incómodas. Ya no se nos permitió quitarnos los grilletes más que para ir al baño porque unos días atrás se fugaron tres internos de una celda de arraigo. Fuimos advertidos por el personal de seguridad: “¡Si los vemos sin los ganchos, los castigamos a todos!” Era cada vez más incómodo y doloroso moverme en el patio de visitas. La queja era generalizada. Cada día se volvía más difícil lidiar con el excesivo trato inhumano, el calor, las heces fecales de ratas y cucarachas que convertían en un foco de infecciones aquel reducido espacio. El calor aumentaba debido al tumulto. A los niños y a los bebés que venían con la visita, los remojaban en una cubeta grande para evitar que se deshidrataran. Era muy alta la posibilidad de que los niños contrajeran sarna u hongos. Las cobijas que se tendían en el concreto para los familiares eran las mismas que usábamos para dormir en La Perrera. La situación dejó de ser incómoda para ser caótica ¡Éramos más de setenta personas!

Habiendo rebasado el mes en este lugar fui conociendo a más reos, como a don Germán. Era un hombre mayor, religioso, noble, tranquilo, apegado a su familia; un abuelo respetado entre los compañeros de La Perrera. Llegó quince días después que yo. Venía de adentro del Penal de Oso Grande. Me contó que lo rescataron de milagro, que casi lo mataban allá adentro. Otro era El Sombreado, un tipo enorme, de más de 130 kilos, con múltiples tatuajes y mentón cuadrado. Luego estaba Lucho, quien se había hecho mi compañero de *lunch*. Llegó a La Perrera a la semana de mi llegada. Lo aprehendieron por transportar droga. Era muy joven, no pasaba de los veintidós años. Me platicó que no era de la región. Su familia carecía de recursos económicos, por lo que era muy difícil que lo visitaran. Con él conviví mucho.

Juan Naranjo era el tipo recio y musculoso que me dio la bienvenida en la sala de abogados la noche de mi aprehensión; el que me aconsejó que pidiera que me arraigaran para que no me fueran a matar. A un mes de aquellas primeras palabras aun recordaba vívidamente la sensación del estómago encogido en el puño de la mano por el miedo.

Juan Naranjo era un reo respetado por su larga carrera delictiva. Estuvo preso en un condado de California y en otro de Texas. En México fue acusado de homicidio. Era un tipo valiente que por las buenas era muy compartido, repartía la comida en abundancia. Nadie le buscaba pleito porque era de todos conocida su mecha muy corta. Nadie se atrevía a molestarlo, nadie, ni si quiera el abusivo del Morelos.

*

El primer lunes de mayo papá y mi hermano Mariano vinieron a traerme una Biblia, abundante comida y ropa limpia. A los pocos minutos de habernos despedido, un grupo de custodios encabezados por el comandante y el médico, se plantó frente a la reja.

—¡Señores! —clamó— ¡Atención! Mi personal de seguridad nombrará a algunos de ustedes. Quiero que de inmediato salgan y pasen a entrevista con el médico.

—¡A la madre, ya es el traslado! —dijo El Caguama. — ¿A dónde nos irán a llevar?

El pánico se apoderó del ambiente. Respiré la inseguridad, la incertidumbre de los compañeros que tenían cuentas pendientes con gente recluida en alguna de las prisiones a las que estaban por

mandarnos. Las cosas se les iban a poner muy feas. Brotaron los empujones, las agresiones verbales, el lugar se tornó denso. Me propuse permanecer lo más tranquilo posible. Observé la escena. Me salvaguardé dentro del perímetro del Caguama. ¡Oh Dios! ¡Cuán vulnerables somos!

Estar ahí cumpliendo una pena mientras demostraba mi inocencia a un juez, no me definía como preso. Ser un preso es caminar por una línea muy delgada que separa a la vida de la muerte, el sosiego de la tortura. Ser preso es quedar totalmente desprotegido a merced de quienes dirigen la prisión: seres desprovistos de alma que deciden con prepotencia a dónde enviar a cada hombre.

—¿Qué pasa, güey? —pregunté al Garrido, que fue empujado a mi lado.

—Andan *ondeados*, no saben pa'ónde los llevan —remató.

—Pues a ver qué pasa. ¡Ya me toca a mí salir! Yo también ando... ondeado —un mes atrás le hubiese dicho “Temeroso” o “Miedoso”.

—Pues yo creo que si te vas, prepárate. No te puedes llevar nada más que lo que traes puesto —dijo mientras nos movíamos como un grupo de reos compacto y denso, como una enorme gota de aceite.

—¡A la madre! Te encargo los libros, Garrido, porque los tengo que devolver. Son oro molido para la persona que me los prestó.

—Cuenta con ello —me aseguró.

Esa era la segunda vez que me arrancaban de tajo de un lugar sin poder llevar nada. Bendita lección de desapego.

—¡Medardo Salvatierra Roble!

Salí de La Perrera vestido con el traje de baño como bóxer con el que llegué, unas bermudas, una playera interior blanca y tenis. Llevaba dinero en efectivo que me dejó mi familia. Al momento de salir vi al Morelos que, como animal, se abalanzaba vorazmente sobre la comida que mi familia me acababa de traer.

Nos llevaron a un pequeño cuarto donde mi malestar creció. Había un abanico descompuesto y un sanitario a la vista de todos. El médico me formuló un par de preguntas, luego escribió el número dos en la hoja a un lado de mi nombre, y me lanzó a un grupo de unas cincuenta personas, como si fuese fardo de ropa vieja. El calor sofocante y húmedo, el aire reciclado y la falta de higiene de los compañeros componían una mezcla hedionda que iba recubriendo las paredes de mi nariz, inundando la garganta. En un impulso cerré la tráquea evitando que el fétido olor bajara a mis pulmones. Quería salir de ahí corriendo, espantado por la podredumbre que flotaba sobre nosotros como una neblina tóxica. Me refugié en mis pensamientos para abstraerme de la peste. ¿Qué debía aprender? Dios mío, ¿qué debía aprender en medio de este hacinamiento humano?

Mis ojos se concentraron en don Germán quien mostraba un semblante tranquilo, lo que me sosegó. A su derecha estaba El Sombreado, y Lucho atrás de él. Uno de los custodios me sacó del sopor al pasar lista y verificar los grupos. Luego el comandante se abrió paso entre nosotros; tras él un custodio cargaba un montón de grilletes. Nos formaron de dos en dos. Nos encadenaron la pierna izquierda de uno con la derecha del otro; la mano derecha de uno con la izquierda del otro, así, de dos en dos. Estaba encadenado a Juan Naranjo.

—Así se van a quedar el tiempo que les resta en Oso Grande —bramó por segunda vez el comandante—, y así van a viajar.

El día se me hacía eterno. Eran casi las cuatro de la tarde y sin comer ni beber desde las nueve de la mañana. Estaba agotado, habíamos pasado muchas horas de pie. Mi cuerpo ya no

respondía. Era un milagro que mi organismo no reventara después de estar un mes acostado o en cuclillas dentro de La Perrera, sin poder estirarme, y ahora de pie durante tantas horas. Para recargarme en la pared o sentarme a descansar, lo consultaba con Juan Naranjo. Qué ironía, aunque estemos en prisión nunca falta la compañía. La privacidad era una diligencia perdida.

Al cansancio se añadía el calor extremo. Las horas corrían como el sudor por mi piel hasta empaparme. Y para rematar, el humo de los cigarrillos. Cerré los ojos y escuché los latidos de mi corazón. Vino a mí el recuerdo de la tradición indígena del Temazcal al que Luz me invitó no hacía mucho tiempo atrás. “Entra. Este calor te ayudará a sacar al guerrero que llevas dentro” La imagen se apoderó de mí. Cada gota de sudor que resbalaba por mi cuerpo la relacionaba con la purificación que se vive dentro del ritual ancestral. Mi mente me transportaba al vientre de la madre tierra haciéndome comprender que la peste de aquel lugar era la emanación de nuestros miedos.

Abrí los ojos. Juan Naranjo me observaba.

—¿Qué pasa, Medardo? —me dijo con un gesto de auténtica preocupación—. ¿Te encuentras bien? Como que te fuiste a no sé dónde.

—Sí, Juan. Me fui, pero estoy bien.

Me vio fijamente. El cúmulo de lágrimas tatuadas en su rostro afilado asustaba a cualquiera, por momentos su mirada parecía un lobo a punto de atacar, pero en mí me generaba una extraña paz.

Los párpados se me vencieron de nuevo. El calor me desvanecía hasta abandonarme en el confinamiento y regresarme al temazcal carcelario donde el sudor aún brotaba purificándome. Agradecí a Luz por haberme llevado a conocer estos rituales que me proveían un refugio en esos momentos difíciles.

Permanecimos en el cuartito de pie, y a veces acucillados, aunque era muy doloroso porque apretaban más los candados, de las 10 de la mañana a las 4 de la tarde. Finalmente, faltando unos 10 minutos para que fueran las 4 un celador se paró en la puerta para organizar la salida. Avanzamos en pares, con los grilletes cruzados, guiados por un custodio hacia la salida del penal. A medio camino dos agentes vestidos de civil nos entrevistaron. Sentados tras un escritorio, cotejaban expedientes, fotos, preguntaban, comprobaban nuestra identidad. A su lado dos militares armados hasta los huesos observaban cada movimiento. Yo me sentía cada vez más mareado por la falta de comida y agua, sólo mis emociones exacerbadas me mantenían en pie. Por un momento sentí el aire que me rozaba la cara y aspiré profundamente al cruzar la puerta. Nos condujeron hacia un enorme camión negro, blindado, provisto de una hilera de ventanas enrejadas a cada lado. Nos nombraron por pares. Juan Naranjo y yo subimos en cuarto lugar. Adentro el calor se intensificaba. Estaba todo cerrado como un auténtico bunker. Atravesamos una jaula con asientos a cada lado, supuse que era para transportar a los internos peligrosos. Seguimos por el pasillo. Nos acomodaron en la penúltima fila. Juan Naranjo ocupó el asiento de la ventana y yo el del pasillo. En total el bunker contaba con 32 asientos e iban a meter a 53 personas. De nuevo se constataba la falta de tacto y el trato inhumano para los privados de la libertad. Pudieron acomodar a compañeros en las jaulas de reos peligrosos, así no estaríamos tan apretados, pero no lo hicieron.

Una vez más cerré los ojos tratando de calmarme. Respiré profundamente, visualicé el vapor del temazcal presintiendo que venía lo más difícil. En la cuarta puerta del ritual indígena, el calor se torna insoportable, las emociones se mueven con mayor intensidad, la mente galopa para salir del Inipi, los guerreros ancestrales se manifiestan a través del canto, los tambores retumban

clamando el palpitar del corazón ¡El ego se vence, resurge el fuego del espíritu! La intuición me dictaba que iba hacía allá “¡Aguenta guerrero, vas a salir de esta, El Gran Espíritu te escucha, ¡mantente conectado a tu divinidad, sé fuerte, véncete a ti mismo!” Mis ojos se llenaron de lágrimas, el coraje me desbordó, me sentía humillado, deshumanizado, golpeado hasta lo más profundo de la dignidad.

La diligencia se puso en marcha. Dentro del camión, además del chofer de la unidad, viajaban dos custodios armados que cortaron cartucho al momento de salir. Se ubicaron detrás de la reja de reos peligrosos. Resonaron las sirenas de tres granaderas que nos escoltaban, pero por el ruido podían ser más. Salimos a la avenida a toda velocidad, el convoy se desplazaba por el carril contrario bloqueándolo. La adrenalina puso a los compañeros de pie. En la banqueta la gente gritaba, saludaba; los compañeros regresaban el saludo, mentaban de madres, disfrutaban del traslado como si fueran de día de campo. Juan Naranjo no se inmutaba con el ajetreo y las sirenas. Iba sereno y seguro de sí. Los más chavos iniciaron un canto que secundó la mayoría. Era un himno a la delincuencia, que los llevaba a golpetear el piso, a tamborilear las butacas con los pies, como instrumentos musicales. ¡Eso era un festín! Yo iba lleno de rabia, sin compartir su alegría. El ruido dentro de las cuatro paredes móviles, blindadas, crecía y crecía hasta ser ensordecedor.

*Con cuerno de chivo, bazuca en la nuca,
volando cabezas al que se atraviesa,
somos sanguinarios, locos bien ondeados,
nos gusta matar,
pa'dar levantones somos los mejores,
siempre en caravana toda mi plebada,
bien empercherados, blindados
y listos para ejecutar...*

Mis emociones eran una carrera que avanzaban por mi cuerpo. ¿Qué estaba haciendo ahí?, ¿quién fraguó todo esto? Cerré los ojos tratando de evitar la explosión de llanto que amenaza con desbordarse. La presencia de Juan Naranjo me ayudaba a contener las lágrimas. De nuevo busqué refugio en el Temazcal. Me hundí en él, escuché el canto de los guerreros, de los tambores que sonaban sincronizados con el palpitar de la madre tierra. Ahora somos un solo y enorme latido. Nos contraemos, nos expandimos.

Abrí los ojos, los cánticos de mis compañeros continuaban. Agradecí tener un recuerdo dónde refugiarme, dónde dejar pasar mis emociones, soltarlas. Me enfoqué en vivir de lleno esta experiencia y la acepté.

Sentí que aminorábamos la velocidad hasta detenernos, llegamos a algún sitio. Se acabó la alegría y el canto. El silencio cayó como filo de espada. Nos ordenaron quedarnos con la cabeza gacha.

—¡El que la levante, tiene madriza asegurada! —amenazó el guardia—. Y no se les ocurra querer ver.

Fueron nombrando gente y en ese orden bajaban, con lo que se despejó el pasillo y se liberaron unos pocos asientos. Descendieron 27 compañeros de los 53 que abordamos en Oso Grande; iban con el rostro desencajado. Uno no pudo contener las lágrimas.

Mi boca se reseca cada vez más. Una voz clamó por un poco de agua, todos necesitábamos beber. El chofer nos gritó:

—¡No levanten la cabeza! —luego se apeó y se perdió entre los custodios y los reos.

Apenas se fue, la mayoría levantaron la cabeza, algunos se pusieron de pie.

—¡No mames, ya los encueraron! —escuché gritar a un compañero.

—¡Que poca madre mira, como se los madrean! —secundó otro.

—¿Qué onda con eso? —preguntó un tercero.

—¡Hay un cabrón con un celular tomando fotos a cada uno y ni si quiera es policía! —dijo el primero.

Sin aguantarme levanté la cabeza. Vi unas construcciones grises, polvosas, llenas de guardias y al fondo un letrero: “Penal del Manglar”. Los presos recién llegados estaban desnudos en una fila, contra una pared. Los custodios los golpeaban, los abofeteaban. ¡No pude ver más! Aquella escena me heló la sangre, agaché la cabeza, justo antes de que el chofer abriera la reja y nos dejara dos botes de agua de litro y medio.

—¡Tomen un trago y lo pasan!

Error. Apenas duró tres filas y se acabó. Escuché que la respiración de Juan Naranjo se agitaba mostrando su inconformidad por los gandallas que se acabaron el agua.

—¡Pinches culeros, agarren la onda, era para todos! ¡Chinguen a su madre! Todos estamos deshidratados, ¡Que poca! —les gritó Juan Naranjo en un tono al que nadie se atrevió a refutar... ese es el Juan Naranjo que todos conocemos. Por fortuna para los gandallas traemos bien puestos los grilletes por lo que el asunto no pasó a mayores consecuencias.

Mi cuerpo continuaba transpirando en abundancia. Una rara sensación se apoderaba de mí, me aseguraba que todo estaría bien. En tanto yo me repetía de manera constante *Estoy dentro de un temazcal sobre ruedas. Soy un guerrero ancestral que se sana a sí mismo.*

Subieron a las jaulas de alta peligrosidad del camión a dos reos del Manglar. Un hombre de unos cuarenta y cinco años, estatura media, de jeans y playera roja tipo polo, una cicatriz le atravesaba el rostro en diagonal, enfatizando su semblante de pocos amigos. El otro era un joven delgado, de baja estatura no mayor de 25 años. Iba de jeans y playera holgada. Estaba completamente marcado, desde la cabeza rapada hasta el último centímetro de piel al descubierto. Su rostro exhibía lágrimas, estrellas y otros tatuajes desconocidos para mí.

Los custodios aseguraron la jaula y la reja que nos separaba de ellos. El personal de seguridad y el chofer se dispusieron a continuar el recorrido, cortaron cartucho y arrancó el motor. Nos lanzamos a toda marcha. Estalló el atronador aullido de las sirenas, las torretas emitían luces cegadoras. Los vaivenes del camino los amortiguaban las cadenas que nos mantenían unidos. Nos aguarda un segundo destino. Aprovechando la atención de la autoridad puesta en la carretera nos pusimos de pie tratando de ver los paisajes a través de las minúsculas ventanas enrejadas. Queriendo acomodarme la bermuda con la única mano libre, solté el barandal en el momento en el que el chofer aceleraba para rebasar, con lo que perdí el equilibrio. En cámara lenta me vi flotar en el aire directo a una caída inminente. Sabía que mi nuca pegaría directamente contra la esquina de la butaca trasera. Vi venir la muerte y ni cómo meter las manos si estaban encadenadas. Entonces sentí un tirón a la altura del pecho, y cómo mi cuello latigueaba por el impulso contrario. En la bruma vi la mano de Juan Naranjo que me sujetaba de la playera, y con fuerza descomunal me levantaba hasta regresarme a mi asiento.

—¡Ponte buzo, Medardo! —dijo firme, clavando la mirada. Su expresión era seria. Yo suspiré aliviado y lo miré con asombro y agradecimiento. Me sentía como un niño salvado por un súper héroe. ¿De dónde sacó la fuerza para elevarme como muñeco de trapo? ¿Por qué me salvaría? Quizá se salvó a sí mismo, porque al estar encadenados lo hubiera llevado conmigo.

“Casualidades o causalidades. ¿Tú qué crees, Medardo?”, oí la voz de Luz en mi mente.

Con semejante sacudida el panorama se aclaraba, la niebla del trato inhumano y de la injusticia

se disipaban, sólo quedaba la gratitud por sentirme vivo y un corazón renovado me motivaba. *¡Aguanta guerrero, saldrás de ésta y descubrirás una lección! ¡Animo! ¡Vamos! ¡Tú eres un hombre de lucha!* Es un gran momento dentro del temazcal, al final de la cuarta puerta la fuerza física es casi nula, solo el espíritu me mantiene en pie, escuchaba los gritos y los aullidos de los reos. Eran como los de los indios nativos americanos gritando incesantes, a todo pulmón. El golpeteo de los tambores retumbaba, hacía vibrar cada célula de mi ser, mi corazón latía vigoroso, el espíritu de los chamanes se manifestaba, me protegía de la rabia y del coraje. Mi espíritu salía a flote. Pude respirar un momento. Aunque todo parecía desmoronarse a mí alrededor, me mantenía tranquilo.

A través de las rejas atisbamos cómo nos alejábamos de la ciudad. El paisaje se tornaba verde. Qué alivio volver a ver la naturaleza, el viento limpio entraba y disipaba un poco el calor ¡Era el fin del temazcal! Al terminar el ritual indígena se abren las puertas del Oriente y del Poniente para permitir el paso a Ehécatl, dios del viento. Agradecí a la Madre Tierra por darme a luz.

Memorias de Miguel

Los ojos de toda la familia estaban puestos en mi función como abogado. La presión aumentaba cada día. Llegó al máximo cuando recibí sus llamadas a cualquier hora para exigir resultados. Bendito Dios, no tuvimos como familia que reunir una jugosa suma para pagar abogado. Con el hecho de saber que se trataba de un caso que implicaba tantos millones de pesos, cualquier litigante nos pediría una suma importante equivalente a un porcentaje de lo que la ley reclama como deuda. Mi hermano carecía de esa cantidad y a la familia nos tocaría reunirla.

La familia no conocía de tiempos legales y exigía resultados al instante, pedía noticias a diario siempre esperando que fueran buenas. Aunado estaban las llamadas de los amigos a quienes también había que darles sosiego y calma. Yo sabía que no podía haber la mínima posibilidad de error en este caso penal, puesto que me responsabilizarían del fracaso y no del éxito. Medardo no tenía ninguna implicación en el fraude fiscal del que le acusaban, por lo que la victoria del caso tenía que pasar por sí misma, pero en el supuesto de un fracaso, ese sí sería mi responsabilidad por el mal manejo de la defensa.

La perspectiva me dejaba con doble carga sobre los hombros. Ese no era un trabajo más, necesitaba mantener la cabeza fría en aquel triple compromiso: como hermano, como hijo y como abogado. Tenía la obligación moral de sacar adelante el barco, de impedir hundirse, ya que el procesado por ser mi hermano-cliente, me pedía resultados como abogado mientras me trataba como hermano. En casa sucedía lo mismo: esperaban de mí resultados como abogado y me trataban como hijo. He ahí lo complicado de mi labor en todo ese tiempo.

La Ciénaga

Una vez transmutado el sentimiento, mis ojos se concentraron en el atardecer. A lo lejos vislumbé los edificios del que sería mi destino.

—Llegamos a La Ciénaga —dijo una voz dos asientos atrás del mío. Nos recibió un custodio que abordó el vehículo.

—Mantengan la cabeza gacha —indicó en tono imperativo y se marchó.

Bajamos la cabeza. Un breve olor de petricor trajo consigo un bochorno aún más insoportable. Enfoqué la mirada en una gota de sudor que recorrió mi nariz y cayó al suelo del búnker. Un oficial nos ordenó que bajáramos para luego escoltarnos hasta la entrada.

—¡Manténganse agachados o se los lleva la chingada! ¿Oyeron? Llegando aquí se dejan de pendejadas, obedecen u obedecen —gritó, mientras el camión se movía unos cien metros más adelante—. ¡Sigán con la cabeza abajo, cabrones! Muy chingones allá afuera para hacer sus mamadas ¡ahora aquí se chingan!

Un tercer oficial subió gritando indicaciones. Caminamos por pares, agachados, con los grilletes cruzados en manos y pies. Los custodios resguardaban el trayecto, mientras nos gritaban y golpeaban a medida que avanzábamos.

—¡Muévanse rápido, culeros! ¡Apúrense, cabrones!

Juan y yo apuramos el paso. De pronto oí un chasquido ¡zas! Se zafó el grillete del pie izquierdo. Una descarga instantánea de adrenalina me recorrió el cuerpo ¡Pensarán que me quiero escapar!

—¡Giren por la derecha y no levanten la cabeza para nada! ¡Muévanse culeros!

Llegamos a un área cerrada. Los ladridos de los perros se intensificaban con el eco. ¡El corazón se me quería salir del pecho! Nos metieron a una celda de tres por dos, provista de una cama de concreto del lado izquierdo y a la derecha un lavabo y un retrete también de concreto. Nos colocaron en el espacio disponible del pasillo central, hasta el fondo, viendo la pared. Nos formaron en filas de dos en dos. No podíamos recargarnos y seguíamos obligados a mantener la cabeza agachada. El castigo parecía no tener fin, ya no soportaba el cuello de tanto mirar al suelo. La zozobra me carcomía, tenía la vista fija en el grillete desganchado ¡me van a golpear!

—Ya valió madre, Juan, se soltó el grillete. Seguro me va a ir peor —Juan permaneció en silencio, yo escuchaba su respiración agitada, a punto de explotar.

El insoportable calor se mezclaba con el hedor del retrete, y atraía a los zancudos que se daban un banquetazo en mi piel sudada y pegajosa. Ya estaba anocheciendo, la luz era tenue, solo nos alcanzaba la que se colaba por los barrotes de una ventana. De pronto un oficial entró y nos quitó los grilletes a los seis dentro de la celda. Guardó silencio al descubrir mi grillete suelto. Suspiré ¡Me salvé de una golpiza!

—Así quédense, hijos de sus pinches madres, ¡pinches mugrosos! ¡Aquí se alinean por que se alinean!

La respiración de Juan Naranjo se agitaba aún más, lo vi de reojo, vi una lágrima caer de sus ojos. Su respiración se tornaba aún más agitada. Estaba furioso. Si las circunstancias fueran diferentes, pelearía. Era un tipo muy bravo, podía con varios custodios, pero tenía que aguantar, conocía el precio de golpear guardias en las prisiones de Estados Unidos, lo había vivido. Sabrá Dios qué historial traía en su haber ese hombre. Volví la vista al suelo. Respeté su espacio

La tortura continuaba. El hedor a orines con sudor y una mezcla de sonidos conformaba el estrépito cruel al cual la sociedad continuaba sorda. El grito ahogado del dolor en mi cuello se sumaba al aullido de los compañeros tratados a golpes a medida que reingresaban a La Ciénaga, retumbaba en mi mente, en la memoria del corazón, como en las paredes mudas de esta cárcel.

A los chiricuazos le siguió el ruido de las maquinas eléctricas que rapaban las cabezas de los recién regresados, los ladridos de los perros que acorralaban amenazantes a los prisioneros, la violencia verbal y física del personal, el hedor a orines y a sudor. ¡Dios, qué nos esperaba a los que íbamos por primera vez a esa prisión!

La respuesta no tardó en llegar. Salimos de la celda, sin levantar la cabeza. Nos formaron siguiendo el contorno del edificio, y nos ordenaron que nos desnudáramos. El dinero lo querían aparte. Ahí estaba prohibido el efectivo.

—Nosotros se los depositamos —aseguró el oficial.

Me desvestí con el cuerpo contraído. Los perros amenazaban, mostraban sus colmillos por la retaguardia, muy cerca de nuestros traseros, pasaban por el frente, muy cerca de los genitales, sus ladridos retumbaban sobrecogiéndome el alma, haciéndome temblar hasta la médula. ¡Cuánto deseaba que eso terminara! Sin embargo, la inspección apenas comenzaba.

Entró al área un número considerable de oficiales, tomaron nuestra ropa, revisaron cada costura, cada pliegue. Al parecer todo estaba en orden. Pasamos la primera prueba. Ninguno llevaba armas, alambres, drogas o dinero escondido. En seguida vino la revisión personal. Inmediatamente un guardia nos mandó acuclillarnos manteniendo la cabeza gacha. Nos fue ordenando, uno a uno, abrir la boca para revisarla. Un compañero traía billetes escondidos en la boca. Lo agarraron a chiricuazos y golpes bajos. Finalmente le arrebataron el dinero.

—Esto no te lo vamos a depositar, por tranza —remataron.

Oficiales entraban y salían del área. Nos ordenaron ponernos de pie y nos formaron en media luna. Nos cubrimos los genitales con las manos. Al fin nos ordenaron levantar la cabeza. Uf ¡qué alivio! ¡Fue la gloria!

Frente a nosotros se colocó un oficial con muchas insignias en su uniforme. Tenía facha de ser el mandamás.

—Quiubo, hijos de su pinche madre. Soy el sargento Pérez. Vine para decirles en su cara que aquí vienen a estarse con el culo derecho —dijo el hombre de tez aperlada, alto, ojos rasgados, voz de ventarrón—. Cualquier pendejada que hagan, me voy a enterar, les daré una golpiza y me los llevaré castigados. Se los advierto en frente de las cámaras que está registrando todo, para el día que fallen, ¡les den su putiza a gussstoooo!

Un oficial nos fue entrevistando a cada uno sobre nuestro estatus legal, apodos o pertenencia a algún grupo delictivo. Al parecer para determinar en qué área encarcelarnos y evitar enfrentamientos entre pandillas o grupos. Por fin se nos ordenó vestarnos. A los veintiséis nuevos presos, junto con los dos reos de alta peligrosidad nos encaminaron a una celda pequeña ¡Madres!, aquí vamos a estar más apretados que en Oso Grande.

Más tarde se presentaron dos tipos del otro lado de los barrotes. Uno resultó ser el comandante Aníbal, jefe de la seguridad del penal. Era un tipo moreno, más bien bajo de estatura, delgado. Portaba uniforme impecable. A su lado estaba Pedro Salido, alcaide de La Ciénaga, el reverso de la medalla del comandante. Era blanco, de estatura media, ventrudo, con pantalón de vestir café. La corbata de cuadros no tenía nada que hacer sobre la camisa de manga larga y celeste que se abombaba con cada respiración. Llevaba lentes de aumento cuadrados. Sin embargo, nos brindó un agradable y educado discurso, lleno de recomendaciones de buena conducta para nuestra permanencia en ese lugar. Al terminar se retiraron.

Los guardias nos llevaron en fila y esposados al área de comportamientos. Bendito Dios, esta vez nos permitieron levantar la cabeza. Pasamos al pabellón, dimos vuelta a la derecha sobre un largo pasillo, hasta detenernos frente a una reja grande. El guardia portero realizó visibles esfuerzos al abrirla. Al parecer era de fierro muy grueso cuyo peso dificultaba el deslizamiento sobre sus ruedas metálicas. La reja estaba contigua a un cubículo para las visitas. Continuamos por el pasillo hasta desembocar en un túnel parecido a los pasadizos de los castillos medievales: estrecho con paredones de concreto de triple altura y poca iluminación. Descendimos por una

larga escalera. Esta vez celebré ya no traer los grilletes. Caminamos un tramo interminable. Al fin llegamos a otra escalera por la que remontamos hasta topar con otra reja donde un guardia nos dio el acceso.

Metros adelante nos encontramos con una puerta más. Esa abría de forma electrónica. El ruido de los motores que la impulsaban captó toda mi atención. Una parte de mí trató de grabar aquel sonido. Al abrirse la puerta del todo salimos al aire libre. Por instinto tomé una bocanada de aire. ¡un gran regalo! Ya era de noche.

Avanzamos hasta un punto donde convergían varios pasillos de alambrada. Nos guiaron a la derecha hasta topar con una reja abierta por la que accedimos. Ahí nos esperaban dos oficiales quienes nos retiraron las esposas y nos registraron. De nuevo nos ordenaron desnudarnos, tomaron nuestra ropa, la revisaron. En mis tenis encontraron el chip que registraba la distancia y la velocidad de los recorridos durante el ejercicio. En la revisión anterior expliqué que mis papás me trajeron esos tenis sin saber que eran los que usaba para correr, y a los oficiales no les causó problema. Ésos lo meditaron un momento y se lo arrancaron para quedarse con él. El asunto no pasó a mayores ¡Gracias a Dios!

Entramos a un edificio de dos pisos con muchas celdas construidas a lo largo. Era el área de comportamientos. Oí decir a un compañero que los prisioneros nuevos y reincidentes permanecían unos días para ser observados y decidir qué ambulatorio habitarían durante el tiempo que estuvieran en prisión. En ese pabellón también asilaban a los internos por algún pleito o a los que necesitaban proteger su vida por tener cuentas pendientes.

Lo primero que vi al entrar fueron las escaleras situadas en ambos extremos del edificio con más de cuarenta celdas construidas en toda la orilla en ambos niveles y la esclusa de la guardia.

A Lucho, don Germán, El Sombreado y a mí, nos llevaron en fila a la última celda del segundo piso. Ahí conocimos a quien habría de ser nuestro anfitrión: El Pelos. Era un chavo de apenas unos veinte años, tez aperlada, cuerpo atlético, torso desnudo y tatuado por completo. Llevaba el cabello casi a rapa a excepción de un mechón largo que nacía en la coronilla y de ahí se derramaba y al menor movimiento, bailoteaba en torno a su cabeza. Al vernos llegar se puso de pie:

—Qué onda, carnales ¡Aquí El Pelos! Pasen a su nuevo cantón.

—¡Están chidas tus rayas! —dijo El Sombreado por saludo, señalando las cinco calaveras tatuadas en el hombro. El resto saludamos con un leve movimiento de la cabeza.

Fue una de las pocas veces que escuché expresar algún sentimiento o emoción al Sombreado. Desde que llegó a La Perrera, El Sombreado se la pasaba en silencio, afuera del baño, sentado en una cubeta volteada. No sé cómo lo aguantaba la cubeta. Era enorme, gordo y de rostro endurecido. Por su mentón muy afilado, la mirada pesada, ojos amarillos de gato, parecía muy agresivo.

Don Germán era todo lo contrario. Muy delgado, de apenas un metro con cincuenta y cinco centímetros, era un niño con cara de señor —de hecho, compraba sus zapatos en el departamento de niños— al que permanentemente le jugaban bromas. Cuando llegó a La Perrera hubo fiesta porque la mayoría lo quería a su lado por su peculiar tamaño petite; además era visto como héroe porque sobrevivió a 15 días de golpizas propinadas por los presos dentro de Oso Grande.

Por su parte Lucho era joven, delgado, mediano de estatura, muy blanco, cabello muy negro, abundante, cejas pobladas, nariz pronunciada. Cuando llegó a La Perrera, de inmediato se pegó como muégano con El Caguama, a quien le ayudó en las talachas. Era más bien apocado. Durante días le compartí de mi comida y cena.

El lugar estaba muy oscuro. En la pared del fondo había una ventana con barrotes por la que se colaba un leve destello de luz artificial, en el suelo pululaban bichos rastreros. La celda medía unos tres metros de frente por cinco de fondo; las paredes de gruesos muros de concreto armado, sin luz eléctrica y la lámpara del pasillo estaba fundida. Pegada a la reja del frente se extendía una pequeña barra y un banco de concreto; inmediato a ella una cama tipo bunker y atrás de ésta un muro de metro y medio dividía el área común de la regadera, y en exhibición para todo aquel que pasara frente a la reja, la taza del baño, de cemento, con asiento de acero inoxidable y un lavabo que no servía.

—Pos pa'colocar mis tiliches, vedá —dijo El Pelos quien seguía mi recorrido visual de la celda.

—Órale, qué bien —contesté con una leve sonrisa y mirándolo a los ojos.

Un escalón dividía el baño del piso donde supuse que dormiríamos los recién llegados. Y un tendedero se extendía desde los barrotes de la ventana a la reja de enfrente.

El Pelos no paraba de hablar:

—Ahorita los acomodamos. Yo duermo en la cama, es mía ¿Traen cobijas para tender? — Casi sin respirar alzó la voz dirigiéndose a la celda contigua —¡Eh, compas! Pásense unas mantas — Luego nos explicó—. Aquí la cosa es tranquila. Yo ando erizo, me trajeron castigado porque como me gusta el box, le puse una putiza a un wey en un motín, casi le rajo su mandarina en gajos. Sería una raya más —se señaló con el índice las calaveras tatuadas en el hombro.

En cinco minutos advertí la dura naturaleza de mi nuevo compañero, y sin embargo me sentía calmado. No exudaba maldad, sino que de sus ojos emanaba la luz cavernosa del miedo ancestral al que respondía con los puños. A pesar de mi nueva condición de riesgo me sentía calmado. El estrés del traslado había terminado. Además, aunque estaba muy sucio y éramos cinco reos, había mayor movilidad que en La Perrera. Di unos pasos y tuve la extraña sensación de moverme sin jalar, pisar o empujar a nadie más. Entre este sitio y La Perrera la mejora era abismal.

Me metí a la regadera, me duché y bebí el agua fresca sin importar si era potable. La llave estaba compuesta por un palo de escoba y una manija. Entre ambos se abría y cerraba el paso del agua para evitar que chorreara. Por estar alejados de la urbe ahí disminuía el calor. Uno a uno los compañeros se fueron bañando. Frescos y limpios, tanto como se podía estar en esas circunstancias, caímos en cuenta que no habíamos probado alimento en todo el día. Bueno, nosotros no. Los zancudos sí, que no dejaban de maltratarnos. Un compañero de la celda de lado nos ofreció unas tortillas doradas, con cebolla y unas cobijas para dormir. Agradecemos el recibimiento y justo en ese momento escuchamos un grito en los pasillos:

—¡Raaaaaacho! ¡Llegó el raaaaaacho!

—Qué raro, si ya lo dieron temprano —dijo El Pelos, y sin agregar palabra nos dio una vasija a cada uno. De pronto un tipo metió un cucharón entre los barrotes y sirvió lo que sería mi primera comida carcelaria: un guiso de papa con jamón que acompañamos con las tortillas fritas donadas por el vecino de celda.

Después de cenar tendimos cobijas en el suelo. No era mucho pero sí representaba un alivio que nos aislaba del suelo asqueroso. La cama de concreto la ocupó nuestro anfitrión, quien rápidamente puso remedio al problema de los zancudos: forjó tirabuzones de papel higiénico con saliva que pegó en las paredes. Al encenderlos el humo dispersó a los incómodos devoradores. Una vez más fui testigo de la creatividad carcelaria, más fuerte que las carencias, capaz de encontrar soluciones.

—Buenas noches —cerré los ojos. Alguien contestó:

—Buenas...

En mi mente pasé revista al ajetreado día.

¿Qué pasará con Juan Naranjo? ¿De dónde sacó esa fuerza descomunal que evitó que me desnucara? ¿Cómo es que un presunto asesino eligió salvarme?

El silencio de la noche llenó los minutos. Agradecí a Dios por dejarme saborear un grano de bondad entre tanta oscuridad. “Gracias por permitirme equiparar la experiencia del traslado con la de un temazcal, eso me ayudó a sobrellevarlo”.

Desperté con la sensación de que alguien me observaba. El Pelos, desde lo alto de su bunker, fijaba su mirada sobre mi cabeza. Intrigado giré despacio. Una cucaracha enorme merodeaba a dos centímetros de mi coronilla. Por mi sobresalto corrió por la pared hasta perderse entre el acero inoxidable de la taza del baño y el concreto. El Pelos sonrió, se volvió hacia el muro, reconcilió el sueño y un minuto después reverberaban en la celda sus ronquidos profundos. Aún no daban las seis de la mañana.

Sentía picazón en todo el cuerpo. Me revisé y descubrí cientos de cucarachitas caminando por mi cuerpo, invadiéndome del torso a los pies. De un brinco llegué a la taza del baño donde me sacudí con fuerza. Regresé a la cama aun con el efecto de los bichos caminando por mi piel. La sensación continuó un buen rato más. Cada nuevo lugar al que me asignaban guardaba sus secretos insalubres.

De pronto escuché el trino de unos chileros. Si permanecía con los ojos cerrados la imagen podía ser linda. Si los abría el efecto era doloroso. Cómo podía haber tanta belleza en un sitio tan triste. Y sin embargo ahí estaban las aves iluminando el lugar.

Con los días fui advirtiendo la presencia de chileros en la zona de los dormitorios; también me alegró saber, según mi compañero experto canero el Pelos, que en los otros ambulatorios llegan calandrias coloridas a posarse en las estructuras.

Seguí con la mirada el canto y descubrí un nido en la lámpara del pasillo, justo afuera de la celda. Ese paneo me puso frente a la visión del rancho de la mañana ya en la barra de concreto. Me incorporé para encontrarme frente a un pan con frijoles para cada uno. El Pelos despertó y se molestó en cuanto vio la ración.

—¡Siempre lo mismo! —gritó refunfuñante—. ¡Sabe que estoy castigado y erizo y lo hace adrede! El pinche ranchero nos deja hasta el último. Como estamos hasta el final del pasillo a veces no alcanza la comida para esta celda.

Con optimismo esperaba que el problema de la comida se arreglara de un momento a otro en cuanto se acreditara el efectivo que traía.

Durante el traslado nos había comentado un compañero que ya había estado en la prisión de La Ciénega que sólo se usaba dinero electrónico. Nos asignaron un número de cuenta del Banco de la cárcel en la que los familiares depositaban o bien, si se era empleado en una labor interna, el gobierno transfería un sueldo. Con dicho saldo uno podía comprar según lo que hubiese disponible en cada ambulatorio.

El día transcurría en paz, con buena vibra en la celda. Pasaba a segundo plano el desquicio del día anterior durante el traslado, el abandono del rancho por estar en la celda con un preso castigado, el deterioro del lugar y la falta de iluminación —que lo compensaba el nido de los pájaros.

Don Germán, Lucho, El Sombreado y yo nos sentíamos muy bien, aunque cada uno por sus razones. El Sombreado insistía que ahí estaba bien chido, al compararlo con Oso Grande, donde, según él, había “puros pinches mugrosos”. Lucho decía que en La Ciénega había botana, es

decir, alimentos, lo que le evitaba pedir lonche a los demás. Lo que lo puso alegre de manera especial, fue enterarse de la existencia de talleres y fábricas, y de la posibilidad de ser aceptado. Esto significaba que podía hacerse de un dinerito, poco, pero aun así representaba un alivio monetario para su familia. La Ciénaga le brindaba a don Germán una sensación de seguridad. Decía que en Oso Grande nunca estuvo tranquilo y que le agradecía a Dios Padre haber salido vivo de ahí y deseaba estar pronto con su adorada viejita y sus hijos. Yo me preguntaba cómo serían las condiciones de su barrio si consideraba a la cárcel como un sitio seguro. En La Ciénaga cargaba con la Biblia a donde quiera que fuese, la leía cada que le fuera posible y a ratos nos compartía la Palabra.

Nos sentíamos renovados. Teníamos mayor espacio donde movernos y lo empezamos a disfrutar. En nuestras risas, en la ligereza de nuestros ademanes, en la suavidad de nuestros gestos se notaba que gozábamos hasta el aire que respirábamos. Parece contradictorio cómo se puede hablar del disfrute sin libertad. Pero la libertad no estaba atrapada entre los barrotes, sino disponible, siempre al alcance de nuestras manos, esperándonos en nuestras mentes.

Ese primer día El Pelos nos asesoró de los tejes y manejes de los internos de La Ciénaga. Por mi parte necesitaba dar prioridad a la limpieza. Había que exterminar la plaga de cucarachas. Esa era una decisión tomada.

Al llegar la hora de la comida dos compañeros repartieron el rancho. Los guisos eran puro caldo. Colocamos nuestros platos junto a los barrotes, los rancheros introdujeron un cucharón entre las rejas y vaciaron la comida ¡He ahí el problema de los insectos rastreros! El diámetro del cucharón era mayor al de la distancia entre los barrotes por lo que lo metían inclinado y una parte del guiso no alcanzaba a llegar a la vasija.

Los alimentos estaban insípidos. Supuse que preparar comida para cerca de tres mil personas debía ser una faena complicada, pero agradecí tener alimento. Después de comer, durante la plática de sobremesa, se acercó un custodio al pie de la celda:

—5217 —ninguno contestamos —5217 ¿Quién es el 5217?

—¡Ah, soy yo, oficial! —respondí.

—¡Siempre que digan el número que te asignaron al llegar en la media luna, usted conteste! Tome, aquí le mandaron estas pertenencias —dijo mientras abría el candado de la celda.

—¡Que bendición! ¡Vinieron mis padres! Dentro de la bolsa que me dejó el custodio encontré un recado escrito en el reverso de un comprobante de depósito bancario:

Medardo, venimos a verte nada más nos enteramos de tu traslado a La Ciénaga. Te trajimos comida, pero no dejan pasarla. Esperamos que te encuentres mejor aquí. Te dejamos cobertores y ropa. No te vamos a dejar solo, tienes nuestro apoyo. Te queremos mucho. Tus padres.

P.D. Te depositamos algo de dinero para que tengas para comprar lo que quieras en las tiendas que hay aquí. El teléfono está pendiente para la siguiente pues primero hay que dar de alta tu clave, que ya lo hicimos y después te podremos poner saldo.

Valoré el esfuerzo de mis padres de ir hasta allá que, según mis cálculos, distaba unos setenta kilómetros de su casa. Ese mensaje escrito es el tesoro más grande que me pudieron haber dejado. Me aferré a él.

Esa noche dormimos más cómodos, con el tendido acolchonado, y nos tapamos mejor.

*

—Hola, soy El Cuyo, el canastero —dijo un hombre robusto, blanco, de bigote ralo, cabello negro y voz lenta, apostado frente a nuestra celda. Nos fue mirando despacio, de uno en uno,

mientras abría el compás—. ¿Se les ofrece algo de la tienda?

Yo, extrañado, miré al Pelos quien me explicó que si quería algo de la tienda se lo encargara al Canastero. Él lo traía cobrando un refresco por la vuelta. Asentí suavemente con la cabeza y me volví al canastero:

—¿Venden productos de limpieza e insecticida?

—Sí, hay todo eso, además hay aceite de pino y aromas —aseguró.

Formulé el pedido para limpiar la celda. Por fortuna esa ocasión hubo todos los productos. Ese día fue de limpieza profunda que iniciamos con una buena fumigación. Arrancamos esparciendo veneno en las paredes y rincones. Los bichos eran incontables. Conforme el fumigante hacía su efecto el piso se fue tapizando de cientos de animales. Lo peor llegó cuando vertimos el insecticida alrededor de la taza del baño, en los huecos entre el concreto carcomido y la lámina del asiento. ¡Ahí estaba la mata grande! Brotaban en cascadas. Cientos de cucarachas gigantes salían a borbotones erráticas y atolondradas. ¡Fue impresionante! ¡No paraban! Don Germán recogía las pequeñas, mientras que Lucho, El Sombreado y yo nos íbamos sobre los grandes; las juntábamos en platos de hielo seco a modo de recogedor, y las arrojábamos en la regadera, mientras El Pelos rociaba veneno en todo el lugar. En cada paleada que daba, alguna cucaracha trepaba a mis manos tratando de huir, lo que me provocaba ansia, picazón y náusea incontrolable.

Tras la ardua tarea de la fumigación lo que siguió fue cepillar y tallar todos los rincones con agua y detergente. Al no haber contactos eléctricos, aventamos agua por todos lados sin peligro de ocasionar algún corto circuito. Finalmente llegamos al último paso que fue desinfectar con aceite de pino toda la celda.

Así terminó este primer día en la celda de Comportamientos en la prisión de La Ciénaga.

Amanecí con los ojos pegados por las lagañas. Mis compañeros de celda estaban bien. Por suerte, me mandaron llamar del área de psicología y podría pasar a consulta médica. Por primera vez desde la aprehensión salí de mi área de confinamiento sin esposas, ni grilletes. Caminé hacia la Zona Técnica, sede de los estudios psicológicos, criminales, laborales y legales de los reos. Avancé por un pasillo alambrado de malla ciclónica. A un lado estaba un edificio de tres pisos, tal vez el área de visitas conyugales. Del otro lado había un campo de futbol que de inmediato me recordó al campo de fut que teníamos en el colegio de mi infancia y desde el que concebí el sueño de que algún día tendría mi propio equipo de soccer. Pasé de largo el acceso al túnel por el que llegué el día anterior. Después de recorrer varios pasillos encontré el área de enfermería y el ambulatorio de reos con enfermedades o lesiones. Subí por una escalera, topé con un filtro de seguridad, dije mi número de interno y me dieron entrada a las oficinas y consultorios médicos. El doctor me revisó.

—Aquí abundan las infecciones, pero con esto no debes tener problemas —dijo en tono amable cuando me entregó el kit de medicinas, y de paso me aplicó la vacuna contra la sarna, cual perro doméstico.

Esperaba que con el tratamiento desapareciera la infección antes de que viniera mi familia de visita. De con el médico pasé a la entrevista psicológica donde rellené formulario y algunos tests como los que aplican en las entrevistas de trabajo, como dibujar y narrar cuentos. Mientras lo hacía la terapeuta ni siquiera volteó a verme. Al terminar regresé a la celda, disfrutando la diminuta porción de libertad que me brindaba el transitar sin grilletes, ni esposas.

A diario despertaba a las cinco y media y aprovechaba que mis compañeros aún dormían para disfrutar un instante de la anhelada soledad. Me sentaba sobre la barra de concreto, escuchaba cantar a los chileros en su nido de la lámpara del pasillo, mientras esperaba la llegada del ranchero con el desayuno. Lo recibía y me aseguraba que alcanzara para todos mis compañeros, a la vez que negociaba un poco de agua caliente para el café, a cambio de un tabaco.

Cuando mis compañeros despertaban, desayunábamos. A media mañana nos visitaba el canastero; llegada la hora de comida nos sentábamos en círculo y al terminar nos recostábamos en el piso a dormir una pequeña siesta, antes de los ejercicios de media tarde. Practicábamos un poco de lagartijas, sentadillas y abdominales para que no se entumiera el cuerpo; luego el regaderazo antes de la cena y después platicábamos.

Con el transcurso de los días las actividades fueron haciéndose una suerte de hábito: ejercicio en las tardes, lecturas de la Biblia de don German, canciones de El Sombreado en las que los demás le hacíamos segunda; las anécdotas del Pelos en el barrio donde vivía. No eran pláticas de una vida sana, pero nos entretenía mucho. Lucho nos contaba sus planes de ser distribuidor de verduras cuando saliera de la cárcel.

Entre un tema y otro siempre había momento para contar chistes, que llegaban a otras celdas y también se reían. Una vez aproveché que la conversación se tornó seria, y platiqué que yo creía que Jesús era un maestro experto en el manejo de energía, por eso tenía el poder de sanar y resucitar. Todos se me quedaron viendo sin responder una sola palabra. No volví a tocar el tema. Al menos en público. Para conciliar el sueño yo hacía oración y me quedaba dormido en paz, canalizándome Reiki.

Por fortuna cedió la infección en los ojos con el medicamento, los hongos y las picaduras de insectos desaparecieron con la pomada. Así esperaba con ansias la visita de mis padres y mi hermano Miguel por primera vez en La Ciénaga.

Con el transcurso de los días, tomaba conciencia de las pérdidas a las que me enfrentaba al ser arrancado de mi vida privada. Me costaba asimilar ese encierro, extrañaba los vínculos sociales, la privacidad para bañarme y evacuar. Ahí todos eran testigos de cuánto tardaba, si olía o no y hasta cómo me limpiaba ¡Era demasiado! A veces equiparaba aquella situación con el programa televisivo *Big Brother*, donde encerraban a los protagonistas mientras los observaban para deliberar quién saldría y quién continuaría, con la gran diferencia que ahí se sorteaba un jugoso premio que ganaba el que más tiempo permaneciera dentro. Era así como engañaba a mi mente. La hacía creer que estaba dentro de un juego del que era protagonista. Ese juego me ayudaba a no deprimirme.

Cada día me encontraba con nuevas situaciones que me costaba superar, como el hecho de usar un número en vez de mi nombre: ¡Era indignante! A la par estaba el problema crónico de la higiene y las malas condiciones del lugar. ¿Cómo era posible que pasara esto? ¿Dónde había quedado la parte humana? ¿Por qué en pleno siglo XXI seguíamos siendo tan rudimentarios como sociedad? ... y pensar que allá afuera existen personas preocupadas por dar calidad de vida a los animales, cuando no hemos logrado darle a la comunidad humana una vida digna. ¡Qué errados vivimos!

Memorias de Luz

Yo nunca había entrado a un penal. Me sentía segura al lado de Alma, quien siempre fue una mujer fuerte, optimista, y relajada durante nuestros años en la facultad de psicología. En pocas palabras: yo tenía a un ángel conmigo. Alma, Amparo y yo pasamos por todos los cercos de seguridad, nos introdujeron a cuartos privados de tres en tres donde nos revisaron levemente por encima de la ropa cumpliendo el protocolo. En la medida que avanzábamos nos topábamos con más y más cercos de seguridad donde de nuevo dábamos datos y nos pedían mostrar nuestra identificación. Pasábamos a revisión —siempre por encima de la ropa. Amparo me iba explicando donde estaba ubicado todo: “Ahí está la sala de abogados, ahí la visita conyugal, acá el área de mujeres, acá vamos a poner una guardería...” No dejaba de darme el tour mientras avanzábamos, no sé si para disminuir mi estrés o para que mejor volteara a verla a ella y evitar que los demás notaran mi cara de desconcierto ante toda aquella nueva realidad. De pronto mis ojos se plantaron en unos jóvenes que caminaban encadenados de pies y manos, ¡peor que animales de zoológico! Al verlos liberar una épica batalla para avanzar, el corazón se me apachurró como si un puño lo estrujara con fuerza. Sostuve la respiración. ¡Dios, cuánto dolor! “Ese también podría ser yo”, pensé. La comitiva fluía con paso firme, como si no existieran las personas encadenadas. Casi era una escena surrealista. ¿Acaso solo yo notaba la presencia de seres encadenados?

Recordé el viejo proverbio “Al lugar que fueres, haz lo que vieres”, y así lo hice. Me limité a actuar como si yo fuera otra variable de esa ecuación. Continué caminando hacia adentro del penal de Oso Grande, mientras pensaba qué podía hacer para que Medardo nunca pisara ahí adentro. Era todo tan ilógico: yo estaba adentro, pensando cómo evitar que él pisara ahí.

Mientras avanzamos “al teatro”, Alma, me comenta que padecen una plaga tremenda de ratas, que no encuentran solución para estas condiciones insalubres; que en este penal son muy frecuentes los motines. Una vez dentro advertí cuánta semejanza guardaba con el redondel de una plaza de toros: un espacio central rodeado de muchas puertas, como un pequeño poblado del oeste. Alcancé a ver el consultorio médico, el teatro, la tienda y algunos otros establecimientos. Seguimos caminando entre una valla de soldados y oficiales, hasta llegar al teatro. Un lugar oscuro y climatizado con aires lavados nos esperaba con una hilera de asientos reservados para nosotros. Para mi bendición, Alma y Amparo me flanquearon. Estuvimos ahí más de tres horas, una eternidad dentro de aquella energía tan densa. Los internos presentaron obras de teatro, cantos, y bailables antes de recibir su diploma en reconocimiento de cien días sin drogas. El tiempo pasaba, yo no veía la hora de ver a mi amigo, trataba de imaginar dónde estaría esa área de las perreras, pero no atinaba a acertar.

*

El evento concluyó y regresamos a la sala de juntas en el área administrativa. A Amparo y a mí nos tocó sentarnos a cada lado de la directora del penal. Amparo aprovechó para comentarle el caso del interno que llamaba su interés. De inmediato la directora hizo venir a un guardia para que nos condujera y custodiara a las celdas donde estaba Medardo. No teníamos por dónde

abandonar la sala de juntas pues todo el espacio estaba bloqueado por otros comensales. Cruzamos miradas y nos escurrimos por debajo de la mesa, lo que causó la risa en los presentes sin cuestionarnos a dónde íbamos tan de prisa y sin probar alimento. Todo con tal de lograr el doble objetivo de ver y contratar a Medardo para el proyecto de la Fundación.

Justo en la entrada del recinto entre las áreas administrativas y el ingreso al penal, estaban las perreras. Pronto advertí que habíamos pasado por ahí más de cuatro veces esa mañana, pero una cortina negra impedía el contacto. Al llegar nuestro custodio indicó a otro guardia a quién queríamos ver. Este nos ordenó no tocar la reja, ni acercarnos —como si se tratara de animales feroces y corriéramos el riesgo de ser mordidas—. Ambas asentimos con la cabeza.

—¡Medardo, tienes visita! —gritó el oficial—. Acércate a la reja.

Medardo obedeció. Ahí estaba mi amigo: aseado, erguido, en pants grises con una pequeña línea anaranjada en un costado y camiseta fosforescente del mismo tono. Se sorprendió y al verme sonrió. Rápidamente abrí los ojos cuanto pude, meneé la cabeza con una ligera negativa. Ante la inesperada reacción de Medardo, Amparo se apresuró a decir:

—Hola, Medardo, mi compañera y yo pertenecemos a una Fundación que se dedica a promover la paz a través de diferentes actividades. Hemos revisado tu expediente y creemos que puedes ser un excelente colaborador. ¿Estarías interesado en trabajar para nosotros una vez que se te asignen el lugar en que permanecerás durante tu proceso legal?

—Claaaaro, nada me encantaría más que transmitir todo lo que sé y ponerlo al servicio de los demás —aceptó categórico—. Por favor, cuenten conmigo.

—Gracias. Muy pronto te volveremos a contactar, en cuanto te asignen el lugar a donde te van a trasladar.

—¡Gracias a ustedes y mucho gusto! —Agregó feliz y sonriente.

Nos dimos la media vuelta y nos retiramos. Mientras caminábamos Amparo me aferró el brazo:

—¿Por qué no me dijiste antes? ¡Qué sorpresa me he llevado! ¡casi me caigo al verlo!

—¿Por qué no te dije qué? —pregunté desconcertada pasando rápida revisión a lo acontecido queriendo atinar dónde estuvo mi error para merecer semejante apretón.

—¡Qué muchacho tan guapo!

En ese momento una sonora carcajada me brotó del alma tumbando todo el estrés acumulado. Casi puedo asegurar que Amparo lo hizo a propósito para desafanarme de tan cruda y fuerte mañana.

—¡Ay, Amparo!, solo tú logras hacerme reír en este lugar. En casa lo vemos como un hijo más; este muchacho se ha sabido acercar a mi marido y a mí en muchas actividades, como el senderismo, los temazcales y hasta en cenas de aniversario matrimonial se presenta en casa para conocer a la familia —continué hablando—. Ya lo vemos como un entenado. Cuando lo conocí era gordo, barbón y feo, nunca me percaté de su belleza física hasta hoy que lo haces notar. Es un hombre de gran corazón. Dios quiera que sea útil su servicio a la Fundación y, sobre todo, te agradecería si tienes alguna injerencia en que esto se pueda hacer realidad. Lo único que pretendo cuidar en este tiempo es que no se le envenene el corazón.

—¡No te preocupes, toda irá bien, ya lo verás!

Volvimos a la Fundación. Agradecí profundamente a Amparo, me despedí y caminé como zombi hasta el metro para volver a casa. Iba fuera de mí, ajena al momento presente, repasando todo lo sucedido: el encuentro con Alma —a la que, desde ese momento, contemplaba como posibilidad de ayuda en el traslado de Medardo a un mejor lugar—; lo hablado con Amparo, la prestancia de Medardo. Evalué que me veía más decaída yo que él con todo este asunto. Sin duda

fue una mañana de energía muy densa en la que privaba el olor a muerte. De pronto me sentí abatida. El estrés acumulado desde el día anterior me estaba ganando la batalla. Todo lo que deseaba era llegar a casa bañarme, despojarme de lo vivido, comer algo y prepararme para la larga jornada de trabajo en el consultorio esa tarde.

!Cumpleaños;

El día de mi cumpleaños tenía un mes y nueve días en prisión. Me sentía sin ánimo de compartirlo. En la visita de mis padres el fin de semana anterior, me dieron la noticia de que ya tenía saldo para hablar por teléfono. Me explicaron que se marcaba una clave compuesta por el número de reo más el mes y año de nacimiento, y al final el número al que se quiere llamar. Así que esa mañana estaba impaciente por hablar con mi familia. Me parecía que el guardia se estaba tardando mucho en pasar por la celda. Por fin llegó un custodio a dar el rondín:

—Jefe, por favor, necesito salir a hacer una llamada — le dije del modo más convincente que encontré.

—No puedes salir de la celda —él también contestó de buen modo—. Si te mandan hablar de psicología o legal a lo mejor puedes aprovechar y pedir permiso para usar el teléfono.

—Entiendo, pero necesito comunicarme hoy con mi familia. ¡Deme chance, es importante! — insistí acentuando la súplica, aunque sin caer en la ignominia. Los celadores poseen un sentido extraordinario que advierte la pérdida de la dignidad de un preso. Es entonces que se posesionan de una autoridad superlativa y maltratan al reo a su antojo. Por el contrario, si se les habla desde un sentido correcto del amor propio, dándole trato de un semejante, aunque con la jerarquía de su investidura, los celadores se reconocen en el otro, identifican la tragedia que potencialmente se lleva dentro.

—Ok, de volada, pero no te tardes, güero —dijo en un tono ligeramente cálido mientras quitaba el candado.

Caminé por el pasillo hasta topar. A mano izquierda estaban los teléfonos. Marqué con la emoción natural de escuchar a mis padres. Hablé con ellos. Su voz fue un bálsamo en este día tan especial. Ahí, en el otro extremo de la línea, estaban los seres cuyo amor hizo posible mi existencia, brindándome una cascada de dulces palabras que impregnaban y restauraban mi alma. Les agradecí de corazón su apoyo en este atropello de la vida. Me sentí observado. Me volví y vi de reojo al Sicario quien no me despegaba la mirada. Él era uno de los que repartían el rancho. Diario me insistía para que le prestara saldo telefónico. ¡No me latía nada ese cuate! Su mirada torva, sus modos demasiado cerriles me llevaron a negarle el favor. Había que develarle la clave —algo a lo que yo no estaba dispuesto.

Colgué el auricular contento y esperanzado con las palabras de mis padres. Luego hice otra llamada. Don Germán me había dado el número de su casa para que le pasara un recado a su esposa a quien conocía desde La Perrera. La conversación con la esposa de don German estuvo llena de mensajes positivos para él y para mí. Bajé las escaleras, pedí permiso en la esclusa para ir a cortarme el cabello. Como el peluquero estaba ocupado y el guardia de buenas, solicité consentimiento para ir a la tienda y ahorrarme la vuelta y tardanza del mensajero. Me sorprendió ver que la tienda era como las de conveniencia, sólo que aquí todo se pide desde una ventanilla. Todo estaba acomodado a la vista del cliente: pastelitos, galletas, botanas, refrescos, jugos, café,

productos enlatados, dulces, cigarros, desinfectantes, de todo. Compré los enseres dando mi número de reo, me entregaron el *ticket* de venta ¡El saldo había disminuido desproporcionadamente!

—¡Oiga, aquí falta dinero! La última compra que hice tenía más.

—Ah, pues yo no sé, güero, revise a quién le ha dado permiso para que compre en su nombre y averígüese con ellos —se defendió el encargado—. Aquí no vendemos más que directo a los mensajeros autorizados; si alguien vino a comprar y usted lo puede demostrar, le hago la reposición del saldo.

Acepté sin discutir más, y me retiré tragándome lo encabronado.

Regresé a la peluquería para mi primer corte de pelo en prisión. El lugar era un pequeño cuarto amueblado con una silla de plástico y una barra de concreto, cubierta de máquinas para cortar cabello, atomizadores y demás utensilios. Me recibió un joven totalmente tatuado, tijera en mano que dijo pertenecer a un cártel de droga. Por un momento dudé entre dejarme crecer el cabello o correr el riesgo de ponerme en las manos de un asesino confeso que blandía un arma blanca. Negocié con mis prejuicios y decidí sentarme. En realidad, se trataba de un joven sencillo, alegre y lenguaraz. Al saber que iba llegando de las perreras de Oso Grande, me platicó que su hermano estuvo ahí. Me dio santo y seña, me dijo que él también era sicario del mismo grupo delictivo sólo que con un rango superior. Al decirlo no pudo ocultar su innegable ufanía. Atando cabos recordé a un excompañero con el que me llevé muy bien y que coincidía con la descripción del peluquero. Al final me congratulé de haber acallado mi suspicacia.

—Listo, güero, ya quedó. Son veinte baros —me dijo mientras sacudía mi cuello con una bromosa brocha.

Por veinte pesos obtuve un buen corte, tal cual lo pedí: muy corto a los lados y desvanecido hacia arriba, la parte superior un poco más larga y sin entresacar, con degrafileado hacia la derecha.

Salí contento dispuesto a hacer otra llamada. Quería avisar para que no me depositaran dinero porque lo estaban robando; de pasada informarme si había alguna novedad de los abogados. Marqué la clave y una grabación me advirtió: “Saldo insuficiente, le quedan cincuenta centavos” ¡Me robaron todo el saldo! ¿En qué momento se gastaron todo el crédito? ¡No manches! ¡Pinches abusivos! Regresé furioso a la esclusa donde el guardia estaba hablando por teléfono. Mientras esperaba se acercó el Sicario con su cabeza rapada, sus brazos tatuados, sus casi dos metros de monstruosa musculatura. Se quedó a unos pasos de mí, sin despegarme la mirada. El Pelos me había puesto sobre aviso de su fama de ratero. Aprovechando que andaba suelto por los pasillos le era sencillo enterarse de la vida de los internos de lo cual sacaba ventaja.

Con el tiempo fui comprobando que era cierto cuanto se decía de él. En especial de su habilidad para robar saldos. Se apostaba a la espalda de quien hablara por teléfono para observar y memorizar las claves. Tendría cerca de veintiocho años, blanco, bigote. El custodio colgó el auricular.

—¿Qué se le ofrece?, güero. ¿Acabó su llamada? ¿Quiere que lo lleve a su celda? —preguntó el guardia prieto y chaparro mientras cruzaba miradas con el Sicario. Era innegable que estaban confabulados. Aun así, dije:

—Oiga, jefe, se acabaron el saldo de mi teléfono y se pidieron cosas en la tienda que no autoricé.

—¡Un robo! ¡Un robo! Llámenle a la policía ja ja ja ja — se burló el chaparro con una sombría carcajada.

“¡Hijo de perra, maldito guardia corrupto, pinche culero, estás coludido con la rata para ganarte unos pesos, pinche miserable de mierda!” Lo maldije en silencio mientras dejaba que todo el coraje estallara dentro de mí.

—Mira, güero, así las cosas —se entremetió el Sicario—. De seguro falló el sistema y se acabó tu saldo por error —Al hablar brillaban sus ojos miel con un rencor inocultable—. Es que acaban de cambiar de compañía de teléfonos y pues fallan las cosas —El bigote le danzaba al son de las mentiras evidentemente intimidatorias.

“¡Pinche rata culero! ¿Crees que me voy a tragar ese cuento, animal? Tú me robaste el saldo del teléfono mientras estaba en la tienda, ¡no vales madre, pinche mugroso! Me quieres contar las muelas con tu rollo barato, ¡no me engañas! Trabajé nueve años en telecomunicaciones. ¡Así no son las cosas! ¡Maldito imbécil de cagada!” Rayos salían por mis ojos, mientras me tragaba cada palabra. Mi lógica me dictaba: “¡Aguanta, espera a que te puedas mover mejor, no es el momento de pelear! Este tipo no tiene nada que perder, está sentenciado a más de cincuenta años por homicidio y secuestro, además, no te conviene enfrentarte a la autoridad corrupta de la cárcel. Ella decidirá que hacer contigo mientras estés preso”.

—¡A otro perro con ese hueso! —le contesté al Sicario, tratando de disimular el enojo, mientras me dirigía al custodio: —Es tan amable, señor guardia, de llevarme a la celda —Por esta vez evité que mi rabia se manifestara ¡Qué impotencia!

Al llegar a la celda me recibió El Pelos con una sonrisa.

—Tssssssss ¡Ese de los Medardos! Te arreglaste la choya, ¡que chido, wey!

Agradecí con un gesto y entré directo a tomar una ducha. Me concentré en visualizar cómo el agua se llevaba todo el coraje.

—Oye, Pelos, me robaron el saldo del teléfono y de la tienda —sentí que compartir mi frustración me tranquilizaba.

—¿Neta, güey? Y ¿qué hiciste? —Su mechón de cabello saltaba.

—Reporté al guardia, pero no le veo solución.

—¡No mames, güey!

Le narré lo sucedido, más como desahogo que como queja.

—Qué machín, Medardo —dijo a modo de colofón—. No te metas en broncas, compa, tú no eres como uno, en este cantón solo tas’ de paso, de volón te van a mandar pa’ La Extensión. A la bronca del saldo dale cayo, cambia claves antes de que te pongan una feria y pa’ la rata de la tienda, esa sí échale garnacha ya que estés de aquel lado

—¿Por qué hasta que me muevan?

—Los tiras no te van a ayudar pa’ nada y ahorita andan wachando a los nuevos pa saber pa’ ónde los mandan. Aguzado, porque esos cabrones pueden peinarse puras piñas y te van a chingar; aquí lo que tú digas vale madre. Ellos se protegen de sus mamadas, así que mejor tira al león, guey.

—Qué bueno que me dices todo esto, Pelos, gracias, güey —le dije, mientras cerraba la regadera.

Lucho, don Germán y El Sombreado habían escuchado la conversación y aunque no intervinieron sabía que tomaban nota del consejo.

Terminé el día de mi cumpleaños en profunda meditación. Agradecí la vida, la salud, un techo donde dormir y un humilde plato de alimento.

Memorias de Miguel

La primera gran noticia que recibí dentro del caso fue el traslado de Medardo, del penal del Oso Grande a La Ciénaga. Abogamos mucho para que sucediera. Fue nuestra primera diligencia ganada: proteger la integridad física de mi hermano. Así tuve la tranquilidad mental suficiente para enfocarme en pleno al manejo del asunto legal. Me sentía muy presionado de que le hicieran daño estando ahí, ocasionando con esto un desgaste moral mayor a mi lastimada familia.

El penal de Oso Grande era famoso por sus constantes motines donde morían muchos reos. Ahí se sobrevivía a través de extorsiones a la familia que evitaban que su interno fuese golpeado, azotado o violentado por parte del resto de los reos. Es fecha que no término de agradecer a Dios el milagro que hizo al permitir que papá con su imperturbable serenidad, mamá con su maravilloso trato a los internos —dando a manos llenas sus deliciosas comidas—, y Medardo con su amoroso ser, logran que todos los compañeros de La Perrera les estimaran.

La lejanía de La Ciénaga a donde lo trasladaron, implicaría una reducción en las visitas y prolongados traslados familiares. Mis padres solo verían a Medardo los fines de semana, así que tendrían toda la semana libre para presionarme. Fueron infinitas las llamadas preguntando sobre alguna noticia, pues la espera entre una semana y otra era eterna para ellos. Los procedimientos legales en sí mismos eran lentos. En apariencia y según se lee en las leyes, deberían ser procedimientos rápidos, pero siempre en el transcurso del mismo, surgen inconvenientes externos que los demoran hasta alargarlos por meses. Ante esto la familia y la sociedad se siente tentada a pensar que la función del abogado es ineficiente. Creen que el abogado defensor lleva control de todo, que no considera que el tiempo para el interno significa mucho.

Siempre existieron piedras en el camino que había que sortear. No faltaba que algún testigo no acudiera a declarar, o bien, que se solicitaran informes a dependencias o a instituciones bancarias y que tardaran en llegar al expediente. Este retraso impedía continuar ya que, en materia penal, no puede quedar pendiente de desahogo ninguna probanza que ya haya sido admitida por el juez, pues ésta podría hacer la diferencia entre la libertad del procesado o su encarcelamiento prolongado. En nuestro caso en particular, dependimos mucho de informes bancarios y registros de firmas, así como de algunos testigos. Por ejemplo, un perito designado valoró la intervención de Medardo en diversas firmas que aparecían estampadas supuestamente por él. Mientras no llegara el informe, el proceso no avanzaba. Fueron meses de espera, alargaba la agonía, pero sobre todo la presión familiar para mí.

Como abogados traemos varios asuntos. Para los clientes, el suyo siempre será el más importante. Así sucede porque cada ser humano ve por sí mismo sin considerar a los demás. Los problemas por más pequeños que sean, si atañen a un individuo de forma directa éste lo verá como grande y por ende pensará que su situación es prioritaria así que demandará rapidez. En la práctica las cosas no funcionan así. Para quienes acudimos a los tribunales, todos los asuntos revisten una importancia semejante y se busca dar solución al problema de cada cliente. Sin embargo, hay cuestiones que se deben considerar, una de ellas es que el litigio funciona a través de términos que establecen plazos o fechas de vencimiento, mismas que determina con anticipación la ley. Se tiene hasta cierto día para presentar tal o cual escrito, en base a esos plazos es como los litigantes determinamos los asuntos prioritarios. Por ejemplo, si yo tengo dos asuntos y en uno tengo veinte días para ejercitar algún derecho y en el otro sólo cinco días, es lógico que la prioridad se la lleva el que tiene menos días. Por ende, los defensores todo el

tiempo estamos presentando los escritos prácticamente el día del vencimiento, quizá por ello, en ocasiones, los clientes no comprenden, y hasta se molestan porque piensan que dejamos todo para el último momento. La realidad es que no es así, nosotros avanzamos conforme a los plazos y términos que están establecidos por la ley para cada caso.

Aplicando lo anterior en el asunto de Medardo, las cosas se fueron extendiendo tanto que me dejaron aparecer ante los demás como un abogado desinteresado. En realidad, era parte de la estrategia agotar plazos y términos para que las cosas llegaran a buen puerto. Toleré indirectas que en realidad eran más directas, que ponían en tela de duda mi labor como legista. Cuando lo que estábamos haciendo era mover las piezas de la mejor manera posible para salir adelante sin dejar un solo hueco en el que se pusiera en riesgo la ansiada libertad de mi hermano-cliente.

Es normal que en este tipo de procedimientos los internos se desesperen, cambien una y otra vez de abogado pensando que quizá otro lo haga más rápido, siempre con la ilusión de que el defensor nuevo tenga la fórmula correcta y hasta una varita mágica para resolver el asunto en un plazo menor. Las cosas no funcionan así. La desesperación y el cambio solo las logran empeorar, porque las estrategias legales no pueden cambiarse a mitad de camino. Siempre ha de prevalecer la estrategia inicial.

Tan lejos del suelo y tan cerca del cielo

El veintiuno de mayo del 2014 en punto de las diez de la mañana un custodio se detuvo frente a nuestra celda y gritó:

—¡5201 y 5217!

—Nos llaman, Medardo —respingo don Germán.

—¡Pónganse pantalón y una playera, rápido! —nos ordenó el hombre—. Vamos a la esclusa, los van a entrevistar.

Don Germán y yo, cruzamos miradas buscando respuesta a lo que estaba ocurriendo. El Pelos se apresuró a calmarnos:

—Los va a entrevistar el comandante Aníbal. Como ya llevan nueve días aquí no tardan en moverlos. Les aseguro que ustedes van para el área tranquila.

Nos cambiamos de ropa y salimos de la celda hacia la esclusa de la planta baja. Éramos cinco compañeros en fila. Obedecemos la orden de tumbarnos (bajarnos la ropa), después de volvernos a vestir, luego esperar al comandante para la entrevista individual. Estábamos afuera del edificio de Comportamientos, frente a una de las tantas cámaras aéreas que vigilaban la entrada y salida del recinto.

Tocó mi turno. Me colocaron frente al comandante Aníbal. De estatura baja y delgado mi primera impresión fue que su cuerpo era atípico para ser el mero jefe de la seguridad del penal, un hombre cuya responsabilidad era mantener la paz de alrededor de tres mil reos. Era como Pepe El Toro enfundado en un uniforme impecable, lleno de insignias que indicaban el alto rango que le competía y que portaba con altivez. Bastaba estar frente a él para darse cuenta que todo en él era orgullo y satisfacción. Su cabello era negrísimo, nariz recta, rasgos delineados, manos finas, fragancia a recién aseado. En la calle pasaría como un empresario de éxito. Resaltaban unos lentes para el sol de manufactura italiana con un polarizado muy opaco. Sospeché que tenía el doble propósito de aislarlo del reflejo del sol y protegerlo de cualquier

expresión facial que se le llegara a escapar. Era evidente que no deseaba transmitir nada y de paso, impedirnos saber de qué forma nos está observando. Un auténtico *poker face*.

—5217, ¿Medardo Salvatierra Roble?

—Así es, comandante, a sus órdenes.

—¿Cómo te has portado?

—Muy bien, señor —le contesté manteniéndome firme, con las manos atrás de la cintura, sujetadas entre sí. Cuando un funcionario interpela o una visita se acerca, uno se pone en posición de firmes, y coloca las manos pegadas a la cadera o en la espalda a la altura de la cintura. Esta conducta de los reos no estaba contemplada en ningún manual ni en programas de capacitación, pero era una costumbre tan arraigada que se seguía como norma reglamentada. Salvo si la autoridad extendía la mano se correspondía al gesto, de lo contrario uno se quedaba firmes con las manos atrás. Si la autoridad caminaba ahí sí se despegaban las manos

—Que bueno, así debe ser —me dijo firme—. ¿Por qué te trasladaron a La Ciénaga?

—Porque este penal es tranquilo, y como yo soy una persona de paz y de mucha calma, es lo mejor para mí mientras se resuelve mi situación legal—respondí sin titubear.

—¡Ándeeleee!, eso quería que me contestara, porque con esa respuesta, yo lo voy a enviar a un área donde usted podrá estar mejor —me dijo con una voz clara—. Solo tiene que continuar portándose bien.

—Claro, de eso se trata, comandante. Ya con el problema legal que tengo es suficiente. Yo siempre he sido persona de paz.

—Dígame, ¿cuál es su problema legal?, Medardo.

Narré la situación que me tenía confinado. El comandante me escuchó en silencio sin mover un músculo, inmóvil como tumba. Concluí mi relato y el comandante siguió inmutable. De pronto se reanimó como por encanto.

—Bueno, ya sabe, siga portándose bien y así mejor le irá. De hoy a mañana mando por usted para que lo lleven a la nueva área.

—¿Cómo se llama el área, comandante? —pregunté por curiosidad.

—Eso no se lo voy a decir, ya sabrá cuando esté allá —me contestó dando por cerrada la entrevista.

Al regresar encontramos al Pelos, Lucho y al Sombreado ansiosos de saber cómo nos había ido.

—¿Cómo les fue?, preguntó El Sombreado.

—Muy bien —contestó don Germán—. Nos entrevistó el comandante y a más tardar mañana nos mueven de aquí.

—¡Prepárense!, hoy en la noche se los llevan —anunció El Pelos.

—¿Neta? —lo miré con sorpresa.

—Pssss, óyeme la tos —deslizó en tono de respuesta.

Me puse a lavar la ropa, a desempolvar cobertores, a dosificar los artículos personales para dejarle un poco al Pelos. Pronto volverían las carencias para él ya que no le permitían comprar nada de las tiendas; las cucarachas regresarían a la celda. El Pelos era un tipo listo. Cuando le compraba cigarros, de uno armaba tres con papel higiénico, luego los guardaba y el fin de semana cuando a los vecinos se les acababa el dinero, les fiaba tabacos; luego les cobra al triple o cuádruple de su valor, así iba ahorrando un poco de dinero para cuando le levantaran el castigo y pudiera volver a comprar.

Aquella tarde decidí comprarle una cajetilla de cigarros completa antes de irme. Calculé que con eso sobreviviría, haría trueque con las celdas contiguas y la iría llevando.

Los últimos reflejos del atardecer se colaban por la ventana, pronto llegaría la noche. Descolgué la ropa del tendedero, la doblé, la acomodé en una bolsa junto a los cobertores. Guardé por separado los productos de aseo personal. Don Germán también aprovechaba la poca luz que el cielo nos regalaba. Era casi seguro que después de la lista de las diez de la noche, nos trasladarían al nuevo ambulatorio.

Disfruté con especial atención los últimos chistes del Pelos, las canciones del Sombreado y las anécdotas que Lucho pasó como chofer de tráiler. Desde su llegada, el Sombreado había bajado de peso y las facciones se le estaban suavizando; cada día recuperaba el brillo de su mirada conforme se desintoxica de las drogas.

Don Germán abría y cerraba su Biblia con frecuencia. En las celdas de comportamiento tomaban lista de lunes a viernes a las siete de la mañana, a las siete de la tarde y a las diez de la noche; los sábados y domingos se agregaba un pase, a las cuatro de la tarde, después de retirarse la visita familiar. Los custodios iban a la celda, contaban que fuéramos cinco, sin importar si alguno estaba dormido.

Cobijé la esperanza de que ese lugar tranquilo al que decían que nos enviarían fuera el área dentro de la prisión que se encuentra separada del conjunto. Miguel me comentó que ahí tenían arraigado a su amigo Pepe, un prominente empresario que enfrentaba, junto a sus dos socios, una gran injusticia. Mi hermano, en calidad de mi abogado, en una de sus anteriores visitas mandó llamar también a Pepe, para que nos conociéramos. Ese día, al ir a la visita legal, Pepe y yo nos topamos en el túnel y sin conocernos platicamos un rato en el trayecto. Pepe me recomendó que pidiera traslado a La Extensión, el área donde estaba él y sus socios.

Pepe era un tipo ameno, alegre, platicador, y entre nosotros surgió de inmediato buena química, más aún cuando descubrimos que nos habíamos adelantado a las intenciones de mi hermano.

La espera se prolongaba, pasaban de las diez de la noche y no llegaban ni para tomar la lista. Don Germán y yo nos encontramos en franca desazón.

—Saquen las cobijas, vamos a tender —propuso Lucho y El Sombreado estuvo de acuerdo.

—Esperen —pedí—. Después de que pasen la lista vemos qué hacemos.

—Ahorita se los llevan —terció El Pelos—, por eso se ha tardado la guardia en llegar. Están preparando el movimiento, no crean que son los únicos que mueven. Hay muchos más que van a mover a los cinco ambulatorios todos al mismo tiempo —El Pelos hablaba con la certeza de quien conocía los movimientos en La Ciénaga a la perfección.

Como invocados por nuestras palabras unos minutos después aparecieron los guardias.

—¡5217 y 5201! Salgan con sus pertenencias.

Nos despedimos deseándonos lo mejor en nuestros procesos, conscientes de que la tarea más importante era conservar la vida. Por suerte sólo nos esposaron sin hacernos padecer el metálico cautiverio de los grilletes. El pasillo estaba casi en penumbras, pocas lámparas funcionaban. Desde las celdas los compañeros tomados de los barrotes nos daban muestras de apoyo: “¡Buena suerte, don!” “¡Ánimo, güero!” Vi por primera y última vez a algunos internos gravemente dañados. Un chavo recargado en sus muletas sin una pierna nos regaló una sonrisa, otro en silla de ruedas con una de sus piernas partida a la mitad desde el pie hasta la pantorrilla, nos deseó larga vida mostrándonos el pulgar hacia arriba. Mucha gente en este edificio estaba viva de milagro, no les quedaba otra que aguantar el encierro, porque si los llevaban a otro lado, los mataban. Otros tenían prohibidas las visitas como castigo. Así de cruda era la realidad ahí.

Llegamos a la esclusa. ¡El Pelos tenía razón! Éramos casi veinticinco personas a las que nos moverían simultáneamente a distintos ambulatorios. Reconocí a algunos con quienes conviví en

La Perrera. Nos formaron en tres grupos en el centro del patio. A Don Germán y a mí nos mandaron al más reducido de apenas cinco personas en él. Primero se llevaron a los dos grupos numerosos. Iban con los rostros desencajados. Siempre que había movimiento de gente surgía el miedo a toparse con alguien con quien se tuvieran cuentas pendientes en el nuevo ambulatorio.

Al llegar nuestro turno caminamos tranquilos, sabiendo que íbamos a La Extensión, un lugar *conmadre*, según decían policías e internos. Nos detuvimos en el área de enfermería, donde nos pareció todo muy misterioso. Levantaron una escotilla, pasamos agachados, y de inmediato avistamos una camioneta pick up a la que subimos y marchamos. Unos treientos cincuenta metros adelante nos detuvimos. Luego avanzamos por una calle interior del complejo. Uno de los custodios que nos acompañaba descendió de la camioneta y con paso firme se dirigió hacia un potente portón al que golpeó con su macana al tiempo que gritaba:

—¡Abran, hijos de su pinche madre, que tenemos jale! Traemos a unos cabrones.

Desde mi puesto en la caja de la camioneta, observé lo cerca que estábamos del punto de partida. ¿Por qué nos trasladaron en camioneta pudiendo venirnos caminando? Tal vez era el protocolo para los designados a esta “privilegiada” área del penal, y los gritos entre la guardia, debe ser puro teatro. ¡Son todos del mismo turno!, tienen todo fraguado, puras pantomimas para amedrentar.

El portón era una inmensa placa de acero de una pieza como de diez metros de altura y seis de ancho, con un espesor de unos diez centímetros. ¡Una bestia! Cuando hubo espacio proseguimos la marcha y giramos a mano izquierda, avanzamos unos cuarenta metros más y nos detuvimos. Bajamos rápido. Atravesamos una caseta, nos quitaron las esposas y nos pararon frente a una cámara. La temperatura era agradable, no así los procedimientos de los custodios, que a continuación nos ordenaron *tumbarnos*, y de inmediato acucillarnos. Tomaron nuestras bolsas y las vaciaron en el piso sin tacto alguno. ¡Adiós ropa limpia y cobertores desempolvados! Entró un guardia a revisar con detalle la ropa y las cobijas, mientras el jefe —un tipo de baja estatura, moreno con un inmenso abdomen cervicero—, nos largó un discurso a modo de bienvenida:

—Están en La Extensión, el área más tranquila de La Ciénaga. Más les vale portarse bien, porque aquí no tenemos piedad. Cuando alguien hace sus mamadas, se lo carga la chingada. Ándense con el culo derecho y lleven la fiesta en paz. ¡Allá afuera en la calle, serán lo que sea, pero aquí, aquí, mandamos nosotros! Ya están advertidos, o se dejan de pendejadas o se dejan de pendejadas, no hay más. ¿Entendieron?

—Sí —asentimos todos al unísono.

Terminado el discurso nos vestimos y guardamos las enmarañadas pertenencias. A estas alturas de mi internamiento, entendía que los custodios no eran mucamas de hotel, ni mucho menos personas educadas, al contrario, a la primera oportunidad para castigar a los reos, la aprovechaban. Así lo marca la sociedad, culpable o inocente no importa, ¡ellos están ahí para castigar! Ya ni coraje hacía. Por otra parte, en este momento mi atención estaba enfocada en averiguar qué tipo de compañeros vivían en el ambulatorio, que, hasta esa hora, de *conmadre* no tenía nada.

Era casi media noche cuando por fin nos llevaron a la que sería nuestra celda. Dos guardias marcaban el trayecto. Por un pasillo al aire libre, pavimentado y delimitado con malla ciclónica en ambos lados y filosas serpentinas metálicas en la parte superior; giramos hacia la izquierda, avanzamos diez metros y giramos a la derecha para continuar recto. Aunque estaba oscuro, me di cuenta que pasábamos de largo por el lado derecho de un edificio, una palapa, y una construcción de locales del lado izquierdo. Casi al final del pasillo giramos hacia la derecha, traspasamos una

reja, entramos a un edificio de donde un gato negro salió corriendo. El custodio corrió tras él, le propinó una tremenda patada que lo hizo volar. El otro guardia, macana en mano, abanicó un toletazo dispuesto a destrozarse la cabeza del felino. Falló. Continuamos nuestro trayecto pasando de largo varios accesos y pasillos hasta topar con una puerta de barrotes: el acceso al área de dormitorio. Los internos nos observaban desde el exterior de sus celdas. Me sorprendió verlos afuera.

—¡Es hora de dormir cabrones! —les gritó uno de nuestros custodios—. ¡Dejen de andar de mirones!

Entramos, giramos hacia la derecha, avanzamos cinco metros, topamos en un pasillo con celdas en ambos lados, que nos lleva a la izquierda. Llegados a ese punto los guardias nos distribuyeron. Me tocó en la penúltima celda del lado derecho, en la número 75, justo enfrente de donde ubicaron a don Germán.

Mi nuevo dormitorio era un lugar de tres metros de frente por dos de fondo. Una pequeña jaula con una única pared de concreto al fondo, y acceso visual con los vecinos de celda a través de los barrotes. El área contaba con tres literas de lámina de cada lado. Me asignaron la litera superior del lado derecho. Los compañeros se presentaron con insospechada amabilidad. Don Vale y don Prospe ocupaban las camas inferiores, ambos de algunos cincuenta años; en las camas centrales estaban dos jóvenes no mayores de veinticinco años: Hugo y Norberto.

—Carnalito, espérate, tu cama está llena de cosas —me dijo este último—. Deja te limpio el lugar.

—No te molestes —le dije— yo lo puedo hacer.

—No hay falla, carnalito, ahorita de volada se hace —me dijo trepándose a la tercera litera con agilidad felina.

En un santiamén desocupó la tarima de lámina, pasó a la otra cama desocupada las artesanías, botellas de plástico vacías y ropa echa nudos. Tomó un trapo, limpió el polvo y dijo:

—¡Listo, carnalito! Ya quedó más o menos, ya mañana le limpiamos mejor, pero ahí ya se puede dormir.

—¡Muchas gracias!

Subí, coloqué las cobijas sobre la lámina, con la extraña sensación al estar tan lejos del suelo y tan cerca del techo, algo nunca experimentado, como tantas situaciones ocurridas en estos días. Enrollé un poco de ropa formando una almohada. Con el resto de las pertenencias en la bolsa me apoyé en la pared del fondo tratando de acomodarme. En cada movimiento que tronaba la lámina me preocupaba que el ruido despertara al compañero de la cama de abajo.

Las cucarachas aparecieron. Las vi caminar por el techo, las paredes y claro, por mi cama, las hormigas también me dieron la bienvenida. “Habrá que echar a andar la operación limpieza”, pensé.

Sentí que alguien me miraba. Me volví hacia la división de barrotes que me separaban de la celda contigua y ahí estaba un vecino. Me observaba. Era un muchacho que no llegaba a los veinte años, blanco, con la cabeza rasurada y una piocha muy crecida.

Cruzamos miradas.

—¡Buenas noches, güero! ¿Cómo se llama o cómo le dicen?

—Soy Medardo, ¿y tú?

—Me dicen El Elote —me pareció que sonreía y en la penumbra de la prisión creí ver en su mirada un dejo de brusca bondad—. Así me conocen todos aquí.

—¿Cómo está aquí?

—Está *conmadre* de tranquilo. Oiga, ¿y de dónde viene?

—Del área de Comportamientos —dije zafándome un poco.

—Pues aquí va a estar mejor, téngalo por seguro. —Me pareció que desviaba un poco su mirada y luego señalaba con el dedo— ¡Tiene un *hot wheels* en su brazo!

Giré mi cabeza siguiendo la dirección de su dedo, sin entender lo que me quería decir. Una cucaracha caminaba por mi antebrazo. Me la sacudí de un manotazo. El Elote rio, mientras agregaba:

—Jajaja esos son los *hot wheels* y los más grandes son los *tráileres*.

No habían pasado ni treinta minutos, y ya sabía que mi nuevo vecino tenía apodo de verdura, que era amigo de las cucarachas, que se divertía como niño con ellas, y que para él eso era preferible a alejarlas de su dormitorio. Me contó que llevaba casi cuatro años en prisión, y según dijo, ya le quedaba poco tiempo para cumplir su condena.

Entre los insectos, cuidar de no hacer ruido con la lámina para no molestar a los compañeros, mantener el equilibrio y no venirme abajo desde las alturas de mi litera, batallaba para conciliar el sueño. En mi insomnio observé que los compañeros de mi celda y mi vecino disponían de colchón. ¿Habrá que solicitarlo a los familiares o los proporcionarán aquí? En ese momento no creí que me conviniera adquirir uno. Estaba convencido de que estaría muy poco tiempo ahí.

Empezaba a quedarme dormido cuando me asaltó la necesidad de orinar. Descubrí con sorpresa que la celda no la cerraban con candado, y con redoblada sorpresa que no había baño ahí dentro. Supuse que habría uno cerca y que estaría permitido buscarlo. Caminé por los pasillos del interior del edificio calzando mis patas de gallo. Me guiaba el hedor a orines fermentados. El piso de cemento pulido estaba húmedo, resbaloso y lleno de tráileres. Al borde de un registro dos ratas disputaban un pedazo de lo que parecía un trozo de pan. Eso no me importaba tanto en ese momento, comparado con el valor de la libertad al caminar sin esposas ni escoltado por un guardia.

El baño —sin cámaras—, era un espacio muy grande con ocho regaderas, dos mingitorios y ocho sanitarios sin puerta. No había nadie, “Gracias Dios por permitirme este momento de privacidad”, pensé mientras vaciaba mi vejiga y contemplaba la posibilidad de vaciar algo más. Por primera ocasión disfrutaba de tanta privacidad. En La Perrera los compañeros se metían al baño para descargar la soledad de forma manual. A veces nos dábamos cuenta y no faltaba el indiscreto que acarrillaba a los amanuenses. Pero como de alguna manera había que satisfacer esa necesidad natural, todos pasábamos el trance del mejor modo posible. Los muy penosos aprovechaban el baño de la Sala de abogados para la auto estimulación. Ese sanitario permitía un poco de privacidad y apertura a la imaginación porque había dos privados con puerta.

El estruendo de una de las puertas metálicas de la entrada me robó el instante de soledad, me obligó a ponerme en guardia y a apresurarme a terminar. Un tipo altísimo y musculoso, repleto de tatuajes apareció junto a mí. Me alejé sigiloso hacia el lavabo ¡No había agua!, sin embargo, a un lado reposaba un tambo de doscientos litros lleno del vital líquido. Lo olí. El tipo fornido vestido solo con pantalón corto, venía hacia mí. No sabía qué delitos hubiera cometido. De cerca y mirándolo directamente vi que se trataba de un joven moreno claro, de cabello chino, no más de veintitrés años. Lo imaginé con gafas oscuras, abundantes cadenas y anillos diamantados ¡Fácil pasaría como estrella internacional de reggaetón!

—Qué tal, usted acaba de llegar, ¿verdad? —preguntó con una voz muy fina ajena a su gigantesca musculatura.

—Sí, apenas instalando las cosas —respondí con cortesía.

—Aquí está tranquilo, está chido —dijo con una suerte de media sonrisa tímida—. ¿Cómo se llama?

—Medardo, y tú cómo te llamas.

—Soy Alejandro, pero me dicen Pipiolo.

—Órale, pues mucho gusto, Alejandro —levanté la mano en doble señal de saludo y despedida.

—Sí, aquí andamos, lo que se ofrezca —levantó su mano. Una mano inmensa, nudosa y a la vez infantil.

Si algo me quedaba claro, mientras caminaba a la celda, era que este tipo con semblante puro y tímido era un gigante con alma de niño.

De nuevo en la cama reflexioné en un rasgo común que observaba en muchos internos: ¡eran casi unos niños! A la par, me causaba curiosidad saber por qué decían que aquí estaba *chido* o *conmadre*, si hasta entonces lo poco que conocía era insalubre, con un trato casi inhumano por unos guardias corruptos. Me recosté sin atinar a encontrar respuesta, y al fin caí vencido por el cansancio de las emociones vividas durante el día.

Me despertó el ruido en el pasillo. Salí a indagar lo más rápido que pude. Vi una fila de gente que pasaba con plato y vaso hasta una ventanilla donde le servían una porción de algo.

—Qué horas son, qué pasa, por qué tanto alboroto.

—Están repartiendo el rancho, güero —informó un compañero.

—¿Siempre se pone así de escandaloso el desayuno?

—No, nada más cuando dan cereal, y eso es cada quince días si bien nos va, por eso aprovechamos. Ya estamos hasta la madre del pan con frijoles —puntualizó sin volverse a verme, firme en su sitio en la fila.

Me formé en la fila y por la buenaventura de los ángeles que me seguían protegiendo, me cayó un vaso del cielo. Al fin tocó mi turno, llegué a la ventanilla, entregué al ranchero el vaso y por la porción que me sirvió en comparación con la de otros compañeros, me di cuenta que, una de dos: por accidente me sirvió una cuarta parte del vaso de cereal y se le olvidó echarle la leche, o bien, había mafia con la comida. ¡No me ganché! Me aposté en la ventanilla y pedí con amabilidad al ranchero que me sirviera la porción como al resto. ¡No hizo caso!, ¡se hizo el sordo! Metí la mano por la ventanilla, le entregué el vaso y demandé con voz firme:

—¡Más cereal y leche, por favor!

El ranchero, atlético, lleno de tatuajes y rostro temerario, tomó mi vaso.

—Tenga —me sirvió hasta el borde con un gruñido.

Más que la comida, me interesaba dejar claro que no podían abusar de mí por el hecho de ser nuevo e inexperto, así que, de una buena vez, de manera educada y con respeto marqué los límites. Ya con el antecedente del robo del saldo en el ambulatorio de Comportamientos, no me volvería a suceder.

Una vez desayunado regresé a mi plancha de lámina a tratar de dormir. Me sentía cansado e incómodo, y a pesar de ello me tomó tiempo conciliar el sueño por el exceso de ruido en el ambiente. Cuando por fin logré dormitar, me despertó un murmullo en el pasillo: “La lista, la lista”. De un brinco llegué hasta al piso.

—¡5217!

—¡Presente! —dije aun en tránsito de la celda al pasillo.

El tipo me clavó una sonrisa irónica. Era un guardia blanco, de cabello entrecano y voz muy grave.

—¿Usted es nuevo? ¿Es de los que llegó anoche?

—Sí, jefe —acepté.

—¡Nada más por eso te la perdono, cabrón! Si para la siguiente lista no estás afuera formado en el pasillo, hay de dos, o te doy una madrizo o haces la limpieza. Así es aquí, póngase buzo.

—Ok —contesté agradecido de la salvada que me acababa de dar. El guardia se marchó, pero flotando en el ambiente quedó el aroma amaderado de su loción. Después no fue difícil cumplir mi palabra de estar formado para el pase de lista antes de que él llegara. Su loción jugaba el papel de heraldo muchos metros antes de su arribo.

Una vez más, testifiqué las amenazas de castigo por parte de la autoridad hacia nosotros los reos. Para ellos no éramos más que un número —o peor aun—: un objeto que movían de un lado a otro. Nos lanzaban a prisión sin indicaciones, ni lineamientos, se limitaban a revisarnos el cuerpo y las pertenencias. Esperaban que por telepatía conociéramos la logística de ese lugar, como que ahí la lista se tomaba afuera de la celda, y no adentro como en el área de las perreras y de Comportamiento, donde a veces ni si quiera era necesario decir Presente.

Esperaba que aquello acabara pronto. Quería recuperar la libertad que me fue arrebatada por la autoridad.

Memorias de Luz

Los días pasaban. Estaba por concluir el primer mes de estadía de Medardo en las perreras. Aumentaba el temor de que lo internaran en Oso Grande. Sus padres me tenían al tanto. Ellos acudían a diario a verlo una vez que Miguel les diera la mala noticia. De vez en vez le hacía llegar libros que creía eran los ideales para esos momentos, verdaderos tesoros.

Por mi parte trataba de enterarme del caso desde lo legal. Opiniones iban y venían. Justino llegaba cada viernes a casa para enterarme de los pormenores. La gente empezaba a preguntar, la voz corría, Justino se sentía muy presionado, todo mundo lo interrogaba y nosotros seguíamos en silencio. En una ocasión recibí un paciente en el consultorio que decía haber pasado por un momento de mucho estrés. Cual sería mi sorpresa al escucharlo narrarme la detención de Medardo, sin sospechar que me estaba hablando de un amigo querido. ¡Ay, la vida, siempre poniéndome todo en bandeja de plata! Permanecí inmutable ante lo detallado por el paciente.

En repetidas ocasiones hablé con Amparo, buscando un poco de información. Le pregunté cuál era el penal menos riesgoso. Ella me habló de uno que está retirado de la ciudad en el que se construyó un conjunto de edificios con capacidad para aprisionar a un total de tres mil personas, dijo que este contaba con un área a parte en la que se pensaba reunir a los enfermos psiquiátricos de los penales con capacidad para 300 personas con ambulatorios, instalaciones educativas y deportivas propias, sólo que más pequeñas, pero con el correr del tiempo el proyecto se denominó como inviable, reasignando su uso para los internos que tenían buenas conductas. “Ese lugar nos caería como anillo al dedo mientras se aclara el caso de mi amigo”. Afirmó que la Fundación aún no tenía presencia ahí y que ella estaba interesada en que se enviara a Medardo para allá a abrir la Sala para la Paz en ese lugar; pero la decisión de a dónde lo trasladarían estaba en manos de las autoridades. Ella solo sugería, aunque su voz careciera de peso. Yo rezaba cada noche para que la voz de Amparo se escuchara.

Por su parte, el abogado de la defensa junto al hermano de Medardo pedía el traslado a aquel sitio.

*

Tal vez la suma de todos los interesados pueda ayudar a que las autoridades trasladen a Medardo a La Extensión, del Penal de La Ciénaga. En este momento del proceso Miguel, el hermano de Medardo, y yo ya estábamos en comunicación constante.

Amparo me invitó a la Sala para la Paz del Manglar a dar una clase a los internos. Consideré que lo hizo con doble intención: para que conociera el día a día de los presos, y que viviera la experiencia de cómo se llevan a cabo los programas de Desarrollo humano dentro del penal. Accedí a conocer ese nuevo mundo y comprobé que ahí dentro había de todo: sala de música, gimnasios, vendimias de artesanía, tiendas de autoservicio, restaurantes; incluso me fue posible ver el interior de una celda desocupada en ese momento. Para mi sorpresa el penal era una microciudad. Sin darse cuenta, Amparo me llenó de paz al permitirme caminar dentro de un centro penitenciario, me ayudó a poner un alto al montón de supuestos que mi cabeza generaba. Poco a poco me calmé al observar el mundo al que Medardo estaba por entrar, y en el que muy pronto también yo trabajaría de forma indirecta.

El dato curioso fue que jamás sentí miedo por mi integridad física dentro de las instalaciones de los penales que me tocó visitar.

*

Antes de pasar a la prisión del Manglar, acatamos un procedimiento de inspección muy superficial por tratarse de Amparo, pues conocían bien el trabajo que ella realizaba. Primero pasamos a la oficina del alcaide, donde solo saludé. Después les di espacio para que hablaran de los temas que traían trabajando en el penal. Apenas están retomando las visitas, pues hace poco tiempo en ese lugar se cometió una serie de asesinatos con discos DVD que fueron usados como armas punzo cortantes durante un fuerte motín. La noticia trascendió los medios de información, y aún están ahí incrustadas en las paredes las reminiscencias de tales actos. Dios quiera pronto consigan pintura o algo con que lavar tanta sangre.

La clase transcurrió en paz, no me temblaba ni la voz de estar ahí entre tanto gañán, al contrario, por un momento olvidé dónde me encontraba al sentarme en el suelo y explicar un ejercicio de respiración. En general fue un agradable día de trabajo.

Yo creo que entre los contactos de Amparo algo se podrá hacer para empujar a que Medardo se vaya a esa área segura fuera de las prisiones donde quiere abrir una Sala para la Paz. Por todas las vertientes los hilos se estaban moviendo para que Medardo fuera desplazado para allá y que por nada del mundo lo internaran en Oso Grande. Mínimo que le cayera la buena noticia antes de su próximo cumpleaños. ¿Cuántas lunas de sangre faltarían para sortear este impasse de la vida?

En tanto yo seguía pensando a quién pedir el favor de que Medardo estuviera seguro el tiempo que requirieran los abogados para aclarar tal confusión. Nunca había pedido un favor a ninguno de mis distinguidos pacientes. Mi ética profesional está por encima de estas cuestiones. Sin embargo, contemplaba en el puño de mi mano las veces que había ayudado a altos mandos de la Marina Nacional en sus terapias, tanto individuales como de pareja. También recordaba al tan amado hijo de la ahora esposa de un general, a quien por tantos años acompañé terapéuticamente. Casi desde que se convirtió en mayor de edad hasta ahora, con sus más de 30 años, continuaba asiduo a Un espacio de Luz. Parecía tan fácil, esa gente realmente me quiere,

pero la verdad no sabía cómo articular palabra, cómo pedir un favor tan grande, tal vez debía hacerlo de manera indirecta o ¿cómo? ¿Dios qué hacer? No me atrevía a sobrepasar mi ética profesional, nada más las palabras no salían y el tiempo apremiaba.

Una miniciudad

Después de pasar lista algunos compañeros salieron del edificio. Los seguí. Me sentí libre caminando sin esposas ni grilletes ni guardias armados atrás de mí, dentro de una pequeña ciudad separada de los cuatro ambulatorios que conformaban el penal de La Ciénaga. El penal estaba conformado por cinco edificios: a, b, c, d. El quinto era La Extensión. A los internos los asilaban de menor a mayor conflicto.

Según me enteré, en un inicio La Extensión fue construido exclusivamente para reos con enfermedades psiquiátricas, pero la población se redujo sustancialmente y ocupaban sólo una parte de un ambulatorio. Ante esto se pensó reubicarlos en otra prisión, por lo que se ordenó una remodelación para destinar La Extensión a cárcel de mujeres. Sin embargo, aumentaron los motines en La Ciénaga y se canceló el proyecto de mujeres y ya no se llevaron a los psiquiátricos. Luego se estableció el programa de trasladar internos de baja peligrosidad a La Extensión, independientemente del motivo por el que estuvieran presos. Ahí fueron a dar delincuentes de cuello blanco, ladrones, secuestradores, violadores, capos, homicidas y enfermos psiquiátricos. La idea era iniciar un proyecto piloto en el país. Cuando yo la conocí esa área albergaba a los reclusos catalogados con buena conducta, sin importar el delito que hubiesen cometido.

La miniciudad estaba delimitada por mallas aceradas con serpentinas de navajas en la parte superior; hacia el horizonte se erigían gigantes bardas grises que nos resguardan como titanes orgullosos. A los muros los sobrepasaban las torres de seguridad que nos vigilaban las veinticuatro horas. Las cámaras estaban por todas partes, con excepción del interior de las celdas y los baños. Pronto me enteré que las más famosas eran las cámaras de “dos patas”, es decir, los compañeros que iban a peinarse con los tiras. Se encargaban de denunciar cualquier irregularidad a cambio de hacerse de algún privilegio, como un plato de comida de mejor calidad, similar a los que les sirven a los policías.

En el patio había un campo grande para practicar deporte. Se trataba de una extensión de tierra con piedras y una pizca de pasto, donde jugaban los equipos de béisbol, fútbol y voleibol. También se usaba para correr, hacer ejercicios cardiovasculares y de calistenia. Estaba disponible a primera hora. Había dos palapas que se usaban para ejercitarse en los días lluviosos, para recibir visita el fin de semana y, sobre todo, para la convivencia de los internos. Ese era el punto de reunión en las noches para cenar, hablar por teléfono, platicar y entretenerse jugando al dominó, scrabble, damas chinas o ajedrez.

A los pocos días encontré el que sería uno de mis sitios predilectos: la biblioteca. En la entrada del recinto estaba don Pancho, el interno encargado. Era un hombre de edad avanzada, semblante sereno y resignado. Se sentaba detrás de un escritorio y desde una computadora manejaba el inventario, localización y registro de los libros. Todo el material estaba registrado en un sistema que fue implementado por un talentoso interno, y funcionaba de la misma manera que cualquier biblioteca pública: se toma a préstamo el título de predilección, con el compromiso de cuidarlo y

devolverlo cuando se terminaba de leer. El acervo contenía enciclopedias, novelas épicas y modernas, libros sobre psicología, superación, espiritualidad, libros didácticos, religiosos, esotéricos, de idiomas... en fin, casi de todos los temas. El recinto estaba conformado por cuatro grandes áreas físicas: el área de computadoras, mesas de trabajo, área de pupitres y pizarrón para clases, y una sala de lectura. Ahí estaba permitido beber café mientras se leía. El área de pupitres estaba destinada a las clases para quienes se inscribían en la primaria y secundaria, pero más bien era usada para escribir en la pizarra los horarios de los partidos de los diferentes deportes, y para reuniones de entrenadores con sus jugadores. Ciertamente la biblioteca era un lugar austero, pero bien organizado. Me dijeron que contábamos con un salón multiusos, un tanto abandonado, donde algunas veces proyectaban películas.

También me enteré con alegría que en La Extensión teníamos alrededor de veinte aparatos de teléfono, distribuidos en los pasillos de los ambulatorios y en una de las palapas. Todos contaban con el servicio internacional, nacional, local y a celular. Aunque éste último era el más caro dentro del penal y el de mayor demanda, ¡por fin podría hablar con Luz! ¡Cuántas cosas que platicarle! Mis padres sospechaban que ella colaboró para lograr que me trasladaran a esta área. Pronto lo averiguaría.

Además de la biblioteca y el salón multiusos, se disponía de talleres para el desarrollo de la creatividad, donde pintores, escultores y carpinteros elaboraban desde un cajón de madera hasta los más sofisticados muebles; además de pinturas y esculturas, dignas de ser expuestas en galerías de arte. A los internos que se daban de alta como artesanos se les permitía utilizar herramientas de labrado, exclusivamente en el área de trabajo.

Por lo general los refrescos, cigarros o cualquier artículo del restaurante y tiendas era la moneda de intercambio entre los internos. Éstos funcionan como bancos, cobrando una comisión del 10% por fiar productos o por regresarlos. Cualquier servicio contratado entre los compañeros se cotizaba en especie. Por ejemplo, por cada cincuenta pesos se cobraba con cinco refrescos o una cajetilla de cigarros. Además, se podía comer en el restaurante, si el saldo en la cuenta lo permitía. Se daba el número del interno y al momento de ordenar en automático lo descontaban.

Los internos se ocupaban en diversos oficios para generar recursos. Estaban los *talacheros* o encargados de la limpieza de las instalaciones, el personal de mantenimiento y los albañiles. En el área deportiva prosperaban los organizadores de torneos o árbitro; había quien se dedicaba a las artesanías, a la carpintería o a la pintura. Las tiendas y restaurant también requerían del trabajo de los internos para funcionar. Los que sirven el rancho son los mismos compañeros. Algunos oficios eran pagados por el gobierno, como el de cocinero o ranchero; otros son subcontratados por los mismos internos para cubrir sus necesidades.

A los pocos días de ingresar me ofrecieron encargarme de una de las tiendas. Lo rechacé pues seguía en espera de que se consolidara el proyecto del programa de Desarrollo humano de la Fundación de la licenciada Amparo, la amiga de Luz. Ojalá pudiera servirles en agradecimiento por haber contribuido en mi cambio a La Extensión.

Andando el tiempo don Prospe, uno de mis compañeros de celda, se convirtió en mi carpintero de cabecera. Era un hombre servicial, tranquilo y trabajador, que sonreía a pesar de su historia de vida. Padecía hipoglucemia y siempre estaba tomando Pepsi. Yo llegaba y lo saludaba picándole la panza. Cuando lo conocí tendría como cincuenta y cinco años. Era blanco, güero y sin tatuajes, condenado a dieciocho años de prisión de los cuales ya llevaba catorce. Desde que llegué me ayudó a adecuar mi *penthouse* —así solían llamar a las camas de arriba—, me construyó un cajón para la ropa y artículos personales, me puso cortineros entre los barrote que dividían las

celdas —en el punto donde coincidía la cama del Elote y la mía, dejándome saborear una pizca de intimidad. Era justo a la hora de cobrar, contrario a otros que se aprovechaban con los nuevos para subir los precios y bajar la calidad. Don Prospe fue un ángel más que se cruzó en mi camino carcelario.

*

Desde el primer día me lancé a correr en el campo de fútbol hasta el cansancio. La euforia de poderme mover me llenó de energía. Al finalizar rezumando hasta por los cabellos, jadeando profundamente y feliz, agradecí al cielo cada paso. Me quité los tenis para caminar descalzo en un pequeño pedazo con pasto, mientras sacudía el polvo del calzado. Después pensé que sería buena idea contratar a don Prospe para que me fabricara unas barras de madera para enganchar un par de envases de galón rellenos de tierra.

Dos días después se presentó una inusitada situación. Vi pasar al personal penitenciario empujando una silla de ruedas con el cuerpo de un pobre hombre de avanzada edad. Se dijo que llevaba días enfermo y que no tenía fuerza para salir de su celda ni al momento de la lista, y que nunca recibía visita. Al parecer la causa del deceso fue un derrame cerebral. De inmediato la guardia retiró sus pertenencias. Un rato más llegó don Prospe conmigo. Venía corriendo.

—Oiga, Medardo, hay un colchón que está casi nuevo, ¿le interesa?

—Sí, don Prospe, ¿dónde está? —contesté de inmediato.

—En la bodega de los guardias. Negocié y se lo intercambian por una caja de cigarros, ya aceptaron. Era del viejo que se acaba de morir.

—¡No me jodas, compadre! —reclamé.

—Bueno, usted dice. Yo ya se lo tamalié y está muy barato. Siempre piden tres cajas de cigarros. Además, no tardan en ganárselo —lo dijo en un tono tan convincente que a poco estuve de imaginar a los reos, puñal en mano, arrebatándome el colchón del muerto.

—Bueno, ni hablar, hay que hacer el trato.

Así logré hacerme de un colchón a la semana de haber llegado. Antes de usarlo le quité el forro, lo fumigué, lo desinfecté y le coloqué una sábana limpia. Se me desgarraba el alma ante la indiferencia. ¡Las cosas ahí eran tan frías! Falleció un ser humano en total abandono y la única consecuencia fue que desapareció un número en la lista, y hubo una boca menos qué alimentar. La población ajena a los hechos siguió su curso, sin dedicarle siquiera un minuto de silencio por respeto al ser que acababa de morir.

La cárcel ofrecía experiencias nuevas cada día, como ésta de ponerme sobre el colchón donde murió un ser humano pocas horas antes. Ante la gran ola de dolor que respiraba decidí dejarlo pasar sin engancharme en lo desagradable que brotaba a cada momento. Busqué en mi mente algún motivo que me ayudara a eludir el desasosiego. Unos compañeros que hablaban en el pasillo me abrieron la mente. Aquí en la prisión no hay límites para la creatividad verbal. Se inventan palabras que se escupen como gargajos, estrellándose contra el concreto. Ahí permanecen en espera de otras más purulentas, más mordaces, hasta que pasa alguien, las recoge, las masca, las pasa a otra boca como gota de saliva, como baba. Qué significa Cana, por qué aquí no es cabello blanco sino Cárcel. ¿Por qué ese nombre? Nadie lo sabe. ¿Será porque se puede permanecer hasta encanecerse el cabello? Todo lo que aquí sucede es canero. El que tiene encima muchos años por cumplir tiene mucha cana. Cuando alguien es sentenciado ya está caneado.

Por qué dicen a cántaros, en vez de acá; a llántaros en vez de allá; andar de cabra en vez de estar de mirón, o andar recio que designa al que delinque en poco tiempo. A los que usan ropa muy ajustada, sobre todo los homosexuales, se les dice arrin quin quin; al que anda de un lugar a otro día y noche le dicen que la anda bailando. Hay mil formas de falsear la realidad, de cambiarla, de eludir significados, de comunicar secretos, de construir claves de pertenencia al grupo.

Bunker: la cama baja de celda. Buzo: aguzado. Cabras: pasar el chisme. Camellando: trabajando. Canastero: el que lleva mensajes de la autoridad a un interno o entre internos. Cantón: lugar asignado durante la estancia en la cárcel. Charco: trago de alguna bebida. Charrasca: tapadera de lata, usada como navaja. Chiricuazo: golpe con la mano abierta en la cabeza. Chipiloso: de lo mejor. Cochibol: juego de volibol con reglas flexibles y muy poco claras. Con tenis: contento, alegre. Cuanta mueca: etcétera o muchas cosas más. De agua: fluye fácil. De piquete: accionar de manera escurridiza o prepotente para adelantarse en la fila. En la concha: sometido al rigor de uno o más compañeros. Enresinado: el que no sale.

Erizo: sin dinero. Estar en el avión: andar drogado. Estar bien pabellón: estar bien loco. Esto y lostro: esto y lo otro. Gajos: nalgas, glúteos. Gaviota: gandalla. Hermano hereje: asiduo al culto religioso y simultáneamente ofensivo con los compañeros.

Íntima: sitio para visita conyugal. Jinete: enojado, molesto. Juído: harto de la prisión. Laqueado: encierro temporal completo sin salir de la celda. Tira: policía. Lima: playera. Literatura: libros de cualquier tema. Lleca: calle. Lloviendo / me mojo: ver para creer. No hay falla: sin problema. Mancha trusa: flato sonoro. Marranera: celda pequeña y sin baño. Mayelo: mejor amigo, amigo íntimo.

Sentirse Martín morir: sentirse muy mal después de una noticia desagradable o ser descubierto por la policía. No hace frío: tener el valor de hacer algo. No te enamores: reclamar algo prestado que el compañero se niega a regresar. Pabellón: afectado de las facultades mentales. Padrino / Padrineque: interno de aparente y real libertad financiera que puede ayudar a sus compañeros. Paisa: de rasgos mexicanos predominantes. Pánico: drogado con piedra.

Palomita: envuelto o mini cigarro de marihuana. Panochón: delatar ante la policía sucesos comprometedores. Pareado con la tira: tener privilegios con los guardias. Pasa morado: sin problema, vía libre. Peido / peinarse: chismoso. Penthouse / Azotea: cama más alta en una celda. Perrillo: modo de dirigirse a un compañero. Perros: cada perro es igual a cien pesos mexicanos.

Pingüino: bajo los efectos de pastillas controladas. Píldoro: alterado por consumo de pastillas / café muy cargado. Pisto: pequeña ración de comestible o de uso personal. Pistolero: asistente de un padrino para que se evite filas e incomodidades. Punta: objeto punzocortante hecho a mano susceptible de afilarse. Ranchero: persona encargada de repartir la comida como lo dicta la tradición canera —en porciones desiguales más el agua de sabor: al tiempo y desabrida. Sopleción: chismoso. Su avena y su arroz: llevar las cosas suaves, tranquilas. Talacha: trabajos de limpieza.

Talachero: encargado de un trabajo de limpieza. Talachón: hacer la limpieza profunda a un espacio. Tapiñado: escondido o encerrado detrás de las cortinas del bunker o cama inferior. Tírame a león: no me hagas caso, ignórame y retírate que va a haber problemas. Tirar carreta o carrilla: hacer burla a un compañero. ¿Toda la cana?: reclamar a algún compañero que si así se va a pasar toda su estancia en la cárcel. Torcido: visto en plena acción de algo fuera de reglamento. Traes mamadas: dar a entender que sus anécdotas son de dudosa reputación. Traes síntomas: acusarte de que no quieres hacer algo.

Tramo: pantalón. Vaisa: una fumada o toque al cigarro. Vas ganando perro: pedir un favor dando a entender que habrá compensación. Ya córtatela: decirle a alguien que cambie el tema o se vaya. Ya te la sándwich: afirmar que ya se tiene conocimiento de algo. Zenaído: catalogado como partícipe de cierto cártel. Zopo: olor a axila sin desodorante.

*

Así que yo estaba ahí tirando cana, esperando la resolución legal de mi caso. Y entre eso y no hacer nada me iba conociendo, observando mis sentimientos y a la vez estableciendo comunicación con los compañeros. No con los trescientos que éramos en La Extensión, pero sí con una buena parte, por el gusto de la comunicación.

Cambió mucho mi perspectiva desde que andaba sin grilletes ni esposas todo el día, excepto en las noches en las que se nos restringía a permanecer dentro de los límites de los dormitorios. Me ponía contento poder hablar por teléfono, ir a la tienda, al restaurante, regresar a los buenos hábitos del ejercicio y de leer.

En ese estado de ánimo un buen día busqué un teléfono para llamar a Luz. El pulso se aceleró al ritmo de mis pasos, sentí que me faltaba el aire. Además de saludarnos Luz me podría contar cómo estaban las cosas afuera. Levanté el auricular, marqué. Una grabación informó al receptor que la llamada provenía de un centro penitenciario. Temí que Luz colgara al escuchar la advertencia.

—¿Medardo? —Preguntó extrañamente contenta. Ella siempre se mostraba seca y cortante al teléfono. No le gustaba ese medio de comunicación.

—Sí, Luz, ¿cómo estás? —saludé con la voz delatando mi emoción.

—Bien, un poco preocupada, esperando noticias tuyas —Después de tanto tiempo entre hostilidad, agresiones; de hablar con absolutos desconocidos, con delincuentes, asesinos, policías prepotentes, de estrellarme contra la violencia en todas sus manifestaciones, de moverme en el sarro de la sociedad, escuchar a Luz me llevó a sentirme entre amigos, no obstante que advertí un tono molesto—. Tus padres están mortificados porque estás batallando con las cucarachas.

—Así es, Luz, ando todo mordisqueado —dije en tono de queja.

—¡Ay Medardo, cuanto lo siento! ¿Sabes?, a veces tenemos que elegir entre una epidemia de ratas, extorsiones de gente que amenaza con hacerte daño y pide grandes sumas de dinero para protegerte dentro de prisión, o una plaga de cucarachas. Elegimos el menor de los males —Guardé silencio sin saber qué decir. Era evidente que la gente que me quería estaba haciendo hasta lo imposible para lograr que yo estuviera en este lugar, el más protegido o menos peor de todos, mientras yo no dejaba de quejarme.

—¿Y cómo te sientes, además de mordido de cucaracha? —¡Pum!, la pregunta directa de Luz conectando al centro del corazón.

—En este momento contento de ver muchas cosas nuevas —le solté—, y de poder hablar contigo.

—¿Y en general cómo estás? —¡Pum! va de nuevo excavando para sacar el magma.

—He estado al pendiente de mis sentimientos ¡son una verdadera montaña rusa!, he estado triste, alegre, enojado, frustrado, y a vece me sorprende contento y hasta alegre—respondí un poco para ella y un mucho para mí. Su respuesta fue contundente.

—¡Me da gusto saberte vivo, Medardo! —dijo dejando escapar un suspiro de satisfacción.

—¿Has contemplado la posibilidad de ser feliz?

—¿Cómo que feliz, Luz? ¡Estoy en prisión! ¡No te entiendo! —le dije enojado.

—Medardo, la felicidad es un estado de consciencia, que se suscita al reconocer desde tu ser interno, cada uno de tus sentimientos y dejarlos pasar, tanto los que denominas buenos como los malos. Los sentimientos siempre son como nubes, todos pasan, ninguno se queda atorado. Recuerda, Medardo: cualquier situación que estés viviendo ahora, va a pasar, la euforia, la alegría no son garantía de la felicidad, tampoco lo son el enojo o la tristeza o el miedo. Tú no eres tu cuerpo, ni tus sentimientos, menos tus pensamientos: tú eres la presencia que observa a estos y a esa presencia solo tú tienes acceso.

—Entonces ¿puedo ser feliz con solo convertirme en un observador de mis sentimientos?, ¿puedo no engancharme a ellos?

—Puedes estar muchas veces triste o frustrado, lo comprendo. Pero si reconoces tu sentir, le pones nombre, estarás dando un paso hacia la felicidad de saberte vivo, presente, humano. Si además dejas pasar este sentir, sin apegarte a él, darás un segundo paso, y cuando te atrevas a transformar tu sentir en comprensión y compasión hacia tu ser y hacia los demás, entonces serás feliz y nada ni nadie podrá arrebatarte tal felicidad.

—Gracias por tus palabras, Luz. En ellas alcanzo a percibir que la felicidad es un estado de consciencia, independientemente de cómo se sienta uno, mientras observemos nuestros sentimientos sin ser ajenos a ellos, pero sin quedar enganchados a ellos. La felicidad no es sólo cuando sentimos alegría. Cuando somos amorosos y compasivos con nosotros mismos, sobre todo cuando nos sentimos tristes, enojados o humillados, podemos ser felices.

—Sí, Medardo, de eso se trata.

—Gracias, Luz. Ahora debo meterme a los dormitorios. Ya casi es la hora de la lista.

—Claro, luego hablamos —dijo a modo de despedida.

Memorias de Luz

Una vez que Miguel me comunicó que a Medardo lo habían trasladado al penal de La Ciénaga y que pronto sería asignado al área de La Extensión, mi corazón se expandió tomando tanta sangre como le fue posible. Por fin me sentía liberada de la opresión que acortaba mi respiración, tenía la certeza que La Ciénaga era un lugar más protegido dentro de lo posible en ese ambiente.

*

Reconozco que en este primer mes y medio fui presa de la impotencia en más de una ocasión, especialmente cuando estábamos haciendo lo que podíamos y resultaba insuficiente, como con la infección por mordidas de cucarachas. Aquel día recibí una llamada del papá de Medardo, preguntando si yo podía acelerar que movieran a su hijo del área de Comportamientos.

—La cosa está grave con estos insectos rastreros —concluyó en una súplica sorda—. Habla con Amparo a ver si pueden acelerar su acceso a las celdas. ¿Cuándo van a empezar con el proyecto de las clases?

Escuché al señor y le aseguré que comprendía su desesperación, que vería qué podía hacer al respecto. La verdad es que lo único que podía hacer era poner a Medardo en su lugar. Así que esperaba la primera llamada para confrontarlo.

Una mirada al cielo

Día a día iba tolerando con menos dificultad las nuevas condiciones inhumanas e insalubres de la cárcel. Trataba de remediarlas, pero mi lucha era insuficiente. Yo corría a las cucarachas a punta de desinfectante y apenas se iban llegaban más de la celda de al lado a mordirme los brazos y el abdomen. El Elote hacía bolas las envolturas de galletas que comía y las colocaba entre su celda y la mía. Era como un banquete para que las moscas y cucarachas vinieran en tumultos por las migajas. Yo las corría y El Elote las llamaba. ¡Esto no iba a acabar nunca! Y no sólo era El Elote. Él era uno de los muchos compañeros con pésimos hábitos de higiene. No sólo se trataba de las bolsas de frituras, de galletas o envolturas de chicles dejadas aquí y allá; de envases de refrescos, tetra packs de jugo, vasos con restos de leche o cereal. Además de eso, que ya de suyo era una invitación a bichos rastreros venir a comer, existía la costumbre de lanzar escupitajos, casi como sello de la casa. Desde simple saliva espumosa hasta gargajos amarillentos, verduscos, con hilos sangrantes, babas colgadas de cualquier superficie, retorciéndose como gusanos, meciéndose al contentillo del aire; mocos expulsados como catapultas, tapándose alternadamente las fosas nasales, lanzando con garnuchos los restos en los dedos, directo a estrellarse en el piso, en las paredes, en las cobijas, en los barrotes, en la ropa del compañero. Al extender la mano, al caminar descalzo en la celda, uno estaba seguro que se embarraría con alguna secreción, lagaña, orín, uña cortada con los dientes. La celda era un palpitante foco de infección. “Si el Caguama habitara en La Extensión —pensé con una mezcla de nostalgia y de dolor—, se las hubiera ingeniado para mantener todo limpio aún sin productos químicos”. Extrañaba del Caguama sus conversaciones, sus enseñanzas que sin saber me daba. Durante meses conservé la costumbre de preguntar a los internos que llegaban provenientes de La Perrera, si habían conocido al Caguama. En una de esas, un señor macizo, de sombrero zacatecano, más bien taciturno, me contó que él sí lo trató, y que por otros supo que habían soltado al Caguama y apenas salió libre lo mataron a balazos. Después de esto me arranqué la costumbre de preguntar por los que se habían quedado atrás. Si alguien me daba razón, pues santo y bueno; si no, yo no preguntaba.

Los baños eran otro problema. Me contaron que al principio los lavaban con productos químicos, pero los compañeros se los robaban para cambiarlos por cigarros, entonces las autoridades optaron por suspender el suministro por lo que los talacheros no tuvieron otra opción que lavarlos con pura agua. Tampoco había papel de baño, ni jabón, porque la raza arrancó y destruyó los dispensarios. ¿Cómo es posible que prefirieran cigarros a sanitarios limpios? Yo enfrentaba la carencia sanitaria armando mi propio kit de limpieza, que además de higiénico me protegía de las enfermedades.

El agua de las regaderas estaba fría porque encendían la caldera —a veces—, de cinco de la madrugada a siete, por castigo. Eso no importaba, al contrario, el agua fresca mitigaba el calor. Ya veríamos con la llegada del invierno.

*

Trataba de hablar con Luz a diario. Ella compró un celular para mis llamadas, y evitar que su número se registrara en la prisión. Ante la primera amenaza de extorsión tiraría el chip, según le recomendaron mis abogados y su familia.

Un día me preguntó todas sus dudas sobre la forma de vida aquí. La noté preocupada por mi seguridad. Me comentó que se armó un rol entre algunos amigos para depositarme algo de dinero cada semana, para mis necesidades. Le agradecí y le platiqué las compras que realizaba y los costos de la vida ahí dentro que eran al doble de su precio en el mercado. También le dije que mantenía la costumbre de consumir café muy temprano por las mañanas y por las tardes; que los compañeros que llevaban mucho tiempo presos, disfrutaban de televisiones y hasta de parrillas eléctricas, donde cocinaban sus propios alimentos. Esa tarde nos fuimos tejiendo la conversación en torno a nimiedades y minucias, hasta que se me ocurrió decir:

—Cada vez me acostumbro más a los modos de vida de la cárcel.

Me contestó un silencio sepulcral. Temí que Luz me lanzara una bomba.

—¿Ya te acostumbraste, Medardo? —preguntó con la claridad de una mañana invernal.

—Sí, ya me voy acostumbrando, cada vez mejor, Luz —reafirmé un tanto optimista.

—¡A ver, a ver! Entonces, ¿ya aceptaste ese modo de vida? —la pregunta cayó como témpano.

—¡Claro que no me gusta este modo de vida! Sin embargo, soy flexible ante las circunstancias que me rodean —dije. Escuché un profundo suspiro de descanso y comprensión del otro lado del auricular—. ¿Qué pasa, no entiendo, ¿qué dije que suspiraste así? —pregunté confundido.

—Acabas de dar la respuesta, ¿no te das cuenta? Has dicho que te haces flexible ante las circunstancias, eso es muy diferente de acostumbrarse —dijo Luz—. ¡Te estás adaptando, pero no acostumbrando, Medardo! La costumbre, Medardo, es pariente del conformismo y tú no eres de esos, adaptarte es sacar el máximo provecho de las situaciones y poner de ti para mejorarlas, en cambio acostumbrarte es dejarte tragar por el sistema, aunque éste no te parezca, es como decir que te da igual si está limpio o sucio; la costumbre te convierte en un ser tibio.

—¿Entonces adaptarse es transformarse? —pregunté aun sintiéndome confundido.

—Algo así, Medardo. Siendo flexible ante la vida te vas adaptando y luego sin casi darte cuenta te trasformas en un ser que optimiza y saca lo mejor de cada situación minimizando lo perjudicial. Es un paso evolutivo de consciencia. Por ahí se puede empezar.

Después de colgar, la frase “Siendo flexible ante las circunstancias de la vida” siguió resonando en mi corazón. ¿Era acaso que la vida fraguaba algún cambio para mí? ¿En quién me estaba transformando? Esa noche, durante mis oraciones, me aislé de los ruidos de la gente que platicaba en los pasillos, de los televisores a todo volumen, del crujir del papel metálico de las golosinas que devora El Elote.

Cerré los ojos y traté de dormir. Mi mente repasaba una y otra vez la dichosa frase “Siendo flexible ante las circunstancias de la vida” ¿Qué querría decir eso? Mi imaginación volaba, me transportaba hasta el mar, sentía los rayos del sol y la humedad del clima tropical. Contemplaba la escena desde lo alto, me encontraba lejos del bullicio de la gente. De pronto, unas gruesas nubes taparon el sol, el cielo se oscureció, soplaban el viento. Observé cómo la gente apresurada, recogía sus cosas, corría buscando refugio. Yo continuaba ahí, inmutable, sintiendo cada vez más la fuerza creciente del viento. El mar tomaba fuerza, las olas se agigantaban, una enorme cortina de lluvia avanzaba apresurada y directa hacia mí. La tormenta desatada tocaba tierra. La gente desaparecía. ¿Dónde estaba yo? No encontraba mi cuerpo en ese escenario, sólo veía las palmeras agitadas por la tormenta. ¿Era una palmera? Se desataba la ferocidad de la naturaleza, la lluvia caía con fuerza, las gotas se me clavaban como agujas. Todo era confusión, no podía ver nada. Los vientos azotaban en todas direcciones, me doblaban y sacudían. Yo era flexible. Mis raíces estaban bien cimentadas y yo era flexible. Fluir, sí, fluir, entregarme sin resistencia, sin

luchar contra la naturaleza, no quejarme de los vientos, de la lluvia, sólo fluir, fluir. Así llegó la calma y caí en un sueño profundo.

Desperté sintiéndome totalmente descansado. Me levanté con una mayor disposición para interactuar con los compañeros, a los que les parece que “está con madre y chido aquí”. ¿Cómo es posible que les pareciera chido estar a merced de la autoridad, pidiendo permiso para casi todo, con alimentos que apenas llegaban a lo básico, virus e infecciones, insectos rastreros, con una caldera que no encendían como castigo, con un pobre y deteriorado aire lavado que sólo echaban a andar algunas noches y lo único que lograba era humedecer más el ambiente? Resolví llamar a Luz para compartirle mis inquietudes

—Dicen que les gusta este lugar, Luz, que está chido. Yo no puedo entender eso, ¿cómo puedo estar rodeado de gente conformista? Si tú pudieras ver cómo están las instalaciones, y eso que aquí es la mejor área, no quiero ni pensar cómo están las demás —conforme hablaba me iba sintiendo indignado, y a la vez que liberaba la opresión de mi pecho.

—Medardo, no busques explicaciones para todo, ponle un poco de compasión al asunto —propuso Luz con cierta dulzura.

—¿Qué tiene que ver la compasión aquí? ¡Ellos se conforman, están acostumbrados a esto, por eso no hacen nada!

—¿Conformes? ¿Ese es tu veredicto del juicio a tus compañeros? —cuestionó—. ¿Conformes?

—Eso es lo que pasa, no hay de otra, Luz. Hay mucho conformismo —reafirmé seguro de mi buen juicio.

—Te has detenido a pensar un poco en cómo vivían antes de llegar ahí, ¿cómo te imaginas que era su vida afuera de la prisión como para que ahí esté chido? ¡Trata de ver con el corazón lo que te rodea, Medardo! —sugirió con compasión ante mis palabras—. Tal vez ellos a diario tenían qué buscar que comer y allí tienen seguros los frijoles y el pan; muchos de ellos nunca tuvieron un techo dónde vivir, y ahora lo tienen, aunque esté lleno de cucarachas; algunos son ignorados por su familia y en prisión han encontrado adopción en una nueva; a otros afuera los persiguen para matarlos y ahí sólo reciben algunos golpes de los guardias cuando se portan mal —sentenció imaginando el panorama.

—¡Ya entendí por qué aquí está con madre para ellos! —le dije y al reconocerlo sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

Una vez más vi que con Luz te topas porque te topas. Tenía una forma muy particular de ver el mundo, mientras yo seguía arraigado en mi manera de juzgar en vez de comprender. Me gustaba hablar con ella porque me situaba, me invitaba a ver con otros ojos, a enfocarme en lo que está bien ¿Será que la readaptación social suponía primero tomar conciencia del punto en el que se estaba ubicado, para de ahí partir hacia la transformación y el crecimiento? Ese día casi podía asegurar que no estaba en prisión para tocar los corazones de los demás. ¡Estaba preso para ser libre! Para sentir mi corazón, para despertarlo, transformarlo, para expandir mi comprensión y mi compasión; para dar la oportunidad a mi corazón de vivir en la gratitud, primero, por estar vivo, después por estar aprendiendo cosas nuevas. Esa mañana empecé a comprender que mis compañeros presos estaban pagando una pena que reflejaba lo aprendido en la pobreza de un país tercermundista, falto de oportunidades y lleno de corrupción.

*

A medida que pasaban los días me sentía más desesperado. ¡Quería ver a mis abogados! ¡Quería

salir un momento! ¡Quería que me llamaran de otra área!

Cuando salía de La Extensión, veía más allá del enorme portón central. Aunque estuviera dentro del penal, tenía la impresión de ver un paisaje diferente. Aprovechando los desniveles del enorme terreno donde está fincado el penal y distante de la barda, veía un poco de la naturaleza exterior y uno que otro vehículo que circulaba por un camino vecinal. Cuando me llevaban esposado hacia la zona técnica, disfrutaba la vista del terreno baldío. ¡Tan cerca y tan lejos de la libertad! Avivaba mi rebeldía saber que la libertad estaba a unos metros y que por errores humanos me tenían ahí, y esa misma rebeldía anímica me fortalecía el espíritu. Yo tenía fuerza para controlarme, para no correr a campo traviesa rumbo a las alambradas, impulsado por la plena conciencia de mi inocencia; para no arrancarme los grilletes, las esposas, el número que negaba mi identidad, para no volar por sobre los muros y las cercas, libre como las aves anidadas en la lámpara fundida. El espíritu me daba fuerza para comprender que aquello era pasajero.

Mi única opción de salir era Luz. Ella me invitaba a volar a través de sus palabras. Así que a la primera oportunidad le llamé. Por fortuna esta vez tuvo tiempo de atender la llamada. Siempre la tomaba, pero algunas veces lo hacía sólo para pedirme que le llamara más tarde. Yo comprendía que estaba trabajando.

Sabía que Luz tenía una vida repleta de actividades. Madre de dos hijos, llevaba su casa desde el orden hasta el súper, atendía a sus pacientes de psicología y de Reiki; caminaba por las montañas, practicaba yoga y meditación. Desde que hablaba con ella con más frecuencia me estaba colando en su día a día, lo que me daba oportunidad de conocerla mejor. Desde la prisión me colaba en su hogar.

—Ya me harté Luz —declaré molesto.

—¿De qué estás harto, Medardo? —preguntó con tranquilidad.

—¡De las bardas!, ni que nos fuéramos a escapar. Hacia todas las direcciones que dirijo la mirada me topo con una pared enorme, gris. Si no fuera por estas llamadas, te juro que no sobreviviría aquí dentro.

—¿Ese es tu resumen del tiempo que llevas ahí? ¿Llamaste para quejarte de las bardas? —me interrogó incrédula.

—Bueno, pues lo que yo quería decirte es que extraño mucho la naturaleza, las montañas, todo lo que hacía antes, la vida que tenía.

—¿Y no has pensado en algo más que puedas hacer ahí? Sé que no puedes cambiar las cosas en la cárcel, Medardo, pero también sé que tú sí puedes hacer cambios adentro de ti.

—Lo he intentado, hago muchas cosas, me adapto con los compañeros, hago ejercicio, leo, juego, pero ya no sé qué más hacer, Luz

—¿Y qué tal si lo vemos así? —propuso—: ese lugar en el que ahora estás es como una escuela, te está dando cada día grandes lecciones que transforman tu vida. Las bardas te impiden ver más allá, ellas delimitan tu momento presente, querer ir más allá de las bardas es como querer mirar al futuro. Los seres humanos estamos tan acostumbrados a tener la mira en el horizonte, que nos perdemos lo que sucede en el presente —su tono se iba suavizando. Guardé silencio. Me di cuenta que quería huir del presente, ¡no me agradaba! La propuesta de Luz era una invitación a estar en el ahora. Querer ver más allá de las bardas me subía a una montaña rusa emocional.

—Tienes razón, por más doloroso que sea, este es mi momento presente —repuse tras un largo silencio—. Mientras mis abogados no arreglen este malentendido, seguiré aquí. Trataré de enfocar me —Al decirlo me sentí comprometido conmigo.

—Medardo, ¿has pensado en voltear hacia arriba y ver el cielo? Es el mismo para todos, sin importar tu condición en la tierra, en el cielo no hay bardas, es infinito. Mira al cielo, déjate sorprender por cada puesta del sol, con el resplandor que atraviesa las nubes, con las estrellas, con la luna. Observa cuánta belleza y grandeza hay en el cielo y date cuenta de que todo ello está contenido en tu corazón.

Terminé la llamada. Reflexioné en sus palabras. ¿De dónde habrá sacado esa solución para ir más allá de las bardas? Tenía razón.

Caminé hasta donde pudiese ver el firmamento en todo su esplendor, inmenso, luminoso, inagotable. Agradecí a Dios de cara al cielo.

Memorias de Luz

Mes y medio después del internamiento de Medardo sonó mi celular. Cuando lo levanté entró una grabación impensada: “Esta llamada proviene de un centro penitenciario. Si desea recibirla permanezca en la línea, de lo contrario cuelgue en este momento”. Que ensalada de emociones vinieron a mí, dolor por la cucharada de realidad de la grabación y alegría de la bendición de hablar con Medardo.

—Hola Luz, ¿cómo estás?

—¡Qué gusto podernos comunicar! ¿Cómo estás, como te sientes? cuéntame, como va todo.

La conversación se alargó por cuarenta y cinco minutos durante los cuales lo escuché calmado, tranquilo, con dolor, pero con fuerza; viviendo la aventura contra la plaga de cucarachas y conociendo compañeros nuevos. No perdí la oportunidad de confrontarlo por la llamada que me había hecho don Rubén.

—Medardo, llamó tu papá para contarme del asunto de las cucarachas. ¿Sabes?, a veces los que estamos afuera tenemos que elegir entre una plaga de ratas y un montón de matones extorsionadores o unas cucarachas. Hemos elegido las cucarachas. Así que lo siento mucho, pero fue lo menos peor que encontramos para ti. Te pido que dejes de mortificar a tus papás con esas nimiedades.

Él guardó silencio. Sé que fui dura, sin embargo, necesitaba comprender que no podía sumar impotencia a la familia. Estaba segura que esta era una buena forma de ayudar a don Rubén y resolver este asunto.

A partir de ahí Medardo colaba muy bien a quién le decía qué. Reconozco que, tanto a Medardo como a mí, nada más una vez nos decían las cosas y hasta ahí llegaban. Las conversaciones que mantenía conmigo eran descarga emocional, y alguna que otra asesoría sobre cómo ayudar a algún compañero en apuros emocionales.

En ese momento yo desconocía que se estaba abriendo un canal de comunicación que con el tiempo se iba ir engrosando tanto hasta contener al propio universo en él. Iniciamos una serie de innumerables y extensas llamadas donde no se agotarían los temas de qué hablar.

Medardo no dejaba de agradecer el que estuviera presente con su familia. Me pidió que de vez en cuando visitara a sus padres.

—Ellos ya son grandes para enfrentar el dolor tan fuerte de verme en esta dificultad. Por favor plática con ellos.

—Así lo haré, Medardo, no te preocupes —aseguré.

¿Horizontes al interior?

Estábamos sentados en la palapa resguardándonos del sol, intercambiando anécdotas, espantándonos los zancudos y las moscas que revoloteaban entre las piernas. Éramos puros nuevos, recién llegados a la cana. Yo esperaba tranquilamente la visita de mis padres para ese fin de semana. Me llevarían pantalones largos. Los necesitaba para ir a la zona técnica y a las citas con los abogados. Ya era viernes, de manera que, con un poco de buena puntería, no sería llamado por las autoridades sino hasta la semana entrante. Por lo pronto usaba un pants que don Prospe me prestaba para cuando la ocasión lo ameritara.

A lo lejos vi venir a un canastero.

—¡5217! Salvatierra, Medardo.

—Sí, ¿qué pasa? —Vaya, al parecer no tuve buena puntería.

—Váyase para la esclusa. Apresuré el paso porque viene a buscarlo el director —exclamó con un dejo de autoridad.

—¿Cuál director? —pregunté sorprendido.

—Pues cuál más, el alcaide, el mero mero de aquí —concluyó con gesto de obviedad y dio media vuelta.

Marché por el largo pasillo de alambrada hacia la entrada de La Extensión donde estaba la caseta de vigilancia.

—¿Qué pasó?, Medardo Salvatierra —me saludó el guardia en tono de broma—. ¿Pues qué hizo que ya lo viene a ver el director?

—¿Acaso se trata de algo malo, señor guardia? —secundé el juego.

—Pues a ver de qué se trata, pero no es algo malo —aceptó en tono conciliatorio—. Quédese aquí que ya no tardan en llegar.

Esperé de pie hasta que uno de los guardias abrió el grueso portón con visible esfuerzo. Los rayos del sol chocaban en el asfalto creando un espejismo sobre el que caminaba un grupo de 20 personas, encabezado por el alcaide Pedro Salido. Portaba un elegante traje, zapatos relucientes y gafas oscuras. El grupo se acercó por la callejuela hacia la caseta. Fui identificando al comandante Aníbal, a la licenciada Isabel Santos, la subdirectora, una mujer elegante y de gran porte que caminaba junto a Amparo, la amiga de Luz que fue a verme a La Perrera; sargentos, cabos y rasos configuraban el resto del grupo. Parecía escena de película de acción. Y yo, discordante en medio de ella en bermudas, camiseta interior de tirantes y patas de gallo —con las prisas del mensajero, no tomé la precaución de ponerme pants. Además, no sabía que esta ocasión lo ameritara. ¡Qué curioso!, ¿tanta gente para ver a un interno? Quizá estuvieran ahí para algo más. Una mezcla de emociones que oscilaban entre el halago y la vergüenza se retorcían dentro de mí, por no estar a la altura en la vestimenta.

—Medardo Salvatierra Robles —dijo el director con voz directa y amigable.

—Sí, dígame, a sus órdenes —contesté parándome firme.

—Vengo a platicar con usted. Pero antes salude a quienes me acompañan.

El comandante se acercó a estrecharme la mano.

—A ver, quién soy yo —me retó el hombre con su impecable uniforme parapetado tras los oscurísimos lentes de manufactura italiana.

—Usted es el comandante Aníbal —afirmé con amplia sonrisa.

—Ándeleeeee —el comandante me devolvió la sonrisa—. Así me gusta.

Continué saludando a todos. Contenta la licenciada Amparo me estrechó la mano. También me dio la mano la subdirectora, y la licenciada Reyna Castillo, coordinadora de las actividades artísticas culturales y deportivas. Saludé a otras personas más del grupo y me uní al contingente. Caminamos por el pasillo de alambrada, atravesamos las instalaciones bajo la mirada curiosa de los compañeros quienes no se explicaban por qué formaba parte de la caravana; la verdad yo tampoco.

Llegamos al edificio de los dormitorios y subimos la escalera. Era la primera vez que visitaba la segunda planta a pesar de tener ya varios días en La Extensión, y que nada lo impedía. Entramos a un salón muy grande, casi abandonado. En una de las orillas había unos cuantos pupitres colocados al desgaire; polvo, telarañas, olor a moho. Sin embargo, una de las paredes prácticamente era un gran ventanal que ofrecía una espectacular vista panorámica. ¡De haber sabido hubiese subido en más ocasiones para ver más allá de las bardas! Las autoridades le mostraban el salón a la licenciada Amparo.

—¿Cómo ves, Amparo?, ¿este salón cumple con el propósito? —preguntó la licenciada Reyna Castillo, mirando alternadamente al alcaide y al comandante— Casi no se usa, sólo hay que darle vida.

—Está excelente —respondió Amparo mirándome directamente—. Medardo, vamos a convertir este recinto en la Sala para la Paz y queremos que nos apoyes con el proyecto, que desarrolles actividades para tus compañeros. ¿Contamos contigo? —cerró la exposición segura de mi respuesta.

—¿¡En verdad!? —grité sorprendido ¡Claro que cuentan conmigo!

El director se me acercó.

—Pórtese bien, Salvatierra. Le encargo mucho este proyecto.

—Cuenta con ello, señor director —contesté mientras la licenciada Reyna Castillo me observaba.

—Yo voy a ser tu jefa —dijo remarcando su autoridad.

—Estoy para servirle, licenciada. Espero sus indicaciones —repuse, dejando en claro su lugar en el proyecto.

—Vamos a equipar este salón para trabajar en las diferentes actividades —continuó la licenciada Amparo.

—¿Qué actividades son? —me interesé.

—Yoga, Cine de valores, meditación, Desarrollo humano, para empezar. Confiamos en que eches a andar todo esto —dijo, a lo que respondí con una amplia sonrisa bañada por la luz intensa que inundaba el ambiente.

—Casi no vengo para La Extensión, Medardo —agregó la licenciada Reyna Castillo—, por lo que vas a estar en contacto directo con tu compañero Marco —y señaló a mi compañero quien se incorporó a la comitiva.

—¡Excelente! Ya nos conocemos y tenemos muy buen trato —afirmé mientras Marco y yo intercambiábamos miradas.

El recorrido continuó. Visitamos la biblioteca en la planta baja y ahí se despidieron. Los seguí con la mirada hasta el portón de acero con el deseo en el alma de ser yo quien caminara pronto hacia la libertad. Regresé a la palapa donde me rodearon los compañeros curiosos por saber si yo era familiar de alguna autoridad, si tendría contactos en el gobierno, si saldría libre ese día, o de plano, si yo era delator, cámara de dos patas. Maté toda suposición cuando informé que me

invitaron a dirigir un proyecto para beneficio de nosotros, los reclusos. No les agradó mucho saber que se trataba de trabajo así que se marcharon cabizbajos.

La propuesta me inyectó entusiasmo. Me agradaba la oportunidad de servir a mis compañeros mediante actividades que los llevaran a convertirse en mejores seres humanos. Marco y yo empezamos a esbozar la logística de las clases en lo que llegaban los donativos de la Fundación que presidía la licenciada Amparo.

Marco era un hombre de alrededor de 55 años, atlético, cabello cano, blanco, de ojos verdes. Era un líder empresarial dispuesto a continuar con sus sueños y proyectos cuando saliera de la cárcel. Era un ejemplo vivo de disciplina y buen comportamiento. Se ejercitaba diariamente por lo que su condición física era excelente; trabajaba todo el día, y con frecuencia se entregaba a la lectura en la biblioteca.

Al terminar el día, me recosté, cerré los ojos y oré: “Gracias Dios por la bendición del nuevo reto, un ingrediente más en esta ensalada de aventuras, uno que le va a dar muy buen sabor a mi vida, de eso estoy seguro”.

Al día siguiente llamé a Luz. Ella no paraba de reír, feliz de saber que me iba a entretener dando lo mejor de mí en ese proyecto. Desde luego, que me reiteró su confianza y apoyo con los programas, temas, material, actividades, películas. Era como estar iniciando el programa de la montaña.

Al terminar la llamada me planteé el universo en el que trabajaría, la meditación, el Desarrollo humano, los valores. En contraste total con el ambiente penitenciario donde predominaba la burla. La raza se mofaba de los delitos de los otros, y cómo los pescaron; de los grupos delictivos a los que pertenecían, de la gente a la que dañaron. ¡Pululaba la violencia verbal! Aún no se daban cuenta que los habían abandonado a su suerte, que no les mandaban ni para papel sanitario, mientras ellos, allá afuera seguían ganando dinero a costa de los que ya cayeron en la cárcel. Seguido me sorprendía evaluando la conducta de mis compañeros, presumían su militancia en tal o cual cártel. ¡Me enojaba que vivieran ajenos al daño que hicieron! Tal vez yo debía haber aprendido a reírme de la vida, a no tomármela tan en serio, o tal vez era cuestión de que recurriera a la comprensión y la compasión para ver con los ojos del corazón.

En una de nuestras interminables charlas telefónicas, Luz me explicó por qué nos comportamos así:

“La manipulación y sus muchos recovecos —me dijo—. Los seres humanos somos víctimas de nuestras necesidades no satisfechas. No hay nadie allá afuera manipulándonos. Son nuestros sentimientos los que nos convierten en esclavos. Actuamos y hacemos cosas tratando de sentirnos diferentes, con tal de pertenecer al grupo, de que nos quieran, de que nos admiren. Pobres de nosotros, vamos por ahí mendigando lo que la vida nos negó en la infancia, quedando a merced de trampas para remediar esas sensaciones de carencia que nos gobiernan. Sin darnos cuenta, nos asignamos un precio perdiendo el valor que nos dignifica. Dinero rápido para sentirme importante y valorado; que me acepten en la pandilla para demostrar que valgo. Medardo, necesitamos educar a nuestra mente —esa eterna insatisfecha—, disciplinarla, vivir en la gratitud y la abundancia”.

Abundancia en la cárcel

Un par de semanas después de haber llegado a La Extensión me volvió a saludar Pepe Garza a quien no veía desde nuestra conversación en el túnel, el día que nos adelantamos a Miguel en la presentación. Yo pasaba por la zona de teléfonos rumbo a la biblioteca, y al verme suspendió la llamada para saludarme:

—¡Hey!, qué onda, güey, que bueno que ya te trajeron para acá —Su sonrisa era radiante, dueña del mundo.

—Sí, Pepe, ya. Aquí andamos.

—Excelente. ¿Qué plan para la comida? —preguntó como si hubiese mucho a dónde ir.

—Pues aún no sé, apenas se acerque la hora veré qué prepararon, para hacer fila.

—No hagas plan, te invito a comer —La sonrisa le iluminó el rostro—. Yo me encargo, no te apures de nada. Nos vemos en el comedor de abajo a la 1:30 pm.

—Ok, muchas gracias —contesté con una mezcla de sorpresa y agradecimiento.

De regreso a la celda me encontré con que mis compañeros de las camas centrales estaban dormidos. Dejé el libro que saqué de la biblioteca, me senté en la cama pensando qué hacer, y lo único que se me ocurrió fue ir por un refresco y buscar con quién platicar. Salí sin hacer ruido.

Aquella mañana había mucho movimiento en el edificio, gente que iba y venía, gente hablando por teléfono. En el ambiente prevalecía una mezcla ranchera de música de todos los sabores, y para todos los ánimos. Moscas panteoneras sobrevolaban el área de la cocina, zancudos hartándose de nuestra sangre, aprovechando el sudor sempiterno en nuestra piel.

—Oiga, ¿usted es Medardo? —preguntó muy formal un hombre corpulento de avanzada edad, blanco, que cortó mi observación.

—Sí, qué tal —lo vi directo a los ojos. Su mirada era clara, aunque en el fondo nadaba una espesa sombra indefinida

—Me dicen El Chef, soy el cocinero de Pepe Garza. Me pidió que lo buscara para preguntarle qué gusta comer hoy —me soltó de corrido sin respirar—. Estoy por preparar la comida.

¡Wow!, ¡este tipo!, hasta cocinero tenía.

—Cualquier cosa está bien —contesté con los ojos desorbitados.

—¿Prefiere pescado, pollo o carne? —Decirle “Cualquier cosa” a un chef era faltarle al respeto, ahora lo sé, pero en aquel momento la sorpresa me gobernaba—. Lo que prepare para todos está bien —tartajeé.

—Bueno, lo esperamos en el comedor de abajo, a la una treinta —indicó con la propiedad de un maître y desapareció.

—Ahí nos vemos, Chef —dije al vacío aún presa del asombro.

¡Qué sorpresa!, tanta formalidad y hasta variedad de menú en ese lugar. Eso estaba fuera de toda proporción. Mientras que El Elote tenía que complementar la dieta con comida chatarra, o don Germán aguantarse el hambre hasta el siguiente rancho, Pepe Garza disponía de un servicio cinco estrellas. ¿A qué se debería?

Llegada la hora fui al comedor. El Chef estaba al fondo, con su cocina improvisada: tres parrillas eléctricas coronadas por sartenes chisporroteantes con comida recién hecha. Además, un comal para calentar tortillas de maíz o harina, complemento perfecto para el menú del día: puntas de filete a la pimienta bañadas en salsa de tomate, frijoles refritos al chipotle, todo hecho con ingredientes comprados en la tienda de La Ciénaga.

—Siéntese donde guste, Medardo —señaló El Chef la larga mesa de concreto—. Le recomiendo en la orilla porque está fuerte el calor de las parrillas.

—Gracias, Chef. Oiga, ¿y los demás?

—A Pepe y a sus socios los mandaron llamar los abogados, no tardan. Dijeron que empezaran a comer los que estuvieran.

¿Estuvieran?, me pregunté ¿A quién más se habrá invitado? Como respuesta invocada llegó Marco, mi coequipero de la Sala para la Paz, y Lemon Pepper, su compañero inseparable.

—Hola, Medardo, voy por los refrescos. ¿Quieres uno?

—Una coca light, Marco, gracias. Pídelo al 5217, por favor.

—No, de ninguna manera, hoy yo invito —repuso Marco ya deprisa hacia la tienda.

—Pero puedes invitarme uno a mí —dijo Lemon Pepper acompañando su petición con una carcajada socarrona.

Me llamó la atención la confianza con que se había presentado. Lemon Pepper era un hombre con una personalidad singular. A la primera mirada no parecía interno, sino más bien un empresario de éxito. Con el tiempo me fui enterando de que estudió en una prestigiosa universidad de la Ciudad de México, que había viajado provechosamente por varios continentes, obteniendo mucho conocimiento en el ámbito financiero. Era muy racional, totalmente apegado a la ciencia y por lo tanto dado a burlarse de quienes acudíamos a la misa de los viernes, y despreciaba lo que hacíamos don Marco y yo en la Sala para la Paz. Casi podría afirmar que el tipo no rezaba ni a solas. Era lo que se dice un tipo pragmático, lo que lo llevaba a estar en permanente actividad. Cuando no organizaba un torneo de algo —voli, cochibol, scrabble—, se le veía en la biblioteca leyendo libro tras libro o haciendo cálculos y prospectivas económicas de sus negocios.

En el Lemon no había medias tintas: o uno se llevaba bien con él o se llevaba mal, pero de alguna manera uno terminaba llevándose.

Le decíamos Lemon Pepper por su humor ácido. Otra de sus características era su agilidad mental para responder y salir adelante cuando lo querían “meter en la concha” por la carrilla. Disfrutaba propiciar discusiones con comentarios chinga quedito, esperando que mordieran el anzuelo para responder de inmediato.

Decididamente las puntas estaban deliciosas. Después de semanas de comer mendrugos, frituras, pan ahogaperros, las puntas recién cocinadas, calientitas, flanqueadas por tortillas frescas, guarnecidas por frijoles refritos, todo acompañado por una conversación sabrosa, era una delicia que me permitía saborear mi antigua costumbre de comer en restaurants, con gente atendiendo la mesa ¡me hicieron recordar el lugar al que pertenecía! Un oasis emocional en medio del desierto carcelario.

Marco y yo dábamos cuenta del banquete, literalmente, hablando con entusiasmo del proyecto de la Sala para la Paz, cuando llegó Pepe Garza y sus socios: César y Alfonso. César era un hombre con carisma, alto, robusto, como jugador de fútbol americano, que andaría por los cuarenta años. Su hermano Alfonso, como de 37 años, estatura media, muy risueño, con una imbatible actitud optimista, una tranquilidad a toda prueba, generoso, ágil deportista y dinamita pura para el sarcasmo. Por eso era tan amigo del Lemon Pepper. Los hermanos eran físicamente diferentes, pero exactamente iguales en la voz.

En esa comida me enteré que vivían en celdas privadas con baño, y que a las celdas como la mía se les decía Las marraneras. Al advertir mi sorpresa sobre esos privilegios a los que yo también podía acceder, me dieron consejos para hacer la estancia menos rudimentaria. Se los agradecí, así como les agradecí la comida y la invitación a jugar al scrabble en mis ratos libres.

Sin duda Pepe Garza se tomó muy en serio las palabras de Miguel: “Te encargo a mi hermano”. Comprobé una vez más que la gracia de Dios está por todas partes y los ángeles

tienen muchos disfraces.

Memorias de Luz

Por consejo de Miguel, hermano y abogado de Medardo, compré un celular solo para recibir llamadas del penal. Me preocupaba el gasto del teléfono. Sabía que el minuto a celular tenía un costo superior a los dos pesos, así que organicé a seis amigos conocedores de la situación para depositarle en el penal de Oso Grande una vez por semana. “Mínimo cien pesos diarios para que se alimente en el restaurant”, fue el acuerdo. Así lo hicimos los primeros tres meses. Reuníamos quinientos pesos que yo convertía en setecientos para que no le faltara comida el fin de semana. Poco a poco, como era de esperarse, algunos se fueron desentendiendo, otros dejaron de responder a mis mensajes telefónicos. Algunos se disculparon conmigo al ver que la situación se alargaba; a otros yo misma los desafané del compromiso. Otros hablaron derecho y me dijeron que se comprometieron con el pago de un coche, de algún gasto. Agradecí la honestidad. Sin embargo, yo di mi palabra al papá de Medardo cierto día que coincidimos en el penal de Oso Grande donde se deposita para cualquier penal de la ciudad. Para cumplir esa palabra hablé con mi marido que también estaba en el rol de amigos y me dijo:

—¡Síguele, tú y yo lo hacemos! —Estas palabras me siguen moviendo el corazón aun ahora que todo ha pasado.

Como la necesidad es la madre de la creatividad y nosotros también andábamos muy justos con los pagos de la universidad de nuestros hijos, armé un nuevo ciclo de charlas en mi consultorio al que llamé “El club de la pequeña Lulú”. Con el tiempo los pacientes varones reclamaron el cortón, los incluí en el proyecto al que llamamos “El club de la pequeña Lulú y de Tobi”.

Se trataba de charlas de cooperación voluntaria que ayudaron a pagar semana a semana el sueldo de Medardo como maestro de la Sala para la Paz. Así se lo manejé para que lo aceptara cada vez que me decía: “Ya no lo hagas, no hay problema yo veo acá como le hago para sobrevivir”, sabía que me lo decía porque me escuchaba sorprendida con sus amigos que me quedaban mal en los pagos acordados.

—Todo trabajo digno merece un sueldo —le respondía—, que, aunque sé que no es mucho, sí es constante.

Al final todos los asistentes a las charlas ayudaron a completar semana a semana su sueldo y aunque al principio no supieron a quién ayudaban, todos sabían que colaboraban en un proyecto que Un espacio de Luz apoyaba en el penal.

En todo ese tiempo el único que fue constante, con agenda en mano sin tener que recordar la mensualidad fue al amigo brasileño con el cual Medardo hablaba cada que podía —previa autorización sobre la logística de las llamadas—. Medardo se mostraba feliz cada vez que se comunicaba con él, ¡le hacía tanta falta tener a alguien con quien hablar de futbol y cosas de hombres! ¡Gracias a Dios por este gran tipo!

Otro buen amigo y compañero de senderismo y de un grupo de espiritualidad le escribía extensas cartas que le eran enviadas a través de sus padres. Él también pagó otros abogados para ver si podían hacer algo por Medardo, gesto que a la fecha agradecemos infinitamente. Otro más nos apoyó escribiendo meditaciones para que Medardo tuviera material para los cursos de yoga.

Mucha gente respondió al llamado que hice cuando necesitamos con carácter de urgencia los tapetes de yoga. Publiqué en Facebook en la página de Un espacio de Luz y muchos fueron los que respondieron con donativos. Yo me di a la tarea de recogerlos en diferentes puntos de la ciudad y logramos mandarlos a La Ciénaga al área de La Extensión, bien marcados con tinta indeleble. Este fue un logro más gracias a las aportaciones de los conocidos.

Maneras de desahogar las penas

Que si El Mairo anda con el Yostin, que si la Cabra se deja llevar por las propuestas indecorosas de La Vedette para tener buena comida y alcanzar a dar algo de dinero a su esposa que lo visita todos los fines de semana, que si para trabajar con la Gorda, corpulento, canoso —de quien se dice que lleva toda su extensa cana haciéndose cargo de los restaurantes en las diferentes cárceles—, hay que ser “accesible”. Que el Zarcos le da batería al encargado de las tiendas para aspirar a una mejor nutrición y sacar rendimientos en su forma física por el ejercicio que hace; que si la Timbona y el Yisus son pareja dispareja por aquello de la diferencia de edades de alrededor de 40 años.

Son los queveres en La Extensión, donde hablar de las parejas o los encuentros homosexuales era de lo más normal. Aunque haya carrilla, no se discriminaba, no se juzgaba no se descalificaba a nadie. Ahí éramos una sociedad evolucionada. Ciertamente algunas parejas preferían mantener sus relaciones ocultas, lo que era muy difícil. En La Extensión todo se sabía.

Recuerdo que había un señor de alrededor de 60 años, estatura media, tez morena, calvo, nariz chata, bigote grueso y pronunciado abdomen, de pocas palabras. La mayor parte del tiempo estaba solo, tomando café o refresco. Se decía que su cuenta estaba llena de dinero, y que intercambia mercancía de la tienda por placer.

Muchos jóvenes solteros heterosexuales se desahogaban convirtiendo las regaderas en zona de competencias, donde jugaban a ver quién terminaba más rápido o quién la llegaba más lejos. Otros, más pudorosos, recurrían a su cama, en solitario, cuando había quietud en la celda o, los sábados a media mañana cuando casi todos estaban con sus visitas o, el silencio de las madrugadas era cómplice de sus fantasías onanistas.

Los internos casados o en concubinato, tenían derecho a visita conyugal, que constaba de ocho horas a la semana en un solo evento. Sábados y domingos a partir de las 6 de la tarde era el horario asignado para La Extensión; el resto de la semana era para la población general.

Cada martes por la mañana, un funcionario acudía a La Extensión a apuntar a los compañeros que de forma paciente esperaban su turno para que les asignaran un horario del fin de semana, para reunirse con su pareja.

Como requisito de la guardia los compañeros que iban a su encuentro íntimo se tenían que formar en fila, afuera de la esclusa, desde 30 minutos antes. No dejaba de ser gracioso verlos cómo iban tan cargados de cosas como si los fueran a trasladar de ambulatorio. Llevaban el colchón de hule espuma de su cama, cobertores, abanico, televisión, una bombilla y una cubeta de 20 litros en la que guardan cambio de ropa; kit de aseo personal y también botes de aceite de pino, cloro, aroma y un pedazo de cobertor viejo como trapo para hacer asepsia en la habitación antes de cualquier acción. Algunos compraban comida preparada del restaurante y otros llevaban rancho arreglado.

La visita conyugal se realizaba en un pequeño edificio de tres pisos, contiguo al área de comportamientos y frente a la cancha de fútbol de la población general. Al entrar había un pasillo central con cinco habitaciones pequeñas a ambos lados en cada nivel. Las habitaciones eran pequeñas, como de 3 por 4 metros. Una regadera y un baño estaban dispuestos en la esquina, a mano izquierda; al fondo una cama tipo bunker y en lo alto una pequeña ventana con barrotes y mica de acrílico grueso. En la pared del lado derecho había una conexión eléctrica para encender la luz, si es que el interno llevaba su foco. Ahí también se conectaba un abanico o televisión.

Ninguno se escapaba de la tumbada antes y después de la visita.

Todo tiene arreglo

Cinco cincuenta de la mañana. ¡Ya llegó el raaaaancho! ¡Raaaaancho, muchachos! ¡Despierten que se va a repartir el raaaaancho!

Se escuchaba el llamado de los encargados de traer la comida a los presos. Eran los rancheros, internos del penal que se levantaban a las cuatro de la mañana, se bañaban, estuviera el agua como estuviera, y los esposaban para llevarlos a la cocina general donde recogían el desayuno e iniciaban una verdadera faena. El personal de la prisión rotaba mucho a los rancheros. Era probable que las cámaras de dos patas se peinaran con la tira cuando quedaban inconformes con la ración de alimentos y por eso los despedían.

El jefe del grupo de rancheros era el único que había durado más tiempo porque cumplía con los horarios y era justo en la repartición de los alimentos. Lo apodaban El Cuco, un tipo mal encarado de alrededor de cincuenta años, más bien chaparro, blanco, cabeza rapada, libre de tatuajes. Un alma noble de carácter tímido y bonachón merecedor del dicho mexicano “Caras vemos, corazones no sabemos”.

Transportaban las ollas con la comida en plataformas de acero inoxidable, de un metro y medio de largo por un metro de ancho, con dos barras alrededor, cuyas llantas los separaban veinte centímetros del suelo; eran empujadas como carritos del supermercado.

El ruidoso vehículo crujía en la larga travesía, irrumpiendo el silencio de la madrugada, anunciando una amarga y cruda realidad: el despertar en prisión. En verano, durante el camino ascendente, le sacaba hasta la última gota de sudor al ranchero, y en invierno la faena era aún más complicada en la gélida y lluviosa madrugada. Pero no había opción. A pesar de padecer las peores condiciones había que alimentar a trescientas personas dentro de La Extensión.

Los carritos de acero inoxidable eran un foco de infección dentro de La Ciénaga. Además de los alimentos, en ellos transportaban los botes de basura hacia el contenedor general, asimismo acarreaban productos del almacén para surtir las tiendas de conveniencia. Algunas veces los lavaban, sólo con agua, antes de resguardarlos a un lado de la caseta de seguridad.

La alimentación que nos reportaba el menú de la prisión era muy precaria debido a la falta de presupuesto. Papas, lentejas, frijoles, y arroz cuando había suerte. Yo le decía a Luz que el menú era 80% vegetariano, lo que le causaba risa. Sin embargo, yo no era el único ingenioso queriendo diluir la congoja generada por la carencia en los alimentos. La forma como los compañeros llamaban a los platillos era creativa y doblemente elegante para burlarse de la desgracia siempre presente.

Desayuno:

Lunes, miércoles y viernes: molletes de pan recién hecho, con una pequeña embarrada de frijoles y tres chispas de queso artificial rallado.

Martes y jueves: Sincro-sin-nada. Tortillas doradas empalmadas, con una pequeña tira de jamón y queso, si acaso uno era afortunado.

Sábado y domingo: Tacos de papa o *Menguado*: ralo caldo de menudo que apenas lograba juntar uno o dos pedazos de pancita por servida.

¡Cada 15 días!: *Chorrón flakes*, la burla al cereal con leche; hojuelas de maíz de marca genérica acompañadas con leche al tiempo, a veces a punto de caducar. Lo que nos garantizaba una diarrea segura.

En alguna ocasión hicieron su aparición las *Chácharas*. Tortillas partidas en cuatro, pasadas por aceite, revueltas con queso. Encontrar el queso era un auténtico juego de destreza.

Comidas:

Lunes y viernes: flautiza, tortillas enrolladas y pasadas en aceite con minúscula cantidad de pollo con papa. Muchas veces la tortilla venía sola.

Martes y jueves: *Bolas de chango*, asquerosas y desabridas albóndigas de soya en caldo al que nada más le faltaban los pelos para parecer testículos de primate. No era de extrañarse que ese día sobrara comida y se acabará la sal de las tiendas.

Miércoles y domingo: *Huesadillo*, o intento de cortadillo. Escasa carne de puerco guisada. La sazón era buena, pues contenía 80 % de huesos, que, como dicen las abuelas mexicanas, es lo que da sabor.

Sábado: Hiiiigado pronunciado como relincho de caballo. Trozos de hígado hervidos. La raza decía que probablemente era de puerco, caballo o burro, pero nadie creía que fuera de res. Eso sí, apenas llegaba el carrito ya estaban dos o tres felinos al acecho. A veces con descuido del ranchero algún gato lograba meter su hocico directo a la enorme vasija metálica que contenía la carne para llevarse algún pedazo extra. Un manjar para los animales, y un verdadero asco para los humanos.

Cenas:

Lunes, miércoles y viernes: sopa de coditos o fideos, sencilla, práctica y desabrida a ratos.

Martes y jueves: Lentejiza. Guiso con lentejas con algunos trozos de papa ¡Sin quejas las lentejas!

Sábado y domingo: ricas margaritas de pan recién horneado, pero sólo una o dos piezas por persona, puesto que llegaba mermada la porción a los comedores. Quizá se extraviaban algunas piezas en el camino. Si queremos ser bien pensados.

La comida y cena se servía acompañada de frijoles hervidos llamados por muchos *Parranda* o *Frijoles pandilleros* porque venían en bola con piedras y palos. También incluían tortillas, siempre recién hechas. Eventualmente los sábados o domingo daban arroz blanco en lugar de frijoles o parranda.

De beber, en la comida y la cena, daban agua de “sabor”. Utilizaban jarabe de jamaica, horchata o piña. Para prepararla vertían agua de la llave en *yogas* o botes de 20 litros de aceite vegetal desocupados del restaurante. No era raro ver que el agua de la tira y de los rancheros fuera de color oscuro, es decir, que estuviera más pintada; tampoco lo era ver las botellas del saborizante artificial comercializándose en los pasillos de las celdas o patios a cambio de cajetillas nuevas de cigarrillos, o por tres refrescos cuando el bote de concentrado estaba a la mitad.

Una vez que se recibía el rancho —generalmente en una vasija hechiza, a veces con un bote de

litro de yogurt, otras veces habilitando algún plato desechable del restaurante—, se procedía a arreglarlo. El platillo que más modificábamos eran las flautas. Se sacaba el relleno y se hacían cuatro tacos crujientes de ocho mal servidos; si se tenía acceso a una parrilla se doraban los taquitos a los que se les agregaba un poco de sal para acentuar el sabor; se acompañaban con parrandiza sazónada: frijoles machucados y refritos al chipotle, y, si el bolsillo lo permitía, con queso fresco o asadero de la tienda.

Los molletes eran recalentados a media mañana, sobre todo por los abuelos del ambulatorio. Se reunían en el comedor en pequeños grupos, donde compartían parrilla sobre la que colocaban un pequeño comal. Luego compraban uno o dos litros de café para todos. Me enternece ver a los abuelos moverse con parsimonia. Unos tejían una conversación susurrante, generalmente inconexa, que seguían con la mirada extraviada entre sus recuerdos y la realidad; otros con aspavientos enérgicos, llenos de camaradería, entre risas y alguna pulla socarrona que subrayaban los defectos o las deficiencias del aludido.

Los sábados al mediodía, cuando tocaba el hígado de procedencia desconocida, era también el día con mayor presencia de parrillas eléctricas para arreglar el rancho entre quienes no recibían visitas. Primero picaban el hígado en trozos más pequeños, al que le añadían la bandera canera: chile, cebolla, tomate, únicas verduras que se vendían frescas en las tiendas. Luego los ingredientes se freían en aceite. Primero el hígado con suficiente sal, luego los vegetales para que soltaran jugo. Había quien le agregaba chile chipotle para que armara más —fieles a la costumbre del macho mexicano de que el guiso entre más picoso mejor—; al final añadían queso y dejaban que el propio calor del estofado lo gratinara.

La mejoría de los platillos se realizaba siempre y cuando se dispusiera de las sartenes, cucharones y demás utensilios culinarios. Había dos estufas, una en cada piso, que rara vez se usaban ya que por lo general no había gas. Para intervenir los platillos lo más usual eran las parrillas eléctricas, sartenes, comales, cucharones propiedad de algunos reos. Para quien no disfrutaba de ese privilegio se tenía que pegar con alguien con parrilla. La clave era, y siempre ha sido, negociar. Yo poseía los enseres de cocina, pero no tiempo porque me la pasaba preparando o dando clase, así que negocié con El Quico quien no tenía nada excepto tiempo de sobra y muy buena mano. De esta manera tuve quién me cocinara mientras daba clases.

Lo mejor era la sana convivencia entre los compañeros, quienes entre bromas hacían el momento agradable y por un rato nos hacía olvidar de qué animal era la víscera que nos servían, y que los gatos de La Ciénaga previamente se habían zambullido en la olla del hígado hervido. Lo peor era el constante escupir de los compañeros mientras las cucarachas pequeñas se despachaban su ración.

Tres veces comí hígado en diferentes versiones, preparado por distintos compañeros, y acabé enfermo del estómago con fiebre. Era cara y difícil conseguir una pastilla para la diarrea en fin de semana, pues los encargados de los servicios médicos se sumaban al contingente de guardias que mantenían la seguridad en la prisión por las visitas. La infección me hacía recordar que ese hígado definitivamente relinchaba.

Los fines de semana muchos compañeros estaban en la visita familiar por lo que no consumían el arroz que nos daban ese día. Esto nos permitía completar mejor y hasta guardar un bote extra para transformarlo, más tarde, en un rico postre: ¡arroz con leche! una delicia para el paladar.

En espera de lo inesperado

Habían transcurrido varias semanas cuando recibí un citatorio para ir a declarar a los tribunales federales por lo que llamé a mis abogados para ir preparando la exposición. Simultáneamente, y como aún no llegaban los materiales que la licenciada Amparo se comprometió a enviar para la Sala para la Paz, hablé con Luz para que me hiciera el favor de solicitar en donación, a través de su Facebook, algunos tapetes para yoga. Necesitaba iniciar las clases lo antes posible. ¡El ocio me estaba tragando!

—Si puedes mándalos a través de la Fundación para la paz, para que lleguen más rápido, no olvides escribir en cada uno: La Ciénaga Extensión, con marcador indeleble, para evitar confusiones con los otros ambulatorios —le dije al teléfono.

Días después hubo noticias de la licenciada Amparo. ¡Envió el mobiliario para equipar el salón! mesas, sillas escolares, un enorme librero con puertas para resguardar el equipo electrónico, televisión, consola para dvd y un pequeño modular. Todo en buen estado. Algunas cosas nuevas y otras de medio uso. Dijeron que aún quedaba material por llegar: libros, plumas, cuadernos, rotafolios, pizarrón, películas y tapetes de yoga. Tendría que esperar, aun así, estaba contento porque las cosas empezaban a tomar forma. Pronto tendría un gran reto frente a mí: iniciar con el proyecto de las Salas para la Paz en La Ciénaga. Sabía que el éxito lo garantizaba poner el corazón en lo que hacía. Don Marco, el compañero encargado del área deportiva y cultural, y yo, nos dispusimos a acomodar el mobiliario.

—Cómo ves si ya iniciamos con las clases de yoga, don Marco, podríamos usar cobijas en lo que llegan los tapetes. Yo ya tengo preparadas algunas rutinas.

—Por mí empezamos hoy mismo, pero necesitamos primero la autorización de la licenciada Reyna Castillo —contestó don Marco dejando claro que teníamos una jefa—. Te parece bien la próxima semana.

—Sí, muy bien, una vez que te autorice la licenciada, nos arrancamos. De cualquier manera, hoy podemos colocar cartelones con la publicidad —insistí—. ¡Ya verás que se inscribe mucha gente! El yoga es una disciplina que ayuda mucho y más en estas circunstancias.

—Está bien, terminemos de acomodar aquí y hago la llamada correspondiente con la licenciada —prometió don Marco.

*

El reloj marcaba las siete de la mañana. Abrieron los dormitorios y salimos al patio. Los lavaderos ya estaban tallando la ropa de sus clientes. Aprovechaban los primeros rayos del sol para tenderla. Otros internos iban por un café a las tiendas recién abiertas. Poco a poco el ambiente se llenaba de ritmo gracias al encargado del almacén, quien sacaba una potente bocina. La música animaba a los que andábamos afuera. Unos iban, otros venían a los talleres, a la palapa, a la esclusa. Los mensajeros llamaban a los internos que serían presentados en la zona técnica o trasladados al Tribunal. Aunque tenían buen pulmón, sus gritos apenas se escuchaban por el volumen de la música. Los amaneceres eran muy activos, para los que así lo querían. Otros, de hecho, más de la mitad de la población, regresaban a dormir después del desayuno y la lista matutina, dejando claro que “Dormido se pasa la cana más rápido”. Cada quien vivía su proceso carcelario de acuerdo a lo que pasaba en su interior.

Era un día fresco, ideal para trotar y ejercitar el torso con las pesas que mandé a hacer. Don Marco y otros compañeros me esperaban. A diario entrenábamos, compartíamos rutinas,

ideábamos aparatos o piezas fabricadas con cualquier material a la mano. Juntos logramos construir un programa completo de acondicionamiento físico.

Un mensajero caminó aprisa hacia el almacén haciendo señas para que apagáramos la música. Continuó por el pasillo de alambrada y sin meterse a la palapa, volviéndose hacia todos lados gritó a todo pulmón:

—¡Todos para adentro, viene la revisión! —La orden retumbó como una emergencia—. Esos del ejercicio y los lavaderos, pa'dentro que hay revisión, apúrenle ¡Cierren las tiendas, rápido y váyanse ya!

—Medardo, ayúdame con las pesas —dijo don Marco apurado—. Hay que dejarlas en los talleres. Rápido, por favor.

—¿Qué pasa?, ¿estamos bien? —pregunté desconcertado.

—Sí —dijo mientras cargaba parte del equipo y se encaminaba hacia los talleres—. Pero hay que dejar todo guardado e irnos a la celda de inmediato porque hay revisión.

Volamos a las celdas, nos formamos afuera de frente a los vecinos. Apagaron los aires lavados y en el pasillo se formó una película de humedad que iba cayendo sobre nosotros como un mal presagio. Los compañeros escupían casi como acto reflejo y a mí me parecía que la saliva se unía a los vapores calientes haciéndonos respirar la baba de todos.

De pronto un compañero gritó:

—¡Prepárense, raza, que va a haber hueviza! —todos se carcajearon excepto yo porque no comprendí el chiste. A mí más bien me consumían la incertidumbre y el miedo.

Después de varios minutos llegó el comando de seguridad conformado por 12 guardias. Un perro y su entrenador se sumaban a la tarea. El proceso de revisión comenzó en nuestro pasillo. Los oficiales se dividieron en cuatro grupos de tres personas cada uno. Dos policías se metían a cada una de las celdas, y el tercero vigilaba desde afuera. Llegó el turno de revisar mi celda. El custodio nos tumbó. Esta vez la revisión fue más exhaustiva. Entonces comprendí “el chiste”. La dignidad convertida en un tapete pisoteado por las autoridades, forzado a obedecer las reglas no escritas de este podrido sistema. Traté de huir de la situación. Imaginé lo que sentía el guardia que nos revisaba. Lo vi endurecer el rostro. A tres meses de internamiento fui sometido a esto por primera vez. Me consoló ver que el canino sólo era utilizado para buscar dentro de las celdas.

Cuando se fue el comando de seguridad, dejaron las celdas hechas una porquería. ¡Todo tirado! Los colchones volteados, la ropa hecha nudos en el piso, los artículos de higiene personal regados, todas las pertenencias desechas ¡Un huracán! El operativo culminó en saldo blanco, no encontraron armas, ni drogas, pero qué hacer con el daño moral que sentía. ¡Fue demasiado! Decidí no contarle a nadie del exterior. Para qué mortificarlos. Si esas revisiones nos protegían de las drogas o puntas escondidas para iniciar algún pleito mayor, pues que siguieran.

Traslado

Estaba intranquilo, había dormido poco. Pasé la noche rezando y haciendo ejercicios de respiración para relajarme, concilié el sueño hasta la una y a las seis me levanté para la lista. Después salí a correr treinta minutos. Ese día me llamarían para el traslado. Días atrás recibí un citatorio de parte del juzgado para rendir una declaración a las doce del día. Una más. Desde las ocho de la mañana me bañé y vestí con pantalón largo y sandalias —estaba prohibido calzar

zapatos o tenis en los traslados—. Necesitaba comer algo antes de irme, porque sólo Dios sabía a qué hora me regresaría. En el comedor preparé cuatro rebanadas de pan integral con crema de cacahuete, para llenar el tanque de gasolina. A medio bocado me llamó el mensajero:

—¡5217!

—¿Qué pasa?

—Váyase de inmediato a la esclusa, tiene traslado federal —anunció.

—En un momento voy para allá —procurando mantener la calma tomé un pan y el resto lo compartí con los compañeros del comedor. Transcurridos dos minutos el mensajero insistió:

—¡5217!, que no entiende.

—Ya voy para allá —respondí masticando la comida

—Apúrese, luego la guardia me regaña a mí porque creen que no les aviso.

—No le haga caso, así son los pinches mensajeros, se sienten los dueños de aquí porque tienen contacto con la tira —comentó uno de los compañeros que escuchó la conversación.

Con excelsa calma emprendí mi camino a la celda, tomé el cepillo de dientes, la pasta, fui al baño a hacerme el aseo bucal, regresé, guardé todo y salí caminando por el pasillo de alambrada. Llegué a la caseta. Ahí estaba el mensajero quien le peló los ojos al guardia. Éste permaneció sentado en una silla tras la barra y la computadora.

—Buenos días. Soy el 5217 —dije de forma amigable.

—Sí, ya lo sé. Dónde andaba, Salvatierra —preguntó el guardia en tono delator.

—Desayunando, jefe y después fui a cepillarme los dientes —contesté tranquilo, con la verdad. Le tumbé la mentira al mensajero que quería que me regañaran.

—Bien, aquí quédese formado mientras llega otro compañero —indicó el guardia. Cinco minutos después llegó el preso. Nos esposaron y guiaron hacia el pesado portón grande. Gracias a Dios que sólo los guardias pueden abrirlo, si no, de seguro nos pondrían a los internos a hacerlo. Continuamos por varios pasillos de alambrada que nos permitía ver hacia los otros ambulatorios. Al llegar a la entrada del túnel nos ordenaron esperar. Recargados en la malla que separa el campo de fútbol de la otra población, mi compañero y yo nos entregamos a la charla. Él tenía más tiempo preso y conocía a la mayoría por lo que se puso a arremedarlos, mientras yo me atacaba de risa con sus ocurrencias. Un rato después se nos unió un interno de otro ambulatorio y dos personas de la tercera edad que traían del área de enfermería. Uno de los ancianos usaba cubre boca. Nos formaron en pares —a mí con el compañero de La Extensión—. Nos hicieron revisión corporal. Se abrió el grueso portón eléctrico. Avanzamos, atravesamos el pasillo subterráneo, llegamos al filtro donde estaban los locutorios para la visita de los abogados. Continuamos hasta llegar a la media luna. Ahí nos encerraron en una celda y nos retiraron las esposas.

Me preocupaba el compañero que traía cubreboca ¿acaso venía en el traslado con nosotros?, ¿de qué estaría enfermo?, ¿porque nos pusieron juntos?

Llegó un guardia quien, a través de la reja, nos entregó unos chalecos color verde fluorescente, y nos ordenó que nos los colocáramos sobre la ropa. Nos sacaron de la celda, nos pusieron en fila de frente a una de las cámaras del circuito cerrado de la media luna. Mientras tomaban lista, nos colocaron los grilletes de manera individual. Otro custodio con varios cubrebocas en la mano nos ordenó:

—¡Colóquenselo y no se lo quiten para nada! Vamos a usarlo todo el camino.

Nada más eso faltaba. ¡Qué inhumanos! Iban a transportarnos con un enfermo que nos podía contagiar. Mi mente no cesaba de discutir el asunto. Estaba muy molesto.

Nos sacaron de la media luna y de inmediato viramos hacia la izquierda. Parecía ser una salida. Nos ordenaron ir con la cabeza agachada. Abordamos con franca dificultad una camioneta cerrada tipo Van. Los grilletes nos limitaban el movimiento de los pies. Había dos bancas a lo largo del vehículo, una en cada orilla. Me coloqué del lado derecho junto al enfermo. Cerraron una reja con candado. Al fondo del vehículo iban dos custodios armados. Antes de avanzar uno de ellos gritó:

—¡Hijos de su puta madre, agachen la cabeza y no la van a levantar hasta que les diga, el que no haga caso le reviento el hocico de una trompada!

Obedecimos. Llegamos a lo que parecía una caseta. Detuvieron la camioneta. Uno de los custodios abrió la puerta trasera. Un oficial dijo:

—A ver, cabrones, no levanten la cabeza, los voy a ir nombrando y nada más digan presente o su nombre.

Terminó de pasar lista y arrancamos a toda velocidad. El chofer de la unidad activó las sirenas, el copiloto y los guardias que iban atrás cortaron cartucho. Después de varios minutos nos permitieron levantar la cabeza. Lo primero que hice fue observar al compañero enfermo a mi lado. Me llamó la atención su rostro arrugado, su semblante triste. Reflexioné en lo inhumano del trato de las autoridades. Yo no podía actuar de la misma forma por lo que decidí platicar con él.

—Qué tal, señor, soy Medardo, ¿cómo se llama usted?

—Me llamo Roan —contestó mientras la cara se le torcía un poco como queriendo sonreír.

—¿También va a los juzgados federales? —pregunté.

—No, me llevan al hospital, me van a internar porque la tuberculosis no mejora —repuso.

—Espero que todo salga bien y pronto sane —traté de darle consuelo.

—Gracias —contestó el hombre.

—Oiga, ¿tiene mucho tiempo encerrado? —pregunté por decir algo. Sabía que a una persona enferma hay que hablarle, interesarse en sus cosas.

—Alrededor de 16 años.

—¿Y su familia sabe que lo llevan al hospital?

—No, mi familia ya no viene a verme. No tengo visita —lo dijo con aparente quietud, pero en su tono me pareció advertir un dolor añejo— ¿Y usted a qué va a los juzgados?

—Voy a rendir una declaración —afirmé.

—Buena suerte —contestó mientras dirigía su rostro hacia otro lado, dando por terminada la conversación.

—Gracias —contesté.

A pesar de la velocidad, de los acelerones y el ruido de las sirenas, yo iba meditando en la conversación con el compañero. Al palpar el dolor y la injusticia en sus palabras agradecí haber cambiado mi postura de rechazo a una de empatía. Cuánta razón tenía Luz cuando afirmaba: “Alarga la comprensión y disminuye el juicio”. Sí que funcionaba esa fórmula.

Llegamos a la ciudad después de un buen trayecto por carretera. La camioneta que comandaba el traslado se abrió pasó en el tráfico denso. Un vehículo que transporta reos siempre debe estar en movimiento, invade carriles, cierra el paso a otros vehículos, no obedece a los semáforos, se mete en sentido contrario, practica cualquier maniobra de manejo prohibida para la población civil con tal de estar en constante movimiento.

Llegamos al primer destino —gracias a los cielos era el mío: los juzgados federales—. Bajamos tres de los cinco reos. Caminamos con la cabeza agachada hacia las instalaciones siempre vigilados estrechamente por los custodios y sus armas con cartucho cortado. Al entrar

sentí el golpe frío del aire acondicionado. Me llevaron al mismo cuarto en el que hice la primera declaración hacía ya más de tres meses.

—Le voy a quitar el seguro de una mano, ¿cuál usa más —me preguntó el elemento de seguridad. Yo me limité a levantar el brazo derecho como respuesta. Después él cerró la pesada puerta gruesa y metálica.

—Qué hora es jefe —cuestioné.

—Son las 10:00 de la mañana —respondió sin brusquedad.

Tenía que esperar cerca de dos horas ahí. Me asomé por la rejilla hacia el interior de la sala. Un funcionario escribía en su computadora.

—Buenos días —saludé.

—Usted es... —me preguntó mientras tomaba unos documentos de su escritorio— ... ¿Medardo Salvatierra Roble?

—Sí —contesté.

—Muy bien, hay que esperar a que se dé la hora de la diligencia, ¿viene algún abogado? —preguntó.

—Sí —afirmé.

—Bueno, si quiere puede descansar un momento en lo que llega la gente —ofreció con cortesía.

Me recosté en el piso limpio y frío, cerré los ojos. Comencé a relajarme respirando suave y profundo. Retenía un momento el aire y luego lo expulsaba. Poco a poco iba sintiendo que pasaba el ajetreo del trayecto y el susto por el compañero enfermo. Me concentraba, visualizaba con éxito la audiencia. “Todo va a salir bien, Medardo” escuchaba una voz afirmativa dentro de mí. Traté de dormir un poco. Aunque estaba en calma no conseguía conciliar el sueño. Me sintonicé con la energía Reiki, la llevé al corazón, me relajé hasta dormir.

—¿No ha llegado?, ¿no lo han traído? —me despertó una voz a la que creí reconocer como la de José del Ángel. Me puse de pie.

—Hola, José del Ángel cómo estás —dije con inocultable gusto.

—Muy bien, Medardo —metió su mano en el espacio de la rejilla por donde se pasan los documentos. Nos saludamos. En ese momento llegó mi hermano Miguel con su magna presencia. Sentí la calma que irradiaba. También me dio la mano a través de la rejilla.

—Qué onda, ya estás listo —preguntó.

—Sí, oye, ¿sabes si hay manera de que me den algo de tomar?, agua o refresco, lo que haya —pedí—. Me siento ponchadón, como con una baja de azúcar. Debe ser por todo este asunto.

—Ya lo chequé, pero no funciona la máquina de refrescos —contestó condolido.

—Okey, me aguanto, no creo que pase nada. De cualquier forma, alcancé a morder una rebanada de pan antes de venir.

Entró un tipo de alrededor de cincuenta años, blanco, de cabello oscuro, con un gafete que lo identificaba como Fiscal del Ministerio Público Federal. Vestía pantalón negro y camisa blanca. Saludó a los presentes e inmediato me abordó:

—¿Cómo le va?, ¿cómo lo están tratando en el penal? —sin esperar respuesta agregó—. Yo represento a la parte acusatoria.

—Bien, brindando programas de Desarrollo humano, meditación, yoga, Cine de valores para los compañeros —dije con una fuerza en mi voz que yo desconocía en mí. Ese día conocí la entereza. El tipo enmudeció, bajó la mirada y se retiró a sentarse para la audiencia.

Mis abogados presentaron un escrito de 16 fojas con todas las pruebas bien sustentadas del

fraude que se había fraguado en mi nombre: falsificación de firmas, robo de identidad, corrupción bancaria y notarial. Por recomendación de mis abogados se llevó el escrito, para no tener que memorizar extensos discursos y presentarlos a viva voz. Yo había leído previamente el documento en una visita de mis abogados desde que estaba en La Ciénaga. Antes de entregarlo en el juzgado lo firmé y me atuve a lo ahí dicho porque Miguel y José Ángel me recalcaron que era muy importante apegarse a su estrategia de defensa, sin agregar ni una palabra más. Ya para despedirnos este último subrayó:

—Medardo, aquí lo único que tiene valor para el juez son los elementos comprobables, y esos ya los tiene en la mano.

En ese momento me quedó claro que mis argumentos, como el hecho de nunca haber pisado la ciudad de Querétaro, no tenían forma de ser demostrados, por tanto, no debía seguir insistiendo en ellos. Lo mejor era entregar mi fe a su propuesta de defensa. Miguel y José del Ángel me reiteraron su confianza en la resolución del caso y me garantizaron que todo iba bien, aunque lento. Yo me limité a sonreír y a despedirme.

Camino a la celda de resguardo, junto al sótano, sentía como si las cosas extra legales que yo realizaba, como el trabajo social mediante la Sala para la Paz, estuvieran teniendo peso en la defensa y me diera una entereza que la parte acusatoria, —el SAT— no podía sostener.

Los guardias me dejaron en un cuarto austero, extrañamente muy limpio, de tres por cuatro metros con una cama de concreto tipo bunker. Al fondo había un baño amplio e íntegro sin rastro de mugre o basura. Uno a uno los reos fueron llegando. Ahí esperamos cerca de cuatro horas hasta que nos llamaron para subirnos al vehículo. Estaba vacío. Dejaron en el hospital a los otros dos compañeros.

Arrancaba de nuevo la aventura de regreso a La Ciénaga. Atravesamos la ciudad a toda velocidad y a esa velocidad tomamos la carretera. Yo me sentía mal, muy mareado, con náusea. Traté de distraerme observando la orilla del camino. Había muchos ranchos, pero por más que intentaba concentrarme en ellos la náusea se imponía, mi estrategia elusiva no funcionaba, más bien empeoraba. La sangre se me iba a los talones, sentía escalofríos, la vista se me nublaba. Observé a mis compañeros en la banca enfrente. Parecían disfrutar del viaje. Opté por agachar la cabeza, a revisar el espacio donde estaba a punto de devolver el estómago. No quería manchar a los demás. El calor era insoportable dentro de esa cápsula metálica. El mareo se incrementaba y las náuseas aparecían de nuevo con más fuerza. Ya no aguantaba, estaba muy mareado, de un momento a otro iba a...

—¡Señores, agachen la cabeza!, y no la levanten hasta que les diga —ordenó uno de los oficiales— Hemos llegado.

Solté un suspiro. Me calmé. Abrieron las puertas traseras de la camioneta y tomé una gran bocanada de aire. Nos bajaron, caminamos por los diferentes filtros de seguridad del penal, agachados hasta la media luna. Ahí levantamos la cabeza sólo para ver al comandante Aníbal y varios guardias más que estaban maltratando a un interno semidesnudo.

—A ver, los tres que van llegando, dejen de estar mirando y bajen la cabeza, no volteen —ordenó el comandante.

Obedecimos, pero apenas se volvieron y la levantamos para ver la escena.

—Que la bajen les digo —gritó y soltó un golpe bajo a mi compañero y ya iba a dármelo a mí también, pero por alguna extraña razón se detuvo. De buenas que no estaba primero en la fila si no me hubiera tocado el golpe. Inclínamos la cabeza, y esperamos a que terminaran de castigar al interno por su mala conducta, para que nos revisaran. El mareo pasó y las náuseas disminuyeron

al momento de pisar tierra, pero me quedó un tremendo dolor de cabeza. Ahora el mal humor se apoderaba de mí: a ver hasta cuándo nos mandaban a nuestro ambulatorio. ¡Estaba harto de que nos manejaran a su antojo, como si fuéramos objetos!

Nos quitaron los grilletes, entregamos los chalecos, nos ordenaron tumbarnos, nos pusieron en cucullas. La revisión se tornó exhaustiva. Nada más eso faltaba, sí hemos estado todo el pinche día amarrados y custodiados, ¡qué demonios podemos esconder! El mal olor proveniente de los baños de las celdas se hacía más intenso.

Después de cerca de una hora de espera nos llevaron por el túnel hacia La Extensión. Hubo un tramo de la salida del túnel hacia nuestro ambulatorio en el que nos permitieron ir solos por un camino de alambrada hasta topar en una reja llamada La Malla. En ese lugar esperamos a que los guardias pasaran por nosotros. Se tardaban mucho en llegar. ¡El sol estaba muy fuerte! Ni los chistes del compañero mitigaban el enojo que me cargaba. No era fácil sostener el estrés que me generaba un traslado, donde la incertidumbre de estar a merced de los policías sin las cámaras de seguridad de la prisión vigilándolos y sin mis compañeros, me hacía imaginar cualquier tipo de cosas. Poco a poco, como emergiendo de los vapores de una irrealidad, vi que se estaba moviendo el enorme portón de La Extensión. En ese momento sentí que mi semblante cambiaba. De alguna forma, mal que bien, esta era ahora mi guarida. Lejos de ella, me sentía vulnerable.

—Ahí vienen por nosotros, güey —dije aliviado poniéndome de pie

—Qué bueno —repuso mi compañero aún sentado en el pavimento.

Llegamos al ambulatorio. Fui directo a la tienda por un refresco bien helado que disfruté como una bendición. Recuperando mi nivel de azúcar. Con cada trago de agua carbonatada bien fría sentía alivio ¡Fin a las náuseas! Después fui a los teléfonos a hacer llamadas a familiares y a Luz.

—Hola, Medardo, cómo te fue.

—De la fregada, Luz, nos llevaban peor que a vacas, me duele la cabeza, todo el camino tuve arcadas, el calor era insoportable —dije vomitando mi estómago emocional—. Luz, los traslados son episodios muy estresantes porque te entran dudas de si te van a secuestrar o a donde carajos te llevan o si te van a desaparecer o algún accidente o los compañeros que van contigo que tal vez los quieran rescatar sus iguales y quedes en medio de balas cruzadas. ¡Te imaginas de todo!

—Ja ja ja —Luz se carcajeaba al otro lado de la línea.

—Cuál es el chiste, no entiendo tu risa, te estoy diciendo que me siento mal —contesté enojado porque no tomaba en cuenta mis emociones. Ella continuaba riendo.

—Entre los amigos que te apoyaron al principio te pusimos de apodo *El genio de la botella* — para poder hablar de ti frente a otros que desconocen tu paradero— por aquello de que estás enbotellado.

—Okey, pero cuál es el chiste —seguía molesto y sin entender.

—Pues me dio risa que el apodo encajó como anillo al dedo: *El genio* está de genio porque lo sacaron de su botella —canturreó mientras continuaba a carcajada abierta.

—Qué chistositos —me burlé molesto. Quién sabe qué más tonterías siguió contando Luz y sin darme cuenta me fue contagiando con su risa. ¡Gracias a Dios Luz no tomó en serio mi drama! En un momento hizo que pasara del enojo a la incontrolable, contagiosa risa, recordándome varias anécdotas que vivimos juntos en la montaña.

—No, Luz, contigo uno no se puede enojar —terminé diciendo entre risas.

—Cómo te sientes ahora, Medardo —Con una pregunta seria me devolvió a la conciencia del presente.

—Mejor, Luz, mejor, gracias —dije.

Sabía que esa vez Luz eligió no escuchar, sólo hizo un cambio a la conversación y rió. También estaba cansada de tanta injusticia que vivía acá adentro.

No sabía cuál era el secreto de cada llamada, pero siempre lograba modificar mi energía.

—Ponte en paz Medardo, todo irá bien. Dijo a modo de despedida.

Inicia el reto

Una tarde durante la hora de la comida se me acercó don Marco y acelerado me dijo:

—Medardo, te tengo una buena y una mala noticia —hablaba dominado por la pasión— ¿Cuál quieres primero?

—Mmmmm, la que quieras —me rehusé a entrar en su juego retórico.

—Pues te voy a decir primero la buena. Ya llegó el resto del material de la Sala para la Paz. Son muchas cosas. Tenemos que ir a recogerlas a la esclusa antes de que les salgan patas —sonríó.

—Muy buena noticia —dije—, y la mala, ¿cuál es?

—La licenciada Reyna Castillo dice que el viernes es la inauguración oficial del recinto, y que debemos tener todo listo, incluyendo una rutina de yoga en grupo que se presentará ante las autoridades —abrió desmesuradamente los ojos. ¡Tenemos el tiempo encima!

—¿Viernes? ¡Faltan tres días! —reaccioné incrédulo.

—Acostúmbrate, así son las cosas aquí —sonrió más ampliamente.

—¿Te refieres a que van acompañadas de una buena y una mala? —correspondí a su sonrisa.

—¡No seas chistoso, Medardo!, ya sabes que me refiero a que te avisan que quieren las cosas para ayer, así que termina de comer, búscame en la biblioteca y recogemos eso —dio la media vuelta y se alejó.

—Cuenta con ello. Ahí te veo en unos minutos —dije a su espalda que ya se perdía entre las mesas del comedor.

Una hora después cargamos las cajas hasta el salón que pronto se convertiría de manera oficial en la Sala para la Paz.

—Son las tres de la tarde —dijo don Marco—: en una hora comienzas a dar clase de yoga de manera oficial.

—¡Híjole!, pues ni hablar, aunque veo que no han traído los tapetes. Por lo pronto usaremos toallas o cobertores. Aunque se va a ver bien gacho el día de la inauguración.

—Sí. Hay que pedirle a un canastero que pase la voz de que hoy iniciaremos. Los que asistamos somos los que daremos la exhibición el día de la inauguración —dijo dueño de su papel de jefe.

—Bueno. Manos a la obra.

Continuamos acomodando el material dentro del armario, películas, libros, guitarras, discos de música. Mandaron material suficiente para empezar a trabajar. Me sentía entusiasmado.

—¡Esos que se inscribieron a clase de yoga...! pásenle que ya empieza hoy —se escuchaba por los pasillos los gritos del mensajero.

El llamado resonando en los pasillos de las prisiones me llevó a apresurarme. Recogí cartones y papeles que quedaron tirados, mientras un compañero limpiaba el salón.

—Gracias, compañero. Ahí te encargo que quede bien trapeado, voy a cambiarme de ropa. ¡Ah y no dejas que se meta la raza a tirar escupitajos!

—Sí, güero, ahorita queda, no se apure. Yo aquí cuido.

Camino a la celda repasé la rutina con la que tenía previsto iniciar. Me puse ropa adecuada y al volver me alegré al ver a dos compañeros ya listos para la práctica: El Barbas, un tipo más bien chaparro, moreno, ojos negros profundos, barbado que fácil pasaba como hindú. El otro era El Muñeco. Así le decían porque siempre andaba a la línea, ropa limpiísima y recién planchada, cabello arreglado, barba delineada. De esos tipos que nada más de verlos a lo lejos ya sabes que van a oler a una buena loción. En libertad El Muñeco tenía gasolineras, transporte de combustible y compraventa de chatarra.

Poco a poco fue llegando el resto de los compañeros. Ocho en total, suficientes para llenar el salón. Inicié puntual con una charla introductoria, una serie de estiramientos y posturas básicas, que servirían para la demostración durante la inauguración, ante las autoridades.

Los tres días pasaron volando. Hice el programa para la clase de Desarrollo humano, seleccioné la cartelera de películas para el Cine de valores y armé la rutina de yoga; me enfoqué en la planeación del programa para el día del evento. En mi cabeza tintinaba constante el mensaje de la coordinadora: “Tiene que salir todo perfecto”.

Llamé a Luz para pedir su apoyo —ella había dado clase de Desarrollo humano en la Universidad, junto con la licenciada Amparo—, me ayudará a redactar un mini discurso y me enviará material con las clases y sus respectivos programas.

—No te preocupes, no te voy a dejar solo en esto, todo te va a salir muy bien.

Su respaldo me llenó de seguridad. Saber que puedo rebotar ideas con ella diario, a través del teléfono, me generó confianza. Pero ¿para qué quiero un discurso si yo ni voy a hablar?

Llegó el viernes —¡No sé cómo Luz logró esto! —A media mañana los tapetes de yoga estaban en la caseta de seguridad de nuestro ambulatorio. Hacía más de dos semanas que mis padres habían traído mi tapete de yoga y para ese viernes aún no me lo entregaban. En cambio, Luz se coordinó con la licenciada Amparo y a través de ella las cosas llegaban porque llegaban. El salón lucía impecable. Don Marco se encargaba de coordinar todo. Desde temprana hora la licenciada Reyna Castillo se presentó para estar al pendiente de todo detalle. Minutos antes de la hora se colocó el tradicional listón para la inauguración oficial. El estruendoso sonido de un helicóptero volando muy bajo interrumpió la espera. Todos pensamos que era el que sobrevuela el penal diariamente para la vigilancia, pero nos sorprendió cuando aterrizó dentro de las instalaciones. Una voz femenina anunció:

—Ya llegó el Secretario de Seguridad, ese es su helicóptero. Ya deben de estar llegando todos los demás.

Hizo su entrada la comitiva de alrededor de cuarenta personas, entre autoridades y dispositivos de seguridad. Sobresalía un hombre alto uniformado de grado superior a juzgar por el montón de insignias en su pecho y hombros. A su lado una dama distinguida y elegante —supuse que era su esposa—. Reconocí a la licenciada Amparo, quien preside la Fundación que hizo posible mi nuevo empleo en la Sala para la Paz. La acompañaba su mano derecha, el alegre Javo, a quien conocí la visita anterior. Ahí estaba también el alcalde de La Ciénaga, portando un traje impecable de alta costura; a su lado el comandante Aníbal, con sus inseparables gafas oscuras; la subdirectora de La Ciénaga estaba presente con su distinguida personalidad.

¡Cortaron el listón!

Se sentaron en el presidium al frente del salón. Don Marco y yo nos alistamos para la exhibición de yoga sobre los tapetes que ya nos esperan en el suelo. La licenciada Amparo dirigió unas palabras al auditorio, agradeció a las autoridades el hacer posible la apertura de este

recinto en La Ciénaga, e inmediatamente después me pidió que dijera unas palabras. ¡Luz tenía razón! ¡Siempre había que estar preparados! Me encontraba en medio de un salón con un micrófono en la mano, listo para hablar a las más altas autoridades, a esos que me consideraban culpable y me tenían encerrado. ¿A ellos debo dirigirme? Para mi sorpresa, de mi boca sólo emergieron palabras de gratitud hacia las autoridades, a la licenciada Amparo y a su colaborador Javo, que, gracias a su dedicación y empeño, hicieron posible el sueño de promover la paz para que seamos mejores personas sin importar que estuviéramos en prisión.

Les compartí un panorama general de las actividades que tenía programadas en la Sala para la Paz. Luego los invité a disfrutar de una breve exhibición de lo que es el yoga. Puse el micrófono junto a la música relajante que elegí. Mis compañeros se plantaron sobre su tapete, yo recorrí con la mirada el espacio y comencé a hablar lento y suave, tratando de conectar con los espectadores que no perdían detalle alguno. Lucían felices, sobre todo el Secretario de Seguridad, y su distinguida esposa; parecían sorprendidos con la entrega y coordinación de mis compañeros, todo en calma y armonía. Éramos uno con el momento presente.

Después de unos minutos finalizó la exhibición. Nos despedimos agradecidos. El salón rompió el silencio con un largo y caluroso aplauso. El alcaide y director de La Ciénaga dirigió unas palabras, cerró con la frase “Recuerden que los delitos y quienes los cometen, se quedaron en la calle, aquí adentro sólo están los seres humanos” y dio por terminado el evento. Inició el convivio en un ambiente festivo que llenó el espacio. Eran pocos los momentos de convivencia entre autoridades e internos, pues rara vez compartían la mesa. Entre la plática con los compañeros y con las autoridades no me dio tiempo de probar el refrigerio, pero eso no importaba, el espíritu estaba más que bien alimentado. Con un poco de café bastó. Me sentí bendecido. ¡Ya quería platicarle todo esto a Luz!

El fin de semana, como es costumbre desde que llegué a la Extensión, vinieron mis papás. Después de recibir su cálido saludo nos sentamos a ponernos al día, más a detalle sobre los acontecimientos.

—El viernes fue la inauguración de la Sala para la Paz —narré efusivamente—. Fue todo un evento, vino hasta el Secretario de Seguridad y su esposa, llegaron en helicóptero —Mis padres ponían mucha atención y sonreían—. Cortaron el listón y hasta me tocó dar un discurso y ofrecimos una exhibición de yoga. —Dije hablando con el corazón en la mano.

—Nos da mucho gusto lo que estás haciendo —comentó mamá—, aunque ya nos había llegado el chisme.

—Que hasta la licenciada Amparo le dijo a Luz: “Las Salas para la Paz van a ser distintas a partir de ahora gracias a Medardo Salvatierra”. Eso lo dijo papá después de un gran jalón al tabaco a medio consumir.

—Las buenas noticias corren rápido —dije. Luego invité a mi padre a acompañarme a la tienda por refrescos helados y cacahuates. Las buenas costumbres no se pierden ni en prisión.

Ese día me encontraba con la dicha de compartir un logro importante con mi familia. Entre bocado y bocado de los sagrados alimentos llegaba don Marco, Pepe Garza, don Raúl, incluso algunos canasteros y uno que otro papá de otros reclusos. Felicitaban a mis padres por lo que su hijo estaba haciendo por La Ciénaga.

Todo fue alegría hasta que la guardia tuvo que cortar la visita a las tres y media de la tarde. Al marchar mi familia me quedé haciendo compras en la tienda, más por hábito que por gusto. Esas tardes, más que nunca, extrañaba la libertad. En la noche diluía mi pesar cenando y jugando al scrabble con mis amigos.

Desarrollo humano

—La vida me ha arrancado todo de un solo jalón y me ha dejado aquí en la prisión —le dije al Mochis mientras caminábamos debajo de la palapa, protegiéndonos del intenso sol de la tarde.

—Estando en la calle, es difícil saber quiénes somos —contestó sin mirarme.

—A ese punto iba —le dije—. Estando afuera, decimos: soy empresario o soy deportista o soy propietario de una casa. Pero ahora que la vida nos ha quitado todo, ¿cómo podemos definir quiénes somos?

—Buen punto, Medardo. Ojalá que pudiéramos aprovechar el tiempo aquí para descubrir nuestra verdad —dijo mi compañero de caminatas. Habíamos descubierto cuánto disfrutábamos caminar, y nos reuníamos con mucha frecuencia en el campo de la palapa.

—Exacto, quizá estamos dentro de una gran oportunidad para saber quiénes somos, hacia dónde vamos y a quién elegimos que nos acompañe —contesté.

La conversación me inspiró para redactar mi primer curso de Desarrollo humano. Me propuse revisar el material que mandó Luz, seguramente ahí encontraría algo útil para desarrollar el tema: ¿Quién soy? ¿A dónde voy? y ¿Con quién? En casa tenía un libro de Jorge Bucay con ese título de donde sacaría algunas ideas. Quería ver si ya me lo habían enviado.

*

Se llegó el primer día de clase de Desarrollo humano, y con él la notificación de la visita de mis abogados. Me llevarían a verlos, a la misma hora a la que estaba programada la primera clase. Esperaba que la entrevista no demorara para no cancelarles a los compañeros. Había preparado la lección con todo mi corazón y Luz me apoyó como lo prometió. Diario hablábamos casi por cuarenta minutos preparando cada tema que daba y entrenándome en el manejo del grupo.

Los abogados me entretuvieron poco. Miguel me obsequió *La cabaña*, novela basada en hechos reales. Le pregunté en son de broma:

—¿Cada vez que vengan me traerán un libro para que me entretenga leyendo en lo que se aclara el proceso judicial? —soltaron las carcajadas, liberando el intenso estrés que les generaba enfrentar la presión inquisitiva de mi familia y amigos. Mi hermano Miguel recibía a diario llamadas o mensajes de quienes estaban al pendiente de mi situación.

Regresé directo a la Sala para la Paz, donde encontré a don Marco muy sereno, escuchando música de Eric Clapton en su reproductor que conectó al equipo de sonido del aula. Una inmensa quietud envolvía el ambiente.

A la primera sesión asistieron siete alumnos. Inicié el tema sintiéndome nervioso, cada palabra que pronunciaba me comprometía a ser ejemplo, sin embargo, poco a poco me fui soltando. Pero no podía terminar de sentirme cómodo debido a que don Prospe, mi carpintero de cabecera, mi amigo, el que me ayudó a hacerme de un colchón, estuvo saboteando las primeras sesiones, me daba la contra en todo, estaba en desacuerdo con cada palabra que pronunciaba. Yo me desconcentraba porque suponía que éramos amigos, y esa no era la reacción que esperaba. Durante unos días estuve estudiando la situación, lo fui manejando bien, al grado de hacerlo olvidar su duelo y lograr que prestara atención. Al final pareció sentirse bien, y permitió que todo fluyera. Era una bendición contribuir al bienestar de mis compañeros y a la vez ayudarme, pues simultáneamente, cada concepto era un aprendizaje para mí.

Las noches en el ambulatorio eran muy ruidosas. Los compañeros que no trabajaban y dormían hasta tarde pasaban platicando en voz alta por los pasillos de los dormitorios, gastándose bromas, cantando o discutiendo de deportes; otros mantenían sus televisores a todo volumen, en consecuencia, el escándalo no me permitía descansar. Era posible que esa manera de alterar sus horarios fuese su forma de sobrellevar el encierro. En general la guardia era un poco omisa en hacer cumplir el reglamento de silencio y descanso. Sólo un turno de guardia era estricto, por lo que el ruido campeaba a la hora de dormir. ¡Necesitaba un lugar tranquilo!

Cierta noche especialmente escandalosa estuve cavilando cómo enfrentar esa situación que ponía en riesgo mi paz para impartir mis clases. Cuando llegó el amanecer, amodorrado y de malas, y sin encontrar alguna solución, decidí ejercitarme un poco. Luego fui a los teléfonos a reportarme con mi familia. Diario les llamaba hasta dos veces, procurando su tranquilidad.

Descolgué el auricular, marqué la clave confidencial y apareció la grabación: “Su saldo es de 25 centavos”.

—¡No puede ser, ayer tenía saldo suficiente! —grité invadido por la frustración.

—¡Ay, güero! —comentó el compañero de al lado— Ya le robaron y aquí sólo hay dos personas que andan robando los saldos...

—¡Ya sé quién fue! —grité más fuerte—: ¡el pendejo que me lava la ropa, El Cácaro! —¡Me las va a pagar el hijo de su pinche madre! Hace un momento me pidió saldo para llamar a su esposa, yo accedí, marqué la clave cubriendo el teclado con la mano. Luego él llamó y tardó más de lo acordado. Cuando acabó me pidió más saldo”.

“Te pasaste del tiempo ¿y ahora quieres más saldo?” Le dije “Te lo voy a descontar de lo que te pago por lavarme la ropa”.

Cuando marqué la clave de nuevo —aunque cubrí el teclado con mi otra mano para que no viera—, como buena rata debió haber clavado su mirada y calculado la posición de mis dedos al presionar las teclas.

El Cácaro era un tipo habilidoso, capaz de ganarse la vida sin necesidad de delinquir, sin embargo, algo le ocurría pues con frecuencia perdía el control. A sus cortos 25 años la policía lo había recluso nueve veces en la cárcel, en el tutelar de menores y en otros centros penitenciarios del país. De baja estatura, flaco, siempre de playera blanca sin mangas y jeans relavados en estilo tumbado, mostraba parte de su colorida ropa interior.

La información corrió rapidísimo dentro de las cuatro bardas. Antes de que pudiera reportar el robo El Cácaro me visitó.

—Oiga, Medardo, ya no le voy a lavar la ropa —me extendió una prenda doblada—. Tenga.

—¿Y eso? —lo miré con desconfianza.

—Es de usted, es la playera que se me había perdido y la acabo de encontrar —dijo con una amplia sonrisa que decía: “Nada te debo o al menos nada que me puedas comprobar”.

Tomé la playera sintiendo que la furia me salía por los ojos como rayos que lo perforaban. En silencio me tragué el coraje. Ahí en prisión, quien te robaba te lo decía en la cara y todavía se lavaba las manos deshaciéndose de cualquier cosa que lo pudiera inculpar. “¡Me las vas a pagar!” También en silencio lo maldije notando las ganas que tenía de golpearlo. Pero las cámaras estaban por todos lados y medí las consecuencias. No me convenía manchar mi expediente de buena conducta.

Decidí reportar el robo del saldo con el jefe de la guardia quien sólo me dijo que trataría de ayudar, pero lo veía muy difícil, porque no había manera de comprobar el robo, más que con un estado de cuenta de las llamadas que salieron de mi clave, y que eso era difícil de conseguir. El coraje se me fue bajando al hablarlo con el guardia. Me di cuenta que él nada podía hacer. Aunque representara a la autoridad tenía las manos tan atadas como el último de los presos. A su modo él estaba tan prisionero como nosotros. A él le daban un sueldo, un uniforme, salía a su casa en un remedo de libertad, pero en el fondo era uno más, ni mejor ni peor que Aníbal o que el alcaide. Esta conciencia —bendita conciencia que me permitía reconocermé y ubicarme —me llevó a sacar la frustración por el saldo perdido con la inteligencia emocional que preconizaba Luz.

Se me acercó el Mochis atraído por mi rostro desencajado.

—¿Qué pasa, estimado?

—Pues que estos canijos, en específico el pinche Cácaro, me robó el saldo del teléfono.

—Si te urge hacer llamadas vamos al teléfono y hablas con mi clave, después lo repones.

Claro que le tomé la palabra. Hablé con mis padres, les pedí que no depositaran al teléfono y que cambiaran la clave. Después llamé a Luz.

—Luz, ¿cómo estás? —saludé rápidamente.

—¿Qué pasó, Medardo? ¿Cómo te sientes?

—No muy bien. Necesito un favor. Se robaron el saldo del teléfono. Ayúdame a conseguir un estado de cuenta para poder delatar al que robó —pedí con notoria aprehensión.

—¿Cuánto te robaron? —su voz sonaba contenida, esperando reunir las piezas del hecho para soltar su dictamen.

—Como cuatrocientos pesos —le dije con un resoplido en el que salió el resto de mi frustración.

Una sonora carcajada al otro lado de la línea casi me reventó el oído. ¡Otra vez las carcajadas de Luz! ¡Me regresó el enojo redoblado! ¡Tomé aire y lo contuve para no soltarle una maldición ni con el pensamiento!

—¿Te estás burlando?, ¿qué te pasa?, no le veo el chiste —le dije sumamente molesto.

—¡Ay, Medardo! Me has hecho recordar una situación que me enojaba mucho cuando yo era niña. Era algo que quería solucionar a como diera lugar para que se me quitara lo molesta —Luego con una voz suave narró—. Cuando yo era niña, teníamos una inmensa higuera en casa. Cada mañana, antes de que despertáramos, mi madre cortaba los higos con los que elaboraba unas exquisitas mermeladas y rollos secos. ¡Un verdadero manjar! Los hacía para vender y lo que generaba lo donaba a las personas menos aventajadas para que pudieran estudiar y aprender. Pero en todo esto había un problema: los insectos y los cuervos hacían de las suyas consumiendo gran parte del fruto. Yo enojadísima porque no podía espantarlos, un día le propuse a mi madre que pusiéramos una gran red cuadriculada que protegiera toda la higuera y evitara que los cuervos y los insectos robaran los frutos. Mi madre se volvió, me vio a los ojos, y me dijo: “Tienes que compartir, todo lo que está en el universo es de todos, todo lo que está conectado a la fuente es abundancia y no cesará de dar: esa es su naturaleza. Haz de aprender a compartir, hija, al conectarte a la fuente nada te faltará”.

A medida que Luz hablaba se me iba desvaneciendo el enojo, estaba seguro de que yo no era ni insecto, ni cuervo, yo quería ser la higuera.

—No te distraigas, Medardo ¡que no se te olvide! Mantente conectado a la fuente. Confía en la abundancia del universo.

—Pero, qué hay de los cuervos — insistí—. Hay que darles el escopetazo, no debe de quedarse así.

—¡Y vuelve la burra al maíz! —dijo Luz con la sonrisa que le adiviné— A los cuervos hay que mirarlos con amor y compasión. No debes juzgar las decisiones de los demás. Ve tu pasado, ¿cuántas veces has sido cuervo en tu vida sin darte cuenta?, Medardo.

—Muchas veces, Luz —admití reconociendo el montón de veces que piqué del fruto ajeno—. Tienes razón.

—Medardo, recuerda: aprende de la naturaleza, ella es muy sabia, confía en que todo irá bien —concluyó Luz y en mi mente su sonrisa se dibujó mucho más grande, más luminosa.

¡Entonces sí que recibí una buena sacudida y de qué manera! Vaya forma de ver la vida que tiene Luz, y de tener el cuento adecuado para cada ocasión. El enojo se esfumó por completo. Pensé en El Cácaro como un cuervo, supe que sus acciones eran parte de su naturaleza y que yo debía cuidar mi energía. Reflexioné en la perspectiva que se tiene desde afuera de la prisión. ¡Cómo cambiaban las prioridades aquí adentro! No pude evitar preguntarme cómo verán la prisión mis padres, mis hermanos, mis amigos, los abogados.

Memorias de Miguel

Ha terminado la segunda audiencia. Avanzamos en las pruebas testimoniales, también declaró la dueña de la imprenta donde emitieron las facturas de la supuesta empresa de Medardo. No es que desconfiara de mi hermano, pero me dejaba tranquilo haber escuchado la declaración de la mujer diciendo que no lo conocía y que jamás había tenido contacto con él; además llevó el documento que la Secretaría de Hacienda le hace llenar a cada cliente, donde aparece el nombre de otra persona como el solicitante de las facturas.

José del Ángel detectó una inconsistencia en el acta constitutiva de la empresa: se trataba del número de folio de la credencial para votar de nuestro cliente. El dato transcrito en el documento notarial es diferente al plasmado en la credencial original, lo cual ya se adicionó a las pruebas de nuestra defensa.

La prueba testimonial del notario no pudo ser por dos razones: porque esa notaría pública ya no existía y quien fue el titular ya estaba muerto.

En la torre de departamentos negaron la existencia de videos de circuito cerrado, siendo que el lugar está lleno de cámaras. Medardo comentó que hay un cuarto con los servidores donde se guardan esos registros. Aunque legalmente era posible forzar a mostrarlos, si es que no los habían borrado, moverle por ese lado sería pérdida de tiempo. Como sea, el juicio de amparo indirecto ya se había presentado con los elementos a la mano. Lo no tan bueno era que Medardo seguía encerrado y que las audiencias en este proceso alterno se estaban difiriendo. A veces a los juzgadores les tiembla dar veredictos de asuntos tan cuantiosos. No digo que sea el caso, pero en mi experiencia a veces así pasa.

También ya le llegaron al juez Victoriano los oficios donde están los resultados de los estudios psicológicos y criminales de Medardo. Éstos arrojaron resultados como “El procesado fue inculpatado, no es alguien que ande haciendo delincuencia”. Aunque la prueba medular es la pericial de las firmas, es un pequeño logro que, dicho sea de paso, estaba yendo muy despacio debido a que era necesario que el perito accediera a las firmas originales, entre ellas las de los

contratos bancarios. Para conseguirlo se giraron oficios a las oficinas centrales de los bancos en Ciudad de México donde se depositan físicamente esos documentos.

A duras penas las diligencias iban en camino. Había que esperar a que llegaran a su destino y que los bancos respondieran dentro de los términos de la ley. Toda diligencia foránea era a través del correo tradicional, no como las compras por internet, donde se elige envíos exprés para recibirlas de un día para otro. Así son los tiempos penitenciarios.

Un duelo de machos

Un domingo por la tarde en plena canícula, después de la visita familiar, como de costumbre se hacían largas filas en las tiendas. Todos contentos con el dinero que nos dejaron nuestros seres queridos surtíamos artículos personales y despensa. En días como ese poco importaba que la ropa se nos pegara por el sudor o que nos produjéramos escoriaciones a fuerza de rascarnos por los piquetes de los zancudos voraces. Éramos muchos amontonados en el pasillo de alambrada y aún más en la palapa.

Yo conversaba con el Lemon Pepper y con la Cabra para hacer llevadero el lento avance de la fila.

—Oye Medardo —me dijo de pronto el Lemon Pepper palmoteándome un hombro—. Tus papás son muy agradables. No había tenido el gusto de platicar con ellos, pero ya había visto que saludan y hablan con todos. Tu papá parece político en campaña y tu mamá toda una primera dama.

A mi vez palmoteé su hombro agradeciendo sus palabras porque advertía sinceridad en ellas. La Cabra solo asintió levemente sin agregar nada más. Conocía a mis padres, conversaban con cordialidad, y en algunas ocasiones le había tocado alguno de los regalos que traían.

—¿Cómo va la cana, mi Cabra? —soltó suavemente Lemon Pepper— ¿Te dejó dinerito tu señora?

La Cabra asintió levemente, tal vez tratando de mantener la distancia.

—Sólo este día se te ve comprando en la tienda —Fiel a su costumbre tiró el dardo envenenado.

—¡Chale, mi Lemon Pepper! Cómo te gusta llevarte —acusó recibo la Cabra, y reviró—. Pues sí, pero al menos a mí sí me visitan.

—Claro, a mí no vienen a verme porque mi familia vive en Estados Unidos, en California, en un barrio que en tu puta vida vas a pisar ni como jardinero. A que chingados vienen a un país tercermundista con gente jodida como tú.

La Cabra sonrió y pensativo bajó la mirada. Un minuto después, a voz en cuello se dirigió a los compañeros del pasillo y la palapa:

—¡Eh raza! Vamos a echar una porra para el Lemon Pepper. ¡Vamos! A la cuenta de uno... dos... tres...

—¡Qué chingue a su madre! ¡Chingue a su madre el Lemon Pepper! —secundó la mayoría a todo pulmón, acompañando la mentada con abundantes rechiflas. Parecía que al fin alguien le ganaba una al ponzoñoso compañero.

El Lemon Pepper sonrió para sí. Había llevado a la Cabra al punto que quería. Contaba con la atención de la mayor parte de la población del ambulatorio. Se irguió por unos segundos, seguro

de sí mismo. Era como si las burlas lo traspasaran como el aire a un mosquitero. Con aplomo esperó su turno para gritar a viva voz:

—¡A ver compañeros! ¡Ahora yo voy a hacer una porra! —El grupo se volvió, expectante, a ver a Lemon Pepper.

—¡Una porra para el cabrón que se está cogiendo a la señora de la Cabra para que este muerto de hambre tenga para comprar en la tienda un día a la semana!

Ahí fue donde estalló el desmadre. Hasta un guardia que estaba en el pasillo no pudo evitar reírse. En un instante todo fue carcajadas, burlas, carrilla para la Cabra quien no tuvo más que aguantar el alboroto. Derrotado, desapareció el poco brillo que tenía tras la barrida que le dieron, la Cabra borró su sonrisa. Al cerrar la boca también se apagó la luz de la orilla plateada de sus dientes incisivos centrales superiores postizos.

”Encuentro con la infancia: “los amigos

Eran casi las nueve de la mañana. El sol estaba presente en medio de un cielo despejado. Habían terminado los días frescos por la lluvia. Bajé con precaución las resbalosas escaleras y de pronto mis ojos no podían creer lo que veían ¡frente a mí estaba un tipo de rasgos árabes, delgado, con cabello muy chino! Nuestras miradas se cruzaron un instante, luego nos reconocimos y nos estrechamos en un abrazo ceñido.

—¿Qué pasó, cabrón?, ¿cómo es que estás aquí? —pregunté a Emir Jaade, un amigo de la infancia.

—¡Me hicieron una mala jugada! —repuso con abierta necesidad de explicarme—. Estaré muy corto tiempo, me voy de hoy a mañana, pago fianza y me defiendo afuera. ¡Qué gusto verte, pero qué mala onda que sea en este lugar! ¿Tú cuánto tiempo llevas aquí? —me preguntó sin tomar aire.

—Ya cinco meses, güey. Voy a desayunar, te invito —le dije mientras nos encaminábamos a la salida.

La Extensión lucía con mucha vida. Al parecer la gente madrugaba y estaba por todos lados. El comedor borboteaba de parrillas que al rojo vivo cosían diversos guisos, la mayoría conformados por huevos, queso, jamón, salchichas, chorizo y la famosa bandera canera: chile, cebolla y tomate, en ese orden a semejanza de los colores del lábaro patrio. Las tiendas estaban surtidas, había que aprovechar, sepa Dios hasta cuándo volverían a traer productos de la canasta básica. Cada vez que caía tormenta se cortaba la energía eléctrica, en consecuencia, se caía el sistema de ventas. En esos casos se requería personal externo para reponer la red, lo que implicaba dos o tres días de espera sin acceso a tiendas o a restaurantes. Pero aquel día que encontré a Jaade era un día de fiesta culinaria. ¡Había de todo en los pequeños establecimientos!

A partir de ese momento Jaade me acompañó a todos lados, incluso participó como espectador cuando di la clase de yoga y presenté el Cine de valores. Un cruce de caminos me tuvo junto a un viejo amigo de la infancia. Estaba contento con su compañía. Nos acordamos de las tardes en que todos compartíamos el narguile mientras saboreamos vino y café árabe hasta el cansancio, o cuando Teresa se aferraba a hacer las noches maratónicas de cine o Salma que siempre estaba al pendiente de los nuevos restaurantes y bares, nos motivaba a visitarlos; y no se diga los planes de viajes en grupo que puntuaba Mohamed. Nos alborotaba a todos. Fueron más de tres viajes en

grupo los que hicimos y estuvimos recordando. Esa tarde me sentí agraciado por los buenos amigos que he hecho en el camino de la vida y de las divertidas que juntos gozamos. Dos días de estancia de Jaade fueron suficientes para recordarme a los buenos amigos y los grandes momentos además de tener un testigo ocular de mi actual paradero.

Jaade salió libre. Fue difícil verlo partir hacia mi mayor anhelo: la libertad. Ya en el umbral de la puerta me hizo prometer que guardaría el secreto ante nuestro círculo social de que lo había visto en ese lugar. Él se comprometió de igual forma, sin embargo, yo no se lo pedí, no lo necesitaba pues bien decía Luz: “La verdad flota como un corcho”. ¿Para qué tratar de esconder lo que no se puede tapar? ¡Yo no necesitaba de más prisiones en mi vida! Cada mentira es una pequeña prisión que limita el vuelo de la libertad.

Con la liberación de mi amigo Jaade llegaron comentarios a oídos de Luz. Muchos *amigos* se enteraron de la noticia de mi aprehensión y arresto, y desfilaban por su consultorio con pretextos y actitudes malsanas, tratando de sacar información. Pero se toparon con pared gracias a la ética profesional de Luz, y a su manera de honrar su palabra que la llevó a manejar la situación con total discreción.

¡Ella sabía guardar secretos! Como me lo confirmó aquel día que hablamos de ese asunto: “Medardo, esta gente se equivocó de puerta, en mi consultorio no hay más que oídos”. Ella comprendía el sufrimiento de los que estamos inmersos en problemas. Le reventaba cuando la gente de las diferentes asociaciones se tomaban fotos delante de las rejas con los presos. Era evidente su molestia, le dolía el alma ante la falta de compasión y la sobra de exhibicionismo. En ese sentido un día me comentó molesta: “Lo mismo hacen en el zoológico, se toman fotos con especímenes extraordinarios, presumiendo que no les da miedo ponerse junto a ellos”. Gracias a Dios, Luz posee la cualidad de mandarlos diplomáticamente a volar, así que no le fue difícil sacudirse a los morbosos que la buscaron.

Escasos y valiosos fueron los amigos que reconocieron con honestidad que ya sabían de la situación y se subieron al barco de la solidaridad. A esos jamás acabaré de agradecerles cada letra que me escribieron, cada peso que me enviaron, cada mensaje que me hacían llegar a través de Luz. Los llevo conmigo en el corazón y los tengo presente en cada oración.

La historia no fue la misma para Justino, mi mejor amigo. A él le fue mal con los “amigos” con quienes convivíamos, con los que celebrábamos cumpleaños y viajábamos. Algunos conocidos de la infancia de la comunidad árabe se pusieron de acuerdo y lo invitaron a cenar. Se prepararon, unieron su ignorancia a una poca información pública del expediente y lo tundieron a reclamos. Sólo su decencia impidió que los mandara a donde pertenecen. La historia de esa cena y los subsecuentes comentarios de Justino me dejaron mucho que desear. Ninguno de ellos, aun conociéndonos de tantos años, me dirigió una sola palabra de solidaridad. ¡Increíble! Un día me atreví a preguntarle:

—¿Alguno de ellos preguntó por mi salud o por mi integridad física?

—¡Nadie! —respondió—. Ninguno ofreció ayuda o preguntó qué estábamos haciendo para apoyarte; o sí tan vil basura creen que eres por qué no preguntaban el protocolo para visitarte y reclamarte en la cara.

Reconozco que no fue de gente bien nacida la forma en que abordaron a mis familiares y a mis amigos que estuvieron al pendiente de mi situación. El dolor que sentía sólo permanecía el tiempo que me llevaba compartirlo con Luz. La decepción fue sanando al paso de los días, quizás semanas o meses. Entretanto sentía el abandono y vivía el engaño de los que se decían mis amigos.

Cuando le narré a Luz esos hechos, ella me compartió un poema que dio en el blanco.

Tras la puerta de sentir tu debilidad, reside tu fuerza.

Tras la puerta de sentir tu dolor, residen tu placer y gozo.

Tras la puerta de sentir tu miedo, residen tu seguridad y tu confianza.

Tras la puerta de sentir tu soledad, recibe tu capacidad de tener satisfacción, amor y compañía.

Tras la puerta de sentir tu odio, reside tu capacidad de amar.

Tras la puerta de sentir tu desesperación, reside tu esperanza verdadera y justificada.

Tras aceptar las carencias de tu infancia, reside ahora tú satisfacción.¹

Los malos comentarios de algunos me permitieron valorar a quienes se sumaron motu proprio a la causa, sin obligación, sólo por el compromiso de hacerlo. No juzgo a quienes se alejaron o hablaron mal de mí en el desconocimiento de la verdad, sólo describo los hechos que me llevaron a sentir el dolor, la traición, el abandono, la decepción, pues con ello me regalaron el don de valorar, honrar, amar a quien, por otro lado, me dio lo mejor de sí mismo. ¿Cuánto tiempo rehuí al dolor disfrazado de verdad? Fueron muchas cosas las que tuve que mirar de frente desde que Jaade salió. La noticia se corrió entre mi círculo de conocidos: “¡Medardo está en prisión!” Lo supieron y ninguno hizo nada para verme o preguntar cómo me encontraba.

Algunas noches antes de dormir cerraba los ojos y recordaba. Sin duda iba a extrañarles por siempre. Ya no habría más viajes con ese grupo. La cárcel estaba siendo un parteaguas en mi vida. No me queda más que parafrasear el pasaje de la Biblia que tantas veces escuché y en aquellos días cobrara tanto sentido.

...porque tuve hambre, y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, fui forastero y me recibiste, estaba desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste, en la cárcel y viniste a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer o sediento y te dimos de beber, preso y te visitamos...? (San Mateo 25:36)

“Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”. (Lucas 23:34)

Memorias de Luz

Estaba preocupada, Medardo estuvo muy feliz de ver en prisión a un amigo de la infancia, y de que alguien fuera testigo fiel de lo que él ahora estaba trabajando dentro del penal. Fue un subidón para él, sin embargo, veía venir la traición de los acontecimientos. Una noticia de esta magnitud en la comunidad Palestino Libanesa de Nuevo León es de mucho peso. Ahora todos los que conocíamos del asunto seríamos blancos de cuestionamientos. Faltaba nada para que la bomba estallara.

Hubo reacciones de todo tipo. De pronto a mí se me acercaba una que otra conocida de Medardo a quienes les llegaba el rumor de lo acontecido y me retaban a preguntas.

—¿Cómo está Medardo?

—Bien —les decía yo.

—¿Tú sabes dónde está?

—Sí —les decía yo.

—¿Y de verdad está bien?

—Perfecto —les decía yo—. Hablo con él a diario.

—Le dices que lo mando saludar, por favor.

—Sí, claro, con gusto —les decía yo.

Pero nadie se atrevía a preguntarme ¿Dónde está? Saben que por ética profesional yo no puedo hablar, así que ni se tomaban el trabajo de preguntar; o quizá solo fuera el respeto que mi persona les representa lo que les impedía investigar de forma directa.

Algunas reacciones positivas de cuando se dio a conocer la noticia, fue que algunas personas me enviaban mensajes a través de las redes sociales para que se los leyera a Medardo cuando me llamara, ¡Eso le llenó el alma!

En realidad, en ese tiempo en que la bomba explotó y la comunidad se enteró dónde estaba Medardo, a mí nadie me molestó de forma directa. A decir verdad, ni mis amigas del café advirtieron que yo no me encontraba al cien en cuanto a presencia emocional, solo notaron el celular económico que ponía sobre la mesa y preguntaban: “¿Es en serio?” Yo reía mientras contestaba que estuvo descompuesto mi celular y me hice de ese y algunos pacientes aún no sabían que ya volví a mi anterior número. Una sola persona además de mi familia nuclear estaba enterada de los hechos: mi terapeuta, amiga, madrina, compañera, coach de vida: Sara. Mujer sabia que me ha acompañado y enseñado mucho de lo que yo sé. Bendito universo que la ha tenido en mi vida desde el año en que nací.

Adiós hot wheels

Tras cinco meses de prisión el ruido en las noches se hizo costumbre. Las cucarachas interrumpían mi sueño, el abanico que trajeron mis padres no las espantaba, me tenía que sacudir en repetidas ocasiones porque me mordían. ¡Ya no podía más, necesitaba dormir! En la bruma de la duermevela concebí la idea de solicitar una celda privada. Mal amanecido fui a la biblioteca donde escribí un oficio en la computadora.

01 de julio de 2014

Centro penitenciario “La Ciénaga”

Por medio de la presente solicito su atención para gestionar un cambio a una celda privada. En la actualidad me encuentro recluso en la 57 y sugiero ser reubicado en la 331. Este lugar se encuentra cerca de la Sala para la Paz, donde imparto las siguientes clases:

1. Yoga
2. Meditación
3. Cine de valores - análisis de películas
4. Desarrollo humano
5. Creación de nuevos proyectos para este espacio de enseñanza aprendizaje

Agradezco de antemano la atención brindada al presente oficio y quedo en espera de una pronta resolución.

No. interno 5217

Nombre: Medardo Salvatierra Roble

Armado con mi oficio me informé del horario de la próxima salida del “taxi”. Estaba de suerte: en 10 minutos. Esperé al vehículo-guardia cerca de la caseta, lo abordé junto a otros compañeros y en un instante arribamos a la Zona Técnica. El lugar se encontraba repleto de internos de los distintos ambulatorios. Saludé al Ganso, un ex compañero de La Perrera.

—¡Ese de los Medardos! ¿qué anda haciendo por acá? —me gritó gustoso.

—Hola, Ganso, ando visitando a las estrellas, ¿y tú? —lo abracé con reserva.

—Me mandaron llamar, algo de Psicología. Oiga, Medardo, quería agradecerle por haber llamado a mi familia ¡Ya vino a verme! —dijo con la tierna rudeza a la que estamos obligados los reos. Allá afuera podemos abrazarnos, cargarnos, manifestar sin miramientos un cariño varonil. Aquí no. Está prohibido por el código de hombría escrito en el aire que flota entre los barrotes, en las celdas, en el comedor, las canchas.

—No hay nada que agradecer, Ganso, qué bueno que ya saben que estás acá.

—Sí, es que estaba bien jodida la cosa, carnalito —sonrió sin dejar de moverse. Lo hacía como si bailara, moviendo el cuerpo sin abandonar su sitio, en una suerte de danza elástica y estática a la vez, en la que se agachaba, giraba sobre su propio eje, movía armónicamente los hombros, quebraba la cadera, jugaba a levantar los pies, pero en realidad permanecía anclado en un mismo sitio—. Bueno, lo dejo, que le vaya bien.

Me senté a disfrutar el aire acondicionado de las oficinas. Con la mirada busqué a la subdirectora. Al no encontrarla se me ocurrió llevar mi oficio a la oficina del departamento laboral. Con una seña a través de la puerta de cristal pedí permiso para entrar. Ingresé al área de oficina y me asaltó el aroma a café fresco.

—Pase. ¿Cómo le puedo ayudar? —me dijo el pulcro y refinado licenciado Monroe.

—Estoy buscando a la subdirectora. Necesito entregarle un escrito para gestionar un cambio de celda —le dije como autómatas pues mi atención se concentraba en el aroma del café.

—No está, anda en la población, pero si quiere déjelo aquí. Yo se lo entrego cuando la vea —me aseguré.

—Me haría un gran favor, licenciado Monroe —dejé caer el oficio sobre su mesa de trabajo mientras seguía deleitándome con el exquisito aroma.

El licenciado Monroe leyó el oficio y me preguntó:

—Oiga, Medardo, ¿tiene algún problema en su celda?

—Ningún problema, estoy bien, hay respeto entre todos, pero por favor lea despacio la carta, ahí expongo los motivos.

Al terminar la lectura el licenciado agregó:

—¿Algo más que necesite, Medardo?

—Es todo, muchas gracias —contesté deseando que me convidaran café y consciente de que esa vez estaba en el rol del preso que no goza de privilegios...

En “La Malla” esperé que vinieran por mí. El calor era intenso, el pavimento ardía lleno de hormigas. ¡No me podía sentar! Observé una pequeña carretera vecinal por donde, eventualmente, circulaban vehículos. A lo lejos, a modo de telón de fondo, unas lomas se recargaban en la tarde, tendidas al sol. Yo me detuve a contemplarlas. Sobre ellas flotaban nubes blanquísimas cruzadas, de tanto en tanto, por negros cuervos de graznantes voces entregados a su libérrima libertad. Disfruté un instante de aquella soledad. ¡Cómo extrañaba meditar, caminar en la montaña, salir de safari fotográfico! En prisión todo el tiempo estaba acompañado y bajo vigilancia.

Llegado el custodio, me acompañó hasta La Extensión.

El resto del día pasó tranquilo y después de la última lista me acosté. Durante la madrugada un custodio gritó en mi celda:

—¡5217! ¡Medardo Salvatierra Roble!

—Diga —respondí amodorrado, mientras corría la sábana que colgaba a manera de cortina para tener un poco de privacidad.

—Recoja sus cosas que lo vamos a mover. Tiene autorizado un cambio de celda —ordenó

mientras varios internos se arrimaban a curiosear.

—¡Permítame, ya voy! —respondí incorporándome de un salto. Como pude guardé la ropa en las bolsas, desconecté el abanico —más no la instalación eléctrica que hacía pocos días había colocado—, desmonté el cajón para las pertenencias personales, tomando lo más que pude llevar.

—Bien, ya estoy listo, jefe —declaré.

—¿A poco, Salvatierra?, ¿usted cree que en la otra celda lo espera un colchón nuevo? —dijo sonriendo el custodio.

—Bueno, pues a ver cómo le hago, no creo poder cargar todas las cosas y el colchón.

—Yo le ayudo, Medardo —interrumpió, para mi sorpresa, El Cácaro, el ladrón de ropa y saldos.

—Órale, échale la mano de volada, nada más sacar las cosas del ambulatorio. Allá arriba sólo puedo subir con el interno del cambio —aclaró el custodio.

Nos pusimos en marcha. Al subir la escalera el guardia me interrogó curioso:

—Oiga, Medardo, ¿cómo le va con las clases de yoga?

—Muy bien, imagínese yoga en la cana —le contesté orgulloso de mi trabajo.

—Pues andan diciendo que usted se tiró un pedo en la clase, que se rio y dijo: “No se apuren, esto también es parte del yoga” —dijo el guardia a carcajadas.

—Se tiraron un pedo, y yo le dije eso, pero no me lo tiré yo —le aclaré acompañándolo con la risa.

—Bueno, pues eso andan diciendo —comentó el uniformado.

—¡Qué más da lo que digan! Lo cierto es que lo disfrutan y que liberan tanto estrés, que hasta los pedos se les salen.

—Eso sí —concluyó el guardia mientras doblábamos hacia el pasillo de las celdas privadas. Ahí sacó un puñado de llaves, abrió el candado de la celda, metió las cosas que él cuidó mientras yo iba rápido por el colchón. Mis nuevos compañeros dormían, se despabilaron un poco al escuchar que alguien llegaba. Me dieron la bienvenida. Tratando de no hacer ruido subí el colchón, me acosté y lo primero que vi en la pared fue un póster con la imagen de Jesús. En ese instante recordé las palabras de Luz “Confía, conéctate a la fuente inagotable” ¿Será que Él es la fuente inagotable? Leí la frase que enmarcaba la imagen: “No se llega al Padre sino por mí”. Aunque me consideraba una persona no religiosa, reconocí que me invadió una gran paz. Interpreté la imagen como una respuesta directa a mi corazón.

Bien dicen que en el pedir está el dar. Solicité de la mejor manera, sin quejas y logré que me cambiaran de aquella ruidosa celda a una privada en menos de 24 horas. Aunque de nuevo me tocó hasta arriba, en la tercera litera, ahora en un cuarto para tres personas, con baño y regadera privados. Era un lugar austero, como todas las instalaciones penitenciarias, sin embargo, estaba impecablemente limpio, las paredes blancas sin ningún rayón, todo en orden, excepto la cama del compañero de en medio, pero con sus cortinas lograba apartar la desarmonía del resto del lugar.

Cine, palomitas y más

Poco a poco se notaban los cambios en La Extensión. Las buenas noticias también corren rápido. Alentado por los avances inicié el programa de Cine de valores. Seleccioné películas con mensaje para intercambiar ideas y puntos de vista al final de la proyección. Después anuncié por

los pasillos: “Cine de valores en la Sala para la Paz. Iniciaremos en una hora”. Promover de esta manera dentro de un centro penitenciario era exponerme a un mar embravecido de groserías y burlas. Por fortuna esta vez me salvé. Quería pensar que había ganado el respeto de los compañeros a través de la entrega en cada clase. Los internos interesados se levantaban de su cama, y los que no, seguían durmiendo, así de simple. Contra todo pronóstico debido al horario matutino de la función se presentaron alrededor de 20 compañeros ¡había fila para entrar!

La trama los mantenía a la expectativa del desenlace. Al final de la proyección planteé una reflexión invitándolos a participar. Pocos se atrevieron a opinar, sólo se limitaron a permanecer en sus lugares escuchando lo que les compartí sobre los valores que la película mostraba. Lo bueno fue que todos se quedaron hasta el final de la sesión. Tuve la sensación de estar sembrando pequeñas semillas de luz en su corazón.

Cada vez estaba más activo dentro de la prisión. La disciplina y el servicio a los demás me mantenían vivo, entusiasta y con cierto grado de paz, pues bien dicen que las cárceles nunca han sido lugares seguros. Son bombas de tiempo.

Una mañana durante la clase de yoga, los guardias interrumpieron en forma violenta en la Sala para la Paz.

—¡Salvatierra y Muñeco, salgan de inmediato! —ordenó el jefe de la guardia sobrepasando con su voz la música relajante de la clase—. Los demás aquí se quedan no vayan a andar de mirones, cabrones.

Salimos desconcertados; apenas cruzamos la puerta del salón todo se aclaró. El Chilaquil, nuestro tercer compañero de celda y vendedor de *palomitas* estaba con ellos.

—¡Tumbense! —gritó el guardia. En un instante quedamos como Dios nos trajo al mundo, frente a los custodios, las cámaras y los compañeros curiosos del pasillo.

—¡Vístanse! ¡Vamos a su celda! ¡Síguenos! —ordenó furioso uno de los guardias—. Si encontramos droga se los va a llevar la chingada a los tres —me murmuró un guardia al oído, mientras caminábamos.

—No señor —contesté—, no consumo ni vendo y tampoco soy policía para vigilar a mis compañeros.

—Pues son las reglas de aquí —repuso ya con su tono normal—. Si vemos la droga se van castigados todos y le advierto de una vez —intentó amedrentarnos—: se le abrirá un juicio por manejo de sustancias prohibidas.

—Pues con todo respeto le comento que soy abogado, conozco mis derechos y sé que es imposible que procedan en mi contra —dije con firmeza—. Daré parte a mis abogados sobre esta situación —Yo hablaba aparentemente envalentonado, aunque por dentro sabía que mi tono de voz era un parapeto.

En dos minutos del cateo convirtieron la celda en zona de desastre. El pasillo, el baño y sobre todo la cama, el colchón, la televisión y el cajón de ropa del Chilaquil quedaron destrozados. De nuevo se salió con la suya. No le encontraron nada, no se lo pudieron llevar castigado. Todo el ambulatorio sabía que vendía droga, pero era muy hábil para esconderla.

Era un jovenzuelo cuya carrera delictiva inició antes de su mayoría de edad. Había estado preso en la Ciudad de México, ahora venía huyendo de Veracruz, hasta que lo aprehendieron por estos lares. Era delgado, alto, moreno, ojos grandes expresivos y negros, usaba el cabello crecido en la coronilla y a rapa en los lados. En la nuca resaltaba un tatuaje del escudo nacional mexicano. Era la viva expresión de la sombra del dios Huitzilopochtli.

—¡Me la pelan todos, pinches mugrosos! —gritó El Chilaquil orgulloso por su hazaña. — ¡A ti

te vale madre llevarte encuentro a los demás! —arremetí molesto contra él.

—Miren, yo la fumo y la vendo. Tírenme a *lión* —contestó.

—Ah, pues muy bien, cabrón. Por lo pronto ¡vas y chingas a toda tu puta madre, culero! ¡Si te llego a ver te voy a reportar!, ¡no me voy a esconder!, ¡en tu cara te lo digo, puñetas! —le advertí.

Para poder llevar a alguien castigado por drogas, los custodios tenían que mostrar la evidencia física, lo que los reos llaman agarrarte “torcido-torcido”. Los guardias ya habían identificado a este sujeto y lo iban a agarrar lo antes posible. Las *palomitas* que vendía eran pequeños envoltorios con marihuana que, en situaciones de peligro se tragaba y cuando se iba la policía se provoca el vómito para recuperarla. Otras, la aventaba por el caño, disfrazada entre las heces.

Desde ese día la situación empeoró. De manera intermitente durante la madrugada la seguridad interrumpía en nuestra celda, nos tumbaba y desbarataba todo. El Chilaquil seguía fumando, mientras mi otro compañero y yo dormíamos. Lanzaba el humo por una pequeña ventana cubierta de rejas. Esta situación me robaba el sueño —no cabía duda: cada celda tenía sus inconvenientes. Diario discutíamos con el compañero *pacheco* por las desveladas que nos generaban las constantes revisiones. Aun así, yo persistía con mi cúmulo de actividades que iniciaban desde el amanecer. Estaba seguro de que eso también pasaría.

Un día lo agarraron torcido-torcido con una *palomita* que no alcanzó a esconder. Se fue El Chilaquil y con él los cateos sorprendidos. Desde entonces ya no hubo desechos del baño esparcidos por doquier, ni vomitadas. El orden regresó a la celda. Las noches fueron de mejor dormir, sentía la calma que reinaba en los pasillos; los televisores de los compañeros vecinos me arrullaban y después del último pase de la lista, hacía mis oraciones, agradecía el día vivido y caía dormido.

Vivir dentro de un centro penitenciario era como estar sobre una montaña rusa. Era un constante oscilar de un estado emocional a otro en un instante. Uno de los cambios más señalados era cuando se diferían las audiencias, se prolongaban los tiempos de espera o las pruebas tardaban en llegar. En esos casos sentía que todo se venía abajo, perdía la fe, me costaba creer que me iban a sacar de ahí. Entre tanta burocracia lo veía cada vez más difícil. Las cosas iban lentas. Algunas veces no lograba controlarme, me llenaba de coraje y me daban ganas de golpear.

Un día que estampé mi puño contra la columna metálica de los teléfonos, el golpe retumbó tanto que El Mochis corrió a preguntarme:

—¿Qué te pasa, Medardo? —me dijo con auténtica preocupación.

—¡Me acaban de avisar que se difirió la audiencia del amparo! —contesté mientras me cubría el rostro con las manos—. ¡Es la tercera vez, Mochis! ¡Me voy a quedar aquí más tiempo! —desde mi impotencia oía mi propia voz entrecortada—. Para ellos no era más que un pinche papel, mientras que para mí ¡era un paso hacia la libertad!

—¡Chingao!, pero pues ni modo, así son las cosas —me tomó del hombro para guiarme a las bancas—. Deja te traigo un refresco —me dijo seco casi como una orden.

Mientras esperaba el refresco llegó otro compañero:

—Profe, ¿ya le dijeron que para el segundo curso de Desarrollo humano vamos a ser casi el doble?

La sorpresa me desconcertó. Sentí el golpe en pleno rostro, pero en vez de sangre me sacó una sonrisa.

—¿Qué? —grité.

—Pos yo ái se lo dejo—repuso el chaparrito y siguió camino.

Cuando regresó El Mochis con el refresco y me encontró tan sonriente, me vio con evidente extrañeza y se concretó a decir:

—Pos a ti quién te entiende, pelao

Esa noche volvió la pesadilla: me vi acorralado en mi bunker por cientos de insectos: alacranes, tarántulas y cucarachas caminaban por el techo, las cortinas, la ropa, el colchón ¡estaban por todos lados! Tenía la certeza de que no me habían picado. Extendí mi mano despacio, tratando de abrir la cortina, cuidando que no me cayeran encima. Encendí la lámpara y los insectos desaparecieron.

Desperté angustiado, sudando, el corazón al galope. Coloqué las manos sobre el pecho, respiré, recé y me volví a quedar dormido. Cada vez que se difería una audiencia regresaban los alacranes. Me despertaba con la sensación de estar viviendo en dos prisiones, una dentro de mi bunker y otra en el ambulatorio de las áreas comunes. ¡No entendía qué sucedía y creía que tal vez nunca lo entendería!

A pesar de la adversidad y la zozobra legal, me impuse la tarea de seguir adelante. Sentía cómo mi rostro se endurecía, cómo se inflamaba mi torso como armadura. Caminaba cabizbajo, con lentitud, pesadamente. Al ejercitar me arrastraba la pierna derecha, cada día me costaba más moverla. Se me dificultaban algunas posturas de yoga, me dolía la espalda; no lograba identificar si me dolía el alma o padecía una lesión física. ¿Sería que tantas emociones mellaban mi cuerpo?, ¿serían los riñones los que me cobraban factura? Cuando meditaba las lágrimas corrían por mis mejillas sin control. Sentía que cada vez más se alejaba el mundo exterior y no hacía nada por evitarlo. Vivía ensimismado en profundo dialogo interno y ciego. Una noche antes de dormir medité y escuché una voz dentro de mí que susurraba:

Ríndete, guerrero.

“Si dices que soy un guerrero, tendré que pelear”.

Ríndete, confía en el universo y entonces serás un verdadero guerrero.

“Vete de aquí, voz necia, por quién me tomas. Un guerrero jamás se rinde”.

Ríndete, Medardo. Confía en el universo. Eres un guerrero. —La voz se tornó suave, sentí que me envolvía con un amor constante y sublime. ¡No pude resistir más! Esa noche me acurruqué en posición fetal, sentí que me partía en mil pedazos, rompí en llanto, en completo abandono, hasta de mí mismo.

Al día siguiente la armadura que traía cargando se esfumó. La magia se hizo presente y como un nuevo hombre disfruté en plenitud la clase, la dirigí con maestría, con humildad, como si fuese un yogui de toda la vida. Fluí en armonía con el universo, la creatividad empezó a dar frutos infinitos, me sorprendí escuchándome abordar los temas de Desarrollo humano y de valores. No paraba de hablar, enseñando a mis compañeros lo que yo mismo aprendía. Ese día comulgué con ellos en esa hambre de conocimiento.

Semana de la Paz

El curso de Desarrollo humano continuaba, el Cine de valores era un rotundo éxito, a los internos les gustaba mi trabajo. Ser maestro de yoga y estar al frente de la Sala para la Paz me mantenía ocupado, me hacía sentir útil. Las conversaciones telefónicas con Luz se prolongaban, me

surgían dudas en el manejo de los grupos y necesitaba ideas de actividades para complementar cada sesión. Habiéndome convertido en su maestro, lo que me daba cierto nivel de autoridad moral, me permitía conversar con mayor confianza con mis compañeros, incluso llegar a la confidencia. Gracias a ésta observé que la mayor parte de los internos vivieron situaciones adversas en la infancia, esto les generaba enojo y rencor. Necesitaba llegar hasta ese niño interior herido, y conducirlo hacia el camino del perdón, para que pudiera surgir la transformación en ellos.

Cierto día me llamó la licenciada Amparo para darme una encomienda para la que yo no estaba preparado. Lo primero que pensé fue hablar con Luz. Los aparatos fallaban por las recientes tormentas eléctricas que los afectaban. La fila era larga, la espera se prolongaba; mis compañeros percibían que estaba inquieto pero ese día ninguno me cedió el lugar. Al fin llegó mi turno:

—¿Qué hay de nuevo, Medardo?, ¿para qué soy buena?

—Luz ¡estamos metidos en un lío!

—Pero ¿qué pasa?, Medardo. Algo podremos hacer.

—Acepté dirigir...

—¿Qué pasa?, ¿todo bien?, ¿qué fue lo que hicimos? —cuestionaba parapetada en la suspicacia que tan bien le conozco.

—¡Todo lo hice yo, contando contigo, sin consultarte! —le dije de golpe — ¡Acepté dirigir un magno evento! ¡Tenemos siete días para organizar la Semana de la Paz! ¡Es todo un reto! ¡Necesito de tu creatividad!

—¡Qué buena noticia, Medardo! — Lo dijo sin una pizca de preocupación ante el trabajo que se nos venía encima — Ya me estabas asustando. Me agrada escucharte contento y motivado.

—¡Sí!, es muy buena noticia, sólo que es muy poco el tiempo para organizar todo — le espeté queriéndole contagiar mi premura.

—No te preocupes, en un ratito lo armamos. Llama mañana de nuevo, porque estoy saliendo para carretera con mi marido. Ahorita se nos ocurre algo mientras manejamos. ¡En el camino lo arreglamos! — me aseguró como si fuese pan comido.

—¡Gracias, buen viaje! —dije aliviado.

Al día siguiente Luz me dictó cuanta actividad les pareció adecuada. Las entrelacé con otras de mi cosecha y el programa quedó listo. Pedí el material necesario a través de la licenciada Reyna Castillo, ella a su vez lo solicitó a la licenciada Amparo. A la par formé un equipo con don Germán, El Mochis y El Quico, para coordinar la logística.

Siete días después iniciamos la Semana de la Paz, en un clima fresco y lluvioso. El salón estaba a su máxima capacidad. ¡Algo sorprendente estaba sucediendo en esa prisión! Se establecía un nuevo orden y camaradería entre los compañeros. Todos dejaban de lado el papel que representaban en la vida y se conectaban con la energía de la paz que los habitaba en el fondo de su ser. Todo fluía en armonía, en completa entrega. El Mochis y yo liderábamos las dinámicas. ¡Ese muchacho cada día me sorprendía más! Era inteligente y comprendía bien las instrucciones que le daba. El Quico se encargaba de acomodar el salón, organizaba los grupos, repartía los materiales y después de la comida, prestaba los juegos de mesa; don Germán supervisaba el torneo de dominó. ¡El equipo de trabajo era un éxito! ¡Nos coordinábamos a la perfección! Don Marco estaba contento por la respuesta de la gente y creo que confiaba tanto en mí que sólo daba la vuelta al salón de vez en cuando para supervisar que todo estuviera en calma y hacer sus reportes a la licenciada Reyna Castillo.

Cada mañana iniciábamos puntuales. Los participantes nos esperaban como niños en piñata:

inquietos, queriendo saber de qué se trataban las actividades del día. El salón vibraba diferente, lo corroboré cuando llegaron las autoridades a revisar el evento. Al entrar sucedió algo casi imperceptible para los demás: sus hombros se relajaron, sus mentones se alinearon, la paz los envolvía, no necesitaban estar a la defensiva, una chispa de esperanza se reflejaba en sus ojos.

El último día de actividades pedí un permiso especial para trabajar en una de las palapas del patio. Don Marco consiguió una bocina para amenizar y atraer a más gente a las últimas dinámicas. Ese día nos acompañó la licenciada Reyna Castillo con una abierta disposición para participar. Mi sonrisa delataba la satisfacción por esa semana de trabajo. Llegada la hora la licenciada dio la señal de acallar la música para iniciar. Logramos atraer alrededor de cuarenta personas. Mi voz resonaba en toda el área desde donde cuarenta compañeros me escuchaban expectantes.

—Buenos días, sean todos bienvenidos a nuestro último día de la Semana para la Paz. La actividad de esta mañana se titula: “Díselo al viento, renuévate con fuego”. Hoy sanaremos a través de los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. ¿Cuántas palabras nos han quitado la paz? La palabra es Viento. A través de la voz liberamos las heridas que han quedado grabadas en nuestra alma. La dinámica consiste en escribir todo aquello que te ha robado la paz, y mientras lo escriben pronúncielo en voz baja; pongan una mano cerca de la boca, corroboren cómo a través del viento sacan las heridas. Cuando terminen encenderemos una fogata para que observen cómo el fuego consume el pasado. El fuego es sagrado, quema todo aquello que toca, consume lo que uno desea desechar.

El Quico repartió hojas y lápices a los compañeros mientras yo terminaba de dar las instrucciones de la dinámica. El silencio se adueñó del espacio. Observaba a los participantes mover sus labios, susurrar mientras escribían, no paraban de anotar; otros meditaban con la vista puesta en el infinito. Entretanto Quico preparaba una pequeña fogata. Con anticipación recolectó algo de papel y madera sobrante de los talleres de carpintería. Como encender fuego está prohibido dentro de una prisión, giré un oficio a la máxima autoridad y me fue otorgado a condición de que el cuerpo de seguridad estuviera presente. “Sólo por esta ocasión pues es para una buena causa”, manifestó el comandante Aníbal.

La lumbre crecía ante la mirada atónita del grupo. Los participantes se acercaban, ofrendaban su escrito, dejaban ir las palabras que los marcaban de forma negativa. Una voz emergió desde lo profundo de mi ser: “¿Cuántas historias?! ¿Cuánto dolor?! ¿Cuánta injusticia?! Abuelo Fuego, sagrado elemento que consumes todo creando un vacío dentro del corazón humano, abriendo espacio para que la sabiduría de la renovación entre en él”.

Permanecíamos relajados alrededor del fuego, absortos, en franca contemplación, en nuestros ojos se reflejaba la luz. Agradecí ese instante mágico.

Para cerrar la Semana de la Paz pedí apoyo a don Raúl, una persona muy popular en ese lugar a quien todos saludaban o gastaban bromas. Era un hombre de alrededor de setenta años, delgado, de piel bronceada, con cabello despeinado, amplias entradas y abundante barba cana. Vestía camisas a cuadros y jeans gastados; calzaba huaraches indígenas roídos por el uso. Era el encargado de cuidar las pocas plantas del penal. Yo lo llamaba “El agricultor”. Cuando planeé el programa de actividades de la Semana de la Paz, pensé en él para cerrar con: “El jardín de la paz”. Una vez recogidas las cenizas de la actividad anterior, invité a los compañeros a pasar a nuestra siguiente dinámica. La tarea consistió en sembrar semillas en macetas de cartón biodegradables. Cada compañero escribió en su maceta la intención que quería que germinará en su corazón. Sería un llamado de la tierra al cielo.

Les expliqué el poder de la intención, la importancia de visualizar y sentir lo que se añoraba como algo que ya estaba sucediendo.

Si quieres verte rodeado de abundancia, conéctate con ese pensamiento y trata de sentirte abundante, quédate en esa sensación el mayor tiempo posible. ¡Esto, compañeros, es rezar! Así lo hacen los indios americanos en Arizona.

A continuación, les narré un experimento científico que vi en un documental años atrás. Luego los invité a escribir en sus macetas biodegradables la intención que eligieron, después pedí que se concentraran en la sensación que les generaba como si ya estuviera sucediendo. Uno a uno fue titulando sus macetas con mensajes de paz, libertad, abundancia, salud, amor. Una vez concluido el momento de oración, dejé en manos de don Raúl la parte técnica de la actividad. Les explicó cómo sembrar y cuidar la semilla; cómo llenar la maceta, dónde y cómo colocar las pepitas, cuánta agua verter y la frecuencia del riego. El grupo estaba absorto en la explicación, sin perder detalle de los conocimientos que ese simpático señor les compartía. Yo advertía en su mirada que deseaban hacerlo de la mejor manera para que sus intenciones crecieran.

Al finalizar la explicación técnica llegó el momento cumbre de la actividad. Les pedí que acomodaran sus macetas en el suelo formando un círculo, y que se colocaran detrás de ella.

—Gracias por estar aquí, por ser parte de este ejercicio. En este momento vamos a unificar nuestras intenciones, enviaremos nuestra energía, desde la madre tierra al cielo a través del rezo. Tomémonos de las manos, cerremos los ojos e imaginemos estas plantas germinadas elevándose al Cosmos. Nuestras intenciones florecen, dan frutos. El poder invisible de nuestra oración sube al cielo. ¡Él es Dios! ¡Ometeotl!

En silencio permanecemos unos minutos enviando nuestra energía a las macetas, mientras los guardias no se perdían ningún detalle y la licenciada Reyna Castillo documentaba todo con su videocámara. Fue una enriquecedora enseñanza para todos, logramos el objetivo: crear un espacio para la expresión y sanación del alma. Esta vez no había cabida para el grado académico, ni la posición económica, tampoco para la condición de preso. Habíamos logrado comprender lo sagrado de los cuatro elementos y cómo evolucionábamos a través de ellos.

Una semana después, en medio de un torrencial aguacero, tuvo lugar la ceremonia de clausura y entrega de reconocimientos a los participantes. Ese día la licenciada Reyna Castillo se esmeró en su arreglo personal. A la hora exacta descendió el helicóptero del Secretario de Seguridad y su distinguida esposa. Fueron recibidos por el alcaide y el inexpresivo comandante Aníbal. La subdirectora Isabel Santos tomó la palabra, dio la bienvenida a las autoridades, a los internos, a todos los presentes, y me cedió la palabra. Me detuve frente al micrófono ¡Caray cuánta gente! Cierta inseguridad atravesó mi cuerpo, me sentía temblar. Tomé aire y empecé.

—Muchas gracias a las autoridades aquí presentes por apoyar este proyecto, a la licenciada Amparo de la Fundación Promoción de Paz, por crear este programa titulado La Semana de la Paz, gracias también por proveernos todos los materiales necesarios y alimentos para el convivio final de este evento. Asimismo, agradezco la supervisión continua de los responsables del área de cultura y deporte, la licenciada Reyna Castillo y don Marco, y el equipo de trabajo: don Germán, Quico y El Mochis. De manera muy especial le doy las gracias al cuerpo de seguridad de este centro penitenciario, quien siempre llevó a cabo atinadas estrategias para mantenernos fuera del peligro, facilitando de esta manera que los internos pudiéramos enfocarnos en actividades para ser mejores seres humanos. Mi mayor agradecimiento es para los compañeros que han participado en las actividades de esta fructífera semana, por tener la valentía de jugar como niños, reflexionar, meditar, dibujar, para finalizar quemando todo aquello que les quitaba la paz y

sembrar su sueño de ser mejores personas en una maceta y elevar las intenciones al cielo. Se necesita valor para reconocernos necesitados; se ocupa valentía para pedir ayuda en pro de ser hombres de bien para la sociedad; hay que tener amor a uno mismo para decir que estamos cansados de llevar un camino equivocado y doloroso. Gracias a cada uno de ustedes por acompañarme a abrir este camino de sabiduría que nos enseña que la verdadera libertad significa estar en paz y ésta reside en el corazón de cada ser humano. Les pido por favor a todos los presentes que nos demos un fuerte aplauso.

Para mi sorpresa todos se pusieron de pie, incluso las autoridades aplaudieron. Fue un instante muy emotivo para todos; sentía burbujear mi alma, mi piel se erizaba más con cada aplauso, a cada grito, con cada gesto. Las sonrisas se dibujaban en todos los rostros dentro del salón. Hasta el cara de póker del comandante Aníbal, al que esta vez de poco le sirvieron sus gafas oscuras. Ese día se le vio sonreír como nunca antes.

Para cerrar mi intervención ofrecí números y estadísticas registradas durante la Semana de la Paz que, para sorpresa de todos, resultó ser el evento con mayor participación de internos en la historia de La Extensión.

La asamblea continuó a cargo del alcaide quien nos recordó:

—Tanto los delitos como los procesos judiciales se quedan en la calle, a la cárcel entra sólo el ser humano —declaró en tono firme y convincente. El público lo vitoreó.

*

Durante los días de la Semana de la Paz, varios compañeros se me acercaban expresamente a saludarme con marcado afecto. Cuando coincidíamos en la palapa o en el restaurante, algunos de ellos me comentaban brevemente cuál actividad les estaba gustando más, o me invitaban a repetirla un domingo para que sus familiares vieran que sí era posible la conciliación y el entendimiento. Yo percibía el ambiente un poco más grato, o tal vez menos tenso entre los compañeros y de ellos hacia mí. Este trato, y sobre todo, lo que estaba viendo como resultado de los talleres, más que halagarme me obligaba a planificar mejor las siguientes actividades. Además, las experiencias obtenidas en los diversos talleres, podía perfeccionarlas para aplicarlas en los cursos de Desarrollo humano, las sesiones del Cine de valores, los temas de reflexión en las clases de yoga, o lo que se fuera presentando.

El prietito del arroz, el que nunca falta, fue el Lemon Pepper. Como era el encargado de las actividades deportivas, junto con don Marco, resintió que los compañeros dejaran de practicar en los campos y las canchas por acudir a las actividades del programa.

Un día, como a mediación de semana, a la hora de comida, hacía fila para comprar en la tienda. Inmediatamente atrás venían los inseparables don Marco y el Lemon Pepper.

—Una Coca Cola light de las más frías, por favor —pedí al tendero. De inmediato se escuchó en toda la fila:

—¡Ay sí!, ¡ay sí!, yo voy a pedir una coca de la paz y unas papitas de la paz —dijo el Lemon Pepper acentuando su natural tono sarcástico—. Y tú, don Marco, ¿qué vas a pedir? ¿Una Pepsi de la paz con unas galletas de la paz?

—¡Ya vas a empezar, pinche Lemon! Si ya mero acaba el evento —intervino don Marco—. Deja a Medardo, está haciendo un trabajo impecable con todo el programa.

Yo me volví exhibiendo una amplia sonrisa, para ver directamente a los ojos de Lemon Pepper:

—Precisamente esto es parte de la Semana de la Paz, Lemon, que todos sepan y aunque sea de

la forma que sea, pero que lo mencionen. Eso quiere decir que saben que estamos trabajando. Me da gusto porque estamos dejando huella.

—¡Ándele wey! —Se mofó abiertamente don Marco—. Con el senséi te topas jajaja.

—¡Qué onda! ¿Los veo en el comedor?

—Claro, en el comedor de la paz —continuó el Lemon Pepper con el juego mientras yo me retiraba con mi paz interior intacta.

Memorias de Luz

Todo va viento en popa con los preparativos para los cursos de la Sala para la Paz, Medardo y yo hablamos cada mañana por cerca de 45 minutos preparando temas, un día antes de la clase, además vemos algunas dudas sobre el manejo de los grupos y las dinámicas. Ya le he mandado con sus padres las fotocopias del material, clase por clase, con objetivos, metodología y todo el material de los libros de apoyo. Le he hablado mucho de Juan Lafarga Corona S. J. y de cómo trajo el Desarrollo humano a México; le he platicado experiencias personales con Juan desde mis 18 años cuando lo conocí, y cómo a través del tiempo seguimos coincidiendo; la publicación de sus libros, su pensamiento, cada curso y conferencia que tomé con él. Todo ha sumado a esta noble aventura llamada Salas para la Paz.

Justino me preguntaba con gran curiosidad “¿Pues qué tanto hablas con Medardo?, a mí se me acaban los temas”. Sin embargo, a nosotros nos falta tiempo cuando se trata de crear formas de ayudar a los demás. Había tanto que yo podía compartirle y él a su vez a los internos que acudían a las Salas para la Paz. Nunca pensé que yo pudiera estar al teléfono 45 min diarios, considerando que para mí era muy molesto hablar por ese medio. Me apresuraba cortando una llamada diciendo: “Hablamos luego, porque ya se me calentó la oreja”.

Quizá los audífonos y las manos libres nos hayan ayudado a que yo pudiera estar en más de dos cosas a la vez cuando planeábamos las clases. Mi vida estaba repleta entre llevar el hogar, el consultorio y planear los cursos de la “Pequeña Lulú y Tobí”, más los cursos de Salas para la Paz. Éstas actividades me reducían el tiempo disponible para otras actividades.

Benditas Salas para la Paz que protegían a Medardo manteniéndolo ocupado haciendo el bien sin mirar a quién, en lo que su proceso penal se resolvía con la ayuda de sus abogados. Solo Dios sabía las veces que trataba de encontrarle sentido a ese calvario, preguntándole al universo lo que aún no alcanzaba a entender: ¿Por qué al corazón más puro de los que conformamos el grupo de psico-espiritualidad le vino a suceder eso? ¿Qué esperas de nosotros, Padre Santo? ¿Siempre eliges al mejor? ¿Cuál es tu plan?

Teníamos más de dos años de haber conformado un grupo de psico-espiritualidad, además de todas las actividades en las que participábamos: ascenso de montaña en petite comité, el taller de Rumbo a mi Espacio Sagrado que manejaba Medardo los sábados o domingos, los cursos que dábamos en las montañas para que la gente se conectara con los elementos: tierra, agua, aire y fuego, donde Medardo era tierra y veía todo lo material, JL veía lo referente al espíritu a través de las meditaciones, y yo manejaba un tema para ver lo referente al viento: la palabra, y el agua que son las emociones. Eran grandes avances lo que estábamos haciendo. El curso de psico-espiritualidad que nos reunía cada mes a seis individuos que compartíamos temas de interés, también procurábamos ir a los temazcales a la huasteca, además de haber pedido a Mahesh que

nos diera clase de yoga y de sánscrito en mi consultorio y un sinfín de eventos de aprendizaje en los que estábamos inmiscuidos. Y de pronto todo se suspendió, todo cambió y empezamos a trabajar en el penal.

Extraído de The Pathwork of Self -Transformation de Eva Pierrakos.

El campo rezado

Comenzaba un nuevo día, los guardias pasaban lista, verificaban que estuviéramos todos, abrían los candados del pasillo, del campo de fútbol, de la huerta de don Raúl. Los compañeros que trabajaban en los distintos talleres caminaban directo a las regaderas, los que acostumbrábamos trotar nos dirigíamos al patio; otros practicaban lagartijas en la palapa. Contemplé el cielo, vislumbré al Oriente un rojo esplendor que se difuminaba hasta fundirse con el manto celeste. De pie ahí, bajo el milagro cotidiano del amanecer, traté de rezar, pero una tristeza profunda me tapó la boca, me pesaban las piernas, mi espalda se curvaba. ¡Me sentía realmente cansado de estar ahí! Rehuía a mis compañeros, no deseaba hablar con nadie. Ese día sólo se desgranaban reclamos para Dios: de nuevo se había diferido mi audiencia.

Inicié el trote arrastrando mi mal ánimo.

—¡Qué te pasa, Medardo? —gritó El Mochis mientras corría alrededor del campo de fútbol—. Tan temprano y con esa cara, ¡hasta te pareces al Lemón Pepper!

—¡No mames, güey!, me voy a quedar más rato aquí, el proceso se atoró de nuevo, ¡ya ni la chingan esos hijos de su pinche madre! —grité casi bufando con la respiración agitada por el trote.

—¡Así es esto, hay que aguantar, no nos queda de otra! —aconsejó desde su resignación.

Continué a paso lento, la furia consumía mi energía. Qué irónico, estar en ese campo en el que tantas veces recé y ese día yo arremetía contra el Gran Espíritu: ¿por qué no me dejas ir de este lugar? ¡Lloré de impotencia hasta que el viento secó mi rostro! Ese era el momento de dejar ir mi sueño de libertad, de rendirme.

Con la derrota a cuestas pulsé el botón del piloto automático, y como un robot programado, me dispuse a cumplir con el compromiso de la Sala para la Paz. Impartí la clase de yoga, después dispuse las mesas y sillas en forma de “U” para dar inicio a la proyección de las conferencias del encuentro mundial de valores que la fundación nos hizo llegar como parte del programa de Desarrollo humano. Al terminar había que inducir a un foro de debate sobre el tema expuesto.

Aún no sé cómo sobreviví todo el día en esa doble prisión: la de mi mente y la de La Ciénaga.

Al llegar la noche me acosté temprano. Desde mi cama escuchaba los murmullos que llenaban los pasillos, la charla de la gente mientras compartían un mini televisor. No supe en qué momento me quedé dormido hasta que un guardia joven se detuvo frente a mí celda.

—¡Salvatierra Robles, Medardo, 5217! —gritó mientras iluminaba con su linterna hacia el interior.

—¡Compadre!, ¡compadre!, ¡compadre!, me gritó El Muñeco mientras yo abría la cortina del búnker y bajaba la escalera.

—Dígame, señor guardia —contesté aún semidormido parándome al frente de los barrotes.

—¡Cámbiese de volada! ¡Póngase pantalón! ¡Tiene visita de los tribunales! —ordenó.

—¡Ánimo, compadre, que sean buenas noticias! Es muy raro que notifiquen a medianoche —dijo optimista mi compañero de celda, tratando de acomodarse un “gallo” en la mollera.

Caminé junto al guardia por los pasillos, patios, alambradas, hasta llegar a la esclusa donde me colocaron las esposas. Avanzamos hacia el otro portón mientras el guardia entablaba una amena conversación conmigo. Continuamos avanzando hacia el edificio donde esperaban los funcionarios. A esa hora el clima cambiaba, octubre se acercaba, los insoportables zancudos se iban. Percibir la calma que impera en el lugar me llevó a borrar todo el malestar que me ocupó durante el día por la postergación de la audiencia. Poco a poco una gran paz me fue invadiendo. El viento producía una suave melodía al mecer la hierba en los patios, una parte de mí parecía flotar, mis sentidos se agudizaban. Escuché el canto del grillo, el viento rozar mi piel; sentí cómo me cubría el cielo lleno de estrellas. La charla del guardia se convirtió en un lejano murmullo que me proporcionó la confianza de caminar a su lado sin riesgo de ser agredido como tantas veces había ocurrido. Con frecuencia la proximidad de los guardias era sinónimo de violencia. Ahora éste que caminaba a mi lado dándome charla, me transmitía cierta certeza, mientras una tenue voz susurraba en mi interior: *Nada te va a pasar. Disfruta, inhala la esencia de la naturaleza*. Eso hice. Me abrí a la noche para que me hermanara con el viento, con el murmullo de los árboles, con las estrellas, con la vida misma.

Llegamos al edificio donde aguardaba la persona de los tribunales. Tras registrarme pasamos a la sala donde me presentaron ante una mujer joven, morena, cabello negro largo y suelto, con anteojos. Portaba un gafete que la acreditaba como actuaria del “Juzgado H en materia penal”. Su vestimenta era impecable.

—Buenas noches, tome asiento, señor Medardo Salvatierra —dijo en un tono suave. Ella ya me conocía pues me había notificado en otras ocasiones.

—Buenas noches, licenciada, ¿a qué se debe que notifiquen a esta hora? —pregunté extrañado.

—Cuestión de logística del juzgado. Iba a venir hasta la mañana, pero salió una notificación urgente para otro interno, así que aproveché para traer la suya —En su tono sobrevolaba un matiz de calidez.

—Dígame, licenciada, soy todo oídos —correspondí a su tono con una sonrisa.

—En esta hoja está todo el contenido, pero lo resumo: “Las pruebas solicitadas por el acusado Medardo Salvatierra Robles se están localizando, las instituciones bancarias y la Secretaría de Hacienda a las que se le pide dichas pruebas documentales, reportan no encontrar rastro alguno de ellas, por lo que solicitan una Extensión de tiempo de 30 días hábiles más para su búsqueda”.

Al terminar la lectura me extendió la hoja de notificación.

—Gracias por notificarme, aunque no son noticias favorables para mí —me puse de pie, sonreí, tomé el documento, lo guardé en la bolsa trasera del pantalón y me despedí.

¡Más demoras porque no encuentran ni una sola prueba que me inculpe de los hechos de que me acusan! ¡Ya no más golpes a muros ni corajes tragados que terminan por dañar mis riñones, no más contracturas musculares, no cargaría más con su error! Decidí tomarlo con calma. Salí por el pasillo climatizado y me anuncié con el guardia:

—Estoy listo, señor guardia. Regresemos —esta vez tomé la delantera de la conversación— ¿Siente la calma de la noche, jefe? —le dije calmoso.

—Pues está tranquilo —contestó el joven guardia con vocación de parlanchín.

—¿Le puedo pedir un favor? —pregunté de golpe.

—¿De qué se trata? Ya ve que aquí no se puede hacer mucho —respondió de buen talante.

—Es algo muy sencillo. Sólo le pido que caminemos despacio. No he tenido un momento de calma en meses. Quiero estar el mayor tiempo posible disfrutando de la tranquilidad de la noche; así sea un minuto más, vale mucho para mí —imploré.

—Está bien, iremos lento —dijo acortando el paso. Me sobrecogió su comprensiva respuesta.

Al llegar a la caseta de la entrada a La Extensión, ordenó que tomara asiento. Me retiró las esposas y se sumó a sus compañeros quienes tomaban un descanso. Este gesto me alegró y me permitió disfrutar mi estancia bajo el manto de las estrellas. Volví a sentir la noche, ahora con más intensidad al saber que Hacienda no encontraba documentos inculpatorios. Eso me generaban una emoción ambivalente. Por un lado, confirmar mi inocencia. Por otro, enfurecerme por la injusticia que me victimaba. Abrí los brazos y me entregué al universo. Me sentí volar en la luz espectral de la noche, a merced de las primeras lenguas del viento otoñal. Me sentí en paz conmigo y agradecido con los guardias que en la caseta comían cacahuates con refresco.

En la madrugada al llegar a la celda, mi compañero esperaba intrigado. Le hablé unos segundos de la mala noticia de la notificación y pasé a narrarle el silencio excelso de la noche que acababa de disfrutar. Se conectó con la sensación de quietud en el corazón y pasó a dormir.

La Sala para la Paz: un lugar para todos

A seis meses de la inauguración, el aula equipada por la Fundación que presidía la licenciada Amparo, también era utilizada por los distintos departamentos de la prisión para impartir otros talleres. El departamento de Psicología y el de Criminología capacitaban a internos de la población general para que impartieran cursos con duración de tres meses.

Charly venía cada martes a darnos la clase de autoestima. Andaba por los 45 años cuando lo conocí. Un auténtico “look canero formal”: blanco, de anteojos, camisa de botones desfajada, pantalón de vestir, tenis. Sus movimientos eran elásticos, el cabello suave, la voz llena de matices, aunque tendía a ser dura. En sus cursos intercalaba pasajes de su vida en el barrio, como ejemplo de lo que se conseguía si uno “le echaba ganas”. “Ya estuviera muerto por los excesos que me cargaba, bebía cerveza día y noche e inhalaba cocaína sin hartazgo. La locura me quitó la libertad, el trabajo, a mi familia. Aquí preso le estoy echando ganas, estoy sobrio, desintoxicado y doy gracias por ello”.

Para la clausura, entrega de reconocimientos y el posterior convivio, los encargados del área de Criminología nos sugirieron pedir a nuestros familiares la comida que más se nos antojara. Tres de los doce alumnos nos apuntamos. Era una excelente oportunidad para saciar el anhelado antojo de comida casera. En La Ciénaga no se permitía ingresar alimentos, ya que lo que se consumía, incluso en los días de visita, se compraba obligatoriamente en las tiendas del penal o en los restaurantes. Eso generaba jugosas utilidades. Todo costaba el doble o triple de su precio regular en la ciudad.

—Papá, ¡para el día de la graduación nos dieron permiso de comer de lo que cocinen en nuestras casas! Si tienen oportunidad tráiganos unas carnitas, chicharrón prensado, tripitas doradas, tortillas de maíz de verdad; por favor y también dile a mamá que le voy a agradecer su pastel árabe de nueces con dátiles —dije entusiasmado.

—Con mucho gusto, mijo, dime cuánta comida necesitas —mi padre se contagió de mi entusiasmo.

—Somos como veinticinco, incluyendo al personal administrativo, pero los familiares no están autorizados a entrar al evento, sólo pueden venir a dejar los alimentos en la entrada.

—No importa, mijo, con tal de que comas lo que se te antoja, y lo compartas con tus compañeros, nosotros llevamos eso, ¡cuenta con ello! —Definitivamente a mi padre le hubiese encantado participar en el convite, pero sabía que estaba prohibido y eso le dolía. Escuché su voz apasionada y alegre como siempre, pero en el fondo fue inocultable la tristeza por no verme.

Este contratiempo no hizo mella. Mi familia se organizó y todos colaboraron. Mi madre preparó el banquete, Miguel y papá se encargaron de transportarlo hasta La Ciénaga. Miguel aprovechó la diligencia y el derecho que le confería ser mi abogado para solicitar mi presencia.

—¿Cómo estás? —preguntó Miguel con el gusto culposo de hablar conmigo, aunque fuese con una rejilla de por medio. Los dos sabíamos que nos excedía todo cuanto se hablara de mi cautiverio, sólo haría más profundo mi dolor, el de mis padres y el de la familia. Preferimos ceñirnos a una charla periférica.

—Bien, gracias por preguntar. ¿Cómo les fue en todo el trayecto? ¿Tuvieron algún inconveniente con la comida?

—Ninguno. Papá la está entregando en este momento, ¡Es bastante! Trajimos para cuarenta personas, seguro te va a sobrar y comerás de eso toda la semana —con sus enormes manos indicó la dimensión del paquete.

—Muchas gracias. No debieron excederse, no era necesario —agradecí. Sabía que la abundancia de sus aportaciones era una manera de mitigar el sufrimiento y la impotencia.

—Queremos hacer menos dolorosa tu estancia aquí y aprovechamos la oportunidad para que comas cosas que te gustan —me reiteró Miguel con la mirada en la punta de sus zapatos.

—¡Muchas gracias, Miguel! Valoro de corazón lo que hacen por mí: venir hasta acá, dejar sus actividades toda esta mañana, más el tiempo que invirtieron en comprar y preparar tanta comida. Gracias. ¡Son la mejor familia! —Sentí que las lágrimas subían a mis ojos, temí echar a perder ese encuentro con mi hermano. Me emocionaba por la prestancia con que atendían mis cosas, como lo habían hecho desde que éramos niños. No siempre fue así con Miguel, que por ser uno de mayores, cuidaba de mí a regañadientes, ordenado por mamá y supervisado por papá, pero a la menor distracción de alguno, me dejaba a la deriva de mi suerte, o bien me dejaba frente a niños canallas para que aprendiera a defenderme. Verlo ahí me situaba en una ambivalente circunstancia: finalmente mi niño interior disfrutaba al anhelado hermano grande que siempre deseo, el que protege, el que defiende, pero no lo podía tocar.

Ese día, a la hora de despedirnos, me inundó un ansia desesperada por abrazarlo, por decirle cuánto lo quería, por vaciarle en sus brazos, el amor a la familia. Sin embargo, la injusticia, esa enemiga de la libertad, sólo nos permitió unir las palmas de las manos con una rejilla metálica de por medio.

Llegada la hora los alumnos del taller de Autoestima pedimos autorización de traer dos parrillas para calentar los alimentos. El jefe del área de Criminología abrió el evento con un pequeño discurso:

—Estamos aquí para reconocer a los internos que, con su asistencia y participación, han concluido con éxito el taller de Autoestima. Haré entrega de los diplomas. Por favor pasen con orden y respeto cuando escuchen su nombre.

La alegría no se hizo esperar, todos aplaudían, gritaban apodos, rechiflaban cada vez que nombraban a alguno. Cuando nos tocó el turno al Muñeco, Charles Bronson y a mí el ambiente se tornó un tanto solemne, los compañeros sólo aplaudían y sonreían. Nos respetaban. Una vez entregados los reconocimientos, el licenciado regresó al uso de la palabra:

—Bien, muchachos y no tan muchachos, muchas felicidades por su perseverancia en el curso.

Ahora vamos a dar inicio al convivio. Les voy a pasar la comida, por favor sean moderados, tengo que completar para mis compañeros del departamento de Criminología. Cuando entraron los paquetes de comida observé que la situación no correspondía con lo que Miguel dijo. Él habló de seis bolsas grandes abarrotadas de comida, más una caja de plástico con sesenta pastelitos. Lo que entraba era muy diferente. ¡Los envueltos venían saqueados! Me quedé mudo de coraje, preso de la impotencia ¡Esto más que una premiación era un castigo! ¡Qué incongruencia, hablar de autoestima y comportarse como mendigos! Tratan de enseñarnos respeto mientras, con su ejemplo, pregonan que el poder da la posibilidad de atropellar moralmente a otros ¡Cómo es posible que exista esto! ¡Qué decepción! ¡Pinche sistema viciado!

El milagro de la multiplicación de los panes se manifestó gracias a la contribución de los otros dos compañeros que también trajeron algo de comida, que igual llegó saqueada. A la hora del postre, el licenciado tomó entre sus manos la caja de plástico con la mitad del contenido del pastel hecho con todo el amor de mi madre.

—Voy a pasar a sus lugares —anunció en tono dictatorial—, tomen un pastelito, porque los tengo que llevar a mis compañeros —pasaba por las mesas acomodadas en forma de herradura, vigilando que se cumpliera su orden.

Observé los rostros extasiados de mis compañeros. El coraje me impulsó a tomar la palabra:

—¡Compañeros, este dulce fue preparado con mucho amor por mi madre de manera especial para todos ustedes! —dije alzando la voz. Fui viendo a los ojos a cada uno de los compañeros, incluyendo al licenciado en quien fijé la mirada y sonreí cínicamente.

—¡Gracias, está muy rico!, ¿de qué es? —preguntó Charles Bronson, un tipo de baja estatura, cabello entre cano, recién pasados los cuarenta años.

—Es un postre árabe, artesanal, a base de nuez y dátil —respondí.

Al terminar aproveché para acercarme al licenciado. El resto de los compañeros recogían la basura, limpiaban y acomodaban el mobiliario.

—Licenciado, esa caja la mandaron mis padres para que se quedara aquí, la vamos a ocupar para guardar material en el salón.

—¡No, Salvatierra! Yo no le voy a dejar nada aquí. ¡Me la llevo! —increpó déspota.

—¡Qué daño hay en una caja de plástico económica! Ustedes pueden conseguir muchas en los supermercados. Aquí no las venden —declaré incrédulo.

—Ya le dije, Salvatierra, si quiere esta caja, saqué cita en la Dirección, ahí platica la situación. Quizá se la den —determinó tajante.

—Es mucho papeleo para una caja de cincuenta pesos, licenciado —le dije con un marcado dejo de decepción. Sin despedirme di la media vuelta y me retiré del lugar.

Maldije al tipo. Caminé a la celda. Subí a la cama, Me senté en medio loto. Cerré la cortina. Respiré consciente, para que el enojo cediera. Me preparé para dormir, visualicé lo sucedido, imaginé una nube de smog sobre las personas que conformamos el sistema penitenciario. ¿Cómo lograr un proceso de purificación efectivo, si somos prisioneros de nuestros instintos más primitivos? ¡Nos esclaviza el deseo de poseer! Me concentré en la imagen de mi amorosa familia que, en su infinito deseo de compartir, trajo porciones de más. Acaricié el recuerdo en mi corazón de los rostros felices de mis compañeros mientras saboreaban el delicioso manjar. Agradecí a Dios por las enseñanzas recibidas, y por la certeza de que un día saldría de ahí. Esa impotencia que sentía sería la base para establecer un significativo cambio social.

!Como de rayo;

Las lluvias otoñales no cesaban. La humedad brotaba por todas partes, la escalera y las paredes rezumaban. Los resbalones eran inevitables, los golpes en la espalda baja y la cadera estaban a la orden del día. Era domingo, aun flotaba en el ambiente rastros del aroma de la visita familiar. Sabíamos que irremediablemente la alegría de la convivencia con los seres queridos daría paso al vacío de la ausencia. Algunos compañeros lo disimulaban hablando por teléfono o comprando víveres con el dinero que les acababan de depositar. Otros se contentaban con un café o un refresco conversado. Cada quien a nuestra manera tratábamos de menguar el dolor que nos generaba el aislamiento y esta soledad que no terminaba de entenderse a pesar de estar siempre con gente.

Las pizcas de un sol triste lamían las cornisas de los edificios. Una brisa desigual arrastraba basurillas del patio que, por un designio desconocido pero innegable, terminaban en mis ojos haciéndome lagrimar. Enceguecido por un momento, me recargué en la malla de acero del pasillo de alambrada, donde dos compañeros conversaban. Me uní a la charla trivial mientras tallaba mis ojos. De pronto, como obedeciendo a un disparo de salida, la corriente de aire se convirtió en un ventarrón. Todo se tornó gris, un espectáculo de luz enfureció el cielo de manera caprichosa, potentes estruendos se escuchaban cada vez más cerca, golpeaban en las azoteas, los botes de basura saltaron por los pasillos. Un nubarrón de polvo se levantaba, cobraba vida, avanzaba desde el campo de fútbol, se remolinaba con violencia en cada recoveco hasta llegar a cada uno de nosotros que terminamos empanizados. ¡Pum! un rayo cayó en el techo de una de las tiendas, justo atrás de nosotros.

—¡Quítese de ahí, profe, aléeejeseee de la reja, que se me achicharra! —gritó don Raúl al tiempo que me apartaba por un brazo de la peligrosa alambrada— ¡Corra! Vamos a resguardarnos a la palapa.

Sesenta reos hechos bolita, indefensos ante la fuerza de la naturaleza nos refugiamos bajo el techado. El viento soplabla con fuerza descomunal, el agua se clavaba furiosa en nuestros cuerpos como navajas rabiosas. Un rayo partió uno de los postes de electricidad y de nuevo nos quedamos sin sistema para las tiendas y los teléfonos. ¡Así de fácil perdemos los alimentos y la comunicación! Basta una chispa que cae del cielo y nos pone en la orfandad, apenas unas gotitas sobre nosotros nos empequeñecemos como bebes en el regazo de la madre, y así nos quedaríamos una semana o más hasta normalizar los servicios. Eran momentos en que la naturaleza reclamaba atención para ella, cercenando cualquier contacto con el mundo exterior y conectándonos de tajo con nuestro interior. Entonces nos quedaba claro cuán minúsculos somos ante la fuerza de la naturaleza y que grande es nuestra soberbia al sentirnos en control de todo lo material. Eran momentos en que la Madre Tierra nos doblegaba con su furia, dejando caer una gran tormenta, purificando así nuestros pensamientos.

Memorias de Luz

Una vez más las lluvias que azotaron el área me dejaban sin saber de Medardo. La prioridad era hablar con sus padres. Él me decía lo difícil que se ponían las filas para llamar cuando nada más había un aparato disponible para todos. Lo único que me tocaba hacer era esperar a que se restablecieran los servicios. Las cosas se ponían difíciles cuando Medardo callaba tantas cosas

para no sumar mayor impotencia a la situación. Ignoraba que Amparo me tenía al tanto de las revisiones tan indignantes que llevaban a cabo de manera sorpresiva. Sin embargo, Medardo no me comentaba al respecto, ni yo se lo hacía saber. Había algunos silencios entre nosotros de los cuales ya hablaríamos cuando recuperara la libertad. Noté que desde que lo reprendí por lamentarse de las cucarachas se abstenía de quejarse. Lo que sí me preocupaba era el dolor de riñones que refería. Yo oraba para que no fuese síntoma de piedras o arenillas, aunque lo ideal sería que dejara de hacer tantos corajes. La montaña rusa en la que vivía por los reiterados aplazamientos de su caso, ya parecía más una venganza personal de algún alto mando. Hasta llegué a pensar en un encarnizamiento contra Medardo. Tal vez creyeron que podían sacarle dinero y por eso lo apresaron, pero ¿dinero de dónde? La familia de Medardo era de nivel socioeconómico medio. ¿De dónde alucinaron que podían sacarle dinero?, ¿de qué se trataba todo eso?

Observaba que en Medardo existía la creencia infantil de que las autoridades eran incorruptibles, “cosidos a mano”. Él realmente esperaba que se comportaran diferente a los internos, como si una cortina de humo le impidiera darse cuenta de que ahí todos eran internos, solo que unos portaban uniforme y otros no. Todos vivían en la panza del monstruo y sobrevivían como podían. Hambreados abusaban unos de otros.

¿Cómo decirle que mientras haya expectativa habrá decepción?, que es bueno contemplar el peor panorama para que la vida te sorprenda con lo mejor. ¿Cómo robarle el anhelo de que existan personas libres emocionalmente que actúan de manera altruista, apegadas a las normas éticas y morales? O mínimo aclararle que solo podía encontrar a esta persona dentro de sí mismo. Que sí existían y que él era potencialmente una de estas personas, que no dejara de creer en él. Que solo contemplando el adverso se puede dilucidar lo favorable, que al integrar ambas polaridades se crea a un ser humano total. Son tantas cosas las que aún hay que aprender ahí dentro que a veces me parece triste acompañarlo a ver una realidad tan cruda, tan inhumana de la que todos somos partícipes al vivir tan ensimismados en nuestro pequeño universo.

Fiesta patronal

En lo más recóndito de la prisión vivían dos virtudes teologales: fe y esperanza. La religión era una práctica común ahí dentro. La mayor parte de los internos profesaban el catolicismo o el cristianismo, aunque también existían pequeños grupos de Testigos de Jehová. Todos consideraban a su identidad religiosa como la única y verdadera y a partir de ahí juzgaban, peleaban, discriminaban, pues se creían poseedores de la verdad, la cual defendían con fanatismo. Eran escasos los internos que sin profesar ninguna doctrina buscaban conectarse desde su interior con la divinidad que los habita.

Las diferentes creencias se hacían más evidentes en días señalados, como el 28 de octubre, día de san Judas Tadeo. La Ciénaga se ponía de fiesta desde el amanecer. Los católicos celebran a san Judas Tadeo, patrón de las causas difíciles y desesperadas. El más venerado de la prisión. Los interesados en asistir a las festividades nos inscribíamos con anticipación para reservar lugar en la capilla erigida a la advocación al santo, ubicada en el patio de los ambulatorios de la población general.

La autoridad permitió acudir sólo a 30 internos de La Extensión, la mayoría de la tercera edad. Avanzábamos en doble fila hacia el portón. En la malla nos retiraron las esposas en un gesto de buena voluntad. El Quico —con quien había tejido una sólida amistad a partir de los trabajos en la Semana de la Paz—, don Marco y yo, compartíamos anécdotas mientras avanzamos hacia el recinto. A la par iban don Enrique y don Tizo, este último compañero de celda y archirrival del Quico, quienes nos observaban con cierto recelo.

A lo lejos se escuchaba la llamada de los tambores, a medida que nos acercábamos sentíamos su vibración. En el atrio de la capilla danzaba un grupo vestidos a la usanza prehispánica, con coloridos penachos, los pies descalzos y los tobillos cubiertos por codos de fraile. Un toque sincrético lo daba los vivos del color de la túnica del santo patrón. Saltaban de un lado a otro haciendo sonar los cascabeles vegetales, formaban una cruz con sus pies, persignaban a la madre Tierra. La pasión y la intensidad con la que lo hacían era tal que hasta parecía que trataban de dar vida simbólica a la estatua de yeso de san Judas Tadeo que llevaban sobre los hombros dos internos al frente del desfile.

El sonido de los tambores que a poco se hizo ensordecedor, me transportó a la época de los aztecas. Los cuerpos semidesnudos de los danzantes con la piel tatuada y la fuerza de sus movimientos reavivaban la fe y la esperanza en el espíritu de los presentes, haciendo que brillara nuestra mirada ¿Sería la luz de san Judas Tadeo saliendo del alma?

El evento se convirtió en el festín esperado. El grupo de danza dibujaba un círculo en torno a la escultura del santo patrono de La Ciénaga. Un joven hacía gala de sus habilidades en el centro del redondel, con marcados movimientos afeminados. El público reía a carcajadas, incluyendo a la licenciada Reyna Castillo y los altos mandos de la cárcel “¡Eh!, ¡eh!, ¡eh!”, gritaba el público en ese marco de alegría. De pronto sentí una fuerte presencia que me inquietó. Peiné al público con la mirada y encontré a mi ex compañero de La Perrera, el que me aconsejó que pidiera arraigo cuando me llevaron a “Oso Grande”, el que un mes después, durante un traslado me salvaría de morir de un golpe en la nuca.

—¡Juan Naranjo! —grité emocionado como niño al ver a su súper héroe. Él se acercó de inmediato. A veces pienso que hice algún acuerdo antes de nacer sobre una lección que él habría de entregarme. Observándolo con atención desde aquellos primeros días de la detención, aprendí a no dejarme de nada ni de nadie. Desde entonces expresaba mi coraje y sabía que no era distinto de él, que poseía una parte tan sombría y atroz como la de él, y agradecí desde lo profundo de mi alma haberlo encontrado en este camino carcelario.

—¿Quéee oooonda, güey?, cómo estáaaas —nos abrazamos con la fuerza de la fraternidad reencontrada.

—Bien, Medardo, aquí tirando la cana, jalando en los talleres, listo para lo que venga —replicó en su forma tan cruda de hablar—. ¿Y tú cómo vas? —Sus ojos se clavaron como flechas en los míos. Yo quedé inmerso en sus pómulos con lágrimas tatuadas.

—Trabajando, haciendo ejercicio, leyendo, pasando los días ocupado, esperando la sentencia —contesté con la sonrisa abierta. Con Juan se podía soltar lo que se pensara sin riesgo que se aprovechara, que viera una grieta emocional por la cual colarse para hacer daño. Como algunos lo hacen.

—Pensé que ya te habías ido libre, güero, tú no eres de aquí —agregó sorprendido.

—Pues ya ves, aquí sigo, a la espera que se aclare mi asunto —acepté y al hacerlo un nudo de amargura saltó en mi estómago.

—No se me agüite, güero, ya sabes que esto así es —se hizo un silencio incómodo que Juan

rompió tomándome del brazo—. Vamos pa' dentro, güero, ya nos está hablando el sacerdote. Pasamos a la capilla: un bodegón rectangular de doble altura y techo de lámina. El piso iba en declive hasta el altar que se encontraba decorado con una inmensa cruz de madera labrada y pinturas al óleo del santo patrón realizadas por internos en los talleres. En la pared del fondo y los muros laterales había tres murales: al centro el de Tierra Santa; en los lados la Virgen María con la paloma del Espíritu Santo y la Virgen de Guadalupe con Juan Diego. Para la feligresía se contaba con quince hileras de tres extensas bancas cada una para un aforo de alrededor de cuatrocientas personas. Era 10 veces más grande que la pequeña capilla de La Extensión.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —inició la celebración.

El sacerdote era un tipo de alrededor de cincuenta años, blanco, delgado, siempre sonriente. Convertía cada misa en una fiesta. Era un párroco de la ciudad que visitaba los penales del estado a diario para oficiar misa, llevar regalos y buenos consejos. Me sentía contento de escuchar misa con él; ver a los danzantes me llenaba de entusiasmo. Conversar con Juan Naranjo me produjo una sensación de compañía, de solidaridad y a la vez de cálida hermandad. ¡Hacía tanto que no me sentía tan bien! ¿Sería la suma de los acontecimientos del día, o sería alguna energía especial que se desplegaba en ese día de san Judas Tadeo?

La misa pasó volando. Los danzantes colocaron de nuevo la figura de yeso en el altar. Los tambores retumbaban con fuerza, las semillas en las pantorrillas de los danzantes producían un eco al chocar con las paredes y el techo del templo. Ensimismado contemplé la escena. El folklor y los ruidos de la multitud se convirtieron en un lejano murmullo. Mis ojos se detuvieron en la estatua de san Judas Tadeo. Escuché una voz que no atinaba a saber de dónde provenía: “Conéctate a mí a través del alimento divino. Ahí está mi energía que resuelve situaciones difíciles y desesperadas. Confía, estoy contigo: Yo Soy el Sustento Divino”.

—¡Medardo! es hora de regresarnos, tenemos que irnos para la malla —la voz llena de premura de Quico me sacó del éxtasis—. ¡Ya vienen por nosotros!

Lo seguí en silencio empezando a caminar en completa paz. Fue cuando recibí un par de palmadas firmes y fuertes en la espalda. Me volví solo para toparme con Juan Naranjo que se despedía.

¡La misa ha terminado! Inmerso aun en la frase que retumbaba en mi mente ¡Yo soy el sustento divino! ¡La misa ha terminado! repetía mi mente.

Al llegar a nuestro ambulatorio fuimos al comedor. Estábamos tan hambrientos que parecía que los danzantes fuimos nosotros. Nos formamos en la fila del rancho y, una vez obtenidos los alimentos, iniciamos la faena de re-cocinarlos con ingredientes adquiridos en la tienda del penal. Quico soñaba con montar un restaurant. Era un excelente chef canero, un mago que transformaba la desabrida comida de la prisión en succulentos platillos. Juntos conformamos la fusión perfecta: yo, que trabajaba todo el día, sin tiempo para preparar mis alimentos, colaboraba con la parrilla, sartenes y utensilios; él contribuía con su tiempo libre y su pasión por el arte culinario.

En el comedor se mezclaban los aromas de los diferentes guisos, el televisor sintonizaba las noticias del mediodía. En el piso y en las mesas de concreto rondaban los hot wheels.

De pronto irrumpió un comandante y seis custodios que caminaron decididos hacia nosotros.

—¡Acompáñanos! —le ordenó el guardia a Quico.

—¿Qué pasa? —preguntó mi amigo, al tiempo que me hacía señas para que cuidara lo que estaba cocinando.

—¡Vamos a su celda de inmediato! —interviene otro guardia.

Quico era un hombre metódico y paciente, por lo que estaba confiado en que le iría bien.

Treinta minutos después regresó. Traía los ojos irritados, hervía de coraje, y era evidente que estaba a punto de estallar.

—¿Qué pasa, güey? —pregunté mientras él me pedía a señas para que le sirviera la comida que se conservaba a fuego lento.

—Sembraron una punta en mi cama, debajo del colchón mientras andábamos en misa —escupió—. ¡Ya estoy harto de este lugar! ¡Me quiero largar de aquí! ¡No puedo más! ¡Me asfixio, Medardo, me asfixio de rabia y de impotencia!

—¡Ah que poca madre! —suspiré hondo, lleno de impotencia.

—Los guardias querían obligarme a tocar el arma, pero no me dejé. Pedí que la llevaran a analizar como está. Me tuvieron tumbado todo el rato ¡Qué hijos de su pinche madre, los que me plantaron eso!

Un compañero de celda de Quico se acercó a la mesa con actitud sumisa.

—Oye, Perrillo, no vayas a creer que yo fui el que puso esa punta en el colchón. Sé que traes problemas con don Tizo, pero yo no tengo que ver.

—Pues si no tienes qué ver, Cabos, no te mortifiques —contestó Quico sin ocultar su mal humor—. Seguro fue el pinche viejo hediondo de don Tizo.

—Pero él fue a la misa contigo, no pudo ser él —argumentó el Cabos sembrando intriga.

—Pues entonces, ya se sabrá quién fue cuando salga el análisis de las huellas —anunció El Quico.

—Pues saabee... pero yo nada que ver, eh —insistió el Cabos mientras se retiraba dando una palmada en el hombro a Quico. Guardamos silencio mientras mil hipótesis se gestaban en mi cabeza.

—¿Por qué viene este güey a decirte que él no fue?, qué curioso, ¿no? —pregunté lo obvio.

—Sí, ya sé. ¡Debe ser él quien lo puso ahí, como ahí vive, este hijo de su pinche madre es el único que puede entrar a la celda sin levantar sospechas en las cámaras! ¿Quién más? Si este cabrón siempre se acerca para decirme cosas malas que disque dice don Tizo de mí; estoy seguro de que él va con don Tizo y habla pestes de mí. El muy hijo de puta nos ha estado manipulando, mientras él disfruta del espectáculo de vernos pelear.

—¡Ahora sí que armaste todo el rompecabezas! —apoyé su razonamiento.

—¿Y todavía el cabrón viene a decir que él no fue? ¡Se hace del delito solo! ¡Qué coraje! ¿Ahora cómo demuestro a la autoridad que fue ese bastardo? —se preguntó Quico con otro semblante después de su discernimiento.

—¡Así operan aquí! Todas las veces que me han robado saldo del teléfono se acerca la rata o el cómplice a preguntar o a intervenir.

A los pocos días Quico pidió cambio de celda porque las cosas fueron subiendo de tono al grado que, estando solos en la celda, sin cámaras ni testigos, don Tizo molestó a Quico. Éste lo sujetó del cuello y lo estrelló contra la pared y no hubo manera de peinarse con la tira pues sería la palabra de uno contra el otro.

—Te juro, Medardo —me platicó después, lleno de rabia—, poco faltó para dejarlo ahí. Casi le reviento el pescuezo al pinche viejo.

El veneno había cobrado efecto en ambos, penetró en cada una de sus células y del asunto del arma que le pusieron aquel día nunca se supo más o tal vez ni le dieron seguimiento. Qué más da, si el atropello a su dignidad moral ya estaba hecho.

Así continuamos caminando juntos, dilucidando lecciones, conociendo la forma como se tejían las entramadas relaciones dentro de esta prisión. En cada experiencia encontrábamos una lección

de impotencia y dolor.

Esa noche de san Judas Tadeo, inspirado en lo acontecido durante el evento, agregué un nuevo rezo a la colección escrita y pegada en el techo de la cama de arriba: Gracias San Judas porque tu energía que resuelve situaciones difíciles y desesperantes está siempre presente a favor de mi libertad.

Se vale soñar

Entusiasmado por los avances de la Sala para la Paz, me nació una inquietud. Cuando mis compañeros regresaran a la libertad muy posiblemente su vida sería la de antes, y en esas mismas condiciones era alta la probabilidad de caer de nuevo en la delincuencia, o al menos a infringir la Ley. Esta sospecha, que por desgracia era una sospecha razonable, me llevó a concebir un programa para orientar a los internos a concretar sus proyectos. Escuchándolos hablar de lo que harían al salir de prisión tenía la convicción de que eran buenas personas rodeadas por condiciones adversas. Pensé que sería de mucha utilidad ofrecerles un curso-taller para elaborar un plan de trabajo para la libertad. El espíritu del taller estaría fundado en la primera frase del famoso discurso de Martín Luther King Jr.: “Tengo un sueño”

—¡Hola, Luz! —saludé con un ánimo rebosante.

—¿Qué hay, Medardo? —respondió expectante. Las ocasiones en que iniciamos algún proyecto, casi siempre era a partir de este entusiasmo que me surgía desde el alma.

—¿Recuerdas que hace tiempo perfilamos un programa para ayudar a los internos a concretar sus ideas de trabajo?

Luz soltó el aire al saber a qué se debía el entusiasmo manifiesto—. Claro, “Tengo un sueño” como dijo Martin Luther King Jr.

—¡Así es! Se lo platiqué a un compañero y está dispuesto a llevarlo a cabo a la par que yo continúo con las clases de Desarrollo humano. ¿Cómo ves?

—Me parece súper bien. Por favor, encamina el proyecto y asegúrate de que la intención de la Sala para la Paz no se desvirtúe —dijo ya contagiada con mi optimismo.

—Ojalá que este programa sea punta de lanza para las demás prisiones, Luz. Igual vamos a necesitar de tu experiencia en el manejo de grupos y apoyo con lo que vaya surgiendo.

—¡Claro, cuenta con ello, Medardo! —Luz era una presencia constante e incondicional, me asesoraba con los programas para los cursos, me daba ideas puntuales de actividades, sugería temas que veía necesario abordar, además de aportar su creatividad en la planeación de cada proyecto que íbamos desarrollado—. Entre más semillas sembremos, mejor. Semillas de paz —terminó diciendo en un suspiro. Estaba seguro que en ese momento ya se había casado con el nuevo proyecto.

Esos fueron meses de mucho trabajo interior, de planeación, de intercambio de ideas. Nuestras llamadas eran diarias y extensas. Su apoyo espiritual y emocional para nosotros como familia, no tuvo límites. Envío todo tipo de cosas materiales que me resolvían lo más necesario o urgente.

En cuanto se dio cuenta que el proceso legal se iba a demorar meses, se puso a dar cursos de aportación voluntaria para asignarme un sueldo con lo que se recababa, por la labor que desempeñaba en la Sala para la Paz. Luz iba cada semana a las oficinas de Oso Grande a

depositar mi sueldo. “La armonía entre dar y recibir debe ser respetada para que fluya la energía del universo. Lo justo es que para cada trabajo haya un sueldo”.

El nuevo proyecto quedó en manos del Mochis. Él, con excelsa maestría fue dando forma al programa hasta tener todo listo. Lo enviamos a las autoridades y solicitamos a la Fundación el material de apoyo. Por primera vez en la prisión, se ofrecía un curso integral para que los internos desarrollaran un plan de acción de cómo ganarse la vida de forma honrada una vez recuperada su libertad. Aunado a ese, corrían los cursos de Desarrollo humano y Yoga, además del Cine de valores. Era tal mi entusiasmo que a mí me parecía que mis compañeros suavizaban el rostro adusto o abiertamente agresivo característico de los prisioneros; que charlaban sin la tirantez hija natural del recelo, que expresaban sus emociones y estaban dispuestos a aceptar sus errores. Tal vez era así, o tal vez lo era mi necesidad personal de creer que las peores condiciones de vida pueden ser las mejores si se conectan con el Ser que los habita. A esta altura de mi cautiverio me recordaba llegando a las oficinas de la Corporación Policiaca Federal, y a La Perrera en Oso Grande muchos meses atrás, y veía cómo ante mí se presentaba un panorama caótico y desolador. Ya en La Extensión me preguntaba si acaso había sido un golpe de suerte llegar ahí a tomar e impartir un curso intensivo de vida. “Siempre hay opciones, Medardo. Siempre hay opciones” me repetía como mantra porque era cierto que siempre había, ha habido, hay y habrá opciones.

Muy pronto la Fundación de la licenciada Amparo envió lo que solicitamos y las autoridades fijaron la fecha para iniciar. Lo único que le faltaba a esa fábrica de sueños era el corazón de los participantes.

El programa fue diseñado para consolidar los objetivos materiales, económicos y sociales de los internos. Abrimos el curso, pero a la gente parecía no interesarle. La afluencia de alumnos fue poca y disminuyó conforme avanzaban las clases. La mayor parte de los internos prefirió regresar a sus viejos patrones de conducta y malos hábitos. Yo trataba de motivar al Mochis diciéndole que “Más vale calidad y no cantidad, valora que quienes asistimos estamos poniendo todo nuestro empeño, además te agradecemos que la atención sea personalizada. He notado que cuando alguno de los compañeros expone su proyecto le brillan los ojos al hablar. ¡Llenos de esperanza!”

El Mochis aceptó continuar con la clase. Al finalizar el curso envió a las autoridades copia de cada anteproyecto. En ellos los internos desplegábamos nuestra creatividad al servicio de la sociedad. Al final se lograron concretar dos proyectos literarios, además de algunos artesanales en serie y el flamante proyecto restaurantero del Quico, quien nos leyó su visión a todo pulmón: “Me veo rodeado de gente contenta que come los platillos que preparo en mi restaurant. Además, contagio mi alegría a la gente que trabaja conmigo, los capacito para dar un servicio de calidad”.

El curso terminó cuando cada uno de los participantes concretó su plan de trabajo y pronunciamos a viva voz nuestro sueño. En ese momento anhelaba de corazón ver triunfar a toda esa gente. “Ojalá que la vida me dé la oportunidad de compartir su felicidad en la consolidación de sus proyectos”.

Un doble encierro – Ometéotl, dios de la dualidad

Llegó el mes de noviembre. Las lluvias no cesaban, el frío golpeaba a La Ciénaga por los cuatro costados, los campos deportivos y la huerta de don Raúl se hallaban convertidos en un pantano inmenso. Los cuervos se enfilaban sobre la cerca eléctrica que se alza por encima de la monstruosa barda gris, y graznaban victoriosos; el ambiente se tornaba sombrío y misterioso, la neblina cubría el entorno, parecíamos estar en un castillo medieval de alguna película de misterio, de la que ahí todos éramos protagonistas. La gente permanecía recogida en sus celdas. Don Marco y yo persistíamos en correr a diario. Él es ejemplo de constancia y de disciplina, aunque muy pocos lo toman en cuenta. La mayor parte de los internos se levantaban tarde. El frío y la humedad convertían a las regaderas en páramos. Pocos nos atrevíamos a salir de la cama temprano y darnos un baño con agua helada, como lo hacía el general Felipe Ángeles, según me contó el propio don Marco.

Con la falta de actividad deportiva, la ansiedad imperaba en los internos jóvenes de los ambulatorios comunes o marraneras de la segunda planta. Eran frecuentes los conatos de peleas, motivo por el cual castigaban la caldera dejándonos sin agua caliente. Había más de un centenar de muchachos ansiosos dentro de este gélido lugar por lo que los guardias lanzaban descargas de gas pimienta en la fila del rancho cuando la inquietud sobrepasaba a quienes esperaban y golpeaban las vasijas contra la pared, provocando ruidos ensordecedores. El gas pimienta provoca un intenso ardor en los ojos y picazón en la garganta. El objetivo de los guardias era dispersar a la gente que ante el disparo salía despavorida a los patios o a la planta baja para salvaguardarse. Eso no debería de suceder con tanta riqueza literaria en la biblioteca y actividades como el yoga, los cursos de la Sala para la Paz, los juegos de ajedrez, damas chinas, scrabble.

Con el transcurrir de los días eso dejaba de parecer una película de misterio y se convertía en una serie de suspenso. Las riñas se tornaban constantes, la población disminuía, cada día aislaban a más personas en las celdas de castigo. Las cámaras los delataban; los guardias aplicaban la ley del “torcido- torcido”, pero el mayor de los peligros seguía siendo las famosas “cámaras de dos patas”, los compañeros que chismeaban por ganar puntos con los guardias. A veces inventaban chismes para obtener beneficios ripios que a los ojos de los pobres de espíritu resultaban manjares. Pero en prisión ocurría lo que en la casa del jabonero: El que no cae, resbala. Así que los chismosos también eran reprendidos por denuncia de otros más liosos. El ciclo se tornaba interminable.

En el comedor el calor de las parrillas se dispersaba por el viento frío que se colaba por una ventana desconchada desde meses atrás. Los habitantes del ala izquierda del ambulatorio que ocupábamos las celdas privadas, estábamos en perfecto control de nosotros mismos, mientras que la población del ala derecha estaba en una literal bomba de tiempo. Muchos compañeros se dejaban crecer la barba para protegerse del frío en una reminiscencia inconsciente del chimpancé que somos; de ahí que no modificaran su vestimenta diaria, esa que nos ha impuesto la cultura occidental: sandalia, shorts, camiseta de manga corta. ¿Cuánto frío padecerían en su infancia que ya estaban tan curtidos? ¿O los tatuajes les abrigarán el alma?

Una mañana helada don Marco y yo salimos a correr por los pasillos de alambrada, para luego refugiarnos bajo la palapa a ejercitarnos con lagartijas. Desde ahí observé a don Raúl recargado en la reja. Parecía esperar mientras tomaba café. El vapor ascendía por su barba cana, lamía la piel curtida de su rostro y le calentaba la vista que tenía fija en el pasillo por el que aparecía la guardia. Supuse que esperaba el cambio para darle acceso a su pequeña huerta. Presentí que algo no andaba bien. Una veintena de jóvenes habitantes de las marraneras, formaban una especie de

valla en el pasillo de alambrada, cerca de donde se bifurcaba el camino hacia una de las tiendas, y la entrada a la palapa. Vestían shorts, sandalias y playera de manga corta, sin atermirse por la gélida mañana, algunos portaban gorro² para atemperar el frío. Otro grupo similar estaba frente a ellos, en el pasillo. Don Marco y yo pasamos caminando por en medio de ellos con rumbo a otra área de ejercicios, otras personas que iban a los talleres o a la caseta de vigilancia también atravesaban por ahí. Era muy temprano para que hubiera tanta gente reunida. Los tiras estaban en la caseta esperando la suplencia de turno. Quizá las urracas que observaban desde la cerca electrificada estaban haciendo mejor el trabajo que los cansados custodios.

Al llegar a la palapa le comenté a don Marco:

—Qué raro que haya tantos chavos a esta hora, cuando siempre se levantan hasta el mediodía —Don Marco me escuchó sin perder concentración en su rutina de bíceps con las pesas de envases de pet rellenos de arena.

—Ya lo había notado, algo se han de traerr... —arrastró la voz por el esfuerzo de bajar las pesas al suelo.

Las palabras de don Marco presagiaban lo temido. En un instante, como el saltar de una chispa, se desataron dos peleas simultaneas. Los jóvenes se golpeaban, se apuñeteaban, se pateaban, se jaloneaban de la ropa, se empujaban, se escupían. Todo parecía estar planeado: los combates se desataron en un punto ciego de las cámaras, mientras unos compañeros vigilaban por si venía la tira. Como por encantamiento los jóvenes detuvieron las riñas antes de que pasara un custodio a dar el rondín. Como pudieron se retiraron del lugar tratando de arreglarse las ropas desgarradas, los rostros enrojecidos. Sólo los ojos brillaban al rojo vivo y los pulmones bramaban al tomar aire. Don Marco y yo, sorprendidos y asustados caminamos a nuestras respectivas celdas. Era la hora de la ducha. Dentro se comentaba entre murmullos lo ocurrido. ¿Quién ganó?, ¿habrá más rounds durante el día?, ¿se van a peinar con la guardia?

El día transcurrió dentro de lo normal y no fue sino al caer la tarde, antes del segundo pase de lista, que se desató otra bronca, ahora en el rellano de la escalera en uno de los puntos ciegos para la vigilancia. Dos jóvenes se golpearon intensamente usando cuanta artimaña encontraron para hacerse daño. Algunos internos observaban como el tipo alto, güero, estaba rojo de furia, mientras que el moreno de las orejas puntiagudas parecía no cansarse. La pelea finalmente fue interrumpida por el grito de un compañero:

—¡Ahí viene la tira al pase de lista, ya córtene!

Treinta minutos después del conteo de los casi tres mil reos de La Ciénaga todos queríamos salir al patio, a hablar por teléfono, a la tienda por un café, pero aún no abrían la malla. Desesperados nos amontonábamos en la escalera y en la estancia. Ahí no había ventilación y con el tumulto el aire se fue viciando y calentando. Así eran los ambulatorios. Pasaban de un frío inaguantable a un calor sofocante por el aglutinamiento de los reos. Nuestros cuerpos transpiraban intensamente por la humedad ambiental. El ansia nos fue dominando, el calor nos fue asfixiando, los cuerpos se fueron apelmazando, los sudores de días y días sin bañarse nos fueron articulando en un solo cuerpo agreste y embravecido.

Desde el peldaño de la escalera donde me encontraba, prácticamente inmovilizado por la turbamulta convertida en maquinaria de violencia, literalmente estrangulado por la peste de la transpiración rancia, vi que, en la puerta de salida, prácticamente aplastado contra la hoja metálica, estaba La Cabra. Quise gritarle, pero mi grito se perdería en el mar de silbidos y mentadas de madre que anteceden sin remedio, a las riñas campales. Mis ojos se cruzaron con los de La Cabra. A señas le pregunté “¿¡Qué pasó, güey!?” La Cabra peló los ojos y negó con la

cabeza. Acto seguido, en un movimiento rápido de cabeza señalaba con el mentón el pasillo. Mi corazón latió acelerado cuando mi mente tradujo los gestos en una voz de alarma: “¡No bajes, vete de aquí, ponte a salvo, coooórrele cabrón!”

La sangre se me fue a los pies, sentí el rostro pálido, transpiré de golpe. Asustado. Estaba muy asustado. Como pude di media vuelta, y empujé a los compañeros abriéndome espacio para subir. La gente abrió paso sin preguntar. Al llegar tomé el pasillo de la izquierda rumbo a las celdas privadas, pasé enfrente a la Sala para la Paz, y por fin entré a la celda. A mi celda. El Muñeco notó mi apuro. Como pude le platiqué la situación en la planta baja, mientras me lavaba brazos y rostro en el grifo del lavabo; necesitaba retirar con urgencia el coctel de sudores embarrados en mi piel. No bien terminaba de asearme hasta nosotros llegaron los aullidos de la trifulca desatada en la planta baja. En cuestión de segundos alrededor de cuarenta reos se amotinaron. ¡Se armó en grande!

30 minutos después tuvimos el saldo: compañeros golpeados y una persona tirada en el piso, inmóvil, sobre un inmenso charco de sangre. Los cuervos³ rodeaban la escena tratando de reanimar al herido. Milagrosamente el prisionero dio muestras de vida. Entreabrió los ojos y dicen que dijo con voz débil: “No me puedo mover, me rebanaron el cuello con un buril”. Dicen que en ese momento llegaron los camilleros, lo inmovilizaron y salieron con él rumbo al hospital.

Los participantes en la riña se dispersaron. La gente de seguridad detuvo a los que consideraron causantes del pleito. Les practicaron un antidopaje, y se los llevaron castigados sin pertenencias a las celdas más alejadas del cuarto piso del ambulatorio D de la población general. Les esperaban quince días como mínimo en aislamiento, sin salir, comiendo si sobraba del rancho. Serían días difíciles en los que no tendrían con qué cubrirse del frío, días de mazmorra medieval.

La información corrió rápido en las bocas de las cámaras de dos patas. A las pocas horas nos enteramos de los resultados del antidopaje: “Todos estaban bajo la influencia de drogas. Algunos andaban con sobredosis de píldoras psicotrópicas; había quien confesó haber ingerido hasta cuarenta pastillas de Rivotril® en una sola toma”. ¡Con razón andaban tan alterados y veraniegos! Ojalá les bastara con el aislamiento para que se desintoxicaran.

El operativo de seguridad culminó con éxito. Detuvieron al traficante de psicotrópicos, y le sumaron un nuevo proceso penal con suficientes evidencias.

Por desgracia fue un día de esos. ¡Era espantoso vivir eventos de esa naturaleza! En prisión es muy elevada la probabilidad de quedar atrapado en medio de una riña, de salir herido o morir. Cualquiera de nosotros pudo ser el que quedara en el suelo con el cuello rebanado. Herir o matar es casi un deporte para los muchachos cuando se encuentran enajenados por los estimulantes. Ahí siempre existe el riesgo de quebrar el delgado cristal del control que impera; la aparente tranquilidad es una capa muy fina que al estallar arroja esquivras en todas direcciones.

Me dolía ver a mis compañeros sumergidos en esta pesadilla en la que emergía el dolor que llevaban dentro y explotaba en furia. Esa era una señal inequívoca de un corazón roto, dañado desde la infancia ¿Cuánta compasión necesitamos como sociedad para dejar de juzgarlos? ¿Hasta cuándo comprenderemos que todo ladrón fue robado de una buena educación y aprendió lo que le ofreció su familia, su pandilla, su barrio?; todo agresor fue agredido, el violador fue violado, quien hace fraude se está defraudando a sí mismo. Es una lista interminable que produce seres que deambulan inconscientes por el mundo sin percatarse de que sólo están repitiendo lo que un día vivieron, incapaces de conectar con su esencia. Cuánta razón tenía Luz cuando decía una y otra vez: “¡Alarga la comprensión y disminuye el juicio Medardo!”

El motín fue el destape de la cloaca, liberó la permisividad de cobrar cuentas pendientes, de volver a ser violentos, de respirar otros aires dentro del sistema opresor que ahí vivíamos. De manera aislada se fue sucediendo una serie de peleas a golpes de uno contra uno, mientras los guardias llevaban cada vez más mal portados a las celdas de castigo. El reciente motín estaba dejado una oleada de pleitos pendientes, combinada con actividades de baja pasión.

Mientras continuaba asimilando el impacto de lo ocurrido vi que unos custodios corrían a las marraneras. Anduve unos pasos para advertir que se dirigían a una celda específica. Desde mi puesto los escuché gritar:

—¿Qué chingados hacen? Qué carajo con ustedes que no entienden.

Dos guardias se quedaron afuera de la celda y otro nos ordenó desalojar el ambulatorio. La mayoría nos quedamos en el pasillo de alambrada viéndonos las caras y afinando los oídos.

—¡No mames!, cacharon al Chupirul con La Timbona haciendo cositas —soltó un compañero.

—¿Cómo sabes? No andes de hocicón, puras piñas tú, cabrón —contestó otro.

—Es al chile, güey, muy su pedo si no me creen.

—Tú te has de haber peinado con la tira, pinche chismosa o por qué lo sabes.

—Jajaja no, es que yo vi cuando los que viven en el cantón con La Timbona fueron a decirle al Yisus que su noviecita andaba haciendo travesuras con el Chupirul.

—¡Ah, no manches! —exclamó otro compañero.

—El pinche Yisus se fue de volada a la esclusa a alborotar a los guardias.

—¡Hay pobrecito! Iba con su corazoncito roto —se burló otro en tono sarcástico, desatando risas.

—No seas mamón, jajaja —gritó uno más, ya metidos en el chisme.

—El pinche Chupirul es banda, güey. Además, lo hizo porque anda erizo. Fue a cambio de un jamón, un queso y un refresco. ¡Estar tragando rancho todos los días cansa! —acotó en tono defensivo el compañero que inició el chisme.

—¡Pero todo eso no llega ni a cuarenta mugrosos pesos!

Minutos más tarde La Timbona y Chupirul salieron escoltados del ambulatorio, entre la multitud que hicimos valla en el pasillo exterior. Ahí fue donde estallaron las burlas.

—¡Par de mayates!

—¡Cacomixtles!

—¡Pinches jotos!

—¡Huele a caca!

—¡La venganza del Yisus!

—¡Lávense la frente!

Aunque las ocurrencias de los compañeros me causaban risa, reflexioné en lo duro de la situación. Las hormonas de un pudiente atraparon a la necesidad de otro que aceptó humillarse a un bajísimo precio.

Llegó la calma. Hora de dormir. “Gracias Dios por cuidarme en todo momento, por conservarme a salvo en medio de tanta adversidad. Gracias Padre por la existencia de La Cabra que en su dualidad de ser humano actuó como mi ángel. Sin su aviso, no sé dónde estaría yo en este momento. Cuídalo, Padre, él ahora está en las celdas de aislamiento, yace castigado y golpeado, casi mató a un ser humano; sana Padre sus heridas y las de todos nosotros para que podamos vibrar en la paz, la armonía y el amor. Gracias por permitirme despedir el día orando en paz, porque al cerrar mis ojos me permites escribir mis sueños en la almohada mientras Tú y la noche los abrigan”.

La mentira: un modus vivendi

La mentira era un *modus operandi* en la cárcel, era un modo de vida, un instrumento más de comunicación; era práctica común. Mentir era adictivo. En prisión todos mentían. Cualquiera se inventaba un dolor de uña con tal de salir al área médica y ver gente asilada en otro ambulatorio, saludar, intercambiar algo; se inventaban familiares muertos, divorcios sorprendidos, accidentes increíbles, fallas del sistema, depósitos que nunca llegaban para conseguir de alguien de buen corazón, unos minutos fiados de teléfono o productos gratis en la tienda. Poco a poco desarrollé el arte de distinguir quién se engaña a sí mismo y vive en la fantasía de lo que le gustaría que fuese; aprendí a identificar lobos disfrazados de ovejas, ladinos y charlatanes. En base a ese aprendizaje me planteé qué hacer con la problemática de mis compañeros.

Luz decía: “Antes de plantear un tema para la clase, observa lo que sucede y trabaja sobre necesidades, ofrece lo que ellos requieran aprender y tendrás grupos llenos”. Sí, Luz, es cierto: ¡Necesitamos valor para ver la verdad y poder ofrecerla a los demás!

El Cine de valores era una de las actividades preferidas por los internos y una forma para transmitirles la importancia de la honestidad. Gracias al corazón bondadoso de amigos y familiares que se sumaron a la tarea de enviar películas con temas y mensajes de reflexión, pude llevar a cabo sin interrupción esta actividad. Cada mes seleccionaba la continuidad de los films de acuerdo a un determinado valor, esto implicaba disponer de un amplio repertorio de títulos. Revisaba el material y me daba cuenta que se estaban agotando las opciones referentes al valor de la honestidad. Pedí a mi amigo Justino que consiguiera películas acerca de este valor. Él, al no atinar cuáles enviarme, envió un arsenal que me sacó la sonrisa desde el corazón.

Mi fiel amigo era una bienaventuranza, un corazón impregnado con la gracia divina que ayudaba a los presos. La sociedad considera que los bandidos y malhechores merecen ser castigados, sin percatarse que el abandono en la cárcel perpetúa el problema. A través de una serie de llamadas Justino me dictó una interminable lista de títulos que fue dejando en casa de mis padres, quienes me los traían como parte de sus visitas semanales. Al llegar, mis padres eran sometidos a una exhaustiva revisión personal. Las películas requerían una revisión del departamento de informática encargado de recibir DVDs, computadoras, reproductores de música, y cualquier otro soporte electrónico. Había supervisores responsables de revisar cada disco o dispositivo antes de permitir su ingreso a la prisión, o bien retenerlo en caso de contener violencia de algún tipo o escenas sexuales.

Después de varios días de minuciosa revisión, fuimos llamados:

—¡Salvatierra y don Marco! Les llaman en la caseta, llegó una mercancía.

—Vamos para allá —acusó don Marco.

En la esclusa el guardia entregó el paquete. En esa ocasión se trataba de una bolsa abierta con muchas cajas con discos. Frente a él cotejé el contenido contra la lista de títulos dictados por Justino.

—Oficial, están faltando cuatro películas —declaré de buen talante.

—Pues yo no sé nada, a lo mejor el área de informática las retuvo por el contenido, o yo qué sé, pero aquí están estas —contestó de mal modo.

—Lo entiendo. Sin embargo, son películas para promover valores y reflexionar. Lo deja claro el oficio que ingresamos con la lista de títulos —repliqué.

—La licenciada Reyna Castillo dio orden para que pasaran todas sin excepción —intervino don Marco—. Ella conoce todos los títulos.

—Pues yo no sé. Revisen con quien quieran, pero esto está tal cual me lo dieron y así se los entrego —contestó tajante el oficial.

—Ok —dijo don Marco, y por lo bajo me indicó que guardara silencio.

Emprendimos camino a resguardar el paquete. Los discos compactos estaban considerados como armas y debían estar bajo llave.

—¡Hijos de su pinche madre! —sentía hervir la sangre—. Hasta la autoridad está impregnada en este sistema cochino de mentiras. ¡Las defienden a capa y espada!

—Lo sé, pero ¿qué podemos hacer? La única persona que puede ayudar a recuperarlas es la licenciada, Medardo —don Marco sí que sabía cómo arreglar las cosas sin alterarse—. Hoy hablaré con ella.

—Me lleno de coraje cuando pienso en el esfuerzo que hacen todos para juntar y enviarnos los materiales. Imagínate, primero que una persona tome de su valioso tiempo y dinero para ir a las tiendas a buscar títulos que no son fáciles de conseguir, luego llevarlos a casa de mis padres, después ellos manejan casi ochenta kilómetros para llegar hasta acá, y pasan por incómodos filtros de seguridad —me sentía a punto de ebullición, y maniatado por la impotencia—. Y todo eso para que la autoridad con suma facilidad se las adjudique como propias y encima se den el lujo de contestarnos de manera tan déspota.

—Ya bájale a tu pedo —me miró fijamente con esa mirada triste que lo caracterizaba y vi en sus ojos claros la paz que yo dejé escapar—. Ellos ven la oportunidad de abusar de su autoridad y abusan. Nosotros somos los reos. Ellos tienen que castigar. Nosotros somos los castigados, ese es nuestro papel aquí. No lo tomes personal, Medardo. —Su voz era firme pero apacible. Don Marco estaba más allá de esas pequeñas afrentas que a mí me llevaban a explotar—. Ya pasaré la información a la licenciada a ver si puede hacer algo.

—Lo veo difícil, don Marco, pero ojalá se pueda. —Dije bajando el tono. Continuaba molesto por el abuso, pero empezaba a sentirme apenado conmigo y sobre todo con mi compañero ante cuyos ojos parecía yo niño con berrinche.

—Créeme, no vale la pena el coraje, llevo más tiempo que tú aquí. Ya he pasado por esto más de una vez. Enfócate en que al menos pasó la mayor parte de las películas. Es mejor ver ese lado de la realidad.

—No cabe duda que en esta jungla todos somos mentirosos.

En la primera oportunidad don Marco comentó lo sucedido con la licenciada. Ella se esforzó en recuperar los discos “extraviados” pero solo logró averiguar que tal vez en alguna caseta o en un cambio de turno alguna persona las tomó a préstamo sin regreso.

Ese mismo día, en mi llamada diaria con Luz, volqué mi frustración.

—¡No se vale, Luz! —dije como colofón a la síntesis de lo ocurrido.

—Qué mal, ¿verdad? —exhaló con fuerza.

—¡Te da coraje también, ¿verdad? —tiré el anzuelo para engancharla con mis emociones.

—¡Sí, Medardo, me exaspera darme cuenta de que vuelves una y otra vez al mismo punto!

—¡¿Yoooo?!

—¡Te regresas, Medardo! Mira. Analicemos la situación: la historia se trata de un policía que trabaja en un penal quien toma algo que no le pertenece.

—Así es...

—¿Qué te dice eso?

—Que está abusando y aprovechando nuestra condición de reos indefensos ante la autoridad — De nuevo escuché la respiración de Luz, sana, apacible, dándome tiempo a acomodar mis pensamientos—. ¿A qué te refieres con tu pregunta? No te entiendo, Luz.

—Mira, las películas fueron compradas para trabajar la honestidad, por alguna circunstancia que el universo permitió, pasaron por sus manos. Sé que no son de él, sin embargo, las tomó “prestadas”. Es obvio que él necesita esa ayuda, ocupa ver esas películas y reflexionar. Así las haya tomado de mala fe, con otra intención. Las va a aprovechar quien las haya tomado, ¿no alcanzas a ver aún que no sólo ustedes los presos necesitan ayuda? Ellos también pertenecen a La Ciénaga, son guardias, son humanos imperfectos como todos nosotros o ¿qué te piensas de ellos? —Luz, como siempre, dejaba la pregunta en el aire.

—Pero no se vale —insistí más por defender mi berrinche que por no entenderla. De hecho, estaba de acuerdo con ella en todo, pero yo quería que alguien me diera la razón, aunque fuera una sola vez—. ¿Por qué afectan a todos?

—Trata de abrir más tu corazón, comprende que la ayuda que llega es para toda la prisión, el personal también es parte de ella; hay tanto por mejorar. En la unificación está la bendición. Todos somos Uno. El bien que hagas por alguien lo haces por todos.

—Prometo que lo voy a meditar —le dije aún molesto antes de colgar el auricular.

¡Me frustra que Luz no se enganche con mi sentir y que sus preguntas se queden sobrevolando en mi mente todo el santo día! “¿Qué te piensas de los guardias?” Pues lo que me enseñaron desde niño: que son intachables, que se encargan de cuidar el orden, que ocupan un lugar honorable en la sociedad. Me sorprendí al advertir que en La Ciénaga a diario me confrontaba con temas que no me detenía a analizar. Era como si cada día me pusiera a contestar un examen, mientras Luz tejía dentro de mí el contenido de las enseñanzas. Quizá esa era la forma como me estaban capacitando para ser un buen maestro.

“El buen juez por su casa empieza” me dijo Luz en una de nuestras conversaciones puntualizando que necesitaba analizar al mentiroso que hay en mí antes de aventurarme a dar un taller sobre la honestidad. “¿Qué te pasa a ti cuando los demás no ven la realidad como tú o cuando no responden de acuerdo con tus expectativas?”, me preguntó aquella ocasión sin esperar respuesta. Recuerdo que reflexioné en que ese era un momento de decepción repetitivo en mi vida. “¡No valen madre!”, solía decir, sin darme cuenta de que era yo quien me auto engañaba con esas expectativas. ¿Cuántas veces me he mentido pretendiendo que los demás son como yo y que comparten valores semejantes a los míos y me confío irresponsablemente en esas personas? ¿Cuántas veces he peleado defendiendo que los sucesos son como yo los recuerdo? ¿Cuántas mentiras me he dicho en pro de una zona de confort! Dios: ¡Yo también he sido un mentiroso!

Esa noche me invadió una sensación de gratitud por la presencia de Luz en mi vida, por abrirme los ojos y el corazón a la consciencia, por tomar mis interminables llamadas. En el silencio de la noche fría, iluminado por la cálida luz de la lámpara, arropado por un cobertor de lana —obsequio de la familia de Luz, que sabe muy bien cómo abrigar a la gente—, visualicé a un guardia vestido de civil, lo vi tomar el transporte público, después de un par de horas llegar a su casa, recibirlo la familia, la esposa lo besaba, los hijos lo abrazaban; vésele cansado pero contento, a salvo después de un día más de exponer su vida dentro de un centro penitenciario. Sorprende a sus hijos con unas películas, se sientan a verlas, una semilla surge en cada uno de sus corazones, una nueva perspectiva de vida los transforma, irradian una nueva luz que irán

esparciendo poco a poco. Ese destello alumbrará el camino de las personas con las que convivan. Así lo veo, así lo siento. Sonrío. La paz inunda mi alma ¡Gracias Dios!

Memorias de Luz

Medardo me llamaba con el corazón contaminado. Le daba una talladita, una perspectiva diferente de interpretación y el camino se redireccionaba a favor del viento. Fue una labor titánica.

Recuerdo las primeras veces que iba a depositar a la prisión de Oso Grande. Era la vida cansada, ponerse la peor ropa, mostrar bajo perfil, cero joyas, viajar en el coche más viejito de la casa, subir la escalera empinadísima, hacer fila, dar el nombre de Medardo, el mío, entregar el dinero y esperar el recibo.

Al principio dolía este proceso y me daba cierto temor el barrio, caminar sola del estacionamiento al edificio etc. Al final ya tenía comal y metate con las chicas de la ventanilla, ya hasta preguntaban “¿Qué es de usted el interno?” Yo me limitaba a decir que pertenecía a una fundación que contrató a este interno para que impartiera clases y se le pagaba un sueldo voluntario por su labor.

—Este chico es un gran amigo y colaborador —remataba con una sonrisa incuestionable, y todos contentos.

No siempre iba yo de buena gana a depositar, en algunos momentos el ánimo decaía, me costaba subir cada escalón. De la condición labrada al ascender montañas ya casi no quedaba nada, todo se lo estaba carcomiendo el trabajo del consultorio y el de los cursos. La verdad me dolía ir a la montaña sabiendo que Medardo estaba preso. La tristeza me tomaba prisionera, me estaba cansando de sostener todo esto.

El invierno estaba por llegar. Tenía unas cobijas de pura lana que compré para los campings de las montañas, y que deseaba llevar a casa de los papás de Medardo para que se las entregaran. A él le harían más falta para amortiguar el frío inclemente del penal. Ya para esa fecha sentarme a la mesa de la cocina con los padres de Medardo era casi una costumbre. Me gustaba ir para escuchar su perspectiva de Medardo, ya que yo no lo veía nunca y ellos sí. Amparo me invitó a la inauguración de la sala para la Paz aquel día que Medardo dio el discurso, ni siquiera le comenté a Medardo que no quise ir, me partía el alma saberlo preso, prefería mantenerme en el anonimato de un trabajo silencioso en la distancia, ya lo vería como él realmente es: libre.

Gorros fabricados en la cárcel, manufacturados por compañeros en el taller de corte y confección, hechos con recortes de cobertores. Una muestra más de la creatividad que abunda en este lugar.

Policías de guardia vestidos de negro.

?Cambio por fuera y por dentro ¿o viceversa

La población lucía tranquila después del motín de los días pasados. La rápida intervención de los guardias de seguridad que aprehendieron a los implicados en la riña, incluyendo al traficante de pastillas psicotrópicas, nos devolvió la relativa tranquilidad carcelaria. Se llevaron a muchos. Probablemente por la gravedad de sus actos ya no regresarían. Ahí no importaba qué delito se cometía o por cuál delito se te acusaba. La Extensión de La Ciénaga era para presos con buena conducta. Así de simple, si esta condición no se cumplía, ahí no había cabida.

El resto quedamos advertidos por los guardias: “¡Si pelean, van a pasar cuando menos quince días en las celdas de castigo, sin cobijas, a la pura intemperie!”

Las mañanas frías y lluviosas terminaron por doblegar mi amor al arte de trotar al aire libre. Limité mi ejercicio a la práctica del yoga durante la clase que impartía. El resto del tiempo lo pasaba en la biblioteca, leyendo y preparando temas para los siguientes cursos de Desarrollo humano. El proceso legal no iba bien. Aun pesaba en mi ánimo la notificación del juicio de amparo que se difirió por cuarta ocasión, por tanto, tampoco podía continuar el juicio para demostrar la suplantación de identidad fiscal. Con eso quedaba anulado el sueño de pasar Navidad con mi familia. Había invertido mucho tiempo al teléfono con mis abogados, tiempo en que me la pasé manoteando. El rostro se me endurecía cada vez más. La inactividad y las bajas temperaturas invitaban al pan dulce, a las galletas y al café. Mi figura pasó de atlética a barriga panadera. Por esos días yo era un hombre de piernas pesadas, pasos cansinos, hombros caídos, enjuto. Quizá fuese el frío, quizá mi cuerpo impedido para callar más, expresaba mi realidad emocional. ¿Sería que me estaba derrotando la tristeza y la incertidumbre del encierro que no terminaba?, ¿será que me estaba rindiendo a esa nueva realidad?, ¿me estaría tragando el sistema en el que vivía?, ¿estaría compensando mis penas con la comida?

Buscaba distraerme jugando scrabble con los paisanos y empresarios. Pasábamos horas entretenidos, algunas veces la pasión nos ganaba y discutíamos sin llegar a más, pero la mayor parte del tiempo la pasábamos riendo con las ocurrencias de don Marco, Pepe Garza, y el dúo de los hermanos César y Alfonso. Lemon Pepper había estado menos participativo, sin su acostumbrado humor ácido. Ya no peleaba en el juego con Pepe Garza. Llevaba todo el rato pensando en su próxima salida.

*

Cierto día mientras jugábamos, llegó un mensajero:

—¡Salvatierra, le llaman en la caseta!, ¡parece que es visita de abogados!

—Disculpen, caballeros, tengo que irme ¡Lástima que no pudieron ganarme esta tarde! —me levanté con una gran sonrisa.

En la caseta me colocaron las esposas, me dirigieron hasta la malla donde me las quitaron. Luego me encaminaron a la antesala del túnel donde esperé lo que me pareció una eternidad, el frío me congelaba los huesos, la mandíbula no paraba de temblarme. Media hora después llegó el

guardia. Caminamos por el túnel. El guardia venía atrás de mí, tal como lo marcaba el protocolo de seguridad. Era la primera vez que me escoltaba ese custodio y ¡ojalá fuera la última! El tipo no paraba de hablar mientras su mano apretaba mi hombro tratando de exagerar su dominio — ¡qué se pensaba!, ¿tendría miedo? Hice un sobreesfuerzo para tolerar el sometimiento innecesario al que ningún custodio había incurrido antes. ¡El túnel estaba lleno de cámaras, o sea que ni cómo huir!

Llegamos a la zona de abogados. Apareció mi hermano tras los barrotes y la reja de pequeños romboides.

—¡Qué hay! —Miguel colocó su puño en la rejilla que choqué con mi puño. Apenas unos pedazos de piel logran asomarse y hacer contacto entre sí.

—¡Qué onda!, ¿cómo va la cosa? —lancé la primera pregunta incómoda. Mi hermano se limitó a observarme. Su mirada era compasiva.

—Ya sabes cómo va —dijo sin tratar de disimular nada—. Se está tardando —su mirada se acentuó para decirme—. Pero no vine a eso.

—¡Sí que lo sé! Dijiste que saldría antes de Navidad y ya estuvo que no; debe de haber otras maneras ¿no le están poniendo suficiente atención a mi caso o qué?

—Te repito que no vine a hablar de tu caso. Ya conoces la situación. —Su mirada continuaba compasiva—. Vine a saludarte, a desearte feliz Navidad porque me voy a tener que ausentar más de un mes. Aprovecharé que no podemos avanzar en tus juicios, pues los tribunales estarán cerrados por las vacaciones e iré con mi esposa a Estados Unidos y al rancho. Ya no podré venir hasta enero o febrero. ¡Me urge un tiempo para mí y mi familia! —El silencio invadió la escena. Yo no atinaba qué decirle. ¡Me sacudieron sus palabras! Nunca esperé lo que dijo. Una mezcla de abandono y compañía chocaban dentro de mí dejándome sin saber qué sentía.

—Te lo agradezco mucho. Feliz Navidad para ustedes también —mi voz sonó entrecortada cuando pude articular palabra.

—Sé que ocupas tenis. Mira, te traje unos nuevos, de pasada algo de ropa y deposité dinero para el teléfono. Ahora Miguel hablaba con la cabeza gacha.

—Gracias —dije con voz triste.

—También he estado pagando el seguro de tu coche; le acabo de comprar llantas. Ya desocupé tu departamento, está todo empacado y resguardado.

—No sigas, ya has hecho demasiado —le dije tratando de detener su conversación—. El coraje con la demora del juicio me ha tenido cegado, te ofrezco una disculpa por mi egoísmo, no he pensado en ustedes.

—¡Nada que disculpar, hermano! —Miguel regresó a su ya acostumbrada calma mientras en su rostro se dibujaba una enorme sonrisa, indicador innegable de que mi disculpa era aceptada.

Nos despedimos. Me retiré triste al encierro, mientras él se quedó observándome con su mirada compasiva. De regreso en el túnel, ya no importó la mano del guardia sobre mi hombro. Iba con el alma quebrantada, las lágrimas rodaban por mis mejillas. Percibía una realidad que no había querido ver. Qué sabiduría y paciencia la de mi hermano para sortear mis enojos y saber esperar el momento preciso para poner las cosas en el lugar que les corresponde y darme un sorbo de mí no tan grata realidad. Con su visita me quedaba claro que todos estos meses he estado más preso de mis emociones —de desesperación, frustración, de coraje porque las cosas no fluyen en el tiempo que a mí me gustaría— que del encierro en este lugar. ¡Cuánto dolor siento al darme cuenta de que soy el creador de mi prisión personal! ¡Dios, perdona mi ceguera, aparta de mí este dolor, no me abandones!

Desde lo más profundo de mi alma buscaba la sabiduría para aceptar mi situación. Comencé a asistir a misa con mayor frecuencia, caminaba casi a todas horas, jugaba al scrabble con los compañeros.

Entraba el último mes del año, necesitaba sobreponerme a la pesadumbre de mi cuerpo y de mis pensamientos que me provocaban nudos en el estómago y en la garganta; batallaba hasta para tragar saliva. Esa maldita ansiedad me provocaba unas ganas endemoniadas de devorar pan dulce. Así la vida en la cana, cada día librando una batalla interna por mantener la paz.

El viernes, como casi siempre, había llegado el sacerdote a las ocho cincuenta a La Extensión. Era un día frío, el cielo estaba despejado, un poco de sol impedía que el helado viento llegara hasta los huesos. Si todo iba bien, y no nos sorprenden con alguna revisión u otro impedimento de seguridad, la misa se celebraría a la hora programada. Minutos después don Germán anunció que la ceremonia estaba por iniciar, recorrió pasillo por pasillo haciendo sonar de manera incesante una campana de mano. Sin duda en ese momento don Germán se sentía grande dentro de su pequeño y menudo cuerpo. Ayudar al sacerdote le fascinaba. Él, su monaguillo.

Ese día 5 de diciembre estuve puntual a las nueve y como siempre, me anoté para apoyar con alguna de las lecturas. Divisé al Chef y al Máster unas filas adelante. Estaban apartando cuatro lugares. Custodiando la puerta estaba El Felino, “pistolero”⁴ de Pepe Garza. La misa aun no iniciaba. El sacerdote, se caracterizaba por estar siempre sonriente. Era como un niño en el cuerpo de un adulto, su presencia irradiaba pureza y sabiduría. Ese día vestía sotana blanca con una estola verde olivo. Era un ser humano valorado en La Extensión al que frecuentemente El Chef le invitaba a almorzar al restaurante después de la misa.

—Orad, hermanos —pidió el sacerdote con sus manos entrelazadas a la altura del abdomen. Los presentes nos pusimos de pie. Él repartía bendiciones e invitaciones al arrepentimiento del pecado, previas a la primera lectura a la que don Marco esperaba turno para ir al frente a leerla. De repente un silbido interrumpió la ceremonia. Nos volvimos solo para ver que El Felino chiflaba y abanicaba con la mano, a manera de apurar a alguien. César, Alfonso, Pepe Garza y el Lemon Pepper por increíble que parezca, aparecieron en el salón. Los cuatro lugares eran para ellos. La presencia del pistolero en la puerta era una señal inequívoca de que su padrino asistiría.

Don Marco, erguido y con el mentón levantado, los miraba sonriente mientras esperaba la señal del padre para reanudar el ritual. Yo, al igual que los demás, me limitaba a observar. César estaba sudoroso a pesar de la baja temperatura, Alfonso tan positivo y tranquilo como casi siempre, Pepe Garza con su imborrable sonrisa; pero el ateo consagrado de Lemon Pepper parecía estar inquieto. Agachaba la cabeza constantemente, se agarraba el cabello, ni por error mostraba las costosas carillas que cubrían su dentadura, parecía que la valentía la había dejado en su celda. Sí que era raro que estuviera ahí y en esas condiciones de desasosiego.

La ceremonia continuó. Leí la segunda lectura y la oración previa al aleluya. Azorado continué observando el momento de la comunión. El Lemon Pepper pasó a tomar la hostia y al terminar la misa se acercó a la mesa de plástico con un mantel blanco que funcionaba como altar y pidió audiencia al sacerdote. Ahí permanecieron hablando como por tres minutos hasta que finalmente vimos a el padre hacer ademanes en forma de cruz dándole la bendición. Afuera del salón lo esperaban Pepe Garza, El Chef, César, don Marco, el Máster, Alfonso, y El Felino. Yo me uní al grupo con la inquietud de saber qué ocurría, y ponerme a sus órdenes.

—¡Eh weyes!, ¿qué está pasando?

—El Lemon Pepper anda bien asustado por su salida —explicó don Marco.

—En verdad anda bien culeado —complementó Pepe Garza—, lleva varios días que ya ni

quiere jugar scrabble.

—Pero se supone que le tramitaron un amparo para que cuando saliera de aquí lo trasladaran directo al Consulado Americano —apunté—. Tú lo redactaste en la computadora de la biblioteca, ¿no, Cesar?

—Sí. Y por fortuna fue admitido y también concedido —respondió con orgullo mientras se enjugaba el sudor de la frente.

—¿Entonces? —pregunté a todos.

—Pues el miedo no anda en burro —comentó Alfonso, dando el toque suavizador al momento.

—Acuérdense por todo lo que ha pasado y quienes son los que lo inculparon —intervino don Marco, metiendo comprensión al asunto.

—Pues ojalá que todo vaya tranquilo y lo lleven directo al consulado —agregó el Máster.

—Sí. Por él, por sus abogados y por nosotros no ha quedado, y creo que tampoco va a quedar por Dios —acotó mientras veíamos cómo se acercaba el Lemon Pepper a la salida del salón con un semblante más relajado.

Nos fuimos caminando por el pasillo de alambrada. Don Marco iba a un lado del Lemon Pepper dándole palmadas en la espalda para animarlo, los demás veníamos tras de ellos. Pepe Garza sonriendo, César parecía que se aclimataba cuando recibía el aire helado; Alfonso, el Máster y yo discutíamos sobre si los Tigres o el América iban a ser campeones del fútbol mexicano ya que estaban en la antesala de la gran final. El Chef y El Felino se ponían de acuerdo para el horario de la comida y sobre cuáles ingredientes faltaban para los platillos. Antes de llegar a nuestro ambulatorio, me desafané del grupo, fui a la tienda por café. Lo paladeé, reflexioné sobre la situación de mi compañero que se iba libre. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, me regocijaba su partida y por otro, quería ser yo quien saliera. También pensaba en la ola de emociones que él debía estar viviendo. Le carcomía el alma saber que se iba libre, y a la vez lo sobresaltaba que su contraparte lo estuviese esperando a la salida para dañarlo, como ya se lo hicieron a sus familiares. Aunado a esto, su libertad se llevaría a cabo por medio de un traslado, lo cual él también aborrecía. ¿Cuán grande será su miedo que hasta a la iglesia fue a parar a pedir bendición al sacerdote? Lemon Pepper era como un ateo dentro de un avión a punto de estrellarse. No tendría manera de no hacerse creyente en ese momento y orar con fervor pidiendo por su vida.

Dieron las dos de la tarde y se escuchó al canastero gritando a todo pulmón el número de interno del Lemon Pepper. Él empezó a caminar serio, a paso lento escoltado por un guardia. Siendo alguien tan popular, la raza le formó una valla en el pasillo de alambrada. Al caminar por ahí se llevó una infinidad de mentadas de madre y rechiflas. Al final del pasillo, se detuvo, dio la media vuelta y gritó haciendo un corte de manga:

—¡Chinguen a toda su reputísima madre, pinches culeros! ¡Me la pelan todos!

Luego se volvió, sonrió y siguió su camino hacia la esclusa. Quizá en ese momento liberó presión por lo que estaba sucediendo con su proceso de libertad. Ignoró por completo las últimas rechiflas de los que, en unos minutos más se convertirían en sus excompañeros.

Cuatro días después nos enteramos que llegó a salvo a su lujosa residencia en California. Llamó a los familiares de don Marco para que nos hicieran saber que ya estaba a salvo. Comentó que lo tuvieron retenido en los juzgados federales alrededor de 48 horas hasta que finalmente lo trasladaron al consulado americano, donde lo asistieron con alimentos, ropa y un vuelo a los Estados Unidos.

Memorias de Luz

Para el mes de diciembre Medardo me pidió que evitara hablar con Justino. Algo sucedió entre ellos. Medardo decidió dejarme fuera. No pregunté, respeté su petición y no volví a comunicarme con Justino en todo el tiempo que Medardo permaneció en prisión. Me limité a llamar a sus padres e ir a visitarlos. Cuando quería saber algo sobre audiencias, juicios y demás me comunicaba con Miguel. En tanto seguíamos trabajando duro con los temas de Desarrollo humano e ideas para la clase de yoga, y el Cine de valores, además de toda la creatividad que Medardo invertía día a día para sobrevivir en aquel ambiente. El objetivo se estaba cumpliendo a la perfección: la mente de Medardo permanecía ocupada en cosas positivas y su corazón libre de todo veneno.

Por esos días noté que, con las vacaciones de invierno de la Salas para la Paz, Medardo espaciaba su comunicación. Era como si me diera una tregua para que viviera la época decembrina sin preocuparme por él. Ya era un hecho que permanecería en prisión esa Navidad. La situación legal estaba detenida ya que los empleados de las dependencias gubernamentales vacacionaban. En estas fechas no había ninguna esperanza de que pudieran liberarlo. Debíamos entender y aceptar esta cruda realidad.

...Si la vida te da una bofetada

Era el tiempo de soltar, de estar solo, sin importar si crecía la barba, si lucía desaliñado, si mantenía la mirada gacha, si me dejaba caer emocionalmente. Hacía tres semanas que Miguel se despidió y yo ya no pude sostenerme ¡La tristeza me enflacó el alma! Mi rostro se demacró, cambiaron mis facciones. A veces pensaba en mí con el aspecto de un terrorista musulmán. Contrariamente, a la vista de mis compañeros me convertí en un respetado maestro al que apodaban senséi. En honor a ello resurgí: hice las paces con el rastrillo. Bien dice Luz que “La cárcel es un organismo vivo, un sistema que tarde o temprano te absorbe. ¡Te traga!” Veamos hasta cuando me vomitaría esta pinche bestia de concreto.

En la regadera de la celda, el ritual del baño invernal comenzó. Paso uno: tocar el agua, si estaba caliente significaba que la caldera estaba prendida, es decir que era momento de tomar el baño con calma, relajado. Si el agua estaba fría, el paso dos era bañarme en el menor tiempo posible.

Bañarme con agua helada en invierno me conectaba con el momento presente, con la realidad que a veces no quería ver al llenarme de actividades. Cuando recibía la descarga de agua helada me ubicaba en la cárcel de La Ciénaga, de donde no podía huir y no me quedaba más que contener los reflejos involuntarios de la desesperación de estar preso, tal cual lo sentía bajo este chorro helado. No me quedaba más que unirme a ellos y danzar por la desesperación mientras estallaba en llanto. Tallarme la piel con rabia por la injusticia y secarme el cuerpo con coraje de estar en aquel lugar inhumano.

En esa ocasión, por fortuna, la temperatura indicaba que el agua era ideal para suavizar la barba y abrir los poros. La dejé correr mientras me enjabonaba y lavaba. Luego alisté la mandíbula para el rastrillo, coloqué una toalla alrededor de lo que quedaba de cintura. Necesitaba darme prisa para aprovechar el vapor del agua caliente, pues al dispersarse, el baño se enfriaba más que el

exterior. Busqué el rastrillo, repasé mis artículos de limpieza personal: cepillo de dientes, pasta, champú, desodorante. Miré al piso a ver si se había caído y nada ¡El rastrillo desapareció! Salí de la regadera, husméé en el área de la cama ¡Nada! continué buscando y nada. ¡No encontré al bendito afeitador! Regresé al lavabo, me enjuagué la espuma de la barba, mientras una imagen llegaba a mi pensamiento. Sonreí. ¡Hijos de su madre! Me robaron una vez más. Salí de la celda, caminé por los pasillos renovado, fluía, mis pasos ya no arrastraban, mi mirada era otra, sentía la luz salir de nuevo por mis ojos.

Decidí buscar la imagen que me regaló mi mente instantes atrás. Volví el rostro hacia todos lados, revisaba los pasillos de los dormitorios, la peluquería, el comedor; preguntaba a los compañeros, bajé la escalera, salí al patio, caminé hacia los lavaderos. A punto de llegar por fin lo encuentro.

—¿Qué onda, Pipiolo? —saludé muy alegre a mi ex empleado lavadero.

—¡Ese de los Medardos!, ¿qué hay que hacer?, ¿le lavo ropa, le pinto la celda? —contestó evidentemente amoscado.

—Pues fíjate que no encuentro mi rastrillo, ¿cómo la ves? —le dije retador.

—Ahhh, ¿y por qué me lo dice a mí? Yo no fui. Es más, yo ni entro a su celda —contestó amparado por una dignidad que en su vida ha conocido.

—Has entrado en un par de ocasiones: una vez para tomar el bote de gel y otra para regresarlo, ¿te acuerdas?

—Pero si todos los días entra el Charles Bronson, ese sí que no sale de ahí. De seguro él fue —dijo bateando el asunto. A mí me parecía que el Charles Bronson, el de los ojos rasgados tipo oriental que con su mirada parecía leerte el alma, era más bien ley, él nunca se quedaba con ferias cuando lo mandabas a la tienda.

—Él nos hace el aseo y nunca ha tomado nada de ahí —Traté de acorralarlo con argumentos sólidos.

—¡Yo no fui! —contestó cortante.

—Pipiolo, si necesitas algo puedes contar conmigo —lo vi directo a los ojos.

—¡Está bien! Pero créame, yo no fui —me dijo en un intento inútil de convencerme.

—¡Sobres! —di la media vuelta adivinando cómo bajaba la mirada.

Me apresuré para ir a la tienda por un rastrillo antes de que apagaran la caldera.

Más tarde, en el interior de la celda y con el rostro perfectamente afeitado, me senté en el filo del escalón que separaba el área de las camas del minúsculo baño, frente a una cubeta llena de agua, una bolsa de detergente y un cepillo. Me disponía a lavar los tenis pues aún estaban en buen estado, cuando llegó Quico.

—¿Qué haces?, ¿para qué los lavas?, ¿los vas a vender?

—Son para regalárselos a un amigo —repuse sonriente.

—Entonces ¿qué caso tiene que los laves? —preguntó con cierta ironía.

—A mí me gusta recibir regalos en buen estado para usarlos al momento ¿Te imaginas recibir como regalo unos tenis llenos de lodo? ¿Qué sentirías? —El Quico era buena gente, ingenioso y creativo, y a pesar de estas virtudes aun pesaban mucho sobre él los prejuicios del barrio.

—¡Ah, pues así sí!, claro que me gustaría que me los dieran limpios. Oye, ¿a quién se los vas a regalar? —Curioseó.

—A Pipiolo —contesté con sonrisa de travesura.

—¿Cómooo?, si él agarró el rastrillo —incrédulo abrió los ojos.

—Estimado Quico, cuando la vida te de una bofetada, ponle la otra mejilla —levanté la mirada

para verlo a los ojos. Él levantó las cejas en señal de sorpresa; yo bajé la mirada y continué lavando los tenis.

—Pos sabe...—dijo a modo de despedida.

Días después cuando por fin los tenis estaban secos, busqué al Pipiolo. Estaba recargado en una de las bancas de la palapa mirando cómo las hormigas despedazaban el cuerpo de una cucaracha. Sin mediar palabra le entregué los tenis impecables de limpios. Él sonrió, se los calzó y brincando se fue por los pasillos presumiendo su regalo, por el patio, el comedor, de vuelta a la palapa; corría por los rincones donde veía gente, como niño con juguete nuevo. Yo contemplaba el resultado de una acción hecha de todo corazón. En un instante un “maleante” se transforma en el niño más tierno y feliz de la tierra. Agradecí al universo ser testigo de este momento en el que de un acto tan sencillo se desprende una grandeza que retumba en el cosmos entero.

Dar en realidad es recibir. El regalo en realidad fue para mí. No tiene precio testificar la sonrisa, la alegría de un muchacho al que le ha pasado el tren de la vida por encima más de una vez a su corta edad. Su rostro irradiaba luz, se reactivó en él la fuerza más poderosa en el universo: el amor. A partir de ese momento Pipiolo se convirtió en el más fiel de los amigos, me visitaba casi a diario en la Sala para la Paz, compartía conmigo situaciones personales recientes y pasadas; en ocasiones las lágrimas rodaban por su rostro infantil, se desahogaba, confiaba en mí, sabía que no pondría en duda su reputación de chico malo por sus múltiples hazañas callejeras delante de sus compañeros, ante los cuales lucía imponente con su gran estatura, cuerpo atlético y abundantes tatuajes.

Más de una vez le recomendé leer, pero no se animaba. Para él el único libro que existe es la Biblia. Decía leerla todas las noches cuando estaba tapiñado (encerrado entre las cortinas). Pipiolo cambió mucho su conducta, se sanaba a través del desahogo diario, y de ser servicial. ¡A todo le hacía y lo hacía bien! Se ofrecía para trabajos de carpintería, pintura, limpieza, lavandería, con la diferencia que regresaba los materiales sobrantes a quien lo contratara. Ya no dormía hasta mediodía —tampoco madrugaba—, pero hacía un poco de ejercicio y aunque su dinero no le alcanzaba para comprar comida del restaurant, procuraba alimentarse mejor. Creí que era un buen comienzo.

Nochebuena y Navidad en la cana

Llegó la temida y a la vez deseada Nochebuena. Era triste estar en prisión el día que la familia se reunía. Traté de no pensar en ello pues me llevaba a sentirme víctima y ese papel no lo acostumbraba a actuar en la película de mi vida. Al parecer todo transcurría igual, los protocolos de seguridad no variaban ningún día del año. Pase de lista por la mañana y por la noche aun cuando fuera día festivo. Lo único diferente era el menú de la cena: pollo frito con espagueti al estilo Kentucky decía la raza, anhelando ya el succulento platillo. Comer algo diferente dentro de la cana siempre era motivo de regocijo.

Cuando llegué Luz me preguntaba preocupada, mientras conversábamos al teléfono: “¿Comes bien, Medardo? ¿qué les dan?” Le contesté con una frase que me salió instantánea: el menú aquí es básicamente vegetariano. Luz rio a carcajadas. “Que elegante y positiva forma de decir que estás a puros frijoles y pan”. Nos reímos y nos mofamos de lo estricto que era yo antes de llegar aquí en el tema de la alimentación. En la medida que el bolsillo lo permitía, hasta productos

orgánicos compraba, ajustaba la cantidad de proteínas, carbohidratos y grasas de cuanto consumía. ¡Cuánto me hubiese gustado llamar a Luz para decirle que comería un grasoso pollo frito!

Desde principio de diciembre decidí espaciar las llamadas. Quizá la tristeza por estar preso en estas fechas fuese recíproca, consideré que era mejor alejarme para que los demás la pasen bien. ¡Que se desprendieran de mi situación! “Tregua natural al intercambio de dolor”, dictaba resignada mi voz interior.

—¡Compadre! —El Muñeco abrió intempestivamente la cortina de mi bunker.

—¿Qué onda?, ¿qué pasa? —desconcertado aparté la vista de la libreta en que trabajaba.

—Pues te están buscando tus hijos postizos —declaró muy sonriente—. Hasta alucinan que te fuiste sin despedirte.

—¿Y ya saben que aquí ando, o los dejaste con la duda?

—Pues como yo vi que te trepaste a tu bunker y cerraste todas las cortinas, supuse que querías privacidad, así que mejor así lo dejé.

—Estoy haciendo un presupuesto para invitarlos a cenar mañana para celebrar la Navidad —expliqué, mientras pensaba en eso de tus hijos postizos.

—¡Órale, pues muchas gracias! ¿Y quiénes estamos invitados?

—Mira, estoy armando una lista con la gente que no recibe nunca visita. También incluí a mis consentidos.

—Dime cómo te ayudo —dijo con una sonrisa inocultable.

—Qué te parece si tú bendices los alimentos.

El Muñeco guardó silencio. En sus ojos advertí un dejo de ilusión, y llevando sus manos una sobre otra en el corazón, soltó palabra.

—Claro, compadre —dijo con un hilo de voz —con mucho gusto. Yo me encargo de la bendición. Incluso, tengo una oración para eso —sus manos seguían sobre su corazón—. ¿Algo más?, ¿compro refrescos?

—Ya está cubierto todo. Llevo varias semanas ahorrando el dinero que manda mi amiga Luz. Con tu valiosa presencia y tu bendición basta por ahora.

—¡Qué buena onda, Medardo! Más que puesto para la cena de mañana —y desapareció de la celda.

—Por favor díles a los que me buscan que acá ando, que no se alarmen —dije a su espalda.

Ya iban a dar las siete, los expendios estaban por cerrar, la cena estaba próxima. A esa hora los compañeros buscaban a su grupo habitual para compartir el platillo estelar del rancho. Uno que otro se preparó con provisiones extras del restaurant y la tienda, más lo que no podía faltar en ningún rincón de nuestro México: los típicos tamales de la época navideña, que se vendieron en el restaurante desde temprana hora. El grupo de los empresarios organizó una cena canera e invitaron a varios de sus amigos incluyendo a don Marco, al Mochis, al Master, a Alex El Bisonte, y a mí. Deseábamos que Lemmon Pepper estuviera ya de lujo con su familia. Nos esperaban en la mesa junto a sus fieles amigos y servidores: El Chef y El Felino. Era una noche distinta. Aunque la pasamos bien, la conversación estuvo tranquila, ausente de las acostumbradas carcajadas; tal vez por la tristeza que nos embargaba el alma al sabernos lejos de nuestros seres queridos en Nochebuena. Trataba de concentrarme en el presente, de no imaginar la mesa en casa de mis padres, rodeados de mis hermanos y sobrinos. Sería una vez más sin mi familia. La anterior me la pasé en el ashram. Me impuse la tarea de disfrutar la compañía que en ese momento me rodeaba, de concentrarme en lo positivo que ellos eran, tratando de tomar su misma

perspectiva. Antes de la cena, don Marco, tomó la palabra, inspirado dejó de lado sus ocurrencias y chistes.

—Buenas noches, doy gracias por estar aquí con gente tan valiosa en este día, me honra su amistad. Es un gusto coincidir con ustedes, estoy seguro de que pronto tendremos oportunidad de convivir con nuestras familias y hacer posadas entre nosotros en libertad. Traje una reflexión para compartirles. Si me permiten se las leeré. Se llama No te rindas —desdobló una hoja que extrajo del bolsillo de su pantalón.

*No te rindas, aún estás a tiempo,
de alcanzar y comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,
liberar el lastre, retomar el vuelo.
No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje,
perseguir tus sueños, destrabar el tiempo,
correr los escombros,
y destapar el cielo.*

*No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme, aunque el frío muerda,
aunque el sol se esconda y te cale el viento.
Aún hay fuego en tu alma,
aún hay vida en tus sueños.*

*Porque la vida es tuya y tuyo es el deseo,
porque tú has querido y porque te quiero,
porque existe el vino y el amor, es cierto,
porque no hay heridas que no cure el tiempo.*

*Abrir las puertas, quitar los cerrojos,
abandonar las murallas que te protegieron,
vivir la vida y aceptar el reto,
recuperar la risa, ensayar un canto,
bajar la guardia y extender las manos,
desplegar las alas e intentar de nuevo,
celebrar la vida y retomar los cielos.*

*Porque cada día es un comienzo nuevo,
porque esta es la hora y el mejor momento,
porque no estás solo, porque te quiero.⁵*

Agradecemos a don Marco sus palabras de aliento y la reflexión tan bella que nos compartió. Pepe Garza propuso chocar nuestros refrescos a manera de brindis para desearnos una feliz Navidad.

Al terminar la cena nos despedimos agradeciendo la invitación a los deliciosos tamales. En cuestión de minutos el grupo se desperdigó, unos a su celda, otros a los teléfonos. Era una noche tranquila, los pasillos lucían solitarios, los compañeros de mayor edad ya estaban acostados, protegiéndose del frío, del sereno de la noche en la paz de su cama. Mientras tanto en el patio se vivía la otra cara de la Nochebuena canera. Bajo un frío de dos grados centígrados y de vientos fuertes, un montón de jóvenes formaban una gran valla en el pasillo de alambrada, gritaban y aplaudían mientras algún compañero o varios pasaban al centro a bailar y a hacer acrobacias al son de los ritmos colombianos y regionales que sonaban muy fuerte. Como de costumbre, la

mayoría vestía sandalias, bermudas, manga corta o un ligero suéter. Eran muchachos guerreros, que aprovechaban el permiso de la música por ser Nochebuena para mostrar sus habilidades. Se explayaban, gozaban, dejaban que sus cuerpos se expresaran. El frío pasaba a segundo término, estaban de lo más divertidos. Esa noche rompían con la rutina del encierro, se notaba que sus mentes volaban al barrio que los vio crecer, a donde añoraban regresar a bailar en familia, con la banda.

Todo era fiesta, baile, algarabía hasta que llega don Mamón, el jefe de guardia en turno.

—¡Muchachos, es la hora de la lista! ¡A meterse todos!

De golpe volvimos a la dura realidad de la prisión. Ese lugar donde se vive casi a la intemperie alejado de la ciudad, un micro mundo en el que en apariencia no existe el dolor, en el cual muchos sonríen sin lograr auto engañarse.

*

Amaneció gélida la mañana del veinticinco de diciembre. Un sol legañoso despuntó dando la bienvenida entre bostezos a la visita. Las autoridades abrieron las puertas a la hora marcada. La temperatura empezó a subir con el paso de las horas. Los familiares se abrazaban, se festejaban con las manos llenas de cariño y nada más. La prohibición de entregar objetos sin inspeccionar seguía vigente a pesar de la fecha señalada. Algunos se llevaban la sorpresa del año: ¡los visitaba algún familiar que de pronto les recordaba! La Gorda, un tipo de enorme complexión, fue uno de esos. Era jefe del restaurant y tuvo que dejar el changarro en manos de inexpertos jóvenes al ver llegar a sus familiares a quienes no veía en años.

La Ciénaga se engalanaba con la festividad que se extendió el día entero. Después llegó la hora de despedirse, de dejar ir, de ver partir a los seres queridos. Mis padres habían respetado el acuerdo unilateral de no ir a visitarme en esos días, quería liberarlos del dolor de verme encerrado, preferí que pasaran una Navidad en paz con el resto de la familia.

Era la hora de la lista: las siete de la noche, era la hora del ajeteo. Algunos se resguardaban del frío en el edificio, algunos otros cocinaban, otros se sentaban a jugar en grupos.

Llegó el momento de compartir con mis invitados la cena. El Quico y el Bart fueron al restaurant por los platillos ordenados y pagados desde la víspera. El Charles Bronson y El Pipiolo se lanzaron a la tienda por los refrescos, también ya pagados y seleccionados por el sabor preferido de cada uno de mis veinte invitados. Vi al Charles Bronson cómo arrastraba un poco la pierna derecha por una placa metálica que tenía incrustada en el fémur. Usaba bigote, invariablemente vestía playera grande de color blanco y unos jeans aguados que lo hacían verse fiero, pero por dentro para mí era un alma abierta. No por nada con el tiempo se convirtió en mi pistolero.

Fui al comedor a separar, limpiar y desinfectar una de las mesas largas de concreto. Los comensales fueron llegando, los que elegí por no recibir visita y porque habían pasado a ser parte de la lista de mis seres queridos: El Chapeado, El Mairo, don Raúl —el agricultor—, don Cristiano. Intercalé a un viejo sabio y un joven. Regresaron El Quico y el Bart con la cena: platos individuales con guisado de chicharrón en salsa verde, acompañado de frijoles refritos y arroz, con abundantes tortillas. Los refrescos bien fríos. Cada invitado tomó el sabor que eligió con anticipación. Estaba todo listo para comenzar nuestro convivio. Algunos compañeros que no fueron invitados curioseaban alrededor de la mesa y se quedaban de cabras, observando, tirando carrilla. Sobresalía El Catrín, joven inquieto y problemático que recién había llegado de la

población general de La Ciénaga. Era alumno en mi clase de yoga, siempre buscando llamar la atención de manera negativa, siempre molestando. Esta vez hicimos caso omiso a sus comentarios alrededor del convivio. Tomé la palabra:

—Muchas gracias por aceptar esta invitación. Mi intención es compartir una Navidad en familia. Ustedes conforman la mía aquí dentro, junto con otros compañeros que me hubiera gustado incluir, pero no me fue posible. Como se habrán dado cuenta estamos sentados de manera estratégica, cada joven tiene a un lado un ser sabio en experiencia. Ellos llevan mucho camino recorrido, estoy seguro de que, si ustedes necesitan un guía o un buen consejo, en este momento lo pueden obtener platicando con la persona que tienen a su lado. Me atrevo a asegurar que ellos están deseosos de compartir lo que saben. Aprovechen esta oportunidad, si no empiezan ahora, en este lugar lleno de oportunidades, entonces ¿cuándo? ¡Gracias por formar parte de mi familia canera! Y si alguno de ustedes quiere decir algo, los invito a tomar la palabra aprovechando la energía que estamos generando aquí reunidos.

—Gracias, profe —dijo don Raúl, el agricultor.

—Gracias por la invitación, compadre —dijo El Muñeco.

—Gracias, Medardo —dijo El Quico.

—Muchas gracias, m'ijo —dijo El Chapeado, uno de los viejones.

—Jóvenes —se levantó don Ronaldo, uno de los sabios—. Es cierto lo que dice Medardo. Eviten este camino. Nosotros podemos ayudarles. Al ver a muchos de ustedes, nos estamos viendo, ustedes son un reflejo de nuestra juventud. No se la acaben haciendo maldades, eviten regresar a este lugar —me parecía que un nudo amenazaba aparecer en su garganta.

—Sí, a veces la regamos, pero podemos cambiar —dijo El Mairo para sorpresa de todos—. Hay que tomar los consejos de los mayores. Gracias por invitarnos la cena, Medardo. —Agradecí con un sencillo gesto de cabeza, pero interiormente, me puse de pie y agradecí a punta de aplausos las palabras del Mairo, uno de los jóvenes líderes más inquietos y revoltosos en La Extensión. Nuevamente confirmaba que las buenas acciones traen buenas actitudes.

—¿Alguien más? —pregunté mientras observaba las ganas de comer de todos. Dirigí la mirada al Muñeco y le pedí por favor que bendijera los alimentos. Él, a viva voz hizo gala de elocuencia al compartirnos una oración bien conocida por él:

—Bendice, Señor, estos alimentos que por tu bondad vamos a recibir; bendice las manos que los prepararon. Da a los que nada tienen y concédenos el don de compartir a los que sí tenemos. Ayúdanos a vivir en la paz y a ver tu justicia. Amén.

La energía del comedor se transformó. Los que estaban en la mesa como los mirones se sumieron en un total silencio. Al escuchar a su compañero, aprovecharon la luz del rezo que en este momento destellaba para todos lados. Con el rabillo del ojo alcancé a ver cómo se persignaban algunos de los compas no invitados.

Después iniciamos la cena de Navidad.

Todo transcurrió sin contratiempos. Fue escasa la plática durante la cena, la sobremesa fue breve. Como siempre, en la cana, al terminar cada uno tomaba su rumbo hacia los dormitorios. Yo me quedé agradecido por la oportunidad de vivir una Navidad con abundantes alimentos, llena de amor, acompañado de esta familia canera. La sensación de ser el patriarca, aunque fuera por una noche, me dejó satisfecho y feliz. Esa noche tomé la decisión de rendirme ante la voz de mi corazón y dejar que las cosas sucedieran a través de mí, ¡Compartir es el mejor regalo de Navidad que se puede recibir!

Esa noche pude comprender el sentido de las palabras que el director Pedro Salido,

pronunciaba en sus discursos: “El ser humano es lo único que entra en esta prisión, los delitos se quedan afuera” ¡Cuánta razón tenía! Hoy puedo ver que los humanos tenemos un corazón puro y noble en esencia y si le damos la oportunidad aquí o en cualquier lugar, de tomar las riendas de nuestra vida, estaremos dando un paso muy importante hacia la conquista de nuestros sueños. Esa noche se cumplió uno muy importante para mí: pasar una Navidad feliz, con ésta, mi nueva familia canera.

El ashram

Metido en mi camastro, la luz apagada, el estómago lleno y el corazón rebosante, me enfrenté con la irreparable realidad de no poder dormir. Había sido una noche plena. Si el año pasado me hubiesen dicho que pasaría mi siguiente Navidad en prisión, desde luego que me habría reído hasta el desmayo. Mi conducta, sin ser ejemplar, distaba mucho de acercarse a lo delictivo, incluso, a incurrir en una simple infracción. En especial el año anterior, cuando, según yo, llamaba a las puertas de la santidad. O casi.

En una de las caminatas, Luz comentó que un yogui acababa de llegar a la ciudad y me preguntó si me interesaba estudiar yoga. Acepté. Ingresé a su grupo y forjé amistad con Maharishi Mahesh Yogi, quien me enseñó meditación, asanas, mantras y algo de sanscrito. Ahí también conocí a los maestros que pertenecían a un grupo dedicado a la propagación del sendero de la bienaventuranza.

En el otoño de ese año los maestros me invitaron a pasar la Navidad en un ashram junto a un lago, en medio del bosque Ozark, en Missouri. “Es un lugar donde la madre naturaleza se ha lucido, es espectacular con una energía maravillosa, te va a encantar”.

La invitación era atractiva, disponía de un poco de dinero, ya había saldado las deudas haciendo negocios en el mundo inmobiliario. Me sentía libre, y acepté ir al retiro. Alisté lo necesario para pasar 34 horas manejando en carretera, una de las actividades que más disfrutaba. Un año antes pensaba que valía la pena dejar a los seres queridos en Navidad y Año Nuevo para conocer mundo. Nunca había pasado las fiestas decembrinas lejos del hogar, pero un año después, metido en aquel camastro de la prisión supe que muy pocas cosas en la vida se cambian por pasar la Navidad en familia.

Llegué a Dallas al caer la tarde para recoger a uno de los dados* que me invitó al retiro. Esta noche dormí en su departamento y al día siguiente nos invitaron a comer a casa de una familia hindú donde conocí la comida ayurvédica. Después reemprendí el viaje ahora con un compañero que meditaba, cantaba, y dormía mientras su cuerpo emitía flatulencias al por mayor. El termómetro marcaba menos cinco grados centígrados, manejé toda la noche, el reloj indicaba que estaba por amanecer cuando arribamos al ashram, que según se afirmaba, era un sitio mágico pero debido a la oscuridad y a las inclemencias del tiempo, no pude apreciar. A pesar de eso y del cansancio mis ganas de aprender seguían intactas.

Unas horas después ya descansado, di un salto para ver por la ventana. Un lugar espectacular se dibujó frente a mis ojos. El sol se reflejaba en lo que parecía un lago de cristal; el hielo sobre él lo hacía verse como un espejo radiante, rodeado de árboles y pinos inmensos. A lo lejos vi varias construcciones rústicas. Tal vez se trataba de los dormitorios. También observé los salones de meditación y la casa de los dados. Algunas instalaciones deportivas se encontraban al aire libre, y

a lo lejos, a la orilla del lago, avisté unos kayaks. Entre el lago y la casa vi una huerta en la que, posteriormente me enteré, cultivaban cerezos, manzanos y algunas hortalizas orgánicas, ideales para el modo de vida vegetariano.

Me abrigué, tomé mi cámara y salí a dar un paseo por el bosque. Salió a mi encuentro un hermoso rottweiler, tal vez fuese parte de los perros guardianes del ashram. Lo acaricié, y tras olfatearme decidió seguirme al paseo matutino. Bajo una suave mollina de nieve nos fuimos alejando de la finca, gozando el paisaje, del aire límpido, del trino de las aves invernales. Un par de venados salió corriendo al oler la presencia de mi amigo canino. Desde un claro del bosque alcancé a ver una vieja cabaña abandonada con un columpio hecho con una mitad de llanta. Tomé algunas fotografías y regresé al monasterio, feliz de vivir la primera aventura en aquel bosque. Apenas había tocado el perímetro del ashram me detuvo el dada.

—¿Dónde has estado? ¡Te he estado buscando!

—De paseo por el bosque —contesté satisfecho mostrando la cámara.

—¡No me pediste permiso! —declaró enérgico—. ¡Me tienes que avisar! ¡Aquí hay mucho trabajo que hacer! El retiro empieza en dos días —su molestia era inocultable.

En total desconcierto apenas atiné a responder:

—Se me hizo lo más natural del mundo caminar un rato por el bosque. El retiro aún no ha iniciado, como usted dice.

—¡Hay mucho trabajo que hacer! ¡Deja tus cosas! —ordenó— ¡Te espero en el salón de meditación!

Caminé a mi dormitorio irritado por el tono imperativo del dada. Y ni qué decir del hecho de tener que pedir permiso para dar un paseo ¿Pues qué se piensa este tipo?, ¿qué me puede mangonear como a un niño?

Dejé la cámara junto a mis cosas y acudí al salón de meditación donde el dada me asignó una serie de duras tareas. Reconocí que estaba aprendiendo cosas nuevas, pero eran aprendizajes que no pedí, por tanto, no valoré. Juro que quería darle un buen rechazazo por la maltratada que me estaba dando. Sin embargo, me contuve gracias al hombre nuevo en el que me había convertido la terapia con Luz. Como tormenta de agua que apaga el fuego vinieron a mí las palabras de Luz que brillaron como espejo en el que me vi testigo de mi enojo.

Conforme avanzaban las horas iban llegando grupos de personas de India, Francia, Italia, Honduras, El Salvador, además de varios estados de la Unión Americana. También con las horas el maestro me asignaba más y más tareas. ¡Aquello se estaba convirtiendo en un infierno! No me daba la vida para tantas cosas por hacer, y terminé por no llevarlas a cabo.

Tras la inauguración del retiro nos enseñaron una nueva forma de meditar. Algunas actividades eran interesantes, aunque poco entendí porque casi todo estaba en sánscrito, traducido por algún hindú tratando de hablar un inglés medianamente inteligible, lo cual era tan difícil de comprender como el propio idioma hindi. En general logré aprender algunas cosas de yoga que después puse en práctica en la Sala para la Paz.

A ratos convivía con los niños hindú hijos de la familia que nos invitó a comer en Dallas. Ellos fueron mi boleto al paseo matutino por el bosque. Los pequeños avisaban que irían conmigo a caminar, con lo que salvaba la obligatoriedad de pedir permiso. ¡No entendía por qué me ponían en la categoría de niño! Cada día, después de la meditación de las cinco de la mañana, salíamos a caminar dos kilómetros, suficiente para los pequeños, que oscilaban entre seis y doce años. Esos momentos me salvaban de desertar del retiro, a la par de las fugas al pueblo cuando se acababa el material o la despensa. Yo me ofrecía para resurtir lo necesario, perfecta excusa para ausentarme

medio día del dichoso monasterio. Era un deleite, visitar las tiendas, surtir la fruta, las verduras, el yogurt, el arroz, los tubérculos y lo demás indispensable para la dieta ayurvédica.

Sin planearlo, me convertí en un conocedor del tipo de alimentación propicia para un yogui de esta secta; también surtía las velas, flores, hojas, lápices, tijeras, y demás.

Los días pasaban entre levantarme a las cuatro de la madrugada, meditar una hora, caminar por el bosque, huir al pueblo por provisiones, y el retiro. Al final del día caía rendido en la cama.

Una noche, cuando apenas estaba conciliando el sueño, el dada se presentó en mi dormitorio:

—¡No tienes ningún derecho a dormirte! ¡Debes estar con tus compañeros conviviendo en las conferencias!

Quería que escuchara las fastidiosas charlas en sánscrito. ¡Pero si no entendía nada! ¡No me dejaba en paz ni un momento! ¡Era un verdadero gendarme!

Un día, tal vez cuando le pareció que mi gesto ocultaba algo, de buenas a primeras me soltó su visión respecto a mi persona:

—Quiero que seas monje —dijo en un tono entre autoritario y fraterno—. Te he observado en el trato con los infantes y quiero invitarte a que participes en un programa con la niñez en Sudamérica.

¿Así que de esto se trataba? ¡Me estuvo probando todo el tiempo! Sin duda me halagó su propuesta, pero me detuve. Recordé lo que Luz me enseñó sobre la alineación divina de las cosas. Llevé las manos a mi corazón y me pregunté: “¿Qué quiero?” Todo mi ser respondió.

A la mañana siguiente me levanté, tomé las llaves de la camioneta y emprendí rumbo a México con la certeza en mi Ser de querer estar junto a mi gente, convencido de no aspirar a ser un monje.

En víspera del año nuevo

Llegó el día de visita. Era el último domingo del año. En aquella circunstancia fue más gente de lo habitual, debía ser por la época pues muchos internos eran foráneos y sus familiares aprovechaban las vacaciones de invierno para visitarlos. ¡Todo era gusto y alegría! El helicóptero que cotidianamente sobrevolaba el centro, ese día se convirtió en la atracción principal para los niños quienes, con su inocencia saludaban al cielo esperando ser vistos por el enorme pájaro metálico. La fila para ordenar comida en el restaurant parecía interminable. La administración del penal se había preparado con tiempo para este día con un mayor número de platillos; además habilitaron un cuarto del ambulatorio de enfrente —donde asilan a los internos psiquiátricos y los de alta peligrosidad—, como restaurant provisional. Ambos edificios eran gemelos. El expendio de comida temporal lo ubicaron donde estaba la biblioteca de nuestro ambulatorio. La fila circulaba bien ya que la mayoría de los platillos estaban preparados, y sólo los calentaban en el horno de microondas. Aun así, no parecía dar abasto a la extensa demanda del último fin de semana del 2014 en La Ciénaga. Un restaurant en construcción lucía como gran elefante gris, entre las dos palapas y las canchas deportivas. Los reos que trabajaban en albañilería lo hacían de lunes a viernes de sol a sol, pero, aun así, no estaba concluido. Ese día último la obra estaba detenida por las festividades decembrinas.

No había dónde sentar a tanta gente. Las sillas estaban agotadas, algunos comían de pie, otros sentados en las banquetas, ¡qué más da! Lo que importaba era estar un rato con su amado novio,

esposo, padre, hijo, hermano en cautiverio; darle apoyo moral y buena vibra. Mis padres y yo, por fortuna, sí alcanzamos silla. Compartíamos una entrada de refrescos y cacahuates japoneses combinados con frituras de maíz enchiladas, tal y como lo hacíamos cada domingo antes de comer. Encontramos la manera de suplir las aceitunas, el humus y el pan de pita con jocoque. Las buenas costumbres, no se pierden: ¡estés donde estés! Nosotros, como familia, antes de comer degustamos algo ligero, mientras nos ponemos al día de lo acontecido. La luz del sol ayudaba a mitigar el frío. Un suéter ligero bastaba para la ocasión.

Vi al Catrín inquieto —no recibió visita, pero pidió permiso para salir a la tienda a comprar lo necesario—. Era un muchacho alto, de cuerpo atlético, con abundantes tatuajes, un latoso que buscaba llamar la atención. Caminaba por el patio con el mentón levantado y el rostro endurecido. Como siempre, caminaba con la altanería de quien cultiva los músculos y no tiene reparo en que se sepa. Más que caminar partía plaza abriendo su espalda, separando notoriamente los brazos del cuerpo, balaceándolos con gran aparato como si le estorbara el grosor de los bíceps.

—¡Eh, Catrín, ¡ya te robaron las sandías! —gritó una voz anónima por el rumbo de las canchas, pero él no prestó atención. Cortó camino por en medio de las mesas hasta toparse “por accidente” con el lugar donde estaba con mis padres. Ahí, como por casualidad, detuvo su imponente humanidad.

—Hola, soy El Catrín. Tengo poco aquí, vengo de población general, ¿ustedes son los padres de Medardo?

—Así es —respondió mi padre mientras lo observa y cruzaba mirada conmigo como preguntando ¿Es peligroso este muchacho?

—Quiero darles felicitaciones por su hijo. ¿Sabían que organizó una cena de Navidad, me invitó y comimos muy rico? ¡Caaaro!, como soy su alumno de yoga y le caigo re bien, obvio que me iba a incluir en el festín —dijo de forma irónica tratando de avergonzarme por no haberlo incluido en la cena.

—¡Estás mintiendo, Catrín! ¡No fuiste invitado! —alcé la voz desde mi silla, demostrando que no me intimidaba— ¿¡Qué chingados pretendes!/? —subí aún más la voz.

Entre tanto murmullo de la gente, pocos se dieron cuenta de lo que estaba en proceso, pero quienes sí se percataron fueron los del cuarto de cámaras que se manejaban por vía remota. Noté que los aparatos giraban para apuntar al lugar de la escena. El Catrín permaneció mudo ante el inesperado contraataque sin percatarse de las cámaras

—Espero respuesta —dije con voz muy firme, y sin quitarle la vista de encima. Mis padres palidecieron. Papá peló los ojos, mi madre pareció hundirse en su asiento. De inmediato El Catrín, dijo:

—Creo que me voy a retirar, mi telepatía dice que aquí no anda bien la cosa.

—¡Te estás tardando! —espeté—. Tu telepatía funciona bien.

Sin decir más El Catrín se retiró observando hacia los lados al parecer para asegurarse que no lo hubiera visto algún custodio. Alzó el mentón y emprendió la retirada.

—¿Qué pasa con ese muchacho? —se interesó mi padre de inmediato.

—Es muy inquieto, papá, no supera que no le invité a la cena de Navidad. Eso es todo, no te preocupes.

—Ten mucho cuidado, hijo, se ve que es malo, no te vaya a dañar.

—Descuida papá, “caras vemos, corazones no sabemos”. El Catrín es muy noble, el dolor que tiene encarnado lo hace reaccionar de esa forma —comenté lleno de calma, demostrando no

tener ni una pizca de temor.

—Pero se le ve que tiene malas intenciones, su caminar, sus tatuajes, la mirada. Me voy a quedar muy preocupado, hijo.

—Eso que ves, papá, es solo su armadura, es pura apariencia, la usa para no recibir más golpes en la vida. Veo más allá de él en su mirada. Es un niño dañado; él sabe que puedo ver su vulnerabilidad. En la clase de yoga llora cuando meditamos, su proceso de sanar requiere de mucho trabajo y aprender límites es parte de eso. Todo va a depender de que él quiera cambiar. Lo que acaban de ver es el reflejo de su dolor, es el niño herido que lleva dentro que salió a flote, sin control, ni amparo. Por mi parte sólo marqué una línea. Ya verás que con esto no me dará problemas.

—Nada más ten cuidado, hijo —concluyó mi padre.

—Papá, sé que es difícil ver a tu hijo privado de la libertad, lejos de la ciudad, pero créeme estoy tomando todas las precauciones y esto que acabo de hacer es necesario para dejar claro “qué se puede y qué no se puede conmigo”, como bien diría mi amiga Luz.

La conversación terminó. Comimos algo en el restaurant y al caer la tarde mis padres se despidieron para tomar la carretera antes del ocaso. A partir de ese incidente, en cada llamada mi padre me preguntaba por El Catrín. ¡Sí que se quedó muy preocupado! Aprovechaba cualquier ocasión para saber si la situación seguía bajo control. Yo le reiteraba que las cosas no pasaron a mayores, que el muchacho me respetaba, y hasta a veces, cuando me veía solo me confiaba asuntos personales.

—El Catrín sabe que, aunque me la haga de tos —por su ansiedad—, yo no contaré lo que me confía. Él me sabe fuerte para sostener su cuerpo emocional y por ello me respeta —dije a mi padre en el tono más tranquilo posible buscando darle seguridad y confianza.

*

El 31 de diciembre, a medianoche, festejaremos el Año nuevo. Se me ocurrió preparar alguna actividad para que la ocasión no pasara inadvertida. Llamé a Luz desde temprano, y pedí su orientación acerca de algún ritual para iniciar el nuevo ciclo del 2015.

—Siéntate con la espalda recta y respira profundo tres veces, inhalando por la nariz y exhalando por la boca. Suelta cualquier pensamiento o tensión con cada exhalación, después respira de forma normal y enfócate en cómo el aire entra y sale por tu nariz. Mantente así por tres minutos, respira mientras haces una revisión mental de tu cuerpo, mantenlo en relajación. A continuación, toma lápiz y papel. Escribe lo que te trajo este año. Recuenta sin juzgar si fueron situaciones positivas o negativas; escribe todo cuanto venga a tu mente. Una vez que termines lee en voz alta lo escrito y prepárate para dejarlo ir; enciende el papel, permite que el abuelo fuego queme todo lo acontecido y abra un espacio para lo nuevo. Mientras el papel se consume visualiza cómo se desvanece lo vivido. Ahora escribe lo que deseas que el nuevo año te traiga. Recuerda plantearlo en presente, en positivo y en primera persona. Al terminar, lee en voz alta tu lista, sintoniza con la sensación de ya haberlo conseguido. Luego regresa a la postura de meditación y respira profundamente en tres ocasiones, y continúa respirando de forma normal mientras te concentras en la sensación que te regalan tus deseos cumplidos. Siente esa energía, sonríe a la Creación, agradece su abundancia. Mantente así el tiempo necesario. ¡Medardo! —subrayó Luz—. ¡Es importante dejar ir todo!, lo bueno y lo malo, no te quedes con nada,

recuerda que el universo es abundancia y siempre tiene algo para darte. No te aferres a nada; tenlo muy presente. ¡Suelta!

Agradecí el tino de haber hablado con ella justo en su momento de inspiración. Tomé nota en la libreta que llevaba de cada conversación con Luz. ¡Había tanto que escribir en cada llamada porque las ideas le fluían a borbotones!

Ya me las arreglaría para encender fuego en la celda esperando no ser castigado por ello.

Entusiasmado le platiqué al Muñeco, quien se apuntó de inmediato para el ritual.

—Pero antes degustamos la cena de Año Nuevo —lo dijimos casi al unísono.

Llegó la hora del rancho. Para esa ocasión nos dieron una succulenta discada, un platillo típico a base de carne, verduras, tocino, salchicha y especias a manera de guiso, acompañada con puré de papa. La fila era larga, pues hasta dentro de un año volverían los platillos de lujo en el penal.

Estuvimos charlando mientras degustábamos la última cena del año. Al terminar nos encaminamos a nuestra celda. Faltaba poco para las doce. El silencio llenaba casi todos los espacios, excepto por algunas televisiones encendidas que se escuchaban como murmullos lejanos. Era justo el momento de iniciar el ritual. Para mi sorpresa, El Muñeco preparó citas bíblicas y redactó algunas oraciones para complementar nuestra actividad. Estaba triste y susceptible por la noticia reciente de la muerte de un familiar cercano. Necesitaba sanar su dolor por lo que se entregó de lleno al ejercicio.

Tomamos algo de tiempo para calmarnos y entrar en nosotros mismos. Por algunos minutos respiramos lento y profundo, luego nos concentramos en escribir todo cuanto íbamos a dejar ir de nuestra vida. A continuación, meditamos visualizando el momento en que creamos el vacío dentro de nosotros, para recibir lo nuevo que nos tenía preparado el universo para el año 2015. Con absoluta precaución hicimos lo prohibido: encendimos fuego a nuestros respectivos apuntes, cuidando que el humo saliera por la ventana y no por el pasillo. Los ángeles se encargaron de que nadie más que nosotros se percatara del fuego.

Recé en silencio: Gracias Abuelo Fuego, por consumir en este momento el abuso cobarde de los usurpadores por los que ahora estoy aquí en prisión, los tratos inhumanos por el encierro que me generan tristeza y dolor; padeciendo los atrasos en el juicio, el abandono que siento aquí dentro por los supuestos amigos, los viejos amores, posponiendo el sueño de casarme, de tener familia, los logros conseguidos este año, los sueños empresariales, los negocios inmobiliarios.

Soy testigo de cómo consumes el gozo y el dolor vividos en este año que termina. Dejo ir todo, creo el vacío para que llegue a mi vida lo que el universo tiene para mí.

Cerramos los ojos y la sensación de ser libre llenó cada célula de mi cuerpo. Me vi con nuevos amigos, enfocado en una buena mujer a la que conquisto. Sé que me casaré con ella y formaremos una familia, iniciaré nuevos negocios, escribiré un libro sobre lo que estaba viviendo en prisión. Respiré hondo, todo mi ser sonrió. Permanecimos unos minutos en silencio. Al volver al presente, sonreímos complacidos. Concluyó el ritual con un apretón de manos deseándonos feliz año. Subí a mi bunker iluminado cálidamente por la lámpara artesanal adquirida en la cana. Me tapé, cerré los ojos y sentí la sonrisa en mi rostro como regalo con moño junto a la sensación de la libertad, sintiendo en la faz el primer viento del año; viendo a mi hermano llegar por mí. Me sentí feliz, en paz, complacido en la verdad. Padre yo estoy en Ti, y Tú estás en mí.

Un largo invierno

A veces me quedaba absorto observando el panorama y no atinaba a saber si estaba dentro de una serie épica de televisión o de alguna película del holocausto nazi. Entre la espesa neblina del invierno veía las torres de seguridad, las bardas de malla con serpentines y navajas, las zanjales, los cuervos que graznaban mientras se posaban, negros guardianes, en la cerca eléctrica sobre el gran muro. Pensaba en los constantes pases de lista donde nos identificaban por número y en la fila para recibir el alimento mientras sosteníamos una vasija entre las manos, después de una pesada jornada de trabajo dentro de las instalaciones; siempre cuidándonos de las arañas, los zancudos, rodeados de cucarachas, acechados por ratas que se metían a las celdas a roer nuestras pertenencias, corrían por los bordillos con la misma libertad que los gatos presentes hasta en los sueños. Era regresar a las cavernas, al antropoide que fuimos, a la fuerza bruta como único modo de comunicación.

El mes de enero transcurría lento, continuaban las bajas temperaturas y la humedad, la sensación térmica era inferior a la temperatura del termómetro debido a las paredes húmedas, desnudas, erigidas a base de varillas y concreto, y a la ausencia de jardines. El clima parecía sincronizarse con nuestros corazones. Por momentos la lluvia semejava lágrimas, hielo líquido, agua de cañerías que nos amputaba el alma.

Era tiempo de reactivar labores ¡Basta! ¡Se acabaron las vacaciones!

Poco a poco los talleres de carpinteros y artesanos se fueron poblando. Los compañeros albañiles pusieron manos a la obra para finalizar la magna construcción del nuevo restaurant. Sólo faltaban los acabados: pintura, pisos cerámicos de línea económica, instalaciones eléctricas básicas y el equipamiento de la cocina. Se estimaba que concluyeran en un mes.

Los entrenadores deportivos, árbitros y demás personal del acondicionamiento físico seguía disfrutando del receso que les brindaban las lluvias, ya que la guardia mantenía cerrado el campo deportivo por el encharcamiento. El personal de mantenimiento disponía de muchos espacios libres, pero cuando les tocaba trabajar, lo hacían sin descanso. Pasaban horas desembarazando las trampas junto con los desagües, destapando cañerías, limpiando el área del contenedor de basura y apoyando a la empresa contratada para desazolver la fosa séptica. A veces corrían con mejor suerte y les asignaban trabajos menos comprometedores para la salud, como reparar aparatos eléctricos, equipos del restaurant, mantener las lámparas de los pasillos o desempolvar el aire lavado.

Los canasteros y los talacheros eran los guerreros incansables que no gozaban de días de descanso pues siempre había recados que entregar y áreas por limpiar. Comedores, palapas y sanitarios se aseaban hasta tres veces por jornada debido al exceso de humedad y los abundantes escupitajos que lanzaba la mayoría de los internos; además, por la mañana y por la tarde, vaciaban los tambos de basura de pasillos, comedores y baños, en los contenedores principales. ¡Una gran faena! Caminaban aguantando la respiración, llevando sobre los hombros un bote de más de un metro de alto lleno de papel sanitario sucio, hasta el contenedor principal por la friolera de doscientos quince pesos por quincena. Los lavanderos también eran ejemplo de guerreros dentro de La Extensión. No importaba si el termómetro marca -2°C o 43°C, ellos, desde temprana hora recibían montones de prendas. A tres pesos la pieza, incluyendo suavizante con aroma; en invierno subía a cuatro o cinco pesos, por soportar la quemante agua helada en las manos. Los días de lluvia eran su momento de descanso. Ser lavandero era pesado, pero dejaba buen dinero para comer bien o para enviar a la familia.

Quien tampoco interrumpía labores era don Pacho, el bibliotecario. Ejemplo de puntualidad, entrega, orden y disciplina para los internos, hombre de avanzada edad con rostro bonachón,

cabello entrecano, calvo de la coronilla, estatura y complexión media, todos los días a temprana hora abría ese centro de cultura para recibir a quienes gustamos de la lectura. Los fines de semana cuando recibía visita, lo cubría El Mochis.

La biblioteca nació junto con la apertura de La Extensión y operaba mediante un sistema creado en Access, por el ingenio de don Marco. Cada entrada y salida de libros se registraba, y el sistema determinaba el orden de acomodo del ejemplar de acuerdo con el estante al que pertenecía. Los anaqueles estaban divididos por rubros: Superación personal, Religión, Literatura, Idiomas, Enciclopedias, Ingeniería, etc.

El mismo programa usado para los libros se empleaba para registrar las entradas y salidas de los instrumentos musicales: guitarras, trompetas y tambores; así como para los juegos de mesa: ajedrez, dominó, rompecabezas, damas chinas entre otros. Don Pacho los prestaba junto con la recomendación de jugar en el exterior para mantener el silencio propio de una biblioteca. Al servicio de todos los que acudíamos a la biblioteca estaban las computadoras e impresoras, en su mayoría donadas por don Marco, y los empresarios Pepe Garza y sus socios, los hermanos César y Alfonso.

Yo pasé muchas horas de las vacaciones en la computadora redactando las clases, los cursos y manuales para el siguiente módulo que estaba por iniciar en la Sala para la Paz: yoga, Desarrollo humano y Cine de valores. Todo estaba listo y mi brazo izquierdo parecía haber mejorado con el descanso —eso de andar jugando a las vencidas con El Chalado me trajo serias secuelas—. Bien se dice que el ocio no es buen consejero y con las vacaciones de la Sala para la Paz, gocé de muchos tiempos muertos, a veces aprovechados al desgaire.

Me estoy refiriendo a un juego inocente que puede traer consecuencias. Como en mi caso.

Me fue fácil aceptar el reto que me lanzó el campeón de las vencidas dentro de La Extensión: El Chalado. Entre él y yo existía una relación de respeto mutuo. Era un joven quince años menor que yo, atleta de volibol, de oficio lavandero, reconocido entre la población por ser muy bueno para los golpes, como lo atestiguaba sin duda su complexión de gorila, chaparrón y fortachón.

El día de la competencia iniciamos jugando con el brazo derecho, que es mi lado fuerte y el débil de mi compañero. Gané la primera partida, luego jugué con mi brazo izquierdo, que es el menos favorecido para mí, pero muy poderoso del Chalado. Para su sorpresa gané de nuevo:

—¿Cómo es posible que también con la izquierda me ganes?! —me dijo brabucón, echado para adelante, abriendo los ojos y subiendo el volumen de la voz, pero sobre todo incrédulo.

—Te gané, pero fue difícil, Chalado, eres muy fuerte —me había costado mucho esta partida, mientras el pequeño público coreaba:

—¡Otra!, ¡otra!, ¡otra!

Tontamente, después lo reconocí, nos enganchamos con la porra y tornamos al reto. De forma increíble, y ahí delante de todos, gané la partida.

—¡Esto no se va a quedar así! —me sermoneó ya decididamente molesto.

Nadie había vencido su hercúleo brazo izquierdo en todo el tiempo que había estado en prisión. Dos horas después nos encontramos frente a frente de nuevo trenzados en el comedor para determinar el brazo más fuerte de La Extensión. La partida se prolongaba, los minutos corrían, y ninguno nos dejábamos vencer. En pleno invierno la frente ya daba muestras de sudor, las venas de los brazos y del cuello se hinchaban, mi corazón latía fuerte, firme, constante; la multitud abucheaba, por momentos aullaba, se exaltaba.

—¡Uf! —solté el esfuerzo.

—¡Gané!, ¡gané!, ¡gané! —gritó El Chalado como niño.

—¡Sí!, ganaste, pero esto no se queda así —contesté mientras zarandeaba mi brazo tratando de relajarlo. Seguía enganchado a la sensación de poder que me brindó el ganarle a alguien como él.

A los pocos minutos reiniciamos el reto; el público seguía pendiente de la situación, vitoreando a sus gallos. Don Germán en su papel de árbitro, sostuvo las manos de ambos rivales entre las suyas y a la cuenta de 3-2-1, comenzó la revancha. Mantuve el brazo inmóvil, toleré unos minutos, hasta que el dolor me fue haciendo ceder, a pesar de mi esfuerzo el brazo se balanceaba y el balance era en mi contra, casi tocaba con el dorso la loza de la mesa; yo veía cómo descendía a la mesa y redoblaba la fuerza para contrarrestar el impulso, y El Chalado contestaba imprimiendo mayor fuerza aun, haciendo saltar las venas del cuello y la frente poniéndome a dos centímetros de hacer contacto. A punto de perder el duelo, tomé aire, imprimí un sobreesfuerzo, ¡crack! Mi hombro tronó por dentro. ¡Sólo Dios sabía qué estaba ocurriendo, pero la dosis de adrenalina me tenía anestesiado! Al parecer El Chalado se sorprendió con el crujido porque aflojó levemente la presión. Aproveché para recuperar terreno, y la partida cambió de rumbo. Ahora era El Chalado quien iba perdiendo. Su mano casi llegaba al fondo. Ambos estábamos exhaustos, pero la sed de victoria nos mantenía erguidos, el sudor corría abiertamente por la frente, el rostro, el cuello, depositándose en las costuras de la ropa. Ya no podíamos más ¡Ninguno dábamos el brazo a torcer! Entonces intervino don Germán. Detuvo la partida para decretar un salomónico empate.

—¡Por Dios, Medardo, ya no eres un muchachito! —dijo Luz al teléfono cuando se enteró del brazo lastimado, al borde de la parálisis—. ¿Cómo para qué hiciste eso? ¿Apostaron acaso?, ¿qué necesitas demostrar poniéndote al tú por tú con un chavo quince años menor? ¡Él ha de andar como si nada, pero tú has puesto en riesgo el programa de yoga!

Por fortuna con las vacaciones alcanzó a recuperarse y estaba casi listo. Funcionaba al noventa por ciento gracias a la rehabilitación a cargo de don Ronaldo, un compañero ex militar y maratonista, experto en tratar lesiones. Diario me aplicó tratamientos a base de pomadas y masajes hasta que mi brazo volvió a la movilidad.

*

La práctica del yoga ganaba cada vez más terreno entre los compañeros; para otros seguía siendo tabú “¡Es del demonio! ¡no lo permite la religión! ¡Es el anticristo! ¡Ese no es ejercicio, no hacen nada, es de flojos que nada más quieren ir a estirar las patas!” Esas creencias y comentarios circulaban entre la población desde que inauguré la clase.

La primera sesión del año la inicié con rutinas suaves: unos cuantos Saludos al sol, el perro-gato, algunas posturas de equilibrio como el árbol, cuidando siempre la alineación y el balance con la contra postura. Al terminar vino la relajación y la meditación guiada en pro del bienestar de los participantes.

A medida que avanzaba la semana, llegaban nuevos integrantes, sobre todo aquellos de reciente ingreso a prisión. Entre ellos se distinguía por su entusiasmo el Arquí, alto, canoso, moreno, cincuentón —aparentaba diez menos—, empresario de la construcción y diseño urbano. Se adaptó tan rápidamente a la disciplina del yoga y sus beneficios, que motivaba vía telefónica a su esposa a ir a clases en algún gimnasio. Gran parte de los alumnos que acudían a La Sala para la Paz, eran internos de cuello blanco, o personas con estudios profesionales que por una trastada del destino llegaron ahí. En clase abrían su mente y su corazón a nuevas experiencias, mostrando respeto por el yoga.

Sale el sol, rueda la pelota

Los cuervos se fueron, augurio de un día despejado. Los lavaderos sacaban la ropa al sol. No más telarañas hechas con tiras de cobertor entrecruzándose bajo las palapas con todo tipo de prendas colgadas en ellas. Los artesanos y carpinteros pusieron a orear sus piezas recién impregnadas con algún barniz o resina. Pronto lanzarían las convocatorias para formar los equipos de futbol, softbol y cochibol⁶. Era el momento de eliminar los kilos que gané en la temporada navideña. Desde ese día café sin pan, menos porción de comida y solo tres tortillas al día. ¡Quería recuperar mi atlética figura!

Retomé la disciplina de levantar pesas, correr, hacer lagartijas y al terminar cada comida dar algunas vueltas por los patios, además de tomar las vitaminas que mis padres trajeron para compensar la falta de nutrientes.

Eran casi las dos de la tarde, caminaba bajo la palapa cercana al campo de futbol, cuando escuché un grito a lo lejos:

—¡Eh, Salvatierra! —me volví sorprendido. Era El Felino, conocido por ser el pistolero de Pepe Garza y de los hermanos Cesar y Alfonso.

—¿Qué onda?, ¿es a mí? —contesté devolviendo el grito.

—¡Haznos un paro, ven, vamos a jugar una cascarita! Nos falta gente, vente.

—Acabo de comer, además tengo mucho sin jugar y ustedes son muy buenos —contesté tratando de zafarme de unas buenas patadas.

—No le hace, te pones de defensa, si te llega la pelota, despejas y ya.

—Mmm... Bueno, ahí voy —dije lamentando no tener opción.

Para muchos fue sorpresa ver al maestro de yoga, jugar futbol; al maestro de yoga, al que juega Scrabble, al que se ejercitaba en solitario, metido en la mitad de una cancha pendiente de un balón. Al parecer a los compañeros les agradó mi movimiento en la cancha, comparado con el nivel que traían ellos y los años que tenía sin golpear un balón. Reconocí que defendía bien mi posición y le pegaba duro a la bola.

Los torneos estaban por empezar. Después de verme jugar El Felino decidió invitarme a su equipo ¡No lo podía creer!, ¿por qué a mí? me preguntaba sin encontrar respuesta. Acepté la oferta. Necesitaba recuperar mi peso lo antes posible. Sabía el riesgo que tomaba. En el campo de juego cada disputa de balón resulta ser un empujón, una patada o un buen codazo. Y más aún en un campo de juego penitenciario.

Iniciaba, así, un capítulo más en mi vida carcelaria. El deporte más popular del mundo despertó músculos que ignoraba poseer. ¡Me sentía molido! ¡Juro que esa vez me dolieron hasta los pensamientos! No obstante, durante el juego mi sonrisa salía del alma, fluía feliz, dejándome llevar por el recuerdo del niño que fui, ese que sabe cómo jugar y divertirse, con una salvedad: esa vez no jugaba en un parque recreativo, sino en un centro de readaptación social de donde deseaba largarme lo antes posible.

La pasión del futbol despertó a todos en la prisión. Los compañeros hablaban del equipo profesional al que seguían por televisión, o de los partidos celebrados en La Extensión. El soccer era el idioma común ¡Y yo que decía que en prisión jamás le entraría a ningún equipo! Al

parecer era cuestión de patear un balón para encender el botón del entusiasmo por la práctica de este deporte.

Los torneos se jugaban intermitentes debido a los bruscos cambios de clima. Una semana llovía y caía el frío, y otra brillaba un sol esplendente. Por otra parte, mis actividades como maestro se empalmaban con los horarios de los partidos, de modo que casi no tenía oportunidad de participar en el balompié. La Sala para la Paz era mi prioridad. De cualquier manera, para el torneo de futbol mi equipo no calificó en los playoffs.

En el Cochibol mi equipo iba bien. Fui a caer en él casi de la misma forma que en el futbol. Un día me pidieron que los completara para jugar un partido amistoso, y así advirtieron mis habilidades por lo que me invitaron a quedarme para participar en el torneo oficial. Les platiqué que pertenecí a un equipo de volibol hace ya muchos años y con más razón me quisieron en su selección. El equipo lo conformábamos: El Chalado, el famoso gorila de las vencidas, era el estelar del equipo con su potente salto para clavar el balón; El Muñeco, mi compañero de celda, que donde ponía el ojo ponía el balón. Él poseía el mejor saque del equipo. Alex El Bisonte, el capitán, uno de los empresarios con los que jugaba al scrabble; El Pingo, excelente jugador de cochibol y sin discusión, el mejor jugador de futbol que había en toda la prisión; y yo, su más reciente adquisición.

El lugar donde se jugaban los partidos era un campo de tierra en desnivel. Los primeros cuatro metros iban en declive y se empleaban a modo de gradas para los espectadores. Luego, ya en plano, estaba la cancha, delimitada por malla ciclónica, donde también se jugaba futbol y softball.

Los partidos eran un verdadero espectáculo. Cuando el equipo era bueno, la gente lo miraba con atención celebrando las suertes de los contendientes. Cuando el equipo era malo ofrecía la oportunidad de reír y abuchear a los jugadores. El precio que se pagaba eran dos horas bajo el intenso sol, una buena dosis de piquetes de hormiga y tal vez una que otra pedrada en la espalda producto del karma generado en juegos anteriores. El partido podía tornarse tedioso, pero el público jamás se aburría. Quienes no alcanzaban lugar sentados, permanecían de pie y eran el blanco perfecto para que les bajaran los shorts o los tumbaran entre varios y le hicieran bolita, cual niños en el recreo de primaria. Lo que sí me partía el alma era ver que algunos compañeros jugaban descalzos, más por carencias que por gusto. Esto significaba necesariamente saldo rojo al final del partido: pisotones, cortadas, pies doblados, amoratados por los golpes al balón o piedras que rebotan en sus tobillos. Era una dura realidad.

...Más allá de las paredes

Pasaba mis días entretenido entre múltiples actividades, procesos legales tediosos e interminables, enterándome de sorpresivas libertades anticipadas de algunos compañeros y sentencias decretadas para otros. Pocos eran los que se iban y muchos los que llegaban. El espacio dejado por los internos participantes del motín fue cubierto por nuevos prisioneros. La Extensión estaba al tope. Éramos trescientos veinte internos.

Habían pasado casi nueve meses de mi aprehensión y los compañeros me impusieron un nuevo apodo: El Mario Almada, por el actor que salía en casi todas las películas del cine mexicano de finales del siglo pasado. Así vivía ahí dentro, metido en todas actividades del centro

penitenciario. Mis días estaban ocupados desde temprana hora: ejercicio personal, clases de yoga, curso de Desarrollo humano, Cine de valores, torneo de fútbol y cochibol, además de las horas de lectura y las tardes de scrabble con los empresarios. ¡No me quedaba tiempo libre! Tantas eran mis ocupaciones que las llamadas a mis padres pasaron hasta después de la cena, así como las conversaciones con Luz o el saludo a alguno que otro amigo de los pocos que me quedaban afuera.

A veces me ponía frente a una de las ventanas de la Sala para la Paz en el segundo piso, a contemplar el panorama y mi pensamiento escapaba hacia la libertad. Me gustaba imaginar que caminaba por la carretera que se dibujaba junto a la prisión, y abordaba un camión en el que me iba lejos, muy lejos, sin importar a dónde, a condición que fuese lejos de ahí...

Crecía en afluencia el programa de Cine de valores en La Sala para la Paz. Con frecuencia escuchaba decir en el ambulatorio: ¡Está con madre el curso! ¡Qué buenas películas! A los compañeros les gustaba ver películas y comentar los valores que percibían en ellas, y buscaban modos de incorporarlos a su vida. Parecía increíble ver a los más temidos delincuentes, derramar lágrimas frente a un filme, mientras devoran un pan dulce con chocolate caliente. Se convertían en tiernas criaturas del universo que me honraban con el respeto que mostraban durante clase, a diferencia de otros cursos donde los atraían regalándoles café y galletas, y ellos acudían solo por eso, mofándose desde el primer minuto de la conferencia. Aquello se convertía en un circo lleno de payasos.

En el curso de Desarrollo humano iniciamos el semestre con “Los cuatro acuerdos”, inspirado en el libro de sabiduría tolteca del doctor Miguel Ruiz. Quizá fue por el tema, u otra razón, lo que acrecentaba al grupo de manera considerable. Ya eran casi cincuenta compañeros inscritos. Fue de gran ayuda la nueva propaganda impresa a colores —que también pudo influir en la llegada de más compañeros—, la que se logró gracias a la donación del equipo de cómputo por parte de los empresarios Pepe Garza y los hermanos César y Alfonso.

LA SALA PARA LA PAZ
Se complace en invitarte al nuevo módulo
de Desarrollo Humano:
“LOS CUATRO ACUERDOS”
¿Te gustaría llevar una vida plena y de forma sencilla?
Si tu respuesta es “SÍ”, este curso es para ti.
Ven a aprender las enseñanzas ancestrales de los toltecas.
Cuatro acuerdos
Cuatro enseñanzas
Cuatro pasos para tu felicidad
¡ATRÉVETE A APRENDER Y VIVIR FELIZ DE MANERA FÁCIL Y SENCILLA!
IMPARTE: Medardo Salvatierra Robles
Inscripciones y más informes en la biblioteca
ESTE CURSO CUENTA PARA LOS BENEFICIOS
DE TU EXPEDIENTE LEGAL

El proyecto crecía en serio. El trabajo de los participantes en la Sala para la Paz iba más allá de tomarse la foto con las autoridades y obtener un récord favorable en su expediente. Ellos proyectaban un genuino deseo de aprender y mejorar como seres humanos.

Al iniciar cada exposición abría con las siguientes palabras: “El respeto es el valor más importante de los cursos. Ya que la clase está diseñada para que ustedes compartan sus experiencias. Les recomiendo que vayan más allá del miedo o la vergüenza de preguntar algo o compartir sus vivencias. Su testimonio nos enriquece a todos. Recuerden que no hay preguntas tontas, pero si puede haber tontos que no pregunten. Además, consideren que el mejor maestro es quien sabe ser el mejor alumno. Al igual que ustedes, yo soy un alumno más en este salón, aprendiendo de lo que todos compartimos, con la encomienda extra de dirigir el curso”.

Al iniciar la sesión de aquel invierno les hablé de la propuesta del doctor Miguel Ruiz “...quien nos comparte la sabiduría de los toltecas en cuatro acuerdos que nos ayudarán a romper las creencias de la infancia y a llevar una vida en armonía, siendo limpios de palabra y no tomándonos las cosas de manera personal, además de no caer en suposiciones y dar siempre lo mejor de nosotros en cada situación que la vida nos presente”.

Todos escuchaban con atención. Gracias al Cholula, el impacto del tema trascendió las paredes del aula. El Cholula era un alumno con gran creatividad que enumeró los acuerdos con los dedos de la mano y propuso que los llevemos fuera del aula:

—Si vemos a un compañero quebrantando alguno, indiquemos con los dedos de la mano el acuerdo que está rompiendo —propuso convencido de sus palabras.

En cada oportunidad El Cholula hacía hincapié en que las clases no duraban dos horas a la semana, sino que había que ponerlas en práctica al salir, y compartir el conocimiento con el resto.

El Cholula era considerado el “Padrino de padrinos” por la cantidad de dinero que le depositaban en su cuenta de Banco Penitenciario A.C. (BAPAC). Su celda parecía una tienda de autoservicio por la variedad de provisiones de que disponía: al menos diez cajas de cereales distintos, surtido de galletas, panecillos, golosinas, dulces y chilitos al por mayor; un stock de agua embotellada, refrescos de dieta, una hielera para las bebidas frías del día. De su guardarropa ni hablar, era algo completamente inusual dentro de la prisión. Para el invierno contaba con chamarra y suéteres Armani; para el diario no le faltan jeans Hugo Boss en varios tonos que combina a la perfección con camisetas polo de marcas reconocidas; la ropa deportiva era de los diseños más nuevos con sello de marca; la ropa para dormir era de dos tipos: pijama corta y larga. El calzado, desde las sandalias básicas hasta los zapatos eran Florsheim; además contaba con tres pares de tenis de los modelos más caros y exclusivos; en invierno usaba elegantes boinas para cubrir su calva. Además, tenía entendido que El Cholula había donado cuantiosas colecciones a la biblioteca de este ambulatorio.

Era un tipo muy especial y reservado, siempre custodiado por su fiel pistolero El Pavorreal, joven robusto de cadera ancha, piel morena, cabeza afeitada, cara redonda, barba tupida tipo candado, abundante vello corporal que sobresalía de entre su ropa. El Pavorreal estaba considerado el rey de las “cámaras de dos patas” pues sabía cuanto chisme había en el penal. Esa convivencia patrón/empleado, con el tiempo se volvió fraterna, como era frecuente ahí. El asistente acompañaba a todos lados al padrino, le limpiaba la silla y la mesa donde comía, le esperaba fuera de clase, administraba por completo sus finanzas, pagaba las nóminas del lavadero, del que aseaba la celda; preparaba su maleta para la visita conyugal, etc.

A raíz del curso ambos profundizaron su relación conmigo. Antes solo saludaban como vecinos de celda que éramos y después me invitaban a comer los tacos caneros que encargaban casi a diario a un compañero: tortilla frita, frijoles al chipotle, queso panela rallado, verduras y una

salsa picosa. Cada vez que había taquiza era un verdadero derroche, ordenando hasta cien piezas, para cuatro o cinco comensales. La comida que sobraba la regalaba a otros internos.

Con todo el revuelo en la Sala para la Paz, regresé a mi costumbre de llamar diario a Luz para asesoría, además de comentarle cómo estaba.

—¡Hola!, Medardo, ¿cómo estás?

—¡Bien Luz! Muy bien —en cuanto la escuché me sentí acompañado.

—Y ahora, ¿qué te tiene tan contento?, ¿ya tienes fecha de salida?

—Sí la tengo, pero no la sé —dije entre risas.

—Entonces, ¿qué te trae con tan buena vibra?, ¿el futbol, o qué?

—La Sala para la Paz —le solté de sopetón—. Tenemos un éxito rotundo en las clases, es una lástima que no puedas ver algo en lo que estás participando, aunque sea de manera indirecta. Pero quiero transmitirte lo más posible, sobre todo los milagros de los que estoy siendo testigo —Le narré algunas anécdotas vividas en clase que me tocaban el corazón.

—Estoy muy orgullosa de ti, Medardo —me dijo a manera de colofón—, te has convertido en el maestro que esos hombres necesitan.

—Estoy aprendiendo mucho de todos, más que maestro, soy el alumno, y ellos mis maestros, Luz.

—¡Felicidades! Tus palabras me llenan de paz, Medardo.

—Luz, me siento muy bien, en armonía con el universo. Mi adaptación a este lugar es total, me muevo como pez en el agua. Al abrir mi corazón para decirle sí a la vida, he aceptado mi realidad en pleno. Ahora confío, me dejo llevar por lo que la vida me plantea, me doy cuenta de muchas cosas que antes no podía ver, me cegaba el temor de ver lesionada mi integridad aquí en prisión. Hoy sólo me queda la zozobra por la decisión que tome el juez cuando llegue la hora de mi sentencia. Eso me carcome el alma, de tal forma que prefiero apartarlo de mi mente cada vez que llega.

Continué hablando por largo rato y al final de mi desahogo, Luz me dio algunos consejos para aplacar mi mente de la tortura de la incertidumbre. A manera de conclusión me recordó una de sus tantas frases célebres: “Disciplina la mejor medicina”.

Unos días después de esta conversación me enteré de que mi proceso legal se alargaría aún más, por lo menos un par de meses. Esa vez no me hizo ni erupción. Ya me quedaba claro que los juicios se tardan mucho más tiempo cuando no hay gratificaciones económicas de por medio que apuren el papeleo. Acepté que ese es el nivel de voracidad de los funcionarios aquí en México. Desde la prisión lo único que me quedaba por hacer era aplicar otra de las frases antidotos que me ha regalado Luz: “Alargar la comprensión y disminuir el juicio”, dirigiendo la frustración hacia actividades creativas que ayudaran a los demás “Enfócate en hacer el bien sin mirar a quién —machacaba Luz dentro de mi mente—y a lo demás dile adiós y déjaselo a Dios. ¡Suelta Medardo!”

Impelido por el halo de desaliento que me dejó la noticia de la postergación, busqué refugio en alguna actividad que me impidiera pensar y que me entretuviera. Una vez más hice algo que nunca creí posible mientras estuviera internado en prisión: solicité permiso para ingresar una televisión para mi bunker. Los oficios para el abanico, la parrilla, el reproductor de música, los redacté a mano y funcionaron casi de inmediato. En ocasión del televisor me senté frente a una computadora a redactar el oficio. El empleo de maestro me permitía acceder a los equipos de cómputo de la biblioteca.

Prisión “La Ciénaga”

2 de marzo del 2015

Atención Zona Técnica:

Por medio del presente oficio, solicito atentamente se me autorice permiso para ingresar a la celda 331 el siguiente material:

- Televisión
- Antena
- Cargador de corriente
- 3.5 metros de cable coaxial para extender la antena (ya que no hay disponible a la venta dentro de este centro penitenciario)

Al día de hoy cumplo con la antigüedad suficiente que me otorga el derecho a ingresar este aparato. Actualmente colaboro con esta Institución, impartiendo las clases de Desarrollo humano, Yoga y Cine de Valores.

P.D. En caso de ser aprobada dicha solicitud, se llevará acabo de acuerdo al reglamento interno, respetando las medidas previamente autorizadas para este aparato.

Sin más que agradecer su atención a este escrito y esperando pronta y favorable resolución, quedo de ustedes

Número de Interno: 5217

Medardo Salvatierra Robles

Ambulatorio: La Extensión

Caso contrario a los anteriores escritos cuya autorización llegaba casi de inmediato, esa vez transcurrieron quince días y yo seguía sin la televisión. “No ha habido junta de comité”. “Hay más oficios por autorizar”. “Chéquelos con el comandante, a ver qué le dice...”, eran las frases que recibía como respuesta en cada tediosa visita a la Zona Técnica para checar la resolución. Por el número de internos La Extensión era minoría en comparación con la población general de La Ciénaga, y por ser un área menos conflictiva, la visita de los comandantes era esporádica, o solo cuando había ceremonias.

Un buen día, en vísperas de la inauguración del restaurante, llegó el comandante en turno con su comitiva de sargentos, cabos y custodios, a revisar los últimos detalles. Caminaba por el pasillo de alambrada a media mañana, cuando de pronto se detuvo. Rápido se formó la fila de internos para abordarle. Había que ser preciso y breve para plantearle asuntos sencillos como cambios de celda, permisos para cierta ropa o calzado. Me formé para hablar lo del dichoso aparato de televisión.

—Comandante Campestre ¡Buenos días! —saludé con mi habitual sonrisa

—Diga, ¿qué se le ofrece?

—Hace algunos quince días ingresé el oficio para un permiso de televisión con sus aditamentos.

—¿¿Aditamentooooosss?! ¿De qué clase? —inquirió con una mezcla de enojo y asombro.

—Se trata de lo permitido, señor, lo aclaro en el documento: es la antena, el cargador de corriente más un poco de cable para extender la antena ya que por lo alejado que estamos, no es posible tomar buena señal.

—¡Bueno, pues aquí quieren todo! ¿Usted se cree que está en un hotel cinco estrellas o qué? ¿No se ha dado cuenta dónde está? Ni se imagina la cantidad de problemas de voltaje que hay por tantos aparatos que tenemos dentro —habla en tono castigador y autoritario volcando en mí la responsabilidad de tantas malas decisiones respecto a la electricidad.

—Disculpe, nada más estoy pidiendo algo dentro de lo ya permitido en el reglamento interno —respondí cuidando subrayar mi cortesía—. Entonces esto que ha dicho, ¿lo tomo por uunnn...?
—¡Yo no sé! A ver qué delibera el comité. Por mí es un ¡No! —gritó.
—Ok —asentí sin perder las formas y me retiré del lugar.

¡La sangre me hervía!, me salían chispas, rayos y centellas mientras caminaba. Si estuviera en un hotel cinco estrellas estaría en una habitación de cuarenta metros cuadrados acostado en una cama King size con una pantalla plana de televisión de sesenta pulgadas y estoy seguro de que el encargado de la seguridad sería alguien bien presentado, no un viejo chimuelo, cascarrabias y amargado como usted, que además usa un uniforme con más lavadas que el dinero de un narco, rumié para dejar salir toda la ira. Al menos el comandante Aníbal hubiera negado la petición sin tanto verbo castigador, pero llevaba días ausente porque fue enviado al estado de Minneapolis, en Estados Unidos, a una capacitación sobre seguridad penitenciaria.

Llegué a la cancha, corrí, respiré profundo y consciente una y otra vez hasta calmarme. Me enfoqué en la admiración y el respeto que sentía por todo el personal de seguridad que a diario exponía sus vidas salvaguardando el orden dentro del penal. Recordé las palabras de Luz al pedirme que pensara en la prisión como un sistema viviente. Deduje que cuando las autoridades se comportaban de manera injusta debe ser porque el pinche monstruo del sistema ya se los tragó.

Incomunicados

Las cosas cambiaron desde el día del motín. Los compañeros implicados se fueron para siempre dejando un coletazo de castigos para el resto de los internos que nada tuvimos que ver. Nos dejaron sin agua caliente, retiraron las sillas y mesas destinadas a la palapa —solo las sacaban para la visita de los fines de semana—, se acabaron las tardes de convivencia, los torneos con juegos de mesa mientras platicamos anécdotas de la lleca y nos burlábamos de nuestras historias. Cada día ese lugar nos retaba a readaptarnos a un mayor número de pérdidas.

*

Por aquellos días fuertes vientos azotaban el área de La Ciénaga. Enormes nubes de polvo se levantaban desde el campo de fútbol, la ropa de los tendedores se zarandeaba, algunas prendas volaban y aterrizan unos metros más adelante, los relámpagos iluminaban el horizonte, el cielo se tornaba gris en segundos, algunas gotas de lluvia caían acompañadas de ensordecedores truenos que atraía el enorme pararrayos. Los lavaderos presurosos trataban de rescatar la ropa para evitar lavarla dos veces por el mismo precio, mientras el resto de los internos estábamos a la expectativa del rayo que provocaría el apagón de electricidad, dejándonos aislados.

¡Pum!, ¡pum!, ¡crash! se escuchó un fuerte estruendo y de inmediato nos quedamos sin la energía. La planta de luz de emergencia se activó en segundos preservando la seguridad en la prisión; los sistemas para comprar en las tiendas quedaron bloqueados hasta que alguien externo los activara. Esa tarea podía tardar un día, una semana o más; también los teléfonos quedaban sin servicio.

El tiempo de restauración de las líneas era variable. Podía ser cuestión de minutos, de días o de semanas, y los restablecían paulatinamente; podían empezar a funcionar uno o dos de los veinte que existían. La fila para hablar con la familia se convertía en un suplicio por la larga espera. Como medida para atemperar los ánimos en lo que se restauraba el servicio, don Marco organizaba la situación con la debida autorización de los guardias en turno: redactaba letreros que pegaba en los postes de los teléfonos que aún funcionan:

“Cinco minutos al teléfono, las llamadas que alcances a hacer. Si se te acaba el tiempo y requieres hablar más, por favor vuelve a hacer fila”.

¡Sí que hizo diferencia! Se agradeció esperar de pie cuarenta y cinco minutos en fila en vez de tres horas. El teléfono era el no-me-olvides en ese micro mundo sin internet ni redes sociales. El servicio se cobraba por minuto: un peso en llamadas locales, dos pesos con cincuenta centavos la conexión a celular, tres pesos con cincuenta centavos la larga distancia dentro del país, cuatro pesos a Estados Unidos y Canadá. Europa y resto del mundo por cinco pesos con cincuenta centavos más impuestos. El servicio de mayor demanda era a teléfonos móviles.

A medida que pasaban los días menos gente se atrevía a formarse en las largas filas. Yo trataba de reportarme con mi valiosa red de apoyo: mis padres a quienes llamaba a diario para asegurarles que estaba bien; a Luz, cuando la fila no estuviera tan larga; a los abogados cuando se apoderaba de mí la desesperación por saber cómo iba el juicio; durante las temporadas de fútbol a Algodão Do Nascimento, mi buen amigo brasileño, para compartir las novedades; y de nuevo a Justino ¡Mira que venir a pasar esto con los teléfonos cuando mi viejo amigo me había vuelto a tomar las llamadas y me había pedido que le hablara seguido! “Háblame en dos días, güey, hay que estar más en contacto, quiero ver la manera de visitarte”, me dijo como disculpa por el tiempo que estuvo fuera de servicio el celular que compró para recibir mis llamadas. “¡Sí, claro que te llamo!” le contesté ilusionado de recuperar nuestras conversaciones.

En esos días traté de mantener mi palabra formándome en la fila para hablarle. A veces quería retroceder cuando me manifestaba su enojo por los juicios emitidos por algunos conocidos en común. Le dolía el morbo de la gente cuando preguntaba por mí, le desilusionaba la actitud destructiva de los demás cuando le hubiera gustado encontrar apoyo y cooperación “Eran nuestros amigos desde hace años, ¿qué no se supone que te estiman? Me duelen muchas cosas, aún no logro digerir la reunión a la que me citaron con engaños para decirme que ya sabían que estabas preso, que buscaron en internet y encontraron datos del juicio. Aún no doy crédito a su reclamo del por qué no les había platicado el chisme. ¡Hazme el chingado favor! Y ninguno me preguntó si estabas bien, si estás seguro, si no te han maltratado, mucho menos si necesitas cualquier tipo de ayuda, ¡hijos de su madre... ya ni me quiero acordar! ¿No se dan cuenta que es una situación muy delicada? ¡carajo, que poco criterio!”

Lo escuchaba sintiendo doble su dolor. Me partía el alma ver a mi amigo viviendo un resentido desencanto, y yo mismo me entristecía de haber perdido a los que un día consideré amigos. Por eso cuando hablábamos por teléfono trataba de disimular el golpe que sus palabras me infringían, mientras le agradecía que compartiera su sentir:

—Sé que está feo el chisme, pero en realidad ellos no tienen ninguna obligación de apoyarme, ni tú tampoco, Justino, por favor siéntete libre de no cargar con todo esto.

—¡No me rajo, Medardo, yo aquí sigo, háblame cuando necesites! —me reafirmaba.

Poco a poco retomamos nuestras llamadas. En ellas nos desahogábamos: yo quejándome de los continuos retrasos en el juicio; él de lo que acontecía en torno a la situación que me tenía ahí.

Un día le platicué de mi participación en los torneos de futbol que recién terminaban.

—Jugué muy poco, me divertí mucho, aunque el nivel de los compañeros es muy alto, algunos bien entrenados pudieran jugar en ligas profesionales o semi profesionales; ¿sabes? A veces recuerdo mi sueño de ser director técnico de un equipo de fut y me dan ganas de hacerlo realidad aquí dentro. Se me ocurre que tenga una temática en valores —comenté

—¡Buena idea! Si te animas, yo patrocino los uniformes —dijo convencido.

Lo que surgió como un comentario en una llamada, fue una realidad. Justino desde afuera se puso a trabajar en conseguir los uniformes y yo publiqué la convocatoria en el mural.

*Quiero que seamos mejores seres humanos
a través del futbol.*

Te invito a formar un club de soccer diferente

El futbol en la prisión era una fiesta. Como si de una liga profesional se tratara, los jugadores se cotizaban con los padrinos de los equipos. Se escuchaban frases como: “Si me da un refresco por partido, le entro a su equipo”. “Necesito tachones, cómpreme unos, más un refresco por cada gol que meta”. “Comida del restaurant y refresco después de cada juego más un cigarro por cada gol que meta”. Pingo, Coleado, Cuqui, Bart, El Mairo, Rolo, Lombriz, Chopo, Chucho, Orejón, Rayos, La Mole, Zarcos, El Querubín, Pilo, eran los nombres más sonados en el tianguis de piernas. Los padrinos o dueños de equipo se disputaban las cartas más fuertes, prometían refresco para todos los jugadores y uniformes de primera calidad para obtener la firma de las estrellas.

Me emocionaba atestiguar la pasión futbolística, vibraba ante tanta algarabía de los chavos que andaban de un equipo en otro, escuchando ofertas, ilusionados por quedar en una buena escuadra. ¡Ahí opinaban hasta los que no jugaban! Ejercían su derecho como espectadores de ver un buen espectáculo digno de la asoleada que se llevarían como público. Dediqué horas a observar la vida de futbol canero, pero la realidad que se vivía al interior del equipo era muy diferente a lo que alcanzaba a percibir desde las gradas ¡Nunca sospeché que se lo tomaran tan a pecho! Las transferencias de jugadores, los uniformes, las condiciones o derechos que se adjudicaban los buenos participantes complicaban el conformar un equipo. Como pude negocié, junté algunos jugadores estrella y otros medios estrellados, con la consigna de convertirlos en mejores seres humanos a través de la enseñanza del valor del trabajo en equipo. Terminadas las negociaciones se formaron diez equipos. La mitad de ellos, muy buenos, posibles candidatos para levantar la ansiada copa. La finalidad principal de los torneos era la diversión, pero llevaba consigo la ganancia secundaria de descargar las frustraciones de forma burda. En la cancha se valía golpear, insultar al árbitro, a los contrarios, con la seguridad de que no aparecería la tarjeta roja. También reconocí que se usaba el futbol para hacer gala entre los compañeros de las habilidades con el balón.

El público vitoreaba, gritaba, abucheaba, albureaba. En suma, se desahogaba. Los partidos eran el complemento perfecto en la fiesta futbolera. Nos arrancaba grandes carcajadas, como cuando alguien en la cancha se agachaba a recoger un balón o a abrochar sus cintas, al unísono se escucha tronar ¡Muack! ¡Muack! ¡Muack! besos dirigidos al trasero del compañero que estaba empinado.

Los Búfalos, flamantes campeones de dos temporadas consecutivas, mantenían su base de jugadores. Era el equipo al que pertenecía El Pingo y Coleado, quienes por sus habilidades aseguraban la victoria. Lugo contrataron a La Mole, un interno recién llegado que demostró

calidad de juego. Sin duda, Los Búfalos eran los rivales por vencer. Le seguían equipos de buen calibre como Las águilas, patrocinado por Alfonso, del clan de los empresarios. Ellos poseían en sus líneas al campeón de goleo del torneo pasado: Pilo, quien fue el máximo rompe redes aun cuando se les unió empezado el torneo. Los felinos era el equipo del Barry, un enorme defensa central con gran musculatura, personaje revolucionario tatuado en abdomen y pectorales. El Barry armó un equipo muy completo con El Orejón, Rayos, Moreno, Cabos (el que le sembró una punta al Quico).

Marinos, apadrinado y capitaneado por El Soldado, sin duda uno de los más atletas de La Extensión, armó buen equipo con la contratación bomba del Zarcos, tremendo goleador de varios torneos. También, dentro de los equipos considerados buenos estaba el nuestro: Abu Dhabi, del que soy patrocinador y director técnico. Logré negociar con buenos jugadores, una mezcla de talento, experiencia y actitud. La portería, defendida entre El Yostin y El Bolero, El Trucutrú de defensa, sin duda el mejor que hay en ese puesto; El risas, Rocky, Rolo y Bart estos dos últimos flamantes delanteros. Y mi carta más fuerte: El Mairo, estrella del equipo, considerado dentro de los tres mejores jugadores de toda la prisión, incluyendo la población general, indiscutible titular en la escuadra. El Pipiolo, sería miembro honorario del equipo, tendría uniforme, pero jugaría hasta que regresara del programa de rehabilitación de drogas en el que ingresó unos días antes.

Todo iba de maravilla: las clases de Desarrollo humano, las de yoga y el Cine de valores estaban en todo su apogeo. Además, estaba por cumplir mi sueño de dirigir un equipo de futbol. Sumado a eso, andaba como niño con juguete nuevo ¡Recién llegó el televisor que pedí a mis padres!, tras la debida autorización. Mi internamiento estaba saturado de actividades. Pasaba de una cosa a otra, no me quedaba ni una pizca de tiempo libre. Entre preparar clases, acomodar las sillas y las mesas para el Cine de valores, el entrenamiento del futbol, y el del cochibol andaba vuelto loco.

En una de esas me topé con don Marco.

—¡Medardo! —me detuvo muy contento.

—¿Qué onda?

—Llegaron los uniformes de tu equipo, los recibí, están en la biblioteca, ¿Vamos de una vez para dártelos?

—¡Vamos! —dije con entusiasmo.

Bajamos las escaleras y después de dos quiebres de camino por los pasillos llegamos a la biblioteca. ¡El lugar estaba tan abarrotado como mercado! Los futbolistas y otros curiosos admiraban la calidad y el colorido de los uniformes.

—¡No manches, están fregones! —Ahora sí, todos querían pertenecer al equipo que representaba. Incluso se interesaron los que antes habían despreciado mi oferta.

—Eh, Medardo, ¿aún hay vacantes?

—¡Las inscripciones están cerradas, ya no habrá cambios! —atinó a decir don Marco con potente voz—. Así como quedaron conformados los equipos va a empezar el torneo.

Al escucharlo la mitad de los jugadores se retiraron sin decir más.

—¡Gracias, Marco!, si no has dicho eso seguirían insistiendo en que los incluyera en el equipo.

La biblioteca donde nos encontrábamos estaba cerrada merced a la reciente donación de los empresarios Pepe Garza, César y Alfonso. Ellos pidieron a sus empleados externos los materiales necesarios para darle una restaurada a todo el ambulatorio: rodillos, brochas y pinturas de primera calidad. En ese momento se estaba pintando la biblioteca. Aprovechando el cierre entregué los uniformes. Emocionado, dirigí unas palabras que no fueron recibidas con atención

por parte de los compañeros. Faltó orden y formalidad, quizá no estaban acostumbrados a este tipo de ceremonias.

—¿Estamos todos? —pregunté.

—Faltan El Mairo y Yostin porque están trabajando en el restaurant —informaron al unísono El Bolero y El Trucutrú.

—Por favor, uno de ustedes les puede avisar que vengan, que pidan permiso —pedí acentuando mi tono amable—. Serán cinco minutos nada más los que les voy a quitar, además ya pasó la hora pico de la comida.

El Trucutrú se lanzó de volada y regresó al minuto, acompañado sólo de Yostin.

—¿Qué pasa con El Mairo? —pregunté.

—Pues que tiene mucho trabajo, que no puede salir —dijo El Trucutrú evidentemente contrariado.

—Ni hablar, vamos a empezar —anuncié. Me aclaré la garganta, dejé correr unos segundos para llamar su atención y dije—: Compañeros, estos uniformes, son un regalo de un padrino de afuera, son para nuestro equipo, por lo que, sin duda alguna, al final del torneo, será de ustedes. Si salen de la selección antes que la competencia acabe, tendrán que regresarlo; pasará a manos de quien les sustituya, no podemos descompletar ni perjudicar al grupo. El Bolero nos va a ayudar a repartir, revisen que sea correcta la talla y el número que pidieron.

Después de revisar sus prendas, la mayoría lucía contenta. Todo estaba tal cual le dicté a Justino que con excelso orden y casi a ciegas hizo el pedido. Cuando estaban a punto de irse, muy contentos con su uniforme nuevo, apareció El Mairo lo traía El Trucutrú tomado del brazo, casi lo arrastraba hasta ponerlo frente a mí.

—¡A ver, dile de una vez en su cara! —dijo El Trucutrú al Mairo en tono airado.

El Mairo en pose de divo, miró los uniformes con desdén y se fue manoteando diciendo quién sabe qué cosas. Rebelde e indisciplinado, vivía rebasando todo límite, seguido le daban sus cachetadas en la esclusa por fumar en el dormitorio, por molestar a algún compañero o por robarse un bolígrafo en la clase de psicología. Cualquier prohibición era tentación para él, disfrutaba la adrenalina. Seguro que otro equipo le llegó al precio y estaba haciendo el desplante sólo por actuación para zafarse rápido. Se sabía una estrella del fútbol. Ante el espectáculo que acabábamos de presenciar, rápido tomé cartas en el asunto.

—Compañeros, varios de ustedes están en el equipo porque su participación era una de las condiciones que me puso El Mairo para jugar con Abu Dhabi. Así que de una vez les digo: conmigo no van a batallar, pueden salirse en este momento si no están a gusto o si alguien les cae mal. Sobra quién quiera estar en este equipo. Yo prefiero que seamos menos jugadores y conservar la armonía que andar batallando con niñas berrinchudas.

—¡Vamos a echarle ganas! ¡Estamos con Abu Dhabi! —exclamaron al unísono.

—¡Qué así sea! —contesté, cerrando la entrega de los uniformes.

El equipo

Desde el principio se decidió que lo bautizaríamos con un nombre árabe o relacionado. Primero se le iba a poner Sturka que leído al revés es akruts (“Cabrones” en español). Preferimos cambiarlo porque se podía hacer lio con las autoridades. Además, el nombre era incongruente

con la misión de transmitir valores a través del fútbol. Después surgió “Abu Dhabi” porque es una ciudad y además significa “padre de los ciervos”.

Desde la portería hasta la delantera Abu Dhabi estaba listo para ganar. Yostin, nuestro portero, era un joven de veinte años trigueño, ojos verdes, cuerpo espigado y tatuado, popular entre la población. Además de buen portero era el cajero del restaurant. El Trucutru era el más fuerte en la defensa, un tipo rápido y hábil en el manejo de la pelota. Hombre de estatura media, piel morena, pelo a la flat top, de alrededor de cuarenta y cinco años, al que hasta los jóvenes más talentosos le sacaban la vuelta para no enfrentarlo, pues seguro los mandaba al suelo. Dentro de la prisión era lo que se llamaba “un burro de trabajo”. Cargador incansable de todo tipo de cosas que gustaba de reparar redes para las canchas, balones, zapatos, además de delinear con cal los campos de juego.

El Rocky era un hombre de cincuenta años, ex boxeador y en prisión era entrenador de ese deporte. De complexión robusta, tatuajes, ojos rasgados y marcas de cicatrices en su rostro, huellas de múltiples peleas callejeras delataban su carácter explosivo. Pensé en él para defensa. Sería el más aguerrido defensa del equipo, y nuestro protector por si alguien nos atacaba.

El Yisus, un sujeto de veintidós años, moreno, baja estatura, prominente musculatura, gran habilidad para el juego. Hombre de pocas palabras que dedicaba el tiempo en prisión a ejercitar su atlética figura. Él era el mediocampista ideal para nuestro equipo. Bart era un buen delantero para su corta edad. Alto, flaco, los brazos repletos de tatuajes, bravo como pitbull terrier, también con múltiples cicatrices en el cráneo producto de riñas callejeras. Su sonrisa chimuela, entre cómica y tierna, causaba aceptación entre los compañeros. Por sus precarias condiciones de vida andaba descalzo y así jugaba. Pero tras su contrato al equipo portaba el calzado adecuado para la ocasión. Él trabajaba como asistente de un padrino ex capo de la droga, que ahora se dedicaba a la carpintería.

Bolero, ferviente hermano de la religión cristiana, individuo serio, trabajador y tranquilo, de algunos treinta y ocho años, blanco y corpulento. Era un ex jugador de fútbol americano, dispuesto a quitarle la titularidad en la portería al Yostin. Por lo pronto jugaría como defensa suplente. El Bolero ocupaba el puesto que dejó vacante Lemmon Pepper con su salida. Era el encargado de organizar los eventos deportivos dentro de La Extensión, desde los roles de juegos hasta la designación de árbitros.

El Risas, joven muy ubicado, más bien chaparro, piel trigueña, cabello negro, bonachón y con un gran carisma. No se metía en problemas. Recientemente se había casado en la capilla de La Extensión. Se la pasaba al teléfono o viendo televisión. Sin embargo, en el campo de juego se entregaba por completo. Era un hábil ladrón de balones y excelente defensa.

Rolo, de físico nada parecido al de un futbolista, pero con muchas habilidades para serlo, chaparro, panzón y de cuerpo ancho, hacía magia con sus pies, movía los tachones como un danzante. Era uno de los mejores delanteros disponibles. En prisión era árbitro, juez y parte en todo deporte.

El Mairo, un chavo moreno, de estatura media, cuerpo bien definido, con algunos tatuajes discretos. En apariencia era la mejor contratación. Tendría —en caso de que regresara al equipo—, la responsabilidad de decidir desde medio campo hacia dónde dirigir el balón. Era un jugador de características cuasi profesionales, lo que pudiéramos llamar un atleta de alto nivel. Se distinguía por ser rápido, defensor, quitar balones, dar pases, meter goles. También era indisciplinado, polémico y burlón. Trabajaba como cocinero en el restaurant.

El Pipiolo, era alto, moreno, de cabello corto y crespo, atlético, con cara de niño, múltiples

tatuajes en su piernas y brazos, más parecía cantante de reguetón puertorriqueño que jugador de fútbol. Le encantaba jugar y bromear con los compañeros hasta reventarlos. En prisión era el mil usos. A todo le entraba, desde lavar ropa hasta componer aparatos eléctricos. Aún no determinaba si meterlo como delantero o como defensa, todo dependía de cuándo regresara del programa de desintoxicación de drogas. Al parecer, estaría tres meses en una clínica adaptada para ese propósito. Un paso muy importante en su transformación, como él mismo me lo dijo: “Aunque me critiquen los compañeros, yo voy a salir adelante, voy a aprovechar mientras esté preso para desintoxicarme de los vicios, leeré libros de la biblioteca, aprenderé cosas nuevas, haré deporte, quizá hasta los tatuajes me los quite algún día que haya un método que no me deje cicatrices”.

Silbatazo inicial

Después de algunos días del desplante, El Mairo regresó arrepentido. Sospeché que comparó la calidad de los uniformes y no le quedó otra que disculparse para formar parte del poderoso Abu Dhabi. Llegó el día y la hora del primer encuentro y para mala fortuna de mi equipo, coincidió con el arribo del camión de materias primas para el restaurant. De inmediato El Mairo y El Yostin fueron llamados a descargarlo, por lo que se ausentaron en el primer juego.

Era alta la esperanza de los espectadores sobre el equipo, y nosotros sabíamos que traíamos buen nivel de juego lo que se demostró desde los encuentros de pretemporada.

Durante el primer día de la jornada se jugaron varios partidos entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde, hora señalada por la autoridad. El público ya tenía sus favoritos. Abu Dhabi saldría a la cancha a las cuatro en punto. A esa hora el clima era ideal, sin probabilidades de lluvia. El cielo estaba nublado, a diferencia de esa mañana en la que el sol fue implacable. Salieron siete jugadores² por bando. El tiempo se dividía en dos bloques de veinticinco minutos cada uno con un medio tiempo de descanso de cinco minutos, más los minutos de compensación que el árbitro considerara necesario aumentar en cada partido.

¡En el campo no había ni un alfiler! Con buena imaginación podría decirse que teníamos “estadio lleno”. A las cuatro en punto, ambos equipos saltamos a la cancha. Nuestros uniformes lucían impecables. Y ni qué decir de nuestros cortes de pelo. Si no era por la visita familiar, era por el fútbol, pero ahí siempre andábamos al día con los mejores estilos de corte de cabello. Los compañeros presionábamos a diario al Gordo y a Lucifer para mover la tijera al estilo París. Ellos eran los responsables de que saliéramos contentos de la peluquería. Si no era por el corte, era por los chistes o por los chismes de último momento. Pero el punto era girar en torno a la verbena de la peluquería.

A falta de monedas para el volado que definiría el saque, el árbitro llamó a ambos directores técnicos y nos hizo elegir una de sus manos adivinando en cual tenía la piedra. Una vez posicionado fuera de la cancha como todo buen director técnico, elegí la cancha oriente, mientras el otro equipo ganó el saque inicial pues tuvo la fortuna de atinar en que mano estaba escondida la piedra. Sonó la ocarina y la pelota rodó. El público se deleitó con las jugadas de ambos equipos, los directores técnicos sufrimos y disfrutamos al ver las fallas y los aciertos de nuestros muchachos. Estábamos a punto de terminar el primer tiempo cuando Bart anotó un gol, el público vitoreó y rechifló según los partidarios de cada uno. Llegó el medio tiempo, desbordando

pasión futbolera por cada uno de los poros, aprovechamos el descanso para hidratarnos mientras hablaba con el equipo.

—¡Muchachos, se están desenfocando! Hace falta más trabajo en equipo, no importa quién meta el gol ¡Rolo, concéntrate, eres el delantero estrella! Lo que esperamos que hagas es moverte sin la pelota para que te sigan, abrir espacio para que Bart y El Yisus tengan oportunidad de entrar y tirar franco a la portería.

Los jugadores asintieron a la estrategia planteada, sus rostros se veían tensos, no estaban acostumbrados a tener un director técnico que les diera tanto detalle y menos que las estrategias vinieran de alguien que sabe menos de fútbol que ellos.

Seis a cero fue el marcador final del primer partido a favor del Abu Dhabi. Tal como lo prometí, por cada partido ganado, correspondía un refresco helado para cada jugador y una caja de cigarros para los goleadores. Hasta El Mairo y El Yostin se unieron a la celebración una vez que terminaron de descargar el camión.

El fútbol y el clima se convirtieron en los temas del momento. Mientras don Raúl, el agricultor, deseaba la lluvia, los jugadores imploraban que no cayera puesto que, si el campo estaba lodoso, los guardias impedirían el acceso a las canchas. Trataban de sobornarlos con refrescos o con cajas de cigarros para que permitieran el acceso, sin éxito. Y cuando se les llegaba a ver con dudas, protestaban los internos encargados de limpiar los pasillos, convenciéndolos a negarse, pues ellos terminaban pagando los platos rotos al tener que remover el fango del interior del ambulatorio. También don Chacho, el bibliotecario, colaboraba para reforzar la negativa de los guardias, cuidando de lodo el piso de la biblioteca. Era toda una disyuntiva entre diferentes frentes que casi siempre dejaban como saldo a los futbolistas enojados y a los guardias sin cigarros.

La temporada de fútbol seguía y el Abu Dhabi, ganaba la mayoría de los partidos, empataba algunos y perdía pocos, a pesar de que El Mairo y El Yostin casi no jugaban. Aun cuando los partidos fueron programados en horarios en los que ellos pudieran asistir, se las ingeniaban para tener algo que hacer en el restaurant, o alegar que el encargado les negaba el permiso para salir. Finalmente, El Mairo renunció al equipo y despedí al Yostin por ausentismo. A regañadientes tuvieron que devolver el uniforme.

—Señores —espeté al grupo en la primera oportunidad—, nuestra plantilla de jugadores ha disminuido, no tendremos gente en la banca. El Mairo y El Yostin han dejado de ser parte de Abu Dhabi, tomé esa decisión debido a su indisciplina y constante ausentismo. Hice lo posible para que pudieran asistir, agendé juegos en horarios menos complicados para ellos y aun así no vinieron. Además, llegaron a mis oídos algunos comentarios que han soltado tratando de manchar el nombre de nuestro equipo. Propongo continuar los que quedamos, dando lo mejor ¡Ya vienen las finales!

Todos asintieron mostrando su acuerdo en que el respeto a la camiseta estaba por encima de cualquier situación.

El siguiente partido que jugamos comenzó muy ríspido, pululaban las faltas. A los primeros minutos el marcador se puso uno a cero, favor Abu Dhabi. Rocky recibió un empujón, que respondió golpeando con un codazo al adversario. Fue expulsado del partido. Entré a la cancha para completar a los jugadores. El equipo contrario me recibió con una tremenda patada en el tobillo que me llenó de coraje y busqué cobrar venganza. En la siguiente jugada quedé frente a un jugador y sin ver el balón, saliéndome chispas por los ojos, bufando, me le fui directo a agredirlo: lo mandé a rodar dos metros por el suelo. Nadie podía creer que el senséi del yoga se

pusiera al tú por tú en los golpes. La frustración de los contrarios aumentó y aparecieron golpes y patadas al por mayor. El árbitro suspendió el juego a los veinte minutos de iniciado. Para fortuna la seguridad del penal no intervino, el orden se restauró al salir de la cancha. Rocky se quedó prendido, buscaba pleito, quería descargar su ira. Por su parte, Bart estaba feliz por sus dos goles y el premio que le esperaba. Yo me fui directo al teléfono a llamar a Luz.

—¡Hola Medardo! ¿Qué pasa, todo bien? —me tomó la llamada con su característico saludo.

—No, hoy estoy enojado, no pude controlarme en el futbol. Cuando estoy en la banca dirigiendo, le reclamo a los árbitros, le grito a los jugadores, y si estoy jugando y alguien me hace una falta, busco vengarme, en la siguiente jugada seguro se la regreso.

—¿Qué te mortifica de eso? —su tono era sosegado. Sabía que detrás de mis palabras amenazaba una tormenta a la que había que apaciguar antes de que estallara.

—Que soy el maestro de yoga, quien enseña autocontrol emocional, quien promueve la paz en este penal ¡y estoy haciendo la guerra en la cancha! —declaré avergonzado.

—¿Y eso que tiene que ver? — me cuestionó con desconcierto.

—Estoy dando mal ejemplo, estoy siendo incongruente.

Una sonora carcajada estalló del otro lado del auricular.

—¿Qué pasa, Luz?, ¿cuál es el chiste? —reventé enojado también contra ella.

—En todo el mundo sucede, hasta en el futbol más elegante y caro, los jugadores profesionales se pelean y los técnicos salen expulsados por hacer fuertes reclamos, ¿y tú quieres que en la cárcel no pase eso? ¡Por favor, Medardo! ¿Cuál ejemplo, cuál incongruencia? Así son las competencias. Antes que ningún rol que quieras desempeñar, tú eres un ser humano. No podemos casarnos con los papeles que representamos y enmascaramos detrás de ellos, como si eso fuera lo que nos definiera: tú no eres tu trabajo, no eres lo que haces, no eres lo que piensas, no eres lo que sientes. ¡Tú eres más que la suma de todo lo que te conforma, tú eres la relación perfecta que estableces desde tu Ser con cada uno de estos aspectos en tu vida, y el futbol no es más que otro aspecto de tu vida con el que tú te relacionas!

Luz guardó silencio un momento para que yo alcanzara a acomodar sus palabras.

—Medardo, el futbol cumple la misma función que el mofle de un coche, es un tubo de escape de emociones contaminantes que genera el organismo humano. El propósito fundamental del mofle es evitar que las emociones o gases tóxicos se introduzcan en la cabina o en el cuerpo humano, ya que serían altamente contaminante para la sobrevivencia del Ser Real que nos habita.

—Ahora entiendo, pero aún no sé cómo hacer para que se pase el coraje, ya que aún siento ganas de ir a pelear y el partido ya acabó.

—¿No se te ha ocurrido ver al futbol como una terapia? ¿Qué hacías cada vez que te despedías cuando eras mi paciente? ¿Qué haces ahora cada vez que colgamos el teléfono?

—Pues te digo Gracias —contesté con lo más simple que se me vino.

—Pues ese es el cómo que estás buscando. La gratitud al rival te da la oportunidad de cerrar la sesión, reconocer que el otro te permitió una catarsis que tendrá como resultado tú descanso emocional una vez que te deshiciste de tu toxicidad. Agradece al otro por ayudarte a quemar los enojos o frustraciones que traes. De esta forma restablecerás la paz y la armonía dentro de ti.

—Es una buena idea, Luz, mil gracias —y al pronunciar estas palabras la tormenta quedó anulada. Unos cuantos minutos bastaron para que despuntara la paz dentro de mí al saberme un ser humano libre para vivirme en todas y cada una de mis emociones.

A partir de aquel momento cambiaron de significado los partidos de futbol. Al salir de la cancha estrechaba la mano de los compañeros del equipo contrario e instantáneamente

recuperaba mi sensación de paz; a la vez daba buen ejemplo a mis compañeros, quienes al final de muchos juegos optaron por imitar mi gesto. Así perdiéramos o ganáramos, o me hubieran lesionado, yo siempre agradecía la oportunidad de la catarsis de ese día.

En una ocasión recibí un golpe tan fuerte que me provocó un esguince que me dejó tres semanas inactivo, incluso para el yoga, obligándome a dar clase desde una silla. Respecto a mi familia, hice malabares para que no lo notaran en las visitas dominicales, pues no quería preocuparlos. Gracias al conocimiento fisiológico de un buen compañero y a sus constantes terapias, vendajes y masajes, pronto me recuperé al cien por ciento.

La final

Tal como lo vaticinó la mayoría de los compañeros, Los Búfalos llegaron sin dificultad a la final. Una vez más barrieron con todos los equipos. Lo que no atinaron a predecir es quién sería el contrincante. Los equipos preferidos eran Las Águilas, Los Marineros, Los Pumas y por último nuestro querido Abu Dhabi, quien después de jugar una dramática semifinal, pasó victorioso a la final ante el asombro de muchos.

Quedó definido el horario para el partido, cuatro treinta de la tarde. El calor de cuarenta grados centígrados a la sombra de esta primavera brava complementaba el partido. La afición llegaba con refresco y botana en mano. Los internos que trabajan en los talleres cerraban su changarro para ganar un buen lugar con un poco de pasto o lejos de los hormigueros; estaban presentes los jugadores de los equipos que participaron en la temporada. Nadie estaba dispuesto a perderse el espectáculo de la final. Era tanta la gente que hasta parte de la huerta de don Raúl fue tomada como tribuna, con el previo requisito de no dañar ninguna planta.

A punto de llegarse la hora, los equipos finalistas bajábamos a la cancha, luciendo impecables, tachones limpios, uniformes recién lavados, exhibiendo el corte de cabello. Junto con ellos caminaba el cuerpo arbitral: un central y dos abanderados.

—Muchachos —dije mientras los invitaba a formar un círculo—. Llegó el momento esperado: la final. Estoy seguro que muchos de los que vinieron a vernos jugar quisieran estar en sus tachones. Es momento de demostrar porqué llegamos hasta aquí; es momento de partírnos la madre, de jugar al máximo. Quiero que sepan que ¡son unos chingones! Hoy, sin importar el marcador final, haya o no haya pleito, vamos a darles la mano al equipo contrario al final del juego y agradecerle que nos hayan servido para descargar nuestras emociones. Hoy nos iremos de aquí plenos, satisfechos y sobre todo en paz —guardé silencio mientras lentamente veía a cada uno a los ojos—. ¿Alguien quiere agregar algo más?

—¿Vas a comprarnos la cena del restaurant si ganamos? —preguntó Rolo bañado por la risa de los demás

—¡Sí! ¡Habrá cena, refresco y cigarros para el que meta gol! —prometí sonriente.

El Trucutrú tomó la palabra para compartírnos algunas de sus experiencias futbolísticas, al mismo tiempo que calentaba músculos. El público cantaba bajo un sol que parecía no importarle, todo era algarabía, rechiflas, show; se arrojaban piedras, juntaban hormigas y se las echaban por la espalda entre la ropa al compañero distraído; tumbaban al que estaba de pie y de espaldas. Lanzaban besos a quien se empinaba. Todo era risa y diversión. ¡Era tiempo de fiesta!

Se escuchó el silbatazo. Inició el juego. Los Búfalos salieron al ataque. El Pingo y El Coleado eran los preferidos del público. Jugada tras jugada no nos dejaban de atacar. Nos defendíamos como podíamos, tiros de media cancha, a boca de jarro, cabezazos, con la derecha, con la izquierda y en todas las jugadas el defensa o el portero salvaban al equipo del marcador en contra. Pero como dice un dicho mexicano: Tanto va el cántaro al agua, hasta que se rompe. Cayó el primer gol de Los Búfalos, el público rompió en alegría. Parecía que quienes más gritan eran los equipos que perdieron contra Abu Dhabi —en silencio me preguntaba si sería la envidia, sería el coraje o sería que les daba gusto que quien les descalificó estuviera arriesgando la oportunidad de levantar la ansiada copa.

—¡Vamos, sí se puede Abu Dhabi! Aún tenemos tiempo, no perdamos el enfoque, a dar más, juguemos con autoridad, como los verdaderos campeones —trataba de contrarrestar los aullidos de júbilo del público que rechiflaba al escucharme.

En el segundo tiempo la tensión aumentó, los tatuajes parecían derretirse bajo el intenso sol, pero nadie se movía de su lugar. El juego estaba muy emocionante, ambos equipos jugaban a toda velocidad.

A punto de finalizar el segundo tiempo, Abu Dhabi se lanzó encima del rival. Lanzó tiros por todos lados, El Trucutrú y El Risas estuvieron cerca del gol. Se la estaban partiendo, por lo que el cansancio se les empezó a notar, pero no daban su brazo a torcer. En las últimas jugadas nos marcaron una falta inexistente. El Trucutrú estaba incontrolable de la rabia y terminó expulsado por insultar al árbitro. El público hervía. Nos marcaron un tiro de penalti, El Bolero se esforzó por parar la bola, pero entró marcando un segundo gol.

Se terminó el partido. Los Búfalos se coronaron campeones de nuevo. El público bajó a la cancha a felicitar a unos, a consolar a otros, a burlarse de los enemigos. Rostros sudados y tristes, otros alegres, y unos cuantos más aún enfurecidos. La cancha se convirtió en una ensalada de emociones. Yo estaba más que conmovido. A pesar de haber perdido el juego, mis jugadores dieron el todo por el todo y era el momento de coronar la derrota con un acto de nobleza: estreché las manos y agradecí a cuanto jugador rival me encontré. Algunos de mi equipo me imitaban —según era mi plan.

—¡Estuvieron magníficos, muchachos! ¡Los espero a cenar, se la han ganado! Han dado un partidazo digno de un buen rival.

Llegada la hora de la cena junté varias mesas. El director técnico de Los Búfalos colaboró en el acomodo. Habíamos decidido cenar todos juntos. Poco a poco fueron llegando los jugadores de ambos equipos, bañados, limpios; en sus rostros reflejaban el cansancio de la dura batalla disputada, sin embargo, sus miradas ahora eran diferentes —tal vez descubrieron de qué estaban hechos. Hasta escuché al Bolero con el rostro iluminado decir a sus compañeros cercanos:

—Vi a Jesús y no me dio miedo hincarme y abrir los brazos, Él me protegió, por eso no me pasó nada en el choque con el rival ni con el balonazo en la cara, y yo salvé la portería de otro gol.

Todos disfrutaron la cena mientras se reconocían entre sí las excelentes jugadas con que sorprendieron a los contrarios. Entre bromas, carrillas y risas la noche terminó en armonía y en paz, aunque con unos directores de ambos equipos con un poco menos de dinero en sus cuentas después de pagarles la cena del restaurant a todos.

La noche me cobijaba ya en mi bunker. Me sentía agotado de la montaña rusa emocional por la que pasé todo ese día. Gracias, Padre, por darme la oportunidad de cumplir un sueño más del niño que habita en mí. Siempre desee tener un equipo de futbol y hoy ese sueño se ha

consagrado. Agradezco este gozo que hoy siento, mi pago es mayor que el de cualquier director técnico en la historia del fútbol: la gratitud no me cabe en el cuerpo. Gracias, Padre, por permitirnos, a través de este deporte, desfogar toda la toxicidad que nos envenena el alma, gracias por manifestar tu presencia entre nosotros a través de la amistad y el compañerismo al salir de la cancha y compartir la mesa como si nunca hubiéramos sido rivales. Esto es el mejor fútbol del mundo: el fútbol canero.

La palapa

Bendito sábado en el que disfrutaba el café sentado cómodamente bajo la palapa. Inhalaba su aroma, lo dejaba entrar por cada uno de mis poros antes de sorberlo, alargando el momento de gozo de uno de los placeres que aún conservaba. El sol no había rebasado las bardas, el clima era agradable. Los compañeros talacheros disponían sillas y mesas para recibir a la visita, unas cien personas bajo cada una de las inmensas palapas, mientras los madrugadores aprovechábamos la paz del amanecer para beber café. Aun no alcanzaba a precisar por qué esos eran momentos tan especiales para el grupo. Quizá fuese que veríamos a la familia; tal vez que descansamos quienes trabajábamos jornadas de lunes a viernes, o tal vez por la sencilla razón de que era día de pago para muchos. No lo sé...

Apostado tras mi café con galletas, observaba cómo mis compañeros preparaban la exhibición de los productos hechos en la cana, alistándolos para la venta. Acomodaban óleos, acuarelas, litografías, rompecabezas. Para potenciar su atractivo, elaboraban marcos en el taller de carpintería, los pintaban, los sellaban con resina o los ofrecían al natural, labrados o lisos. Producían lámparas para salas o recámaras, decoradas con tinta negra, y pantallas repujadas. Las destinadas a las niñas las decoraban con princesas; a las de los niños les pintaban súper héroes. Los compañeros del taller de carpintería llegaban a exhibir desde una sala completa hasta pequeños juguetes hechos con sus manos. ¡Una verdadera maravilla de trabajo!

El despliegue de creatividad alcanzaba hasta las bolsas de plástico con las que elaboraban flores increíbles; sobre el aluminio de las latas dibujaban imágenes u obras de repujado para adornar diversos objetos. Yo compré una lámpara para mi bunker y otra para enviarle a Luz en su cumpleaños. La cual pedí que decoraran con el kanji japonés de Reiki, y su distintiva mariposa.

La creatividad abundaba y todo material que llegaba era reciclado para convertirlo en un producto. Los artesanos se enfocaban en sus proyectos con gran dedicación para ofrecer artículos para todos los gustos a precios muy accesibles. Con esto conseguían enviar dinero a sus familias, aunque fuera poco, además de sobrevivir en la prisión, ¡que es bastante caro! Tras las rejas todo consumible cuesta tres veces más que afuera. La prisión es un gran negocio para muchos.

En definitiva, los fines de semana eran días distintos, días en que la prisión se llenaba de gente externa, días de venta de artesanías, muebles, juguetes; días de algarabía, de aproximarnos a eso que se llama felicidad.

¡Qué momento tan agradable! La fresca brisa matutina, el café con galletas y la buena compañía de los hermanos César y Alfonso, quienes son dinamita pura para el sarcasmo y el buen humor. Poseen la capacidad de crear chistes de los noticieros o de cuanta situación interna se presentaba. Siempre había algo qué platicar con ese grupo de empresarios, ya fuera para reír

un buen rato o para intercambiar ideas sobre temas productivos de proyectos de negocios, del bien social y del buen gobierno.

Los hermanos Alfonso y Cesar junto con su socio Pepe Garza, eran personas muy generosas, impulsores de grandes cambios en este centro penitenciario. Compraron una cantidad considerable de colchones para quien lo necesitara en La Extensión; hicieron instalar lámparas electrónicas mata mosquitos en los comedores, donaron campanas y ductos para la cocina, compraron pintura de la mejor calidad para los pasillos, la biblioteca, la Sala para la Paz y los baños. ¡Las paredes y cielos quedaron como nuevos! Remodelaron el edificio llamado El Pabellón donde moraban los internos de alta peligrosidad y los enfermos psiquiátricos. Ni qué hablar de la contribución de dos computadoras con sus multifuncionales a color, para la biblioteca donde quedaron a disposición de quienes trabajamos en arte y cultura; además del apoyo económico y ropa para los custodios. Uno de los gestos más memorables fue el donativo de trecientos mil pesos para la tubería y lo necesario para recuperar el flujo del agua. Por si fuese poco, compraron aparatos para medir la presión y medicamentos para el consultorio médico donde era atendida la gente que trabajaba para ellos como pistoleros o ayudantes en general.

A las nueve de la mañana era la hora de despejar la palapa. Un guardia lo indicaba, ya fuera gritándolo a viva voz o golpeando una mesa con la macana. Sólo los internos que recibirían visita permanecían en la palapa, además de los empleados de las tiendas, del restaurant, los vendedores de artesanías y novedades.

Las visitas cambiaban notablemente la atmósfera del lugar. Los niños tenían oportunidad de ver a sus padres, además de gozar del show de un payaso caracterizado por un interno, que contaba chistes, ideaba figuras fantásticas con globos, paseaba en monociclo, imitaba a algún personaje famoso o proponía dinámicas para que los pequeñines pasaran un rato ameno.

Lo cambiaba todo el hecho de compartir la mesa con los seres queridos. Ese hecho que antes consideraba simple y cotidiano, en prisión adquiría la categoría de invaluable, de oro molido, de acto sagrado.

Al día siguiente de nuevo bajé temprano a la palapa. Los madrugadores degustábamos el café previo al arribo de las visitas, que condimentábamos con las novedades ocurridas durante la semana. Ese domingo el tema central era lo acontecido en la madrugada a don Raúl el agricultor, uno de los internos más antiguos y queridos del lugar. Se decía que fue llevado de emergencia a la enfermería a causa de un posible paro respiratorio. Alfonso, uno de los empresarios, vecino de celda de don Raúl, nos narraba que lo despertaron unos golpes en la reja; que al incorporarse se percató que el ruido tenía la obvia intención de llamar la atención, mientras los demás compañeros sacaban los brazos entre los barrotes tratando de que la cámara del pasillo los detectara. Las celdas privadas son cerradas por las noches para nuestra seguridad ya que cuentan con baño y no hay a que salir.

—¡Los guardias no llegaban! —desde la otra mesa abundó don Fito, compañero de celda de don Raúl—. ¡Creí que se iba a morir, no podía respirar, se estaba ahogando!

Todos coincidieron que escuchaban los golpeteos de la reja y los gritos, pero que no sabían de qué y de quién o quiénes se trataba. Por fortuna, a pesar de la angustia por la tardanza, la situación quedó bajo control y don Raúl estaba a salvo, reposando en su cama después de la atención médica oportuna.

Cómo no preocuparnos por él, si gracias a su huerta, muchos de nosotros comíamos zanahorias, rábanos, calabazas, papaya, sandía, chile piquín, jalapeño y serrano además de las diversas hierbas para infusiones como manzanilla, poleo, orégano que no vendían en las tiendas de ahí.

Cuando recién ingresé me preguntaba ¿de dónde sacó este hombre esa abundancia de productos? La respuesta de don Raúl fue muy sencilla: para las zanahorias rescató los cabos que se colaban en la comida del rancho; de los jalapeños, piquines, serranos los secó al sol y después sembró las semillas; con la fruta tomó las semillas de papaya y sandía, que se desechan del restaurant; logró cultivar coliflor y lechugas para nutrinos. Además, cultivaba plantas ornamentales y de la región semiárida donde está La Ciénaga. Con ellas elaboraba los arreglos para adornar los eventos de graduación de los diferentes diplomados. Era un patrimonio de mucho valor lo que aportaba este gran hombre.

Cuando mi padre supo de su labor quedó encantado. Cada domingo don Raúl pedía permiso de salir a platicar a nuestra mesa con la excusa de regalarle a papá un poco de sus bellos productos. Mi padre lo recibía con gusto y le compartía algunos sobres de semillas que le compraba. Don Raúl me obsequió algunos árboles frutales que él mismo cultivó para que mis padres los llevaran a Luz, quien a su vez los donó al terreno donde se realizaban los temazcales como agradecimiento a lo ahí aprendido.

Don Raúl nunca recibió visita en los veintidós años que llevaba preso en diferentes reclusorios cuando lo conocí. Mi corazón estaba lleno de agradecimiento para él, ya que fue el primer interno que me regaló una chaqueta cuando el primer frío se dejó sentir y yo no estaba preparado. Cada día acudí a verlo y cada día le dije que se aferrara a lo único que tenía: su amada huerta, sus compañeros y una lejana esperanza de libertad.

Llegan más cambios

Los cambios llegaron para todos. Esa vez tocó a los guardias. Por razones de seguridad se dictó una orden de movimiento de personal en toda La Ciénaga. Los que manifestaban mala conducta fueron enviados a las torres de vigilancia, los lugares más incómodos debido a las inclemencias del tiempo. El siguiente movimiento consistió en rotar a los guardias de la población general del ambulatorio A al B, y a los del D a La Extensión: por último, a los del C al área de Comportamientos. Así es que desde ese día tuvimos nuevo personal.

El nuevo jefe de guardia era un tipo de abdomen abultado, complexión mediana, nariz grande, mentón pronunciado y un ojo más abierto que el otro. ¡Parpadeaba todo el tiempo! Se distinguía por hablador y estricto. Decían que su hermano gemelo también trabajaba junto a Aníbal, el comandante en jefe. Desde el día que llegó hubo cambios: a las nueve de la mañana, cerraba el paso del agua y una hora antes del cambio de turno —a las seis de la tarde—, la mandaba abrir.

—No me gustan los flojos que se levantan tarde, por eso cierro la tubería —le comentó el nuevo jefe a Pepe Garza cuando éste le cuestionó. Todos en el comedor alcanzamos a escuchar la respuesta.

Una medida poco inteligente y antihigiénica, que abrió la posibilidad de ganar dinero extra a quienes trabajaban como albañiles. Éstos, al escuchar las disposiciones del nuevo jefe, se apoderaron de las cubetas vacías de pintura e impermeabilizante; las lavaron, les colocaron un cordón a manera de asa y las llenaron con agua. Así, desde muy temprano las ofrecían a cambio de una cajetilla de cigarros. En el afán de quitarles la posibilidad de tomar una ducha a quienes dormían hasta tarde, al resto nos cortó la posibilidad de bajarle al escusado, creando un ambiente de olores fétidos por los orines fermentados en los mingitorios, además de impedir lavarnos las

manos después de ir al baño y antes de ingerir alimentos. Desde el primer día fuimos testigos del nivel de educación y cultura del nuevo jefe. Por fortuna, solo en su turno cortaban el agua. El nuevo jefe también se distinguía por la aplicación del torcido-torcido, es decir, si sorprendía a un interno in fraganti se le castigaba en el ambulatorio D.

—¡Yo los dejo ser, pero nada más que los vea fumando marihuana, tragando pastillas o peleando, se los lleva la chingada! A mí que no me vengan con chismes, yo lo que veo con mis ojos ¡lo castigo! —me dijo mientras abría el candado de la Sala para la Paz a la hora de la clase de yoga.

—Oiga, pero el corte de agua, ¿qué caso tiene? El olor es insoportable, se propaga por todo el edificio, a veces llega la peste hasta la palapa —contraataqué.

—Hay que poner orden, Salvatierra, y este es el primer paso —defendía su iniciativa del corte de agua—. Sin agua al haber una revisión en una celda no tendrán oportunidad de tirar la droga en el baño, porque no hay manera de que se vaya a la fosa séptica.

La incomodidad llegó hasta la Sala para la Paz, donde, al hacer inhalaciones profundas para relajarnos durante la clase de yoga, introducíamos a los pulmones infinidad de partículas de mierda. Inútilmente trataba de bromear al respecto para disminuir un poco la tensión del grupo. Durante el Cine de valores, los compañeros se abstuvieron de traer alimentos mientras disfrutaban la película.

En general, se vieron afectadas por los fétidos olores todas las actividades que se realizaban en la Sala para la Paz. Muy pronto descubrimos que el nuevo jefe era el mismísimo Matagatos que contaban las leyendas que circulaban. Quienes le conocían afirmaban que había lanzado una verdadera cacería felina en la población general, en el área de las fábricas y en la cocina. En La Extensión deambulaban unos veinte gatos que nos ayudaban a combatir a los roedores y a los tráileres. Pero una madrugada de aparente calma en la que el viento se entretejía con los murmullos de los guardias que conversaban en las torres de vigilancia, en los pasillos exteriores de La Extensión los agentes en turno declararon una verdadera cacería felina. Los gatos salían disparados. Machos, hembras y cachorros de apenas semanas de nacidos huían de la temible amenaza. Los que caían atrapados los llevaban a los baños públicos de la planta baja. El Matagatos ordenaba que ningún interno viera cómo él, con sus gruesas manos llevaba a cabo una despiadada e irracional masacre. El chillido de los gatos era una tortura sonora para nosotros, nos erizaba la piel, la impotencia se exaltaba, el tiempo parecía eterno, hasta que poco a poco, el silencio regresó al área. El nuevo jefe había concluido con su atroz afición.

Una vez concluida la tarea dio la orden de meter los cuerpos inertes de los felinos en una bolsa negra, se la echó al hombro y salió de los baños escoltado por un guardia. Ambos caminaron hasta el contenedor de basura, donde lanzó la bolsa. Al día siguiente circuló el rumor de que, al momento de tirar a los gatos asesinados, al jefe se le había dibujado una perversa sonrisa de satisfacción; que tanto el jefe como el custodio se retiraron invictos hacia la esclusa, seguros de haber tomado las medidas necesarias para no ser grabados por ninguna cámara. El fétido olor a injusticia me impregnó cada poro del cuerpo. Caí de rodillas devastado, en franca interpelación ante El Creador: ¡Dios! ¿Quién está más enfermo aquí? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué he de hacer con todo esto que vivo?

Así llamado el asistente personal que ayuda en cuanto sea necesario, desde limpiar la celda, llevar la ropa al lavadero, hacer mandados a la tienda, formarse en la larga fila a la hora del rancho, y un sinnúmero de actividades más.

Guillermo Meyer

Una variable del volibol con reglas más flexibles o cochinas, de ahí su nombre.

Por tratarse de una cancha menor que la reglamentaria, los equipos en la prisión solo son de siete.

Cierre de curso

En los noticieros se anunciaban aún alguno que otro frente frío. Las temperaturas oscilaban entre los seis y los treinta grados centígrados con constantes probabilidades de lluvia y vientos del norte. ¡Con tanta fluctuación del clima, ya no sabíamos qué hacer! Aquél primer día de primavera se presentó como una mañana impredecible. Durante la madrugada azotó una fuerte lluvia con vientos decididos a todo, y amaneció a punto de helar. A pesar de la baja temperatura las actividades iniciaron del modo habitual, los talleres cobraron vida, algunos compañeros salieron a ejercitarse, y los lavaderos a cumplir con sus compromisos. Ya recuperado don Raúl saboreaba un café de pie frente a su huerta mientras daba los buenos días.

Después de mi rutina de ejercicio y la clase de yoga, tomé un gélido regaderazo gracias a que la caldera continuaba apagada. Eso no me detuvo. Era un día muy importante: en unas horas se clausuraría el exitoso curso de Desarrollo humano. La Sala para la Paz se transformó, de un área de yoga, a un recinto de conferencias.

Llegué puntual, acomodé el pizarrón al frente, y coloqué las sillas en forma de herradura. Al centro del salón dispuse varias mesas juntas, sobre ellas un lienzo en blanco, brochas, botes de pintura no tóxica, algunos platos. Don Raúl cooperaba con tinas de agua y arreglos florales con plantas recién cortadas de su huerta. Ya estaban pegados en las paredes los carteles con la propaganda e información del siguiente curso.

Unos minutos antes de iniciar la clase, como era mi costumbre, recorrí cada pasillo y patio invitando a la actividad que estaba por comenzar en la Sala para la Paz. La gente llegó en cuestión de minutos. Justo antes del inicio el salón lucía lleno. Abrí la sesión pidiendo a los alumnos que, de manera voluntaria, pasaran al frente a escribir en el pizarrón un acuerdo de la Sabiduría Tolteca. Después les indiqué que se organizaran en cuatro equipos, y cada uno preparara un pequeño sketch teatral que representara cada uno de los acuerdos. El salón se volvió pura alegría. Entre la risa y buen humor de los actores, los espectadores aprendían y reforzaban el material. La energía fue creciendo, como crece la luz de la alborada y a la gente se le fue iluminando el rostro; hasta el guardia del segundo piso salió de la caseta a asomarse a la clase a través de los barrotes de la ventana del pasillo.

—Agradezco a cada uno de ustedes por haber participado en este taller de Los Cuatro Acuerdos —dije con una solemnidad innecesaria—. Los felicito por su capacidad de aprendizaje, por su creatividad, su entrega y su puntualidad. He aprendido mucho de ustedes. Ustedes son mis inolvidables maestros —dejé pasar unos segundos en silencio, dando tiempo a que las palabras ocuparan un lugar en sus almas. Vi a cada uno a los ojos y proseguí—. Agradezco de manera particular a nuestro compañero Raúl, quien nos trajo las flores que armonizan hoy este salón y a nuestro compañero El Cholula, patrocinador del lienzo que tenemos sobre las mesas y creador de la actividad que realizaremos hoy. También quiero agradecer a Barry que nos regaló las brochas y pinturas para la dinámica —los compañeros aplaudieron vigorosamente—. La práctica de hoy consiste en plasmar su mano en el lienzo, sellando su compromiso con lo aprendido en el curso,

comprometiéndose a hacerlo vida y a transmitirlo a sus familias. Aquí hay agua en las cubetas para enjuagarse la mano después.

Con el debido orden, desfilaron ante los platos con pintura verde, roja, amarilla, azul o rosa. Algunos compañeros usaron dos o más tonos. La creatividad de la cana aparecía de nuevo. Terminada la actividad, tomé el lienzo y lo coloqué a la vista de todos. El Cholula se apresuró a levantarse, me lo quitó, tomó un marcador, garabateó sobre él y regresó para ponerlo de nuevo al frente.

—Ahora sí, ¡obra terminada! —exclamó El Cholula mostrando el lienzo. Todo el público sonrió y aplaudió al leer la frase recién escrita: *Gracias, Medardo*.

Con una sonrisa que me iluminó hasta las orejas, recibí el regalo de los compañeros, con la certeza de que lo que se entrega con el corazón germina en el alma.

Un año preso

Once de abril del 2015. Primer aniversario de lo que no sabía hasta dónde iba a llegar. Inmerso en un precario proceso legal, trabado e injusto, en el que cada visita a los tribunales era un golpe de adrenalina para mis riñones por el coraje que me provocaban las notificaciones legales. 365 días de vivir en condiciones insalubres e inhumanas. Por otra parte, me daba cuenta de mi sorprendente capacidad de adaptación dentro de ese entorno penitenciario, y de cómo mi familia se unía cada día más ante la adversidad.

Cuántas cosas me sucedieron desde el día que llegué. A un año de encierro ya no me asustaba ver a la gente nueva que llegaba golpeada o baleada.

Aún recuerdo el gran impacto que sufrí al ingresar a La Perrera en Oso Grande cuando vi al muchacho arrastrarse con la columna rota, seguido de otro imposibilitado para sentarse o acostarse porque le reventaron las nalgas a tablazos, o aquel otro compañero que se ahogaba y que ya sin pulso, fue resucitado con cables de tercera conectados a la corriente eléctrica y a su cuerpo.

A un año ya no me generaba el mismo impacto traumático ver cómo arrojaban a las celdas a personas golpeadas y heridas; a un año entendía por qué los compañeros reían cuando un guardia los golpeaba con un macanazo o un chiricuazo. Esos golpes eran nada comparados con lo que enfrentaban en la calle. Un año de adaptación, de desapego, de transformaciones, de altibajos emocionales, de incertidumbre, de momentos felices, de ser consciente del gozo de estar vivo y también del inevitable dolor que me embargaba estar en prisión. Sabía que todo era pasajero y esa certeza me llevaba a abrigar la esperanza de que algún día esta historia terminaría.

El haber transcurrido un año en prisión me llevó a ser más consciente de las palabras de Luz: “Estar en paz es sentir a Dios, incluso en medio de la tormenta; sentirás los vientos, pero no te derribarán”. Me reía cuando hablaba por teléfono con Justino o con Algodão Do Nascimento, quienes se sorprendían de lo bien que la podía pasar. Incluso, me preguntaban, medio en serio medio en broma, si me sentía mejor adentro que afuera; hasta llegaron a pensar que no quería salir de ahí. Algunas veces ellos se desesperaban por los atascos del proceso. Yo procuraba no engancharme con su angustia, porque terminaba pensando en lo incierto de la salida, en la sentencia que dictaría el juez, en el tiempo que llevaba encerrado, en la gente maldita que usurpó mi identidad para hacer sus marranadas. Trepado en ese tren imparable brincaba de un

pensamiento a otro hasta erigir torbellinos internos que me asfixiaban. Prefería vivir en el momento presente y no pensar en las carencias, sino disfrutar de lo que sí había. Reconocía que había sido feliz ahí, no por estar preso, no por las injusticias, sino por hacer cosas productivas que desarrollaban mi ser y el de los compañeros. La felicidad es una actitud de vida, que permanece dentro de cada uno. Hoy lo puedo afirmar con certeza. Era sensible a lo que me rodeaba. Ese ambiente me abrazó, me hizo parte de él. Podía asegurar que mientras continuara ahí, seguiría trabajando por el bien común.

*

Una tarde como otra cualquiera anduve deambulando por los patios, saludaba a los compañeros. Algunos estaban en los talleres, otros en el campo practicando fútbol, cochibol, corriendo, levantando pesas; unos más viendo televisión o dormidos en sus celdas. De pronto vi venir a una comitiva de guardias distinta de la que estaba en turno. Ingresaba por uno de los accesos de seguridad de La Extensión ubicada atrás de una de las mallas que delimitaban el campo de fútbol. Uno a uno fuimos reparando en la inusual e inesperada visita. La guardia en turno se percató de la situación y ordenó desalojar los patios. En los talleres no hubo oportunidad de ordenar el área de trabajo; en las canchas las pelotas quedaron tiradas.

“¿Qué pasa?” era la pregunta que se repetían como eco.

—Órdenes del comandante —aventuró un guardia—. Todos a sus celdas de inmediato.

La energía del lugar se transformó en un santiamén. No había peor cosa en prisión que la incertidumbre colectiva. De inmediato los rumores se desataron: “¡Es una revisión!” “¡Va a venir la Policía Estatal!” “¡Ya valió madre, nos van a trasladar!” “¡Es cateo de celdas!” “¡Viene la poli de afuera a madrearnos!” Los minutos transcurrían a la par de la zozobra, el ambiente se tornaba candente; había empujones y discusiones entre los reos. Apestaba a miedo. Las ventanas a los patios estaban saturadas de internos que ardían en deseo de saber qué sucedía.

Solo se observaba a unos guardias de pie bajo una de las palapas platicando y fumando, mientras aguardaban. El ambiente en los ambulatorios era contrastante. Mientras unos se dejaban llevar por el pánico reflejado en sus duros rostros, otros estaban frescos, quizá porque sabían cómo estaba la cosa, o no lo sabían, pero canalizaban el estrés aplicando una dosis de buen humor y sonoras carcajadas. La gente en las ventanas no perdía detalle. Desde allá anunciaban que veían llegar al comandante Aníbal, junto con el director, la subdirectora y muchos guardias, éstos cargando grandes bolsas negras en su espalda. Como pude me acerqué y vi dar indicaciones al director y al comandante, mientras acomodaban a algunos custodios en línea detrás de las mesas. Vertieron el contenido de las bolsas y a continuación el comandante ordenó sacar a los reos de los ambulatorios. El estrés aumentó

—¡Es traslado! —gritaban los compañeros al unísono—. ¡Traen la ropa que usan para los traslados federales! ¡Si me trasladan voy a valer quesadilla! ¡Rescaten lo que puedan de pertenencias!

—¡Párenle a su pedo! —dijo El Rocky—. ¡Están paniqueados! ¡Solo traen uniformes para todos!

Justo en ese momento entraron los guardias en ambos pisos:

—¡Hagan una fila! —gritaron sin reparo—. Cuando estén formados, van a ir pasando de uno en uno hasta la palapa. Como vayan llegando, según su complexión, les van a entregar un

uniforme. Va a ser un pantalón y una playera en tono naranja fosforescente. Los zapatos van a ser pantuflas tipo Crocs color crema. Los que vayan recibiendo el uniforme se lo van poniendo.

La mayoría sonrieron, se burlaron entre sí

—Vamos a parecer zanahorias o barrenderos de la ciudad.

—¡Nada más nos faltarán las escobas, al rato llegan!

Después de la tensión todo lo que se dijera causaba risa, era broma liberadora, chacota que los hacía colocar un puño encima del otro y barrer con una escoba invisible un polvo imaginado que se lleva el miedo real. Había semblantes de alivio al darse cuenta que no se trató de visita policiaca, ni de traslado a otra cárcel. Al parecer no les importaba ser privados hasta de la libertad de vestir.

En el interior del ambulatorio continuaba el ajeteo. Muchos se metían a la brava en la fila, provocando rudos juegos de palabras, empujones y por supuesto, la bulla de los espectadores que también tomaban su participación. Los uniformes lucían tiesos, ásperos, gruesos; en el reverso de la playera y en el costado del zapato mostraban la leyenda estampada con grandes letras negras Prisión La Ciénaga. Todo estaba numerado.

El sudor fluía, el ambiente se llenaba del hedor a axilas sin desodorante conocido como “olor a zopo”. Una vez entregados los uniformes, permanecimos reunidos alrededor de la comitiva. El director tomó la palabra para decir que por el momento el atuendo entregado sería el uniforme de gala para eventos y que se portaría de manera obligatoria en los traslados a centros de salud o tribunales.

—Será utilizado alrededor de dos o tres veces al mes y cada uno será responsable de mantenerlo limpio y cuidado. Además, los días que se porte el uniforme, quedan suspendidas las actividades deportivas.

Los empresarios Pepe Garza, César, Alfonso, El Mochis, El Muñeco, don Marco y yo, escuchamos las indicaciones con el rostro desencajado. La indignación y la vergüenza nos consumía.

Tras unos minutos inició el fandango de quejas. A unos les quedaba chico el uniforme, grande a otros. Los guardias intercambiaron de mala gana. Me acerqué a hacer el cambio y el guardia me gritó:

—¡Aquí no es boutique!

¡Ya ni modo, me quedé con los huaraches chiquitos! De rato El Bolero me salvó al intercambiármelos, pues los de él le quedaban grandes. Asunto arreglado.

En menos de una hora muchos reos redecoraron el calzado con garabatos o dibujos del logotipo de Nike o Adidas. Esa noche en el pase de lista, los guardias nos preguntaron uno a uno el número impreso en cada uniforme, para anotarlo en una bitácora. Esto alargó la lista hasta pasada la medianoche, mientras esperábamos de pie afuera de nuestras celdas por cinco horas continuas, sin poder movernos.

—¡No mames!, compadre, ¿qué humillación es ésta? —pregunté al Muñeco, mi compañero de celda.

—Está de la chingada —contestó con voz apagada y mirando al piso—. Pero ni modo, no hay nada qué hacer.

Por fin en mi bunker, con el mínimo de privacidad que me regalaban las cortinas cerradas, previo a mis oraciones, clavé la mirada en el techo y no pude contenerme más: se me quebró el alma, las lágrimas empaparon las sábanas. ¡Eso no me lo esperaba! ¡Una libertad más perdida! ¿qué me queda Señor? ¿qué más quieres de mí? ¿Acaso aún hay algo que me estorba para

cumplir la misión que me has encomendado? ¿Qué debo aprender con esta nueva pérdida? Medité mientras reparaba en la horrible sensación de este día. Esa noche lloré hasta quedarme dormido.

La mañana siguiente amaneció con un clima agradable. Desayuné e hice ejercicio en el campo. ¡Era un nuevo día, una nueva oportunidad!, afirmaba tratando de motivarme después del doloroso suceso del día anterior.

—Buenos días, ¿listos para la clase de yoga? ¡ya vamos a iniciar! —anunciaba mientras recorría los pasillos rumbo a la Sala para la Paz.

El grupo se reunió en el salón. La mayoría había sido constante desde el inicio. Yo conducía una charla, una meditación y una pequeña rutina de estiramientos cada viernes en la clase de yoga. Reflexionábamos sobre la energía generada durante la semana de trabajo y agradecíamos todo lo ocurrido para liberar la tensión y recibir relajados, la visita del fin de semana.

Inicié la clase con los alumnos sentados sobre sus tapetes en postura de medio loto, nos saludamos uniendo nuestras manos en oración frente al corazón, inclinamos la cabeza, llevamos las manos a la altura de la frente, después bajamos a los labios y luego de nuevo hacia el corazón. Mientras pronunciábamos Namaskar. Una vez presente de pensamiento, palabra y corazón, empecé mi charla.

—Hoy quiero hablarles de nuestro ser real o espiritual y nuestro ser ideal o falso yo. Todos tenemos una idea de quiénes somos, de tal forma que cuando conocemos a alguien le decimos: “Yo soy..”. y enseguida pronunciamos nuestro nombre o apodo y luego damos alguna descripción que va de acuerdo con lo que pensamos de nosotros. Algunas veces, hasta le echamos mucha crema a los tacos —todos asintieron con la cabeza ante mi explicación—. Se han preguntado: ¿cómo llegó esa idea a su cabeza? Pues llegó gracias a la convivencia con los demás: padres, hermanos, vecinos, ellos nos aplaudían cuando éramos buenos en algo y nos cabuleaban cuando algo no estaba bien. Así fue como construimos la idea de lo que ahora pensamos qué somos. Por eso creemos que es tan importante lo que los demás digan de nosotros, pues al no saber quiénes somos, les creemos a los otros y a veces hasta golpeamos al que nos dice que somos no valiosos como queriendo que cambie de opinión con nuestros golpes.

A todos nos enseñaron a esforzarnos para ser “alguien en la vida”, nos pusieron a competir: entre hermanos, con los compañeros de clases, con el sujeto que tiene mejor trabajo. Nos condicionaron a través de los premios y castigos, regalándonos la sensación de que tenemos que ir subiendo peldaños y que, si no lo hacemos, seríamos unos fracasados. Quizá por eso, sin darnos cuenta, gastamos tanta energía en tener una buena imagen ante los demás, en mostrar nuestros logros. Otras veces, la persona que creemos ser nos pone trampas y nos lleva a pensar que somos súper importantes y que todo lo que sucede a nuestro alrededor lo podemos controlar.

Vamos por la vida sin darle permiso a los demás de ser lo que son, de pensar de la manera que les dé la gana, de amanecer un día nefastos y decirnos: ¡ah no, de ninguna manera, conmigo no puede portarse así! Todo lo interpretamos como que me lo está haciendo a mí. Decimos cosas como: ¡Viste la cara que me puso! y como éstos, mil ejemplos más.

Nadie nos dijo que desde que nacemos ya somos alguien, que tenemos un Ser Divino que nos habita y nos guía, que conoce lo que es mejor para nosotros y nos habla en el silencio de nuestro corazón a través de una pequeña voz que no se cansa de darnos buenos consejos. ¡Es muy diferente la persona que vive desde la idea de lo que supone que es, porque los demás le dijeron que era eso, a aquella que vive desde el amor que vibra en su corazón, desde su ser real/espiritual!

Hoy los invito a observar sus conductas y preguntarse ¿de donde estoy tomando mi energía: de la mente o del corazón?, ¿de los que me dijeron o pienso que soy o de lo que siento que soy? Imaginemos que contamos con una cámara como las que están ubicadas por todas partes aquí en el penal, con la sencilla diferencia que esta cámara está dentro de uno y permite observarnos al mismo tiempo que andamos haciendo cosas. Solo uno mismo checa lo que graba la cámara. ¡Uno mismo es el observador de la propia existencia! Entre más se revisa la pantalla, más alerta se estará de cuando la idea que quisieron plantar actúa en uno. Cuando eso sucede por lo general se manifiesta reaccionando y peleando. Y cuando se vive desde el corazón uno comprende y se muestra compasivo.

Les voy a compartir un ejemplo personal de lo que suele sucederme y de cómo me ayudan mis microcámaras internas. Habrán notado que me encanta leer, que paso muchas horas en la biblioteca, que llevo libros a mi celda. Bueno, quiero que sepan que he caído en cuenta, que cuando leo biografías de grandes personajes de la historia que han pisado la prisión, la idea que tengo de mí se infla como globo de helio y vuelo pensando que yo puedo ser como Nelson Mandela, Jesús, Mahatma Gandhi, Miguel de Cervantes, Shri Shri Anandamurti⁸. Otras veces hasta me imagino en la silla presidencial del país —todos rieron disfrutando mi testimonio—. Otras me llego a imaginar como un libertador social o un maestro iluminado, yogui-gurú, o hasta un afamado escritor, entre otros tantos ejemplos que en este momento no recuerdo. Gracias a que reviso las pantallas de mis cámaras con frecuencia, me detengo a tiempo, otras veces, no tan a tiempo y me viajo, me dejo llevar para luego caer y poner los pies sobre la tierra.

¿Saben?, cada uno de nosotros fuimos creados y diseñados de manera única, para vivir nuestra propia historia, no para copiarla. ¿Saben?, yo solo puedo ser Medardo. Se vale tomar ideas e inspiración, pero no se vale calcar las vidas ajenas. Entrémosle a la escuela de la vida desde nuestro ser esencial, observándonos de forma constante para no despegar los pies de la tierra, descubriendo cada día un nuevo propósito en nuestra existencia.

Todos atendían la reflexión, pero yo tenía la sensación de estarme aleccionando a mí mismo. En la meditación revisé mis cámaras internas y al observarme durante el discurso escuché una voz dentro de mí que preguntaba “¿Y qué te pasó a ti con tu nuevo disfraz de zanahoria canera?, ¿acaso se te desmoronó la idea que tenías de ti mismo, al verte vestido de esta manera?”

En ese momento una extraña sensación de paz y humildad impregnó el espacio interior, me rodeó y comprendí que soy un ser más allá de toda apariencia.

Terminé la clase sonriendo, agradecido de reconocer que es grande el que vive desde la humildad del ser espiritual a quien nada ni nadie puede dañar.

Memorias de Luz

Las condiciones de vida dentro de la prisión se ponían cada vez más difíciles, empezando por los fétidos olores por la falta de agua, que la hacían parecer como un monstruo vomitando. Cada día ese organismo viviente dentro del cual habitaba Medardo, se ponía más enfermo. Notaba a Medardo cansado de tantos atentados a su dignidad, cada día perdiendo más libertades. Por mi parte ya no encontraba palabras para reflexionar sobre los hechos que me relataba en cada llamada. Sentía que no recibía la inspiración del universo para responder adecuadamente a lo que me narraba en cada conversación. No sabía ni qué me iba a decir, pero de lo que sí estaba segura

era de que los dos estábamos aprendiendo en este trance de vida. Sin embargo, al colgar el teléfono agradecía a Dios las palabras que me dictaba para Medardo. “Esta carta no sé de dónde te la sacaste, Señor, ¡estuviste genial!” También agradecía a la voz del universo que se manifiesta a través de mi humilde personaje. Era evidente el crecimiento y desarrollo desmesurado de Medardo: su compasión y comprensión hacia los demás. Cada día juzgaba menos y se centraba más en la autoobservación.

¿Qué le pasaba con cada pérdida?, ¿con cada cambio? ¿Qué pasaba conmigo cuando los hechos rebasaban mis conocimientos? Cada día me vencía más a mí misma, me entregaba a la voz del universo que fluía a través de mi ser, y yo me mostraba dispuesta a aprender de ella.

Segundo cumpleaños en prisión

El mes de mayo se estaba yendo muy rápido, tan rápido que llegamos al día veinte casi de golpe: mi cumpleaños, el segundo en la cárcel. La práctica común entre los compañeros era pasarlo como un día más sin avisar para eludir las felicitaciones. ¿Sería porque era doloroso enfrentar que se era un año más viejo, recluso en ese micro mundo de condiciones precarias, alejado de la familia y los amigos? No lo sabía, pero llamé a mi familia que ya debía estar esperando el timbre del teléfono para cantarme Las Mañanitas.

A la hora del café de la tarde llamé a Luz para platicar. Ella, además de recibir contenta mi llamada, me felicitó y se entregó a la paciente tarea de leer los mensajes que llegaron a mi muro de Facebook. Fue un gran momento, gocé cada palabra ahí escrita mientras a mi mente llegaba la imagen de quienes los habían redactado; luego comentaba con Luz dos o tres palabras sobre la persona que lo escribió.

Así se me fue otro cumpleaños recluso en ese centro penitenciario, recordando a la gente para la que aún existía, la que se tomó el tiempo de dirigirme unas palabras en mis redes sociales. Antes de colgar, Luz manifestó su obsequio de cumpleaños a través de una pregunta:

—¿Qué te ha regalado la vida en este cumpleaños, Medardo?

—Gratitud —contesté casi en automático—, por estar a salvo y con salud, por continuar descubriendo y desarrollando habilidades, por permitirme servir a los demás, por mostrarme un mundo que yo desconocía, por cada día despedazar mi ego y dejarme sentir que soy igual a los demás. Es más: soy los demás, ellos viven en mí y yo en ellos. Además —proseguí esbozando una sonrisa consciente de que mi postura corporal se iba extendiendo, desenrollándose, haciéndose más grande, en la medida que tomaba su obsequio—, agradezco que se me haya cumplido el sueño de ser director técnico y dueño de un equipo de fútbol.

Tenía la sensación de que de mis ojos salían chispas de luz como jamás las había sentido y de estar recibiendo una fina ducha de aceite dorado por todo mi cuerpo. ¡Era maravilloso! Al colgar el auricular gozaba la sensación contactada mientras reflexionaba en cómo todo había cambiado para mí.

Antes celebraba mi cumpleaños con un magno evento, rodeado de gente que me regalaban la sensación de ser popular. Ahí, en prisión, cosa curiosa, la vida daba un giro inesperado, me mostraba la grandeza en lo más pequeño, advertía la presencia de Dios en cada minúsculo detalle, y me aferraba a ella, me invitaba a dejar fluir a la divinidad que me habita. El enfoque de mi vida se transformaba, empezaba a vivir de adentro hacia afuera.

Más que nunca mantenía un enfoque positivo, puntualizaba todo lo bueno que había a mi alrededor, era capaz de ver esos instantes de pequeños actos de gracia en que se manifestaba lo milagroso. En definitiva, Luz no se lo sabía todo, pero tenía la pregunta adecuada en el momento preciso para que sus pacientes conectaran con el Todo que los habita. Era momento de concentrarme en el amor que vibraba dentro y alrededor mío. ¡Feliz cumpleaños a mí! Gracias Dios por todos los regalos que me has dado todo este tiempo.

Cochibol

Entre más actividades sanas y productivas se realizaran en ese lugar era mejor. Todo el tiempo los guardias evaluaban y reportaban la conducta del interno. Entre las actividades había recesos para ir a la tienda, para jugar algún juego de mesa en el patio o para entrenar en la cancha en caso de que se formara parte de algún equipo deportivo. Estar en prisión era semejante a estar internado en una escuela, con la diferencia de que en prisión existe un conjunto de reglas cuyo quebranto ponen en riesgo la vida, al coexistir con compañeros tan singulares.

El cochibol era una de las actividades deportivas que ofrecía el centro penitenciario. Era la versión tramposa del mismísimo voleibol, en la que las trampas estaban consideradas legales; los lineamientos eran casi iguales a excepción que en el segundo golpe se podía cucharear un poco el balón, para acomodarlo para el tercer golpe, que por lo general consiste en una espectacular clavada o un tiro directo a un hueco desprotegido del equipo rival. Este deporte contaba con cierto auge entre la población pues los partidos solían ser tan agueridos que algunos argumentaban que era un deporte más cansado que el fútbol. Yo pertenecía al equipo de *Los Arraigados*, comandados por nuestro capitán Alex El Bisonte, un excelente líder, motivador nato, hábil para los negocios e insuperable compañero en el juego de scrabble. Jugó fútbol americano en la universidad y su sobrenombre lo ganó por su corpulencia y complejión.

El Chalado era el estelar del equipo. Su corta estatura lo asemejaba a un gorila, y con sus habilidades atléticas convencía a todos de que lo era. Saltaba ágil como si su cuerpo no le pesara, sobrepasaba la red y remataba la bola de picada con una fuerza descomunal. Además, jugaba descalzo, hiciera frío o calor extremo. Era un tipo inalcanzable.

Alfonso, era el empresario y padrino del equipo. Él con su fino toque, se encargaba de colocar los balones arriba de la red para que los rematara El Chalado o yo, que lentamente retomaba el nivel de juego que tenía en la adolescencia. En aquellos años competí en el club deportivo Palestino Libanés donde mi equipo llegó a ser subcampeón más de una vez.

El Muñeco, mi compañero de celda, era experto en saques al igual que El Pingo, que además de ser el mejor jugador de fútbol de la prisión, también contaba con un poderoso brazo para aventar balazos con el balón de cochibol. En total éramos seis en el equipo y cinco jugábamos en la cancha.

El área de juego estaba a un lado de la cancha de fútbol. Era un pedazo de tierra y piedras donde el pasto lograba crecer solo en pequeñas áreas poco transitadas. La red removible estaba atada a unos postes sustentados por llantas rellenas de concreto.

El verano no tardaba en llegar y con él vendrían los grandes partidos de cochibol. Los juegos iniciaban a las diez de la mañana y a esta hora el calor ya era insoportable. El sol era el más puntual de los espectadores, alumbraba toda la prisión como si se tratara de un gran estadio; era

testigo del placer que nos generaba jugar y desahogarnos a través de la risa, mientras quemaba y evaporaba nuestros miedos, enojos y frustraciones.

Los Arraigados, para sorpresa de los equipos rivales que presumían de mejores y más altos jugadores, forjábamos con esfuerzo y buena actitud el camino para llegar a la gran final. Solo nos restaba ganar tres de cinco sets en un solo partido para coronarnos campeones. Todo estaba listo para el magno evento. Los poderosos *Bravos*, intentarían defender su lugar de campeones frente a *Los Arraigados* de Alex, El Bizonte, tal como sucedió la temporada pasada, solo que en esa nueva ocasión contábamos con mayor ímpetu para arrebatarles el campeonato. La sed de revancha flotaba en el ambiente. *Los Bravos*, comandados por El Máster, financiero de profesión, ex jugador de voleibol del equipo oficial de la universidad en la que se graduó, era un hombre calvo, muy alto, sin tatuajes, de excelente presentación. Trabajaba en todo lo vinculado al deporte. Era bueno en cualquier posición, pero su especialidad eran los remates. En su equipo contaba con la participación de El Nómada, otro rematador de casi dos metros de estatura. El Espiga, quien con un toque muy fino, ponía los pases precisos para clavar. El Trucutré, excelente en el saque y El Choy, un tipo moreno, alto, corpulento de piernas delgadas, hermano cristiano y de mecha muy corta. Era bueno jugando casi todos los deportes.

Llegó la hora. La cancha estaba lista, con las líneas de cal marcadas desde temprana hora; la red ajustada a la altura adecuada, los jugadores y el cuerpo arbitral presentes. Los contrincantes estirábamos y calentábamos el cuerpo. El árbitro central y los dos jueces de línea revisaban las condiciones de la cancha.

Los Arraigados formamos un círculo en torno a Alex, El Bizonte, quien nos indicó la estrategia del juego. El Máster hacía lo propio con su equipo. El Chalado se despojó de sus sandalias disponiendo sus pies para recibir tierra y piedras calientes. Yo llevaba vendaje en ambos tobillos como último vestigio de los esguinces que me dejó el juego de fútbol.

El partido inició con un silbatazo del árbitro central. Desde los primeros minutos la combinación de adrenalina, sol, sudor y testosterona se hicieron presentes. Los remates clavados del Master, El Nómada, y El Chalado eran evidentes. Cada punto era peleado al límite. Los dos primeros sets, aunque batallando, se los llevó el aún campeón *Bravos*. ¡Estaban a un set de la victoria! La poca afición que había estaba expectante, lista para ver a los bicampeones. Alex, con la calma de un Bizonte, nos reunió para indicarnos:

—Señores, el partido está muy cerrado, ellos traen dos sets de ventaja. Esto es muy sencillo, tenemos muy buen equipo y aunque ellos están más altos, no tienen el coraje y la condición física nuestra. Ellos ya se están cansando, así es que, a jugar señores que este set lo vamos a ganar.

—¡Vamos cabrones! Yo invito los refrescos si ganamos —alentó El Muñeco.

—¡Vamos, *Arraigados*! —grité auto motivándome.

—Alfonso —pidió el más joven y fuerte compañero de nuestro equipo, el animado Chalado—, voy a jugarme el todo por el todo. Dame los mejores pases para clavar la pelota.

El juego se prolongó demasiado. No íbamos ni en la mitad y ya pasaba de la hora. El tercer set, después de varias volteretas, lo ganamos *Los Arraigados* ¡con las puras uñas! El triunfo alargó el juego un set más. ¡El partido se estaba poniendo bueno! El calor nos cansaba, pero no impedía que cada punto se peleara con todo. Cada set era de quince puntos y como regla, el equipo ganador del set tenía que llevar ventaja de al menos dos puntos. El cuarto set lo iban ganando *Los Bravos*. Estaban a punto de llevarse el título y dejarnos de nuevo mordiendo el polvo. El marcador indicaba un punto de diferencia, catorce a trece. Se lanzó la bola. Rescaté el balón casi

en la tierra, lo levanté, Alfonso se lo puso al Chalado, éste brincó, se elevó por el aire y ofreció un remate implacable. ¡El partido se empató! Entre varias jugadas peleadas el cuarto set lo ganamos por un cardíaco marcador de apenas dos puntos de diferencia.

El partido se prolongó. Ya llevábamos más de dos horas bajo el intenso calor de las doce del mediodía y sin nubes en el cielo. Ambos equipos estábamos agotados, pero bien prendidos, listos para las acciones del quinto y último set, que se jugaba a veinticinco puntos. El primero que llegara a esa anotación se llevaría el triunfo, sin importar la diferencia de puntos.

Era increíble lo que estaba sucediendo en la cancha. Una final nunca se había prolongado tanto. La gente se encontraba a la expectativa por saber quién sería el ganador. A estas alturas ambos equipos éramos ovacionados por igual, habíamos conquistado el público con nuestras habilidades. “¡Estoy casi seguro que alguien va a caer, deshidratado y se suspenderá el juego!”, afirmaban los espectadores.

Habían pasado tres horas desde que el juego inició, el marcador estaba empatado en veinticuatro puntos y aun así los equipos no dábamos el brazo a torcer. Los uniformes estaban empapados de sudor, pero seguíamos peleando duro. Nos encontrábamos en la recta final, el campeón y subcampeón de esta temporada quedaría definido en la siguiente, la última jugada.

El público guardó completo silencio, nadie quería perder ningún detalle. Alex, El Bizonte cruzó mirada con cada uno de nosotros. Nuestro capitán hacía su labor desde fuera de la cancha comprometiéndonos con la mirada. Sabíamos que nos apoyaba, que estaba con nosotros.

El saque le correspondió al Muñeco que con gran estilo puso la pelota del otro lado de la cancha en un área apartada para ellos. El Trucutrú logró llegar al balón y lo mandó a su compañero El Espiga quien le puso un exacto pase a El Nómada. Éste brincó y con un fuerte golpe clavó su tiro. Parecía que ahí se acabaría todo, pero Pingó se lanzó al suelo, logrando levantar la pelota, Alfonso, el Padrino la elevó, entré yo, golpeé la bola y rematé con mi poderoso brazo campeón de vencidas. La clavé. Cuando estaba a punto de tocar la tierra en la cancha contraria para darnos la victoria, Choy se estiró y estiró, como el hombre elástico, y logró levantarla. El Espiga le puso un pase a El Máster, que con su último aliento remató el balón con tal fuerza que *Los Bravos* ya se sentían ganadores. Sin embargo, El Muñeco, con gran elegancia, logró contener el tiro para que Alfonso, el Padrino, lo colocara como una banana para El Chalado, quien elevó todos sus kilos dejando ver sus heridos pies descalzos y sacar un golpe que remató con una fuerza de orangután. El Trucutrú se lanzó al suelo para levantar el balón y salvar a su equipo, pero esa vez fue inútil: la velocidad que llevaba no era de humanos sino de un simio. ¡Ganamos!

De inmediato El Chalado me buscó la mirada, sonrió mientras corría hacia mí y a punto de llegar, ambos brincamos chocando nuestros pectorales con gran fuerza lo que provocó que rebotáramos hacia atrás. ¡Claro, teníamos que cerrar la victoria con nuestro ya tradicional festejo de toda la temporada! Alex, El Bizonte se unió a la fiesta, caminó hacia la cancha sonriendo con los brazos alzados al cielo en señal de gratitud al Creador. Después de felicitarnos unos a otros, fuimos con los compañeros del equipo rival a estrechar sus manos. El Muñeco alzó la voz e invitó a tomar un refresco a todos por igual.

No era para menos. Después de más de tres horas de juego bajo el intenso sol, lo mejor era una sana convivencia de ambos equipos en la palapa. El convivio se convirtió en risas cruzadas al recordar las mejores jugadas de ambos equipos mientras nos recuperamos de la insolación. Bendita sana convivencia en la que no hay perdedor. Éramos dos campeones que dimos el todo por el todo, que jugamos quizá por orgullo, por satisfacción personal, por salud física y mental o

por el placer de olvidar el encierro por un momento; fue un esfuerzo merecedor de una medalla olímpica o de un reconocimiento mundial. Pero aquí no hay mejor medalla que gozar de la sensación de libertad que nos da concentrarnos en una tarea, aunque ésta solo haya durado tres horas.

Memorias de Luz

Pasó el segundo cumpleaños de Medardo en prisión. Esta vez me preparé con mi café de la tarde mientras él degustaba el suyo dentro del penal. Literal nos sentamos a festejar compartiendo un café y una llamada telefónica. Sin un plan preconcebido sobre qué decirle, simplemente me dispuse a estar con él, a acompañarlo un buen rato al teléfono.

En el transcurso de la charla se me ocurrió abrir el Facebook y buscar su muro para ver si alguien se había acordado de su onomástico y compartírselo. ¡Tenía cerca de doscientos mensajes! Ese día sí se me quebró la voz y el corazón, pero hice lo posible para que no notara mi llanto, sobre todo cuando los mensajes decían: “¡Ya déjate ver!”, y cosas por el estilo.

Gurú de una secta de yoguis con la que conviví hace unos años.

III
EL TOQUE
DE DIOS

Traslado a los tribunales federales

Recibí notificación del Tribunal de Justicia. El día cuatro de julio sería trasladado a la audiencia de vista. Mis abogados, Miguel y José del Ángel, me explicaron que esa sería la última oportunidad para presentar o comentar algo sobre la defensa. Una vez terminada la audiencia lo único que nos restaría era esperar la sentencia del juez. Pregunté si en la audiencia tendría oportunidad de agregar algo a mi declaración. Los abogados opinaron que no era necesario, porque el escrito donde se resumió la defensa ya estaba listo. En él quedó asentada de manera contundente mi inocencia. La respuesta me dejó intranquilo. Había visto tantas injusticias desde que llegué ahí que desearía verlos con otra actitud, tal vez desbordados por una impetuosa energía, asegurándome que todo estaría bien. Pero una vez más, las cosas no eran como yo quería.

Mis abogados se mostraban tranquilos, incluso con una calma imperturbable. A veces se avivaba en mí la impresión de su inconsciencia del riesgo que corría de quedar atrapado en el sistema penitenciario por un largo periodo. ¡Claro, como nunca han estado de este lado —me decía— no saben lo que yo siento!

En fin... era el efecto que operaba en mí la recepción de órdenes y disposiciones oficiales. Surgía una inquietud devoradora que destrozaba mi autoestima. Sentía que desde que estaba recluido vivía con la mandíbula intrincada, el cuerpo tieso, desgarrado.

Una o dos noches después de recibido el oficio, al filo de las once, llegó un guardia a mi celda. Nos despertó el ruido del cerrojo, la luz de la linterna que fracturaba las tinieblas. El Muñeco y yo nos pusimos en alerta. Algunos compañeros de celdas vecinas se asomaron.

—¡Salvatierra Robles! —llamó el guardia. Descendí por la escalera del bunker para colocarme frente a los barrotes.

—Diga, jefe —contesté mansamente, aun medio adormilado.

—Mañana, cuatro de julio, tiene traslado a los tribunales —anunció también con voz suave—. Esté listo, con el uniforme puesto, antes del cambio de guardia.

—Sí, estaré listo, jefe... —un bostezo interrumpió mi respuesta—... usted disculpe. ¿Algo más?

—Regrese a descansar, Salvatierra —indicó con sonrisa torcida.

Al amanecer los guardias nos contaron como cada mañana. Después de la lista, me vestí con mi impecable uniforme naranja, salí al patio directo a la tienda donde estaba don Raúl. Le invité un café para platicar en lo que abrían el restaurant.

—Ya mero se va, profe —dijo con un tono alegre.

—¡Bueno fuera! —repuse—. Apenas voy a una de las audiencias.

—¡Ya mero se va! —afirmó mirándome directo a los ojos.

Retuve la respiración, abrí grande los ojos, le sostuve la mirada ¿De dónde brotaban esas palabras con tan brioso ímpetu? Todo sobrevino tan rápido que estuve seguro que mi interlocutor fue inconsciente del tono imperativo de su profecía. ¿Sería otro mensaje de la Gracia Divina? Mi pregunta se desvaneció en el silencio de su mirada que se fijó en mis ojos un instante más y

luego desvió a su café. Al abrir el restaurant, el ruido disolvió la magia del momento ¡No alcanzaba a comprender qué sucedió! Y como las acciones inmediatas son el mejor remedio contra los pensamientos inciertos, me apresuré a pedir mi desayuno:

—¡Me da un par de blanquillos revueltos con nopales, por favor!

Caminamos en busca de una mesa mientras yo dejaba salir un profundo suspiro. Detuve el plato con el desayuno entre mis manos sin hacer más conversación con don Raúl. Necesitaba comer tranquilo, porque sabrá Dios hasta que hora volvería a probar alimentos. Di gracias a Dios e inicié el primer bocado, y quién sabe si el último del día. El mensajero llegó justo cuando terminé de almorzar en paz. ¿Otra buena señal que me enviaba la Divina Gracia?

—¡5217 tiene traslado!

Fui de prisa a lavarme los dientes y de inmediato hacia la esclusa acompañado del guardia. Esperé treinta minutos de pie, me esposaron y guiaron a la caseta antes del túnel. Durante el recorrido el guardia literalmente me tupió a preguntas preñadas de una morbosa incomodidad.

—¿Que hizo, Salvatierra?, ¿es culpable?, ¿ya mero se va?, ¿está gacha la cana verdad?, ¿qué le dicen sus abogados?

—¿Es usted agente investigador o por qué tantas preguntas? —contrataqué con un evidente dejo de irritación.

—¡Chale, güero, no se enoje! —rio burlón el guardia.

Tomaron mis datos en la caseta que antecede al túnel, confrontaron la información en la bitácora, me ordenaron formarme en la fila justo donde estaba la malla divisoria entre el pasillo y el campo de fútbol. Desde ahí me llegaron los gritos del juego de un grupo de muchachos del programa de desintoxicación de drogas. Entre ellos divisé al Pipiolo quien, al verme, y sin importarle la seguridad, corrió a saludarme.

—¿Qué onda, Medardo? Gracias por el uniforme del equipo de futbol ¡está chido! Y por las cosas que mandó con el mensajero. Me han servido mucho —jadeaba alegre y sudoroso—. ¡Oiga! —se admiró en tono de burlona camaradería al verme con el uniforme naranja—, ¿a dónde va tan bien vestido?

—Voy a la audiencia de vista.

—Su caso es federal ¿verdad? —se acercó más a la malla — la neta, dígame qué hizo. No hay falla conmigo, no me asusto. ¿A cuántos se quebró?, ¿qué armas traficó? Usted es capo grande, no se haga.

—Ya te he dicho que es por un cuete con Hacienda, el cual yo no hice. Robaron mi identidad fiscal, falsificaron firmas —le regresé la sonrisa por la cantidad de cosas que imaginaba que yo pude haber hecho. Pipiolo era un buen cuate.

—Esta bueno, como quiera a mí me vale que haya hecho o no haya hecho, yo lo respeto, profe.

—Y tú cómo vas, Pipiolo, ¿qué tal la clínica?

—Pues muchas cosas buenas, pero lo malo es que no podemos tomar café, ni fumar un tabaco, está de la chingada eso. Por lo mismo de la ansiedad, cuando estamos en el baño y que no hay guardias nos damos unos buenos madrazos, así, de compas, por pura amistad.

—Ponte abusado Pipiolo, no te vayan a castigar de nuevo, ¿quieres regresar al ambulatorio D? —pregunté a manera de reto.

—¡No! Pero pues no me rajo. Luego si no me doy de golpes voy a quedar como mariquita —se defendió.

En ese momento, un custodio de la clínica le gritó al Pipiolo.

—¡Tú!, métete al campo, deja de hacerte menso. Ponte a hacer ejercicio con tus compañeros.

—¡Ahí voy, jefe, no me voy a ningún lado, no se enoje! —Los compañeros del Pipiolo abrieron una rechifla.

Nos despedimos, nos deseamos buena suerte, y regresó al grupo de desintoxicación. Hasta mí llegaron los gritos del Pipiolo en respuesta a la bulla previa:

—¡Ustedes qué, hijos de su pinche madre! ¿Muy santitos todos o qué?

Se volvió para verme y yo, rápido puse un dedo en forma de anzuelo estirándome la boca y con el otro dibujé una negación en el aire, al tiempo que pronunciaba despacio:

—¡No te enganches, güey! —Pipiolo comprendió mi ademán y asintió con la cabeza.

Conforme iban llegando mis compañeros de traslado, íbamos comentando a dónde nos llevarían, cómo iba nuestro trámite, qué expectativas veíamos. En total éramos cinco: tres para los tribunales y dos a consulta hospitalaria.

Nos enfilaron fuera del túnel, nos revisaron por encima de la ropa. Todos llevábamos una porción individual de papel higiénico y algunos portábamos algún escrito de carácter legal. Nos colocaron las esposas, y así, de pie vimos cómo se abría lentamente el portón electromecánico, por el que caminamos, primero los internos y atrás un custodio. Pasamos el túnel, los locutorios donde hablábamos con los abogados, otro portón que desembocaba en un pasillo y de ahí a la media luna donde nos quitaron las esposas y nos introdujeron a una pequeña celda llena de zancudos y fétidos olores.

Como por consigna, como si hubiesen dado el banderazo de arranque, los cuatro compañeros platicaron a la vez sus hazañas delictivas. Yo me limité a decir en un tono poco amigable que iba al tribunal federal a una audiencia.

Entre el grupo iba un reo que vivía en el ambulatorio A. Era un tipo de algunos cuarenta años, de complexión mediana, con varias cicatrices en su rostro, siempre interesado en saber todo de todos. Esa vez se dirigió a mí abiertamente:

—Y usted, güero, ¿viene muy mugroso?, ¿qué hizo?, ¿porque está en cana?, ¿ya le dieron sentencia?, ¿anda hasta el tronco de delitos?, ¿cuántos muertos debe?

—¡Si no le doy explicaciones a mi vieja, menos a ti, hijo de tu puta madre! — le contesté dejando claro que conmigo nadie se metía.

—¡Uh chale, no se enoje, güero, si como quiera me cuente o no, las cosas no van a cambiar con el juez! —me dijo burlón.

Yo me volví dando por terminada la conversación. Intenté concentrarme en mi ser interno en busca de paz para el procedimiento que vendría enseguida. Tras de mí uno a uno de los compañeros fue guardando silencio hasta hacerse una calma tensa que inundó el ambiente. Sabíamos lo incómodo del paso siguiente. Aguardamos a que llegara el momento.

Nos sacaron de la celda, nos pusieron en fila. Nuestro inspector, un perro labrador golden retriever nos esperaba una vez más. La situación era denigrante. El canino recorría la fila mientras nosotros permanecíamos en embarazosas posturas. Cuando el perro se dio por satisfecho nos ordenaron vestirnos. Regresó un mínimo de respeto a mi dignidad. *Tú eres más que tu cuerpo* afirmaba una voz en mi interior. Esa ocasión los guardias agregaron un chaleco verde fluorescente a cada uno.

Un custodio me colocó los grilletes. Caminé atado de pies y manos con la cabeza agachada y la vista fija en el suelo. Iniciaba la aventura sobre ruedas. Traté de distraerme observando el exterior ¡todo era tan verde! Por fin llegamos a la ciudad ¡El tráfico estaba de locura! ¡Todo era acelere! La cárcel era un horrible lugar y más lo era cuando se está en ella siendo inocente. La cárcel era un sitio gris, sucio, antihigiénico, inhumano, sin embargo, era un sitio limpio de

publicidad ¡La contaminación visual en la ciudad me pareció un grotesco desorden! Panorámicos de todos colores y con todo tipo de leyendas que aunados a la gran cantidad de postes y cables que colgaban por el camino, distorsionaban el entorno. ¿Será la manifestación del desorden interior de las personas lo que los lleva a crear este caos exterior? ¡Qué incongruentes somos! Mínimo, dentro de la prisión donde había permanecido más de un año, había descansado de toda esta contaminación citadina.

Al llegar al juzgado, y tras pasar la rutina de rigor, me recosté en el piso de un cubículo de dos por dos donde los custodios me escoltaron. Sentí frío en la espalda, saqué y desdoblé una hoja que traía entre mi ropa. Era un ensayo de lo que quería decir al juez. Aunque mis abogados me dijeron que no era necesario, yo de cualquier manera iba preparado.

Señor juez, yo soy un hombre de bien, mi vida está ahora en sus manos, confío en la justicia y en que usted tomará la mejor decisión en base a las pruebas que en mi expediente le están anexando mis abogados. Le reitero que desconocía la materia de la acusación, que ha sido un montaje usurpando mi identidad. Yo declaro que bajo ninguna circunstancia autoricé las acciones de las que me acusan y que nada tengo que ver con esa empresa referida. Yo jamás he hecho tratos comerciales millonarios con nadie y desconozco las ciudades que se mencionan en el expediente. Señor juez, soy un hombre espiritual y moralmente libre y estoy seguro que con la autoridad que la federación le confiere, muy pronto recuperaré la ansiada libertad social.

Después de leer en voz baja y en repetidas ocasiones la pequeña redacción, cerré los ojos y me conecté a la energía Reiki buscando relajarme. Las dos horas de espera se fueron rápido entre estar acostado canalizándome energía y permanecer de pie en espera. Por fin, quince minutos antes de iniciar la audiencia, vi el rostro conocido de José del Ángel, mi abogado.

—¿Cómo estás, Medardo? —extendió la mano sobre la malla y yo respondí.

—Bien, ya quería verte ¿Sabes si viene Miguel? —pregunté con cierta ansiedad.

—Está por llegar, viene con su asistente, el licenciado Castillo. Te compró un refresco bien helado, y se detuvo a pedir permiso para dártelo.

—¡Ah, que buen detalle, ojalá que sí! —dije auténticamente agradecido.

Al minuto llegaron Miguel y Castillo. La presencia de mi hermano me llenó de tranquilidad. Me pasó el refresco por el hueco de la ventanilla por donde suelen intercambiarse los documentos.

—¿Qué onda, hermano? Ya dieron permiso de pasarla, pero tienes que decirle al guardia que te está cuidando a ver si te permite darle un trago, aunque sea.

Tomé el refresco y golpeé la puerta de metal. Se abrió la escotilla por la que asomó el custodio. Le entregué el refresco aún cerrado. Él revisó la botella de plástico que rezumaba por lo helado del líquido, la destapó para cerciorarse que era nuevo y me lo regresó, dando su consentimiento para tomarlo.

Mientras disfrutaba la bebida, platicué con los tres abogados. José del Ángel me dio indicaciones sobre lo que tenía que decir en la audiencia.

—Es un mero trámite que se tiene que cumplir para comenzar a redactar la sentencia, misma que contendrá la decisión de devolverte la libertad o de encerrarte varios años en prisión —lo dijo con una seriedad que me asombró. No había sorpresa ni enojo en su voz. Era como si estuviese leyendo el encabezado de la prensa en un restaurante mientras el camarero tomaba su orden.

—Estoy intranquilo e inquieto por estar en la recta final —dije dirigiéndome a José del Ángel—. Me gustaría hablar con el juez. Redacté un pequeño texto y quisiera pedir la oportunidad de que lo escuchara. Así se dará cuenta que soy una persona de bien. Quiero hacer algo por mí

mismo, necesito hacer valer mi derecho a ser escuchado, desahogar mi sentir. Estoy seguro de poder convencer al juez con mi sola presencia.

Los abogados coincidieron en que no era necesario decir nada.

—Si llegara a aparecer el mandamás del tribunal, le dices, pero no es correcto mandarle llamar para eso. Al fin de cuentas, lo que más importa, es la defensa que ya está concluida.

Mi rostro viró de la esperanza por expresarme, a la dureza de la tensión. Con el estrés a flor de piel no logré contenerme, y reventé:

—¡Qué impersonal es todo esto, que pinche mugrero de burocracia! ¡Estoy harto!

Miguel ni José del Ángel hicieron eco a mis palabras, y muy posiblemente no me escucharon, metidos cada uno en sus pensamientos. El berrinche quedó encerrado en el cubo de metal de dos metros cuadrados en el que me encontraba. Miguel, en su función de hermano mayor y abogado, me seguía dado una serie de categóricos “No” como había ocurrido en todo el proceso. Quizá esa vez también tenía razón. No podía exponer su defensa por unas cuantas palabras que yo necesitara declarar. Ellos se enfocaban en devolverme la ansiada libertad demostrando mi completa inocencia con independencia de lo que yo sintiera. ¡Con mi escrito me estaba alejando del verdadero motivo de esta audiencia! En ese momento caí en cuenta que tenía nublada la visión con el batido emocional en el que me encontraba.

Unos minutos después, tal y como los litigantes predijeron, hizo presencia un joven funcionario que se sentó en un escritorio. Inmediatamente atrás llegó un secretario del tribunal, segundo en jerarquía, quien se plantó frente a la rejilla para decir:

—Medardo Salvatierra Robles

—Diga —respondí.

—Estamos aquí para celebrar la audiencia de vista, para darle aviso que de ahora en adelante está su expediente completo en nuestras manos con todo lo que se pudo hacer para demostrar su situación ¿Hay algo que desee agregar?

—Me adhiero a las conclusiones presentadas por mi defensa —enuncié categórico la frase que mis abogados me encomendaron, memorizada y ensayada una y mil veces.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó el joven funcionario.

—¿Dónde está el juez? —inquirí tratando de mostrar que me hubiera gustado que viniera.

—Está ocupado, en su despacho —dijo de inmediato el segundo al mando y desapareció por donde había venido.

Asentí con un ademán sin insistir, aunque me mostré mal encarado. Me costaba entender que así funcionaba el sistema. ¡Llevaba más de un año encerrado por error de los que gobiernan este sistema y ni siquiera merecía que me dieran la cara, como si mi expediente y yo fuéramos lo mismo! Ahí todo era impersonal, nadie tenía rostro, ni presencia ¿Cómo pueden determinar la inocencia o la culpabilidad de un ser humano?

Casi a la una de la tarde regresó el secretario con un documento. Entregó una copia a los defensores y otra mí. La leímos, nos mostramos de acuerdo con el contenido del acta, y se dio por finalizada la audiencia.

José del Ángel, Miguel y el licenciado Castillo, se despidieron. Yo golpeé la puerta avisando al guardia que había finalizado la audiencia. Me colocó los grilletes y me guio escalera abajo hasta una de las celdas de separo. Ahí ya se encontraban mis compañeros, tanto quienes se quedaron en el edificio, como quienes fueron llevados a los servicios hospitalarios. Mis compañeros de traslado platicaban muy animados. Algunos estaban recostados en el suelo, otros en la cama de

concreto. De pronto llegó un custodio con una bolsa en la mano, la entregó al reo más cercano a los barrotes y dijo:

—En un rato nos vamos, señores. Aquí les dejo un poco de barbacoa y tortillas para que calmen la tripa.

—¡Gracias, jefe! —respondimos al unísono.

La vianda alcanzó para uno o dos tacos por persona. Yo cedí mi porción para viajar con el estómago vacío por si me mareaba en el traslado.

De regreso a La Ciénaga, el convoy quedó inmerso en el denso tráfico de la hora pico. Avanzaba lento, cambiando de carril constantemente. De pronto advertí que tomó un camino distinto.

—¡Señores, agachen la cabeza y no la levanten hasta que terminemos de cargar combustible y salgamos de aquí! —nos ordenaron— ¡Quédense quietos!

Ante el intenso calor el sudor nos escurría de todos lados. El hedor de los cuerpos y el de la gasolina invadió el interior de la camioneta.

—¡Putra madre, necesito aire, estoy mareado!

—¡Cálmala, ya mero acaba! —me contestó uno de los compañeros—. Ahorita nos vamos de aquí.

Al cabo de un rato, reiniciamos el viaje. Una ráfaga de aire caliente se coló por la ventana. Me volví al exterior y vi que el convoy atraía la atención de los conductores. Recordé cuando yo era un hombre libre y me topaba con un comando de seguridad. Imaginaba que dentro iba gente peligrosa, de alto riesgo para la sociedad: algún capo o el más despiadado de los asesinos ¡Qué ironía! En ese momento dentro del operativo, sintiéndome débil, mareado y nauseabundo mi perspectiva cambiaba por completo.

Al llegar a La Ciénaga nos sometieron a la exhaustiva revisión de rutina. Después fuimos custodiados hasta nuestro ambulatorio. Esa vez me tocó esperar cuarenta minutos en la malla bajo el intenso sol. La náusea que empezó en la camioneta iba cobrando forma bajo la resolana y la falta de agua. Empezaba a ver borroso, sobrevenía el mareo sin remedio, las piernas se aflojaban. A punto del desmayo alguien me tomó del brazo. Traté de incorporarme con un gran esfuerzo. Un guardia me llevaba casi a rastras hasta La Extensión. Ahí poco a poco fui recuperando la conciencia hasta llegar a mi celda donde fui directo a la regadera. Me despatillé, me enfundé en unas bermudas, una playera y las patas de gallo. Después fui a la palapa a hablar por teléfono con Luz. Sin más trámite volqué mi alma atormentada por el auricular. Cuando me calmé, ella dijo:

—Ve a comer, tómate un café y ponte en paz. ¡Eso ya jamás volverá! ¡Déjalo ir! ¡Ya pasó! Agradecí su escucha y me despedí. En el restaurant seguí reflexionando en la importancia de soltar mis terroríficas sensaciones, hasta que estuve delante de un delicioso platillo. Algunos compañeros se acercaron, a preguntar cómo me había ido. Me limité a contestar que bien, sin dar más detalles. Ya había soltado todo en la llamada, no necesitaba hablar con nadie más. Los compañeros se limitaban a observarme, tal vez ellos vivían la experiencia carcelaria de otro modo, y eran más conscientes que yo de la tristeza y el dolor que en estos momentos embargaban mi alma. Me quedé en el rincón que había elegido para comer, con la mirada gacha, tratando de pasar inadvertido para que no me molestaran. Mientras bebía el café repasaba los hechos del ajetreado día.

Sin duda, cada traslado era una dura lección de impotencia, frustración y temor que me hacía consciente de que vivía inmerso en un sistema en el que pagan justos por pecadores, donde el ser

humano era reducido diariamente a un vil expediente.

Pronto llegó la hora de la lista de la noche. Antes de dormir recostado en mi bunker recordaba una escena con Luz durante mi terapia. La veía tomar una piedra en forma de corazón y posarla sobre la palma de su mano izquierda. Mantenía la mirada fija en aquella roca, mientras decía: “Los seres humanos tenemos la capacidad de generar la energía necesaria para sostener emocionalmente cada situación que la vida nos depara. ¿Te imaginas la cantidad de energía que se requiere para sostener un mal momento?, ¿has sentido cómo permanece la tensión en tu cuerpo una vez que la situación ya pasó? ¿qué se te ocurre que puedes hacer con esa energía?” Un largo silencio inundó la sala, luego continuó su discurso. “Los seres humanos tenemos el poder de transmutar la energía una vez que las circunstancias adversas han pasado. La decisión de lo que hagamos con ella determinará nuestra liberación o prisión. Liberarte es dar gracias, es transmutar el dolor de la circunstancia vivida en amor en pro de una buena causa: la paz, la vida digna a los necesitados, es llevar esa energía a donde tu corazón desee. Todos vivimos a diario situaciones adversas. Es una decisión personal liberar la energía que generamos para sostenerla o aprisionarla dentro del ego, engrandeciéndonos o convirtiéndonos en esclavos de una auto imagen distorsionada de poderío, atados a demostrar a diario lo fuerte que somos por los eventos que hemos sorteado, condenándonos a la esclavitud del parecer y pretender en lugar de Ser”.

Las lágrimas se desbordaron en mi alma al recordar aquella conversación. Repasé un sinnúmero de sucesos difíciles vividos en este año: la aprehensión, La Perrera, el traslado a La Ciénaga, las cucarachas, la suciedad, los desnudos, la invasión a mis pertenencias en cada revisión, los robos de saldo telefónico, el motín, los repetidos retrasos en el juicio, los traslados a los tribunales, los enfrentamientos para poner límites con algunos compañeros, la traición de mis supuestas amistades anteriores ¡Cuanta energía contenida! En la medida que recordé cada situación, visualicé una esfera gigante que giraba por encima de mí cabeza absorbiendo el halo de color que se generaba con cada recuerdo. Mis ojos se posaron en ella, vi cómo lentamente se fue alejando. Deseé con toda mi alma que esa energía fuera aprovechada por todos lo que estaban hambrientos y sedientos de amor. Vi cómo la esfera atravesaba el techo a escasos centímetros de mi cara y se esfumaba. Un suspiro de alivio marcó el descanso de mi cuerpo al liberar aquella tensión. Gracias Dios.

Memorias de Miguel

Es muy fácil vender ideas a una persona que está desesperada ante algún problema y Medardo no fue la excepción. Con tantos conocidos y contactos que lo estimaban, le ofrecieron ayuda, incluso algunos que estaban al tanto del caso se comunicaron con nosotros, a los que les agradecemos su preocupación, pero declinamos su ayuda y continuamos con nuestra estrategia inicial acordada entre José del Ángel y yo. Contener a mi hermano de estos embates no fue fácil, puesto que de los distintos ofrecimientos que tuvo, en su mayoría todos apuntaban a que sus actuales defensores estábamos haciendo mal las cosas, que estábamos encaminándolo a permanecer sentenciado en prisión por equis cantidad de años. No faltó el que es amigo de un súper reconocido abogado o ex funcionario federal de alto rango que tiene la fórmula mágica para sacarlo de prisión que, como ingredientes para la poción mágica, hay un “contacto muy pesado” que con “una jugosa cantidad de dinero” te desaparece de ahí.

Nosotros nos mantuvimos firmes de no dar ni un centavo a nadie para favorecer o acelerar el caso. Eso no quitaba que mi hermano, encerrado ahí abajo en la prisión, en repetidas ocasiones entrara en pánico pidiendo auxilio a sus conocidos. Y, a decir verdad, no fue el único que por momentos sintió que perdía el piso. A mí también me tocó vivirlo cuando, días antes de la última audiencia del proceso, recibí una llamada. No quise contestar por tratarse de un número desconocido. A los pocos minutos insistió. Con cierto recelo la tomé:

—Diga.

—¿Miguel Salvatierra? —preguntó una voz desconocida.

—¿Quién habla?

—Soy Romualdo, hablo de parte de un funcionario de la Secretaría... —dijo.

—¿Qué se le ofrece?, Romualdo.

—¡Con lo que le voy a decir, más bien a usted se le va a ofrecer! Resulta que mi contacto en la Secretaría es quien tiene el caso de su hermano que está en prisión.

—Y luego, ¿qué me quiere decir con eso?

—Pues, dice mi contacto que para el día de la audiencia tiene preparados argumentos muy sólidos en contra de tu hermano, que es muy seguro que vayan a perjudicarlo en la sentencia.

—¿De qué se trata?

—Podemos vernos para platicar, no sé, quizá en un café y arreglar esta situación.

—Bueno, pues me reporto. Voy a colgar. Estoy ocupado.

En cuanto colgué pensé, “No es posible que haya algo en contra, puesto que Medardo no hizo tal cosa. Solo quieren extorsionarme con el caso porque ya no les queda de otro. Son las últimas patadas de ahogado para a ver si pueden sacarnos dinero”.

Llamé a José del Ángel para notificarle los hechos.

—Estás en lo correcto, Miguel, déjalos, no hagas nada. Omite este evento. Si a estos incompetentes se les ocurre sacar un papel que no hayan anexado al expediente original, se estarían poniendo una soga al cuello, porque con eso te saco de inmediato a Medardo y los meto a ellos al bote.

Al colgar con José del Ángel la rabia inundó mi ser. En mi mente maldije al parejo contra ellos. Esta vez no quise mencionarlo a Medardo para no angustiarse más de lo que ya estaba. Solo alerté a Justino para evitar que se enganchara. Todos hicimos un mismo frente: no a la corrupción.

Los credos

Cada viernes en punto de las nueve de la mañana, don German preparaba el altar para la celebración de la santa misa. A continuación, caminaba por los pasillos tañendo una pequeña campana avisando que la ceremonia estaba a punto de empezar.

Para el clero se destinaron doscientos metros cuadrados en la antigua área del restaurant. Los compañeros empresarios Pepe Garza y sus socios, aportaron los materiales, mientras que los compañeros fieles creyentes pusieron la mano de obra para la remodelación, reparación y pintura de pisos y paredes. La capilla católica estaba ubicada en un cuarto al final de los talleres y con la nueva ubicación y una buena mano de gato que recibió, quedó mucho más acogedora y

hospitalaria. Pepe Garza y sus socios, apodados “Los Padrinos” siempre se distinguieron por su generosidad.

El recinto era compartido por los compañeros del culto cristiano quienes predicaban la palabra y oraban a través de cánticos, con todo y grupo musical. Los católicos eran tan apasionados que solicitaron permiso para pintar en las paredes algunas imágenes de vírgenes y santos. Lo obtuvieron y de inmediato plasmaron en los muros imágenes que iban de piso a techo —a todo lo largo de la pared del fondo y una tercera parte de las paredes laterales quedaron coloridas—, lo que causó gran indignación entre los cristianos. ¡Caray! Aun en ese micro mundo brotaba la guerra de cultos.

Antes de los murales, los cristianos reñían con los católicos porque decían ser los poseedores de la verdadera y de la auténtica palabra de Dios. Agregaban que cualquier otro credo era falso. Los católicos, por su parte, les criticaban su gran necesidad de llamar la atención con esas ideas, más el escándalo de su grupo musical a todo volumen; argumentaban que el catolicismo invitaba al silencio a través de la oración. Y, como en la casa del jabonero, quien no cae, resbala, los católicos se tuvieron que comer sus propias palabras al haber creado tan invasivo mural. Con todo esa contaminación visual y auditiva en que se convirtió el viejo restaurant quedó relegado lo más importante.

Ya nadie tenía la menor intención de conectar con la divinidad que vive dentro de sí. La religión quedó reducida a una competencia por poseer la verdad. Era la guerra por lograr mayoría de adeptos. Bien decía Luz: “La constante guerra entre cleros se da en todas partes del mundo, anulando el verdadero motivo de su existencia que es religar con la divinidad que nos habita”.

Yo estuve yendo algunos meses a misa, hasta que me saturó la guerra entre cleros y dejé de preocuparme por el tema. Cuando veía al sacerdote por los pasillos, nos saludábamos, charlábamos un poco y ya. ¡Viva la paz! Prefería enfocarme de lleno en las clases, el deporte y mi conversación personal con la divinidad.

A propósito: gracias a Dios rompió de nuevo el récord de asistencia el curso de Desarrollo humano basado en el libro de Jorge Bucay: *Las tres preguntas: ¿quién soy? ¿a dónde voy? ¿con quién?* ¡La gente estaba muy animada! Viva la Sala para la Paz, un recinto donde todos los cleros se unían sin discusión alguna, y donde yo me mantenía atento, evitando que me carcomieran los nervios con la ya próxima decisión final de mi juicio.

Visita de Miguel

Aquel julio el calor canicular estaba infernal. Las tiendas hacían su agosto con la venta de refrescos. Algunos internos se sentaban a la sombra de las palapas, formando corrillos mientras se hidrataban; otros preferían beber su refresco en el transcurso de alguna charla telefónica; varios más andaban por ahí guarecidos bajo algún techo. Las únicas imparables por el calorón eran las moscas y las abejas que revoloteaban incesantes y fastidiosas. En aquel julio también la población de internos iba en aumento. Cada día llegaba más gente de la que marchaba libre.

A la mitad de una mañana agobiante un mensajero me informó que tenía visita de abogados. Camino a la caseta los custodios me esposaron. Recorrí el túnel hasta la rejilla. En los locutorios me esperaba mi hermano Miguel. Tratando de evitarle un poco de dolor pedí al guardia que me

retirara las esposas antes de llegar. No siempre es posible pues la decisión quedaba a su discreción. Aquella vez aceptó.

—¿Cómo estás? —preguntó Miguel mientras chocamos los puños entre la rejilla—. ¿No te interrumpí alguna actividad?

—No interrumpes nada y aunque así fuera —respondí con sinceridad, pero la sonrisa que se me alborotaba en el semblante era más elocuente que mis palabras—. Mi prioridad es y siempre han sido ustedes.

—Ten, te deposité un poco de dinero para el teléfono —Como acto reflejo ambos nos volvimos hacia el custodio pidiéndole con la mirada que revisara el papel.

—Muchas gracias, Miguel, ¡haces demasiado por mí! Me apoyas en lo económico, elaboras estrategias para resolver el asunto legal, además de darte tiempo para venir hasta acá a verme —sentía que las palabras me cerraban la garganta—. Realmente valoro tu esfuerzo.

—Lo hago con mucho gusto —contestó con una enorme sonrisa.

—¡Qué bueno que viniste! Me tranquiliza verte. Estoy nervioso por la próxima sentencia, ¿sabes?, tengo mucho miedo, he escuchado tantas historias de innumerables injusticias... si te contara... Hay quienes sí cometieron delitos muy graves y hay quienes no lo hicieron, pero de igual forma los han sentenciado a cinco, diez y hasta más años de prisión —Miguel me veía fijamente como desconcertado por mis palabras—. Hace poco sentenciaron a un compañero que no cometió el crimen del que lo acusan ¿te imaginas qué día fue ese para todos aquí? ¡Fue el funeral de la esperanza!

—Sí... me imagino...

—Estar aquí es vivir en una ruleta rusa que apunta directo a la fe. En verdad te devasta el alma... ¡Pues que te digo a ti! si tu amigo Pepe Garza y sus socios aún están injustamente encarcelados, acusados de algo que ni un niño podría creer. Es inaudito lo que sucede con ellos y, aun así, no los dejan salir y les complican más su caso. Todo apunta a que está metida la mano negra de algún político.

—Pues... —Miguel intentaba decirme algo, pero lo interrumpí por segunda ocasión.

—Tú más que nadie sabes cómo ha estado mi caso, lo han llenado de trabas. ¿Cuántas veces se aplazó la audiencia del juicio de amparo? ¡En la historia legal del Estado, nunca se habían hecho tantos diferimientos en un juicio! ¿Cuántos retardos ha habido? Conmigo también se han ensañado y yo no soy una persona importante o con dinero. ¿Por qué me están haciendo esto? Tú ya lo viviste, Miguel, cuando te llamaron para citarte la presunta gente de la Secretaría de Hacienda, que decían tener pruebas muy fuertes en mi contra y amenazaban con presentarlas, ofreciéndote “arreglar por fuera” para que no me sentenciaran en contra. ¿Ves cómo está todo arreglado? El gobierno quiere resultados, no importa quien pague, seas culpable o inocente. Ellos ya agarraron a alguien. ¡No buscan la justicia!

—¡A ver!, ¡a ver! vamos por partes —me interrumpió—. La gente de la Secretaría de Hacienda que me localizó quería extorsionarme, amenazaron con presentar documentos que yo mismo solicité para defenderte y que ellos dijeron haber destruido. Eso quedó asentado en el expediente de tu caso ¿Por qué crees que los dejé plantados? Porque los muy corruptos hijos de puta, no tienen ninguna prueba en contra tuya. Solo quisieron asustarme para que soltara dinero, cosa que no hicimos y no haremos jamás. Si ellos hubieran presentado algo, en automático sales de este lugar, pues me hubieran dado armas para meterlos a ellos en la cárcel por muchos años. Así que dime Medardo, ¿qué hicieron? ¡Nada! Porque no tienen nada que demostrar y si lo tuvieran se

van ellos a la cárcel por haber ocultado información. Son basura, son extorsionadores, son una cagada para la sociedad.

Con cada palabra de Miguel, me sentía más fuerte. Él, sin darse cuenta, enderezó mi cuerpo, fortaleció mi corazón y liberó mi alma del temor en la rampa final de esta pesadilla.

—Ok. Miguel, solo quería que supieras lo que escucho dentro de la prisión —dije sintiéndome apenado. Más que pena lo que inundaba era el miedo. Ahí estaba de nuevo. El miedo como una piel debajo de mi piel, como la sombra de mi sombra, como un compañero que me maniataba más que las esposas y los grilletes. Ahí estaba, se vino conmigo desde la celda sin que yo lo advirtiera, y frente a Miguel, mi lazo con la libertad se manifestó como espíritu maligno.

—Es que “ahí abajo” ven las cosas muy diferentes —enfaticó Miguel desaprobando mi discurso con un movimiento de cabeza.

Al escucharlo sentí que un escalofrío recorría mi cuerpo y que mis ojos se desorbitaban buscando su mirada. Por un instante sin límites un ahogado silencio rodeó el espacio entre nosotros. Después, como por inercia chocamos los puños entre la reja para despedirnos.

Al regreso, ya en el túnel, custodiado por un guardia, seguía escuchando el eco de las palabras de Miguel filtrándose entre los ladrillos: “Los de ahí abajo ven las cosas diferentes”. Ya era uno de los de abajo, estaba impregnado por el sistema hasta los huesos, había aprendido a tragar miedo, a ver la desgracia con certidumbre, a actuar como un creyente fiel de la injusticia. ¡Ahí abajo era un calabozo de energía densa, negativa, contagiosa! Nos aferrábamos a lo conocido y cuando alguno vislumbraba un ápice de luz, ahí abajo los demás lo apartábamos convenciéndole que la oscuridad era lo único real. Actuábamos como poseídos, sujetándole el alma a quien intentaba salir para que no se fuera jamás de este encierro seguro.

Gracias Miguel por hacerme participe de cómo nos veía la sociedad a los de ahí abajo: impregnados de injusticia, de miedo, perpetuándonos con cada palabra, con cada acción. Has devuelto mi alma a la luz de la fe en un mundo honesto, donde se vive en el amor y la justicia. Me aferro a ella, guardo en mí la flama de la esperanza anunciada, símbolo de la libertad que es lo único que le puede restituir el sentido a mi vida.

Al llegar al ambulatorio los compañeros me abordaron para conocer el asunto por el que fui llamado a la sala de abogados. No quería comunicar lo sucedido. Decidí quitármelos de encima con un simple: “Trámites y más trámites”. Prefería perderme entre las páginas de un libro en la biblioteca. Con uno que lo supiera bastaba para que la información circulara por los pasillos, lavaderos y peluquería. El chisme corría ahí más rápido que un guepardo. Además, trataba de evitar que intentaran sabotear mi salida sembrándome una punta o palomita o propiciando una riña, como bien me advirtió Luz.

Éramos muy pocos los que nos reservábamos nuestro asunto legal. Yo guardaba silencio por recomendación de mis abogados. Ellos eran quienes determinaban qué y cuándo compartir los avances con el resto de la familia y los amigos. De mis compañeros ahí dentro solo uno me inspiraba confianza.

—Buenos días —saludé a Cesar al llegar a la biblioteca.

—Buenos días. ¿Cómo estás, Medardo?

—Estoy que me comen los nervios —respondí dejando salir un suspiro de agobio—. Ya casi se dicta mi sentencia y debo reconocer que a veces me gana el miedo —César levantó la vista desde el montón de libros en el que trabajaba—. Disculpa que te distraiga de lo que estás haciendo, César, pero solo a ti como abogado te confío mi caso.

—Mira —dijo tomando un bonche de papeles que me entregó—. Ya revisé tus conclusiones,

tus abogados han trabajado muy bien, las cosas se ven muy favorables para ti.

—Eso me dicen ellos, pero tengo mucho miedo. Veo lo duro que está el sistema con tu hermano y con Pepe Garza, y me asusto. Ustedes siendo inocentes, continúan aquí.

—Nosotros también nos iremos, eso te lo aseguro, Medardo, es cuestión de tiempo, no temas. Ya lo celebraremos afuera —Se volvió hacia su computadora dando por zanjada la conversación.

—Bueno —dije ya más tranquilo—. Fíjate que estoy haciendo una lista de libros que he leído en todo este tiempo y para mi sorpresa llevo casi cincuenta.

—Órale, que interesante, no se me había ocurrido —dijo sin verme—. Yo también leo mucho aquí. Voy a copiarte esa tarea. Será un buen recuerdo para el día que salgamos.

La biblioteca era uno de mis sitios favoritos. Ahí se valía entrar con alguna bebida y platicar en voz baja. Había quienes hasta toman una pequeña siesta en el sillón.

Los equipos de cómputo eran modernos, donados por don Marco, Pepe Garza, César y Alfonso. Contaban con procesador de texto, hoja de cálculo, para hacer presentaciones, enciclopedia electrónica, excepto con acceso al internet. Los altos protocolos de seguridad que había en La Ciénaga impedían la conexión. Los equipos estaban al servicio del personal de la prisión y de los internos.

En estos días hablaba mucho más con Luz. Ella, previendo que me comieran los nervios, me puso a trabajar horas extras dando por sentado que obtendría la libertad.

—Tienes que dejar todo listo, Medardo. ¿Ya sabes quién te suplirá como maestro de yoga? ¿Y en Desarrollo humano? ¿Quién se quedará con el programa de Cine de valores? El trabajo que hemos estado haciendo, es muy valioso y tienes que ver la forma de que continúe. Tú mismo has sido testigo del bien que le hace a la gente. Ese tipo de programas son un rayo de esperanza para la sociedad. Es imperativo que consigas gente que se entregue de la misma forma que tú, para que las palabras sigan llegando al corazón de los seres sintientes. Necesito que te muevas en eso, también acelera el paso con el curso actual, no quiero que dejes nada incompleto. ¡Ah!, déjate de andar pensando tantas bobadas, que tenemos mucho trabajo y el miedo nunca ha sacado a nadie de ninguna parte, mejor concéntrate en la sensación de andar caminando en tus amadas montañas y no te distraigas de eso que pronto, con la ayuda de Dios, se hará realidad.

Riéndome y con el miedo clavado en algún lugar del alma por esta incertidumbre que me carcomía, me apliqué a todo lo que Luz me encomendó. Elegí para yoga a un alumno que destacó en muy poco tiempo. Lo trajeron de la población general a La Extensión poco tiempo atrás. Poseía muchas aptitudes para superarme en la función de instructor. Él impartía clases de danza, y desde que llegó a prisión, hacía diez años, trabajó con grupos. Él sería mi tercer intento por encontrar sustituto para las clases de yoga. Siempre lo busqué. Viví creyendo que solo estaría preso entre tres y seis meses, plazo dicho por mis abogados. No contábamos con los diferimientos del gobierno que lo alargó más de un año.

El primer intento de maestro sustituto fue un muchacho que ya cuando vio que iba en serio, se hizo a un lado. El segundo intento fue un chico al que preparé, y ya en pleno apogeo de la capacitación para la práctica del yoga, recibió la inesperada notificación de su libertad. Yo no sabía si me iría libre, pero en caso favorable el tiempo se me estaba agotando entre las clases, el deporte y el nuevo curso que me asignó el Departamento de Psicología de La Ciénaga. No me quedaba tiempo para nada, así que en la primera oportunidad que me topé con Lalo, el ex maestro de danza, lo abordé:

—Necesito un favorzote —le dije a boca de jarro en la biblioteca.

—Qué hay, Medardo, ¿qué pasa?

—Mira, Lalo, primero te pido que lo que te voy a decir quede entre tú y yo.

—¡Hecho!

—Traigo un tema que debo concluir muy pronto —le dije apretándome las manos—. Tengo mucho trabajo con el nuevo proyecto que me asignó la administración del penal. Creo que ya no podré dar la clase de yoga y quería ver si tú te puedes quedar a cargo —Lalo se me quedó viendo sin emitir ni un sonido, sin parpadear—. Te he observado mucho y a pesar que tienes muy poco tiempo de práctica, te destacas por tu interés y avance diarios, eso aunado a que tienes excelente manejo de grupo y que tu comportamiento dentro del ambulatorio es ejemplar. Por todo esto tomé la decisión de dejarte a cargo, si tú lo aceptas.

—A mí me encantaría, aunque no conozco tanto sobre yoga —contestó Lalo, sereno y sonriente como su personalidad.

—Mientras tengas ganas, yo me encargo de prepararte para que lleves con éxito las clases.

—¿Y cómo lo haríamos?

—¿Qué te parece vernos treinta minutos al día?

—Está muy bien, me apunto —aceptó Lalo no del todo convencido.

—Además cuenta con que te estoy escribiendo un manual básico de yoga —señalé hacia las computadoras.

—¡Qué bien! —La noticia parecía entusiasmarlo.

—También te voy a dejar varios archivos con material que te puede servir; por supuesto que, si no me explico bien en el libro y los apuntes, en la Sala para la Paz hay muchos DVD con material y posturas hechos por profesionales.

—¡Gracias por tomarme en cuenta, Medardo! Te deseo muy buena suerte en tu nuevo proyecto.

—Gracias Lalo. Yo hablaré con don Marco y con la licenciada Reyna Castillo para notificarles que estás apuntado para sustituirme.

—Sí, está bien. Qué bueno que promueves que esto continúe.

—Entre más herramientas de vida tengamos para mejorar como seres humanos, mejor preparados saldremos de aquí, siempre y cuando aprendamos a usarlas —Nos dimos la mano para despedirnos, pero en mí fue más que un apretón de manos cotidiano, fue la bienvenida al proyecto que hasta ahora había construido.

Un pendiente menos. Tenía que continuar elaborando el manual y aplicarme a buscar sustitutos para las clases de Desarrollo humano, Cine de valores y el nuevo taller de Psicología.

Escasez de agua

Aunado al estrés por la incertidumbre de la sentencia, persistía el problema del agua. Si con el corte voluntario durante el turno del Matagatos la situación era crítica, con la nueva administración la cosa se puso peor. Pasaban los días sin que llegara el agua. Los fines de semana, que venía la visita, los baños asignados para ella estaban igual de apestosos que los nuestros. Las condiciones de vida eran cada vez más difíciles con partículas fétidas flotando permanentemente en el ambiente. Conversábamos, comíamos, dormíamos inundados por la peste de nuestra propia caca. Los familiares se quejaban de lo insalubre del lugar:

—Además de lo incómodo de la revisión hay que sumar el mal olor y las moscas.

Las autoridades reportaban el daño de una tubería, y pese a lo delicado de la situación, no había fecha estimada para la reparación. La razón era sencilla: no había presupuesto. La carencia del agua creció hasta alcanzar al noticiero de la televisión local. El gobierno reiteraba que la cuestión presupuestal complicaba el arreglo, aunque su mejor voluntad era reparar el daño. Por su parte la sociedad ignoró la nota. Para ella los presos somos cuasi invisibles, desechos humanos que merecíamos vivir en las peores condiciones.

Por el momento encontramos tres formas de abastecernos del vital líquido. La primera era a través de una llave situada en la palapa contigua al campo de fútbol, alimentada por otra tubería que no se sabía de dónde provenía, pero de la que se decía que estaba conectada a la cisterna de las aguas para riego de la prisión, que a su vez se suponía, era alimentada con las aguas recicladas de una refinería cercana a La Ciénaga. Esta teoría era bastante creíble ya que el agua olía a gasolina. Por lo tanto, esa era la peor opción. Cuando la desinfectábamos con cloro, se tornaba verde. Aun así, las filas para surtirse eran interminables. Desde la madrugada llenaban tambos de doscientos litros para baños públicos y las cubetas de veinte litros se destinaban a las celdas privadas.

La segunda opción ofrecía agua de mejor calidad. Provenía de una cisterna en desuso abastecida por aguas llovedizas y de alguna tubería ignota. Estaba justo en la huerta de don Raúl, quien con su carácter alegre recibía a la gente y les regalaba toneladas de agua. Como la huerta de don Raúl quedaba lejos de los ambulatorios, llevar el agua desde ahí nos obligaba a acarrear cien metros más las tinas en el lomo. Los pistoleros que trabajan para los “padrinos” —una vez que surtían la de sus patrones—, aprovechaban para sacar alguna ganancia y ofrecía llevar el agua hasta las celdas. Ellos se formaban en largas filas, cargaban y acarreaban las tinas a cambio de un refresco o un café doble. La mayor parte de la población llenábamos nuestro propio bote. Muchos compañeros pedían prestado un recipiente porque ya no quedan más en venta o de plano no tenían para comprar uno.

Esta solución fue la mejor hasta que unos internos la usaron como alberca después de ejercitarse. Contaminar esa fuente generó una fila más larga en la llave de la palapa. Las “cámaras de dos patas” pasaron el chisme a la guardia que de manera inmediata acudieron a darles su “premio” a los bañistas. Excepto al Cholula, que por ser un “padrino” y gratificar a los guardias con refrescos o cigarros, solo le llamaron la atención.

La tercera opción era la de los garrafones de agua purificada. Como ésta era la más cara solo la utilizábamos para beber. Nos la surtía El More, mensajero encargado de llevar mercancías y recados de la población general a La Extensión. Él iba y venía empujando su diablito por todo el penal, entregando y recibiendo paquetes a razón de un refresco por vuelta. Vivía en el ambulatorio A, el más tranquilo de la población general.

El More era un tipo honesto, “pareado con la tira”. Este trato preferencial lo fue obteniendo gracias a su trabajo de canastero o mensajero, ya que conocía el ir y venir de la población y de las noticias, que compartía con los guardias. Con el tiempo se fue forjando una paridad simbiótica de mutua conveniencia. Por lo demás, el trabajo de canastero era muy demandante en tiempo y esfuerzo físico, pero bien remunerado, por lo que El More siempre andaba a las prisas. Los encargos que se le hacían iban desde recados, hasta la obtención de material para los talleres que no existía en la ferretería de La Extensión ya que estaba menos surtida que la de la población general de La Ciénaga. También acarreaba obras terminadas de los talleres de pintura o carpintería que algún interno de población solicitaba a otro de La Extensión y viceversa, o conseguía productos de limpieza o comida, agotados en las tiendas de La Extensión.

La carencia de agua se agravaba en la higiene, tanto la personal como la alimenticia. Al restaurant no le quedaba otra que cocinar con el agua con olor a gasolina. Además, preparaba la ya desabrida bebida que acompaña la comida del rancho con esa agua con lo que el sabor era doblemente terrible. La mezcla de agua con sabrá Dios qué cosa trajo de la mano enfermedades estomacales y malos humores corporales por falta del regaderazo matutino. Algunas personas elegían aguantarse antes que acarrear las tinas.

Una vez más a las autoridades no les quedó más remedio que recurrir al empresario Pepe Garza. Le solicitaron una cuantiosa suma solo para la compra de materiales, ya que la mano de obra iría a cargo de los internos del departamento de mantenimiento. Pepe pidió tiempo para que la autoridad gubernamental respondiera y arreglara el desperfecto, pero pasaron los meses con lo que el problema se agudizó. Ante la apremiante situación Pepe Garza, César y Alfonso aportaron la totalidad de los materiales. Los compañeros estimamos la cuenta en más de seis dígitos, misma que el trío de empresarios se reservó en confirmar. Aun así, el problema no se solucionó. ¡No sabíamos qué esperaba la autoridad para reparar las tuberías! Quizá estaban presionando para sacarle más dinero a Pepe Garza, aprovechando que el estrés estaba al tope. En la prisión estaba más que claro que en el tema del abuso la presea se la llevaban las autoridades.

Pabellones y reos peligrosos

—¡Seis rosas amarillas llegaron hoy, para Rosa María llegaron hoy! ¡Seis rosas amarillas llegaron hoy, para Rosa María llegaron hoy! ¡Seis rosas amarillas llegaron hoy, para Rosa María llegaron hoy!

—Hágase pa'ca, carnal que ahí vienen la caca voladora.

El edificio gemelo al que habitábamos era el “Pabellón de los enfermos psiquiátricos”. Éste albergaba alrededor de veinte internos en su planta baja. Estaba a cargo de una doctora que lucía un impecable bata blanca y gafas. Ella coordinaba medicamentos, alimentación, y en la medida de lo posible, el aseo de los enfermos. Algunas veces los enfermos se asomaban entre los apretados barrotes de una de las ventanas que colindaba con la palapa hasta donde nos alcanzaban sus irrespirables olores. Pero la peste se acentuó hasta llegar a ser insoportable en los meses que padecimos la escasez de agua.

Los internos exhibían un comportamiento muy peculiar. Estaba el agresivo, que, a falta de medicamento, golpeaba los barrotes de su celda o de la ventana gritando: “¡Te voy a matar, hijo de tu pinche madre! ¡Déjame en paz o te tuerzo!” Estaba el concertista quien cantaba cada mañana, sin excepción, alguna estrofa de un corto repertorio. Sus favoritas eran: *El corrido del caballo blanco* de José Alfredo Jiménez; *Seis rosas amarillas* de Ramón Ayala; *La banda del carro rojo* con Los Tigres del Norte. Repetía la misma estrofa una y otra vez durante horas sin detenerse. Otro miembro del pabellón creía que la comida era confeti. La lanzaba por la ventana, embardunando con lentejas, frijoles, tortillas y verduras las paredes interiores del pabellón y de la palapa. Uno más detestaba el sanitario. Recolectaba las heces fecales y los orines para luego lanzarlos por la ventana. Sus lanzamientos quedaban impregnados en la ropa colgada en los tendederos o terminaban escurriendo por la pared bajo su ventana hasta llegar al suelo. Y ni cómo solucionarlo.

En el segundo piso del edificio, sobre el pabellón psiquiátrico estaban los reos de alta peligrosidad. Ellos están “laqueados”, encerrados todo el día, sólo salen para presentarlos en la zona técnica, cuando reciben visita de sus abogados o bien a hacer llamadas telefónicas durante un máximo de quince minutos al día. Vivían en estado de desesperación debido al encierro permanente. Algunos hablaban con sus litigantes para gestionarles cambio de área; otros, más inteligentes, redactaban escritos y los presentaban en la zona técnica. Uno de ellos era El Gordo, hombre corpulento, de un metro noventa de estatura, cara redonda e infantiloides, mirada atroz, asesina, despiadada. En sus gruesos brazos llevaba abundantes tatuajes al igual que en sus anchas piernas.

Uno más era El Ricko, ex compañero de La Extensión quien cayó en las celdas de alta peligrosidad por su brutal participación en el motín de finales del año pasado cuando casi asesinó a otro interno en esta prisión debido al consumo de estupefacientes. Con El Ricko compartí mis mañanas de ejercicio. Era moreno, talla media, musculatura bien definida y algunos tatuajes. Era experto en provocar el enojo de los compañeros a través de sus burlas. Cada que venía a los teléfonos nos pedía dinero diciendo: “Ando erizo, píchame un refresco”.

El Calilla era otro interno aislado en las celdas de alta peligrosidad. Hombre discreto, sigiloso y calculador, de figura espiada, blanco, cabello negro casi al rape. De manera constante abogaba para que no lo trasladaran a una prisión en otro estado de la República. También pedía por escrito que lo liberaran del encierro permanente.

El Bronco, capo de medio rango —trabajaba directamente para un líder del narcotráfico. Era famoso por su agresividad y por ser de mecha corta. A la primera que algo no le parecía, perdía el control y era capaz de golpear de un modo brutal a uno o varios tipos al mismo tiempo. “¡No hace frío con este tipo!”, decían. El miedo no era opción para él. Tendría unos treinta y seis años cuando lo conocí. Dotado con una inteligencia privilegiada, estatura mediana, blanco, cabello entrecano con entradas, tatuajes, cuerpo trabajado de gimnasio y voz ronca. El último escrito que redactó fue tan persuasivo que logró convencer a las autoridades de que lo soltaran dentro de La Extensión. Al principio algunos compañeros se mostraron intranquilos ante su presencia. Sin embargo, el comportamiento del Bronco fue ejemplar. A temprana hora estaba de pie. Una vez pasada la primera lista transcribía a su libreta la frase del día que yo anotaba en el pizarrón de la Sala para la Paz. Después hacía varias llamadas telefónicas de larga duración. Asistía y participaba en los cursos de Desarrollo humano, Cine de valores y tomaba asistencia en psicología. Por las tardes se le unían muchos jóvenes con quienes pasaba hasta tres horas ejercitándose; corrían una hora, luego practicaban una extensa rutina de gimnasio con barras y pesas que mandó a hacer junto con una banca para ejercicios de pecho. Si en el día no había más que hacer, se iba a la biblioteca.

El Bronco y yo coincidíamos como si nos hubiéramos conocido en otra vida. Cuando nos encontrábamos desocupados platicábamos como dos viejos amigos. En cierta ocasión, mientras intercambiábamos puntos de vista sobre un libro de numerología, nos vio el director del penal y el comandante Aníbal quienes hacían un recorrido juntos. Ambos funcionarios quedaron perplejos al ver platicando cómodamente a dos perfiles de personalidad tan distintas.

—¿Qué tal?, ¿cómo se porta el hombre? —se interesó el comandante Aníbal, mirando al Bronco a través de sus lentes polarizados de manufactura italiana.

—Excelente, jefe —contestó rápido el Bronco—. ¿De qué otra forma habría a ser?

—¡Qué bueno! —repuso el comandante—. Siga así. Aquí lo mejor es portarse bien.

—¡Se porta muy bien! —reafirmé sin que nadie me lo preguntara.

El Bronco era un tipo reservado. En los días de visita, cuando venían sus seres queridos, los cuidaba manteniendo con airado recelo un círculo infranqueable. Un día me lo topé conviviendo con su familia a la que me presentó de inmediato. A veces se explayaba y me platicaba de cuánto los quería y de lo arrepentido que se sentía de las veces que lo vieron armado y con pasamontañas antes de algún enfrentamiento. A modo de excusa decía que era muy difícil cambiar porque estaba metido hasta los dientes en el negocio.

Al comentar algún libro que ambos leíamos, me dejaba boquiabierto al escuchar sus síntesis. Siempre le estuve agradecido por el apoyo brindado al mantener el orden en el grupo de Desarrollo humano. Si alguno intentaba desordenar el grupo, El Bronco actuaba de inmediato reafirmando lo expuesto minutos antes, y hasta lo explicaba con sus palabras. No sé cómo ni en qué momento me gané la posibilidad de que alguien como él me cuidara la espalda y me ayudara a mantener el grupo en equilibrio.

A estas alturas el grupo había crecido demasiado. Ya eran más de cincuenta y cinco alumnos en la Sala para la Paz lo que significaba un campo fértil para el caos.

El Bronco se convirtió en alguien necesario en el aula, y aunque seguía bien asesorado por Luz en lo académico, el grupo representaba un doble reto. Primero porque el tema era nuevo para ellos, y segundo porque creció demasiado en número. Y lo grandote siempre es más difícil de manejar que lo grandioso.

La Sala para la Paz iba cada vez mejor. A esas alturas hasta cierto punto era una tragedia abandonarlo si el juicio me resultaba favorable. Un día, en el transcurso de una terapia, Luz me dijo “Siempre que quieras tomar algo, primero necesitas soltar”. Aquellas palabras resonaban en esos momentos dentro de mí. Recuerdo que me hizo sostener un vaso con agua y luego me pasó un lápiz. Yo puse el vaso en la mesa y después tomé el siguiente objeto. Entonces ella preguntó:

—¿Qué tuviste que hacer para tomar el lápiz?

—Dejar el vaso con agua en la mesa —respondí con obviedad.

—La vida es igual, Medardo: siempre que quieras tomar algo, tendrás que soltar primero.

¡Sí que tenía razón! ¿Sería que me tocaba soltar el rol de maestro, dejar ir, para tomar mi tan ansiada libertad?

Memorias de Miguel

Mientras bebía escocés con soda, de color ámbar y sabor intenso, igual a las notas del asunto de mi hermano, trataba de no pensar en ello, pero me era imposible.

En la mañana de ese día se llevó a cabo la última audiencia. Fue muy desgastante para mí. Lo que con otros clientes es una tensión normal de un asunto legal que llega a esta instancia, con Medardo como cliente fue una bola de fuego en mis manos. Fue el colmo para mí sus enojos de hoy porque como sus abogados no le permitimos que hiciera llamar al juez para que escuchara su discurso. Cuidé con mucho detalle su defensa, recogí su departamento, le llevé ropa al penal, aguanté sus constantes embates, los de nuestra familia y los de sus amigos. Nada servía. ¡Estaba cansado!

Di un trago largo como queriendo ahogar la situación y que muera de una vez.

Logré calmarme y pensé claro cómo iba la situación. Varias semanas atrás tomamos una decisión muy importante: nos desistimos del amparo indirecto, que después de muchos aplazamientos de audiencia llegó a tal que el proceso inculpativo llevaba semanas detenido, y mi querido cliente ya cumplía un año de cana, como suele decir. Antes de proceder consultamos la decisión únicamente con Medardo. Él tenía la última palabra y nadie más lo sabría. Sobraba decir que ya no tenía la frescura del inicio, cuando estuve abierto a dar explicaciones a todos sobre lo que estábamos haciendo.

Total, mi hermano accedió a darle para adelante sólo con el juicio principal, ya que mientras hubiese un juicio de amparo relacionado pendiente por resolverse el asunto se detenía hasta que se dictara una resolución al respecto.

Nadie queríamos que pasara más tiempo en prisión. Aunque la victoria no la traíamos en la bolsa, podría decir que era un caso con altas probabilidades de salir exitoso, una vez que ya estaban todas las pruebas desahogadas. Después de tantos dimes y diretes entre el juzgado y los bancos que significaron cerca de seis meses de diligencias, se logró que los peritos accedieran a todos los contratos para recabar las firmas y hacer sus dictámenes. Tal y como lo esperábamos, las firmas eran falsas. Viendo cómo estaban las cosas, no íbamos a permitir que nuestro cliente, desde las rejillas se aventara un speech que el juez determinara como sospechoso. No se sabe qué pase por su cabeza, de qué humor ande, porque, a final de cuentas, él es el dueño de la libertad o condena multianual del procesado; así estén los argumentos claros para soltarlo, él puede decidir lo contrario. Que, si eso llegase a pasar, contábamos con dos chances más de pelear, pero no queríamos eso, y aunque se enojara quien se enojara, y mientras el resultado estuviera en el aire, ni José del Ángel ni yo dejaríamos que algo desviara el cauce para que se diera otro resultado del que pronosticamos.

24 de agosto del 2015

Domingo. Día de visita familiar. Continuaban los problemas por la carencia de agua, fue insuficiente la reparación ejecutada con el donativo de los padrinos-empresarios. El gobierno decía estar sin presupuesto, el penal estaba al tope, cada día ingresaban nuevos internos y nadie se iba libre, era una pésima estadística para los que estábamos en espera de sentencia; la temperatura alcanzaba los cuarenta y cinco grados centígrados a la sombra, los moscos y las abejas revoloteaban por todos lados, la vendimia de objetos elaborados por los internos estaba en su apogeo, el restaurant y las tiendas lucían abarrotadas, los familiares se formaban en fila para depositarles dinero a su familiar interno “para lo que se le ofreciera”; luego se marchaban al caer la tarde, después éramos nosotros los que nos enfilábamos en la tienda para surtir provisiones que complementarían el cuasi-vegetariano menú del rancho de la semana.

Faltando unos minutos para el cambio de la guardia y el pase de la lista vespertina, caminé hacia la palapa a llamar por el único teléfono que se encontraba libre. Deseaba verificar que mis padres hubiesen llegado con bien a casa. Antes del primer timbrado la cabeza se inundó con la certeza de que ellos estaban bien. “¿Qué me quieres decir, bendito corazón? ¿Acaso es este mi último fin de semana aquí?” rebusqué en mi interior tratando de encontrar respuesta. “¿Cuánto me gustaría que me dieras esa certeza, con la misma intensidad que aseguras que mis padres llegaron bien!”

Colgué el auricular con la convicción de que mis padres estaban bien.

Apenas di unos pasos cuando un compañero me apartó de mi diálogo interior.

—Medardo, disculpe, ¿lo interrumpo?

—No, ¿qué pasa, Bubú?

—Tenga, desde hace tiempo le hice esto —me extendió una hoja arrugada y doblada—. Ahí muere.

—¿La leo ya?

—No, mejor en su búnker —dijo sin sostenerme la mirada y literalmente se dio a la fuga.

Me guardé en la bolsa de las bermudas el papel aún doblado, y fui a la celda. *¿Será ésta la respuesta a mi pregunta?*

—¿Qué onda, compadre? —saludó El Muñeco entretenido en no hacer nada. En su cama el Charles Bronson parecía dormir.

—Nada, carnal, ¿tú cómo vas? ¿Listo para la semana?

—Pues no hay de otra. ¿Qué cuentas?, ¿ya te sentenciaron?, ¿qué has sabido de tu caso?

—Otro domingo más aquí encerrados compadre, no sé cómo me va a ir en la sentencia, mis abogados confían en un resultado favorable, pero ya ves la cantidad de injusticias que se viven diario aquí... —me senté en el suelo para seguir con la conversación—. ¿Y tú, Charles, que presumes de ser psiquikón, para cuándo presientes que me voy libre? —pregunté desviando la conversación hacia Bronson, mientras lo retaba con la mirada. Él era famoso por soñar a los compañeros que salían en libertad. Sin embargo, esa ocasión un intercambio de miradas en el más profundo de los silencios fue la única respuesta que obtuve.

Salí a jugar scrabble con los empresarios dispuesto a matar el tiempo hasta que nos guardaran en la última lista.

Al anochecer, regresé al búnker y antes de apagar la lámpara, leí el papel del Bubú.

“Jefazo, pos ya ve, se mi hizo fácil, ¡así es la cana! Y como usted es padrineque y uno anda erizo, ya se la sándwich, uno hace de lo que sea pa’ hacerse de una moneda, inventé que me debía dinero para conseguir prestado, pero pues ya se dieron color los otros que eran puras piñas. Ese de los Medardos, cuando ande en la lleca, búsqieme en la internet pa’ que vea quién soy. Na’más que aquí está seca la cosa. Perdone por meterlo en mis enjuagues y aventarle una mula que no era pa’ usted.

Bubu”

Doblé el papel escuchando el retintín de una de sus frases: “Cuando ande en la lleca”. ¡Cuánto me gustaría aferrarme a esa respuesta a mi ansiada pregunta! Cerré los ojos, tomé refugio en el sueño de salir de prisión.

*

Inicié la semana con furor. Salí temprano de la celda directo al calor que agujoneaba. Rumbo al campo de fútbol pasé por la palapa donde don Marco y otros compañeros ya se estiraban.

—Buenos días, Medardo —gritó don Raúl desde su hortaliza, con voz mansa.

—¡Buenos días! —respondí desconcertado—. ¡Algo no andaba bien! Él siempre me saludaba con un “Profe, profe, ¿me compra un café?” Luego me contaba un chiste o me platicaba de sus amadas plantas. Ese lunes estaba cabizbajo, como indiferente. Mientras me alejaba de la huerta rogué profundamente para que estuviera bien.

La mañana transcurrió entre el ejercicio psicofísico y la clase de yoga. No tocaba clase de Desarrollo humano pues recién había concluido el curso basado en uno de los libros de papi Bucay, por lo que aproveché el tiempo libre para revisar lo que me encomendó Luz: “Asegúrate de que la Sala para la Paz siga funcionando cuando tú ya no estés”. Libreta en mano me aposenté en la biblioteca, frente a la computadora, y leí en silencio:

Maestro de yoga

Maestro de Desarrollo humano

Encargado de Cine de valores

Capitán de equipo de fútbol

Manual de yoga

Lista a quiénes entregar mis pertenencias el día que me vaya en caso de no tener tiempo para hacerlo en persona.

Releí el manual de yoga. Mis ojos se detuvieron en el último párrafo del prólogo. Pensé que tal vez me precipité al escribir eso. Recuerdo que empecé a redactar el manual en abril del 2014 y lo terminé cinco meses después. El prólogo fluyó con excelsa naturalidad. En él narré mi experiencia con el yoga y casi para finalizar escribí:

“Fue hasta el año 2014 que mi vida dio un cambio radical al caer en prisión por un proceso penal que gracias a Dios se aclaró, quedando libre de cargos en agosto del 2015. Trascender a través de la practicar yoga en la cárcel me inspira a realizar este manual. La suma de experiencias e intuiciones recibidas durante ese periodo es lo que lo conforman”.

Sonreí al percatarme de lo escrito, ¡no sabía por qué lo redacté así! A esas alturas de la situación estaba convencido de que la decisión final no dependía de los abogados, ni del juez. Todo se lo había entregado a Dios. ¡No me quería preocupar más! “Libre en agosto del 2015”, repetí en silencio mientras sonreía, revisando de nuevo los últimos detalles del manual. “¿Será? ¡Ya casi se acaba el mes!”

Más tarde regresé a la celda donde encontré a Charles Bronson barriendo, cambiando sábanas, fumigando los colchones. Trabajaba como talachero de la planta alta, se encargaba de trapear los pasillos, comedor y Sala para la Paz. Sólo las celdas marraneras no estaban a su cargo. Él sabía

que tenía mi confianza, gracias a lo cual dejaba limpia la Sala para la Paz previa a mis clases. Regresé a la biblioteca a continuar leyendo. ¡Cómo deseaba que Bronco apareciera para platicar! Los minutos se estiraban hasta la eternidad, y yo sin saber qué hacer me levanté a caminar bajo la palapa. Ahí intenté concentrarme en mí, en mi respiración, en mi cuerpo y lo que encontré fue la feliz confirmación de que ¡había recuperado el peso que tenía cuando llegué! Interiormente me di un abrazo fuerte y seguí caminando concentrado en mí.

Más tarde volví a la celda, tomé un baño gracias a una de las cubetas que dejó lista el Charles Bronson. Me vestí y me senté a conversar un rato con El Muñeco. Luego hablé por teléfono con Luz. Tomó la llamada y sin saludar dijo: “¿Qué pasa Medardo, estoy en el banco, urge algo?” Me disculpé y prometí llamarla después.

En el comedor de la planta baja los empresarios jugaban scrabble ¡el adorado juego de todos! Eran tantas tardes las que pasamos sentados, riendo y discutiendo palabras que aseguramos haber sacado de algún diccionario o libro, que con frecuencia la sola mención de la palabra scrabble bastaba para hacernos sonreír. A veces nos formábamos en fila para jugar, ya que éramos nueve los aficionados y solo había dos tableros. Los más apasionados y competidores eran don Marco y Lemon Pepper. Los dos de extracción empresarial se conocían desde Oso Grande y habían compartido celda en varios ambulatorios. Cuando se les unía Pepe Garza podían pasar horas jugando partida tras partida y solo el pase de lista interrumpía las sesiones en las que afloraban los pleitos a grito abierto porque peleaban cada palabra y cada movimiento. Viéndolos desde lejos se pensaría que de un momento a otro pasarían a los golpes y que, como por arte de magia, aparecería una punta para desaparecerla en el vientre del rival. Quienes los conocíamos sabíamos de sobra que Lemon Pepper, don Marco y Pepe Garza se querían bien, y que tras el juego se abrazarían como carnalitos que eran, y lavarían a fuerza de carcajadas, cualquier raspón que los gritos hubiesen generado. Además, César, Alfonso, don Marco, El Máster y yo admitíamos que cuando tuvimos de compañero a Lemon Pepper nadie se salvó de la carrilla.

Al final de la semana hacíamos recuento. Quien más partidos hubiese perdido invitaban la cena del domingo.

A las cuatro y media de la tarde un mensajero llegó al comedor. Mi corazón palpitó con furia. Caminó directo a la mesa donde jugábamos, se me acercó y casi al oído dijo:

—Salvatierra, le llaman en la esclusa. Tiene visita legal.

—Ok —contesté titubeante. Me puse de pie y se hizo un silencio en coro que uno a uno fuimos rompiendo al cruzar miradas conmigo. En sus ojos adiviné la fuerza que me inyectaban para enfrentar lo que viniera. Levanté los hombros en señal de desconocer si me llamaban para dictarme sentencia. Hasta la isla de silencio de nuestra mesa llegaba el murmullo del área del comedor, como llega a la playa el reflujo del mar.

—Que alguien continúe con mi partida —apunté intentando parecer casual, pero sintiendo el vendaval del miedo en mi estómago—. Voy a cambiarme para ir a la zona técnica.

—Al rato nos vemos, ¡buena suerte! —me dijo Pepe Garza mostrando el pulgar.

Intenté caminar pero las piernas no me respondían, estaban endurecidas. Dónde quedaron las clases de yoga, la respiración trascendental, los consejos a los internos, la sabiduría con que me reputaban. En ese momento me sentía como un ser solo, inválido, presa del hálito del destino. Meforcé a avanzar. Estaba aterrado, en mi cabeza estallaba el redoble indómito de una sola idea fija “No quiero ir a la zona técnica”. Me volví hacia la mesa desde donde Pepe Garza me veía aun con el gesto augural de las grandes ocasiones. Como pude caminé hasta la celda. El Muñeco y El Charles Bronson charlaban recostados en sus camastros

—¿A dónde vas, compadre? —se interesó El Muñeco.

—Me mandaron hablar a la zona técnica —contesté nervioso enfundándome los pantalones largos y los tenis. El Charles Bronson, me dirigió una mirada misteriosa.

Caminé por los pasillos mirando a cada compañero con quien me cruzaba sin saber si notaban mi estrés. ¡Juro que en ese instante deseaba desaparecer, diluirme en el aire apestoso de la prisión, volverme loco para ser arrastrado al pabellón psiquiátrico! No quería ir a la visita legal donde me esperaba la guillotina de la sentencia. Mi estómago era un nudo, mi bajo vientre se replegaba en la espalda en una contracción dolorosa. “¡Trágame tierra y protégeme de este amargo momento!”, imploré en silencio.

Ya fuera del ambulatorio miré a cada uno de los compañeros que hacían valla en el pasillo de alambrada. De entre el murmullo sobresalió la voz de don Marco:

—¡Medardo!, ¿a dónde vas?, ¿te llamaron?

—Visita legal. Se me hace que ya me van a dar chicharra —contesté con la voz estrangulada, tratando de soltar estrés.

—¿A poco sí?, ¿tú crees?

—Pues no sé... —dije desconcertado más para mí que para Marco—. ¡Ya nada importa! En la esclusa me recibieron tres guardias, entre ellos el jefe en turno:

—¡Salvatierra, Robles! 5217, ¿cierto? —ladró con voz rotunda.

—Así es.

—¡Póngale las esposas! —ordenó—. Lo vamos a llevar a la zona técnica. Lo están esperando.

Caminé con las esposas aprisionándome las muñecas. En esa ocasión era el único a quien llevaba el “taxi” para el otro lado de la población. Al llegar el guardia quitó el candado para liberar al pesado portón. Vi el cielo. Estaba cargado de nubes que dejaban pasar algunos rayos del sol. Atesoré en mi mente el espectáculo de ese cielo nimbado. Avanzamos por el amplio pasillo, a mi derecha una gran barda, a mi izquierda, el ambulatorio D, delimitado por una doble cerca con serpentín de navajas. Al fin llegamos a la malla.

—Detente y hazte a un lado —ordenó mi custodio.

Obedecí. Quitó el candado, abrió la cerca, y me liberó de las esposas.

—Ahora vas a avanzar tú solito hasta la zona técnica.

Si el custodio supiera que ese día era el que más necesitado estaba de compañía para conversar, para distraerme del miedo que carcomía el alma. Pasé por la enfermería donde estaba el Tigre Mayor, el boticario, ferviente aficionado al soccer. En otras circunstancias me hubiese detenido a conversar sobre nuestro amado equipo, mínimo durante diez minutos. Esa tarde me reduje saludarlo agitando el brazo desde lejos.

Al llegar a la zona técnica una mujer custodio frente a una computadora solicitó que me identificara.

—¿Número?

—5217 —gemí.

—Le vienen a notificar del tribunal —dijo sin verme—. Pase al segundo módulo del lado derecho.

—Con permiso.

Era la segunda ocasión en mi internamiento que me tocaba estar en esta área cuando ya se habían ido todos los empleados administrativos del penal. ¡Me sentí temblar! ¿Sería el exceso de estrés, o el choque térmico entre el calor de la canícula y el aire acondicionado del área? Llegué al módulo indicado. Los cubículos tenían aproximadamente nueve metros cuadrados. Una mujer

que no había visto antes sintió mi presencia, y me indicó pasar. Adentro se acentuó el frío o los nervios ya me tragaban.

—Buenas tardes —saludo carraspeando la voz.

—Buenas tardes. ¿Es usted Medardo Salvatierra Robles? —preguntó sin verme.

—Así es. ¿Me permite tomar asiento, licenciada?

—Siéntese.

—Es rápido lo que le vengo a decir. Le traigo su sentencia —lo dijo de sopetón—. No vamos a perder tiempo en lo que ya se decidió.

—Usted dirá —respondí con voz entrecortada. Mi pulso se aceleraba cada vez más, la adrenalina se disparaba en la loca carrera de recorrer todo mi cuerpo. ¡Este instante no se lo deseo a nadie en la vida!

La licenciada comenzó a dar lectura:

—No se encontró responsabilidad alguna de los delitos de fraude fiscal en contra del acusado Medardo Salvatierra Robles, por lo que se dicta sentencia absolutoria y se decreta su inmediata libertad.

Tomé aire, lo sostuve mientras sentía cómo una corriente eléctrica entraba por mi coronilla y bajaba lentamente hasta mis pies. Mi piel se erizó, mi pulso se aceleró aún más, mi cuerpo emitió una sudoración en frío, diminutas gotas se asomaron por cada uno de mis poros helados.

—¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios! —Ante el justo fallo mis ojos desbordaron lágrimas de felicidad. Solté el aire. No sabía si la mujer alcanzaba a percibir lo mismo que yo.

—Así mismo, se restituye a Medardo Salvatierra Robles sus derechos políticos que le fueron suspendidos con motivo de la prisión.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! A usted, al juez que decidió lo correcto, a todos. La justicia se hizo presente ¡Gracias! —Escuchaba mi propia voz con eco dentro de mí. Mi cuerpo entero se convirtió en una cascada liberando todo el estrés contenido. Sonreía y a la vez lloraba. La mujer me observaba y, al fin abandonó el hermetismo para regalarme una sonrisa.

—Señor Medardo, arreglé con anticipación su salida porque ya estaban por irse algunas áreas, por lo que usted debe abandonar esta prisión en una o dos horas máximo, solo en lo que ordenamos el papeleo y el registro de su salida. ¡Ah, y por favor firme aquí! Quiero pensar que está de acuerdo con su sentencia —dijo la mujer.

—¡Así es!, ¡así es!, ¡así es! —Tomé la pluma y como pude firmé la aceptación de mi libertad. Era difícil controlar mi temblor que la pluma resbaló de entre mis sudorosos dedos.

—Tome. Llévase una copia de la notificación —me extendió el documento con la vista fija en su portafolio—. Eso es todo. Puede retirarse —Lentamente me incorporé como verificando que las piernas estuvieran listas para sostenerme.

En la recepción, el primero en recibir la alegría que me desborda fue el cabo Manolo:

—¡Ya se hizo, cabo! ¡Me voy libre! —le grité con una alegría que emergió volcánica desde el centro de mi barriga.

—Me da mucho gusto, Salvatierra —contestó sonriente.

—Estoy listo. Nada más que me lleven a La Extensión, y que me avisen a qué hora.

—Muy bien, voy a hacer una llamada al túnel —dijo el cabo. Tomó el auricular de la recepción y marcó una extensión—. Habla el cabo Manolo para reportarle un 37 que es 5-19... Sí, el interno es el 5217. Nombre Medardo Salvatierra Robles. Enterado. Lo voy a mandar a su ambulatorio y que espere a que lo llamen.

Colgó.

—Ya escuchó, Salvatierra —dijo el cabo con una gran sonrisa—. Pase a la malla para que vayan por usted y recoja sus pertenencias.

Salí del edificio, me instalé afuera del túnel a esperar al custodio. Un grupo de internos se acercaban escoltados por un guardia. Entre ellos vi a un ex compañero de La Perrera, que vivía en el ambulatorio C.

—¿Qué onda, ese de los Medardos? ¡Ya me voy libre! —gritó contento.

—¡Ya se armó, güey!, yo también, me acaban de notificar —respondí sonriente.

—¡Felicidades! —nos deseamos mutuamente. Yo sintiendo que mis emociones llegaban en cascada.

Los otros compañeros no desperdiciaron la oportunidad:

—Oiga, güero, déjeme el reloj, total ya se va, uno se queda aquí erizo.

—Negativo, ya lo tengo comprometido.

—Ándele, aunque sea regáleme los tenis, se los cambio por los míos aquí rápido.

—No, compadre, ya tengo todo destinado para mis amigos.

—¡Uh, ni cuenta se van a dar, hombre! Regáleme algo, güero.

—¡No se hace! —respondí con determinación. En ese momento no me interesaba discutir mi herencia sino reconectarme con el torbellino de emociones internas que me agitaban.

Caminé hacia la malla. Tan pronto me vio, un custodio abrió la cerca. Por protocolo me colocó las esposas, y así caminamos hacia el portón. Intercambié saludos con la gente del ambulatorio D que antes estaba en La Extensión y que ahora vivía ahí de castigo. No les comenté lo que me acababan de notificar, aún no quería que lo supieran. Al llegar a mi ambulatorio caminé por el pasillo de alambrada, observando a la gente jugando fútbol en el campo, la tienda, al nuevo personal. Iba en silencio, casi ingrátido directo a la palapa buscando un teléfono desocupado. Le marqué a Miguel para darle la noticia. Recé para que contestara. Esa mañana había hablado con él. Cuando volvía a marcarle sabía que era para quejarme, y a veces no tomaba mis llamadas. Por fortuna contestó al segundo timbrado.

—Miguel, soy yo otra vez. Te llamo para que vengas por mí —mi voz sonaba limpia, llena de la autoridad que me confiere ser un hombre declarado social y moralmente libre.

—¡No estoy para bromas, Medardo! —contestó indignado.

—¡Yo tampoco! —declaré—. Me acaban de decretar sentencia absolutoria. ¡Soy libre Miguel, soy libre!, me lo acaban de notificar —grité chillando.

—¡Ya voy por ti, hermano, nada más lo que hago de camino, a ver cómo está el tráfico!

—No te apures, no sé cuánto se tarde aquí el trámite de salida, hay varios filtros que tengo que pasar aún —le dije previniendo que se acelerara al manejar por lo emotivo de la noticia.

—¿Ya hablaste a la casa?

—¡No, sólo te llamé a ti! Aún me falta repartir lo que tengo aquí.

—Ok, no les llares, vamos a darles la sorpresa juntos ahorita que te lleve.

Antes de ir a mi celda me volví de nuevo a ver el cielo. Continuaba nublado. Agradecí de corazón el momento que estaba viviendo. En la celda me di un baño a jicarazos con el agua que huele a gasolina, tratando de calmarme.

—Apresúrate, ya te tienes que ir —me gritó un mensajero.

—¡Agarra onda y búscame a estos compañeros! —pedí entregándole la lista de gente a quien tenía previsto regalarle cada una de mis pertenencias.

Me enfundé en mis shorts más viejos y la camiseta de tirantes; me calcé las sandalias tipo patas de gallo, y separé las pertenencias. Un momento después llegaron los compañeros junto con el

mensajero. Se detuvieron en la puerta desde donde me vieron. Sentí su respeto. De prisa repartí las cosas mientras me despedía. “Dios sabe que en este momento al ver sus rostros quisiera tener más para darles, juro que, por primera vez en mi vida, quiero quitarme hasta la piel para dejarla aquí”

El mensajero presionó de nuevo.

—Es hora de irnos.

Decidí desobedecerle. No quería, no podía irme sin despedirme de algunos compañeros. En los pasillos, por fortuna, topé con El Muñeco. Lo abracé fuerte. Su rostro, como el de muchos, era de confusión.

—Dejé sobre tu cama las pertenencias que te voy a heredar. Las está custodiando el Charles Bronson, para que no te las roben.

En el comedor de la planta baja busqué a quienes les había prometido el reloj y una playera deportiva extra que traía en la mano. Con mi otro brazo sostenía una bolsa con libretas de apuntes. Me topé al Bubú. Lo saludé con una suave palmada en la espalda. Al fondo estaban algunos compañeros. Me despedí de ellos uno a uno: El Búfalo, El Mochis, don Cato, El Máster, El Chef y El Felino. Gustosos con la noticia me deseaban lo mejor para la siguiente etapa de vida. De reojo distinguí al Rayas, a quien le entregué la playera deportiva. Él no sabía que salía libre, yo no se lo dije, sólo lo abracé.

Fui a las celdas de Pepe Garza y Cesar. Al primero lo encontré a medio camino y con sus acostumbradas carcajadas me despidió. Cesar sí estaba en su celda. Le dejé mi número de teléfono. Me deseó suerte. Su compañero de celda, Lalo, quien desde ese día se quedaría a cargo de las clases de yoga, al oírme, bajó de su Penthouse a felicitarme por la anhelada sentencia de libertad.

De pronto recordé al mensajero y su prisa, así que emprendí camino, a mi paso, sin correr, en silencio. En la entrada del ambulatorio me topé al Bronco quien venía de ejercitarse. Agradecí la oportunidad de despedirme de ese hombre. Después caminé por el pasillo de alamburada, mientras la lluvia comenzaba a caer ¡Hasta el cielo me acompañaba a llorar de alegría! A medio camino vi a don Marco quien corría hacia mí con los brazos abiertos y los ojos llorosos acentuando aun más su mirada triste. Nos estrechamos fuerte. Aproveché para pedirle que le entregara mi reloj al Mairo. Sabía que él era un hombre honesto y que sí lo haría. Al final del pasillo, antes de llegar a la caseta, estaba esperándome don Germán, lleno de nostalgia por todo lo vivido desde La Perrera. Me despedí con un gran abrazo bien palmoteado.

En la caseta me resguardé un poco de la lluvia, y saludé al guardia don Rapidín —apodado así por tomar asistencia de manera veloz—, quien iba llegando a La Extensión a tomar la lista de las siete. Mientras otros guardias iban de interno por interno mirándonos a los ojos, don Rapidín conocía cada pasillo de memoria y cuáles internos vivían en cada una de las celdas.

Un guardia sacó la carpeta de seguridad donde buscó la foto que me tomaron al ingresar a La Ciénaga. A la esclusa llegó otro compañero que también salía libre. Cargaba una enorme bolsa de pertenencias. Por primera vez caminé hacia la malla sin esposas. La lluvia paró de caer, el petricor impregnó el ambiente. Yo sonreí inundado por la sensación de libertad. Al llegar a la malla escuché unos gritos provenientes de lo alto de una torre de seguridad:

—¡Salvatierra! ¡Salvatierra! —Era el Matagatos despidiéndose de mí. Llevaba meses sin verlo, desde que lo mandaron a la torre como castigo. Me iba tranquilo. Los felinos que quedaban vivos deambularían en paz mientras él estuviera allá. Continuamos hacia la entrada del túnel, pero nos

detuvieron. A mi compañero le notificaron su salida, sin embargo, faltaba el papeleo y el personal administrativo ya se había ido.

Nos pasaron a revisión médica —esperaba que esa fuera la última desnudada involuntaria en mi vida—. En las oficinas los médicos aprobaron el reporte de ambos. Finalmente ingresamos a la oficina donde se hicieron los fichajes muchos meses atrás. Ahora tocaba que nos des-ficharan con un procedimiento similar: fotografía y huellas dactilares. Nos recibió una mujer muy alta de rasgos masculinos. Era la fotógrafa. Tras ella, en un escritorio un funcionario tomaba huellas con tinta y con lectores infrarrojos. La salida se estaba prolongando demasiado. Aún teníamos que pasar a la media luna para el visto bueno del comandante en turno. Me hubiera gustado que fuese el comandante Aníbal, para despedirme de él y agradecerle su excelente trabajo en la seguridad. A él le debía el estar sano y salvo, sin ningún rasguño físico. Reconozco el valor de comandantes como él.

Nos revisaron las pertenencias, las mías eran mínimas, solo llevaba algunos apuntes. El jefe de la seguridad nos formuló unas sencillas preguntas. Luego salí de la media luna, flanqueado por un guardia. Al otro compañero le faltaron algunos trámites internos y demoraría su salida. Abordamos una camioneta cerrada, similar a las de los traslados a tribunales. Durante el trayecto de tres minutos, como de costumbre me obligaron a agachar la cabeza. Nos detuvimos en la entrada del penal donde me ordenaron descender. Obedecí con gusto. ¡Una puerta más y sería libre! Caminé hacia ella, pero antes de cruzarla, salió un guardia de la caseta y me pidió mirar hacia una cámara sostenida en la punta por un mástil de unos cinco metros. Obedecí de nuevo. Me giré hacia la cámara y lentamente, desde lo más profundo de mi corazón, le sonreí y la saludé con todo el brazo extendido cual político en campaña.

—¡Puede irse! —declaró el custodio mientras sonreía. Estoy seguro que me sonreía.

Caminé algunos metros en el desolado enclave de la prisión, buscando a Miguel. A contraluz vi la silueta alta y fuerte de mi hermano quien corría hacia mí con los brazos abiertos listos para recibirme. Un segundo después me encontré volando, cual bola de algodón, entre sus brazos, mientras él, con su fuerza descomunal hacía crujir cada hueso de mi espalda estresada.

Memorias de Miguel

Era 24 de agosto. Yo había estado posponiendo un viaje a la playa, esperando la sentencia. Sin embargo, en ese momento intuí que ya era tiempo de tomar el dichoso viaje. Reservé para los primeros días de septiembre con la certeza de que para esa fecha ya estaríamos desocupados de todo este tema. Diez minutos después de mi decisión entró una llamada de Medardo. Ya habíamos hablado esa mañana. Por un momento valoré no responder. Reflexioné y estimé que podía tratarse de algo importante. Tomé la llamada y me dijo: “Ven por mí”. En un primer momento pensé que se trataba de una broma, no daba crédito. Acababa de reservar las vacaciones. Él me reiteró que tenía una o dos horas para dejar el penal. Le dije que tardaría lo menos posible.

Al momento de colgar me invadió la satisfacción profesional de un trabajo terminado con los pronósticos esperados. La pesada lápida cayó a pedazos de mi espalda. Respiré como si inhalara todo el aire del mundo y creí que podía volar hasta la prisión y llevarme a mi hermano a casa de nuestros padres.

Había sido una lucha extensa contra el gobierno federal además de sobrellevar los embates de quienes denostaban a Medardo. La justicia había triunfado. Le llamé a mi socio José del Ángel para paladear las mieles.

Lo esperé afuera del reclusorio por cuarenta minutos. Vi salir a un excompañero de La Perrera que me dijo que Medardo no tardaba. Al fin salió vestido de la forma más humilde posible, con tan solo una pequeña bolsa de plástico en la mano y algunos papeles adentro. Había regalado todo cuanto tenía. Venía totalmente libre y ligero. Dejó caer el pequeño envoltorio para darme un gran abrazo que me retribuyó tantos encontronazos y asperezas que vivimos durante el proceso. A partir de ese momento todo se convirtió en fiesta y alegría para nuestra familia. La justicia había triunfado.

Hoy, recapitulando y con la encomienda de Medardo de darle por escrito mi testimonio de ese tiempo, me doy cuenta que en mi carrera como abogado he cosechado éxitos profesionales que me llenan de orgullo; pero reconozco que el caso de mi hermano ha sido el más importante en mi vida, no por lo que he ganado como defensor en cuanto al prestigio y el récord que me da este triunfo, sino a título personal y familiar. Esa presión que viví fue más fuerte que cualquier otra cosa que puedo recordar. Al sacar adelante este asunto enfrié y destapé una olla de presión que me amenazó con explotar durante cada día del proceso.

Estuve sometido a preguntas constantes, a exigencias de resultados enfocados en el bienestar de Medardo, y sobre todo me pedían fechas: tenía que precisar cuánto tiempo faltaba para tenerlo entre nosotros. No hubo un momento en el que alguien se detuviera a preguntarme ¿cómo estaba yo con todo este peso sobre mis hombros? Me sabían fuerte, así que me exigían eficiencia en los tiempos, mientras que a Medardo se le cuidaba porque era su integridad física y moral la que estaba todo este tiempo en riesgo.

*

Días después de la absolución de Medardo, viajamos a la playa a descansar. Necesitábamos un tiempo a solas lejos de todo y de todos. Ahí compartimos un sinfín de sentimientos que no pudimos intercambiar delante de los custodios. Y a la luz de un mágico atardecer, recostados en un camastro frente al mar, hablamos extensamente de hermano a hermano, sanando cada uno de los pasos andados en esos quinientos días.

Vamos a casa

Acompañaba a mi hermano el asistente del despacho, quien se unía a la celebración del logro conseguido por Miguel y José del Ángel. Subí al vehículo, me desplomé en total relajación, y abrí la ventana. Bienvenido el aire caliente del atardecer. Mi cuerpo ya no transpiraba en exceso, mi pulso se regularizaba, y lo mejor de todo, no más náuseas, ni vómitos ni mareos dentro de un vehículo.

Miguel no dejaba de platicar poniéndome al tanto de las novedades. Le había llamado a Luz para darle la noticia. Ella había soltado un profundo “¡Gracias a Dios!” al que agregé: “...y a ustedes, sus abogados”. Muy pronto la vería y dispondríamos de todo el tiempo del mundo para decidir qué hacer con lo aprendido en este devenir de la vida. Mi hermano hablaba y hablaba.

Eran casi las ocho de la noche y aún no oscurecía. Yo me entregaba a la contemplación de las montañas. El Cerro de la Silla lucía esplendoroso, adornado con un hermoso resplandor que se coló de entre las nubes. Desde mi asiento podía sentir la grandeza de la Sierra Madre Oriental. Seguro estaba lloviendo por allá. “¡Pronto acudiré a nuestro reencuentro, madre montaña!”

Dejamos al asistente de Miguel en la oficina. Luego emprendimos camino a la casa de nuestros padres. Mi hermano llamó a Justino para darle la noticia y me lo pasó.

—¡Medardo, que chingón, que gran noticia! ¡Qué a toda madre, güey!

—¡Gracias a Dios se hizo justicia, estoy sano, a salvo y de regreso!

—Dime si quieres ir ahora o mañana o cuando quieras ir a cenar, elige el lugar que quieras, yo invito, cabrón.

—Muchas gracias Justino, hoy es para la familia, mañana ya nos veremos —le aseguré agradecido.

—¡Felicidades, cabrón! Es la mejor noticia que he recibido ¡nos vemos pronto!

Después Miguel llamó a José del Ángel para felicitarlo por su brillante logro. Me lo comunicó.

—¡Hola, José!

—Ya estás fuera —exclamó el inalterable abogado.

—Felicidades. Ustedes elaboraron una gran defensa que nos llevó al éxito.

—Bueno, eso dices porque estás libre, pero ¿si no fuese así? ¡Otra cosa pensarías!

—Es éxito porque fue un ganar–ganar–ganar. Ganaron ustedes, gané yo y sobre todo ganó Dios con todo lo que nos permitió descubrir en cada uno de nosotros. Salí por la puerta de la justicia, gracias a los conocimientos e inteligencia de ustedes mis abogados, y a pesar de que los tiempos no fueron los pronosticados, el resultado fue favorable para todos.

—Me da gusto que ya estés libre.

—A mí me da gusto saludarte de nuevo en estas condiciones de libertad. Gracias infinitas por tu trabajo. Estoy pendiente contigo — agregué para reiterar mi palabra de pagar a la brevedad posible la deuda económica que contraí con él en todo este tiempo.

Llegamos a casa de mis padres. Miguel me indicó que me pusiera a un lado de la puerta donde no me vieran desde adentro.

Sonó el timbre.

—¡Hola Miguel, pásale, que milagro que vienes en lunes! — lo recibió mi madre, jovial y sonriente.

—Pues ya ves, los milagros existen — repuso mi hermano tratando de parecer casual—Por cierto, vine a traerte uno.

—¿De qué me hablas?, hijo.

—¿Pues dime que milagro has estado pidiéndole a Dios últimamente? —preguntó Miguel socarronamente.

—¡Ay, ya déjate de cosas y pasa, que hace un calorón tremendo! Ya está la cena.

—Espera, es en serio, ha ocurrido un milagro, el que tanto esperabas, lo traigo conmigo.

—¡Medaardo! —dijo mi madre con toda su alma. Mi padre corrió a la puerta. Miguel se volvió a verme e indicó que me pusiera visible.

—¡Medardo, estás aquí!

Memorias de Luz

Había corrido un año cinco meses. En todo ese tiempo hubo momentos tristes, difíciles, de desesperanza, de silencios pronunciados, de dolor mudo lleno de cuestionamientos al universo, de laberintos sin salida para ambos. Sentí en repetidas ocasiones que estábamos dentro de un laberinto con los ojos vendados caminando por pura fe sin saber qué nos deparaba el siguiente paso. Nuestras llamadas ya perfilaban el final de la historia. No contemplábamos otra posibilidad más que la ansiada libertad y desde ahí tomábamos decisiones. Lo contrario ni se pronunciaba, ni se hablaba, ni existía entre nosotros. Durante dos meses preparamos a nuevos maestros para cada proyecto que Medardo emprendió. Además, redactó un manual de yoga que entregó al siguiente maestro.

Con la libertad como nuestro único horizonte posible, el trabajo se multiplicaba. Eran muchas cosas que se requería dejar sustentadas porque cada vez más personas acudían a sus charlas. La gente ahí adentro lo quería y respetaba. De manera especial, los jóvenes le profesaban una admiración muy puntual por las grandes lecciones que les entregó como entrenador de futbol.

Esa etapa del futbol la disfrutamos mucho. Le recordé aquella sesión de la terapia cuando le pregunté los sueños que tenía de niño y él respondió de inmediato:

—Siempre quise tener un equipo de futbol.

Yo bromeaba con eso y le decía:

—¡Se te hizo, Medardo!, ¡se te hizo! Ahí te dejo el encarguito que enviaste al cielo, por favor para la siguiente petición sé más preciso con tus deseos —y reíamos...

Estábamos enterados que ya no se podía diferir más la audiencia. Ya nos habíamos ilusionado seis veces y las seis nos desilusionamos porque se postergaba. Al parecer a las autoridades no les quedaba más que dejarlo libre. No encontraban una sola prueba en su contra. Más bien, habían corroborado que Medardo decía la verdad desde el principio: él desconocía por completo cada uno de los elementos de la acusación, y así lo comprobaron las autoridades gracias a la impecable labor de investigación y recopilación documental realizada por los brillantes abogados. La conclusión era contundente: no había nada en su contra. Absolutamente nada. Y, sin embargo, ya habían transcurrido diecisiete meses de trámites burocráticos. Bien decía Amparo al principio de todo esto. “¡El tiempo penitenciario no es igual al tiempo de nosotros acá afuera! Allá todo es lento, los relojes no existen”.

*

Eran tantas situaciones en las que acompañé a Medardo en este tiempo: emociones, desencantos, enojos, berrinches, mentadas de madre, lágrimas, furia desenfrenada, desconciertos, cerradas de corazón; etapas en las que no me marcaba por días enteros y yo esperaba paciente. Comprendía que como seres humanos tomamos tiempo para pasar por cada una de nuestras emociones. Fue una verdadera escuela de comprensión y compasión para ambos. Estaba satisfecha del acompañamiento a Medardo y a su familia. Medardo y yo construimos una amistad fundada en el respeto, la gratitud y el amor espiritual. Amparo en repetidas ocasiones le decía: “Tienes amigos muy valiosos. Cuida de ellos”.

Aquel día llegando del súper mercado recibí una llamada de Miguel. Me comunicó que iba en camino a recoger a Medardo, que no encontraron cargos en su contra, que se dictó la sentencia de libertad. Al escucharlo me arrodillé y besé la bendita tierra, agradeciendo a Dios permitirme ser testigo de este milagro. Sabía que pronto Medardo volvería a timbrar en el consultorio, y que

charlaríamos frente a frente disfrutando una taza de café, y planeearíamos lo que siguiera a esta aventura carcelaria.

Me sentía plena, feliz y en paz por esta oportunidad de haberle acompañado. Más noche brindé con mi familia que se puso feliz de recibir tan grata noticia.

EPÍLOGO

Antes de sentarme a cenar voy al baño a lavarme las manos. Me detengo frente al lavabo y miro mi rostro en el espejo por primera vez en quinientos días. ¡No está mal este moderno corte canero de cabello! Río mientras observo mis rasgos ¡Mi mirada es tan distinta, casi no me reconozco! Hay cierta dulzura en ella, algunas canas han brotado, el mentón está más afilado, ¡he cambiado mucho! ¡Me siento otro! ¡estoy casi tan delgado como cuando ingresé a prisión! Mientras el gran espejo refleja mi estampa, repaso la película, los altibajos emocionales y físicos que viví. Me sumerjo en un silencio profundo donde la gratitud lo es todo.

—Medardo, ¿estás bien? —pregunta mi madre a través de la puerta—. Ándale, vente, te estamos esperando para cenar.

—Más que bien mamá, ahora voy —agrego caminando hacia la puerta.

Ya no existen palabras entre Dios y yo. Inspiro profundamente buscando por dónde empezar a contar toda esta historia.

COLOFÓN

El mes de diciembre del 2016 está por terminar. Hoy es un día nublado, una brisa zarandea las copas de los árboles. Gracias a Dios no llueve como en otras ocasiones que llevamos donativos a La Ciénaga. La chamana, así le digo a mi camioneta, va cargada de ropa y cobertores para mis ex compañeros. En la barda permanece El Fantasma un precioso gato blanco de pelo esponjado. Quieto, observando, da fe de la sucesión de eventos desde su privilegiada vista; en tanto, yo camino hacia la caja de la camioneta cargando dos enormes bolsas. De reojo veo parado en la orilla de la banqueta a mi padre —alto, de pantalón gris y camisa dos tonos más clara—, quien al ver que ya no cabe ni un alfiler, pregunta:

—¿Cómo te ayudo?

—¡No sé cómo llevar todo! Creo que esta vez, dejaremos algunas cosas.

Don Rubén, como arquitecto que es, sabe crear y aprovechar los espacios. De inmediato se acerca y me indica cómo reacomodar las cosas. Unos minutos después, ¡todo cabe! Sin duda el que sabe, sabe. Antes de iniciar el recorrido nos detenemos por un café en la tienda de autoservicio. El trayecto es largo y el momento a solas con mi padre lo amerita. Relajados, llenos de paz, contemplamos el horizonte. Papá me comparte algunas anécdotas de cuando me iban a visitar:

—Cada domingo tu madre y yo también nos deteníamos en el autoservicio a comprar un refresco para ella. Luego iniciábamos el recorrido contemplando el verdor de los campos. Cuando por fin llegábamos a la prisión, nos llenaba el gozo de saludar a los guardias y abrazar a cuanto interno se nos cruzaba enfrente, hasta llegar a la palapa del ambulatorio donde estabas tú a la espera de nuestro encuentro.

Entre la amena conversación el camino se acorta. Llegamos a La Ciénaga. Nos detenemos delante de la primera caseta de inspección que se encuentra afuera de la prisión, el primero de muchos filtros que pasaremos esta mañana. Custodios armados nos piden nuestras identificaciones. Hacemos fila del otro lado de la caseta, en una carpa con mesas largas que se encuentra cruzando la calle de acceso. Un camión rojo con redilas blancas, de tres y media toneladas, pretende ingresar a descargar mercancía. Al parecer lleva alimentos para surtir tiendas y restaurantes. El chofer y su acompañante descienden del vehículo, se registran con los custodios que se encuentran bajo la carpa. El personal de seguridad los revisa de manera minuciosa. Nosotros esperamos nuestro turno para la revisión. A los pocos minutos sale de la caseta un custodio de figura espigada, mide como un metro noventa, blanco, bigote largo. Se detiene frente a La chamana, anota el número de placa. Mira a mi padre que viene de copiloto y después a mí. En su rostro se dibuja una amplia sonrisa. Nos hace señas para que bajemos del vehículo.

—¡Caramba, yo a ustedes los conozco! — exclama con su gruesa voz Beto, El Rapidín, el famoso guardia que pasaba lista de forma veloz—. ¿Qué les trae por acá?

—¡Venimos a traer algunos donativos, Beto!

—Muy bien, ¿son a título personal? —cuestiona el guardia, con un dejo de orgullo en su voz.

—Es una cooperación entre amigos —respondo consciente de mi sonrisa que por momento hago más amplia—. Nosotros somos el medio para hacerlo llegar.

Beto también sonríe mientras se aproxima a mi padre para abrazarlo:

—¡Permítame saludar a tan distinguida persona! ¡Don Rubén Salvatierra! ¡Que gusto verlo, cómo lo he extrañado! ¡Pasen por favor!

—Pero no nos hemos registrado, tampoco han revisado el vehículo —le digo desconcertado.

—¡Con lo que mis ojos ven es suficiente! Pasen por favor, son bienvenidos. Lleven la camioneta hacia allá donde están los perros —dice mientras indica un lugar.

—¿Por allá donde está aquel portón? —pregunto.

—Así es, es un gusto para mi ver a gente como ustedes y poder saludarles como amigo —concluye dejándonos entrar sin revisar.

Llegando al siguiente filtro se acerca un custodio. Es evidente la decisión de movernos del lugar donde nos estacionamos, pero por otro lado veo caminar hacia nosotros a la licenciada Reyna Castillo. Sonríe mientras le da un sorbo a su café. Desde otro ángulo se acerca a nosotros el jefe de jefes de la seguridad, el comandante Aníbal. En esta ocasión deja al descubierto sus ojos, —los lentes polarizados de manufactura italiana, están sobrepuestos en su multi-insigne quepís.

—¡Aquí tengo el oficio! Ya está todo autorizado —indica la licenciada al custodio que pretende movernos del aparcamiento, le entrega un legajo, y me saluda.

—Buenos días, licenciada, gusto de saludarle. Le presento a mi papá don Rubén Salvatierra.

—¿Cómo le va, don Rubén? Qué gusto encontrarlo de nuevo por acá —dice sonriendo el comandante Aníbal mientras le da un gran abrazo a mi padre. Luego se dirige a mí— Medardo, un gusto ver que sigues apoyando a tus compañeros ¡Acerquen más el vehículo! Por favor — Aunque lo pide por favor no puede evitar el tono de orden. Gajes del oficio.

Los caninos huelen el embarque mientras ultimamos detalles sobre logística interna. En esta ocasión nos autorizan entrar y hacer entrega directa de los donativos a los internos. Una ensalada de emociones se gesta dentro de mí con el solo hecho de pensar en volver a recorrer el camino antes andado para ver a mis compañeros. Antes de registrarnos en el módulo, pasamos a hacer algunos depósitos al banco de la prisión y a dejar algunas pertenencias que seleccioné días antes de entre los donativos para algunos amigos/internos: ropa, calzado, sábanas, para Pipiolo, Mochis, El Muñeco, don Saúl el agricultor, y don Germán. A todos ellos les llegará directo el donativo a través de la seguridad de la prisión.

La ropa es pasada por un módulo de rayos gama, similar al de los aeropuertos y aduanas, con la intención de que vaya libre de algún objeto punzocortante o arma, o bien un envoltorio de droga que no haya sido olfateado por los perros. En el inter, papá es abordado por dos guardias mujeres, quienes muy atentas y respetuosas platican con él. El carismático Tristán “el tigre mayor” encargado de surtir los medicamentos a los internos, se une al saludo y conversan de su amado equipo de fútbol que recién obtuvo el campeonato. Yo contemplo la escena, me doy cuenta de la labor humanitaria que hicieron mis padres todo este tiempo. ¡Cuánto amor sembrado, que ahora es cosechado! Supieron ganarse el corazón de la gente en La Ciénaga durante el tiempo de mi asilamiento.

Una vez revisada la mercancía, la comandante encargada de la entrada y registro, checa nuestras credenciales.

—Oiga, pues veo que usted viene seguido y trae muchas cosas, todo bien organizado, pero no deja nada para nosotras. Luego le pedimos cosas a la licenciada Reyna Castillo y las niega porque son para los internos —dice reclamando medio en serio medio en broma.

—¿Necesitan cosas ustedes también? —pregunto con un tono de voz suave, mientras la observo.

—Pues sí, oiga, ¿por qué no nos deja algo la siguiente ocasión que venga?, como lápices y papelería. Batallamos mucho con eso —Guardo silencio y pienso Dios bendito, aquí la necesidad es pareja, las carencias son en todo el complejo de La Ciénaga.

—¡Así lo haré! —prometo.

Mi padre y yo pasamos a otro filtro de revisión después de que nos registran y nos toman foto. Esta vez ambos sonreímos a la cámara cuando destella. Pasamos al cuarto de revisión corporal, que en esta ocasión es por encima de nuestra ropa. El guardia se percata que don Rubén lleva puesto su reloj, le pide que regrese a la recepción a dejarlo junto con las identificaciones.

—Ahorita regreso, Medardo, olvidé quitarme el reloj —dice apenado.

—Aquí te espero —contesto mientras camino hacia afuera del módulo, justo donde empieza uno de los pasillos. Las emociones se traslapan. Fueron tantas vivencias tan duras en ese lugar, que me cuesta desandar los pasos. En menos de un minuto, regresa don Rubén y con una sonrisa en sus labios y una mirada dulce, me dice:

—¡Listo m'ijo! Sigamos...

Yo tomo aire, doy un paso hacia adelante por el ancho e iluminado pasillo, las paredes color blanco ayudan a propagar la luz. Avanzamos contentos padre e hijo. Topamos en una puerta ancha y pesada de barrotes, donde nos espera la licenciada Reyna Castillo. Empujo la puerta, continuamos hasta el siguiente portón, está custodiado por una mujer, de inmediato reconoce a papá y le saluda con un gesto respetuoso, al tiempo que nos abre para que entremos. Yo observo y sonrío agradeciendo en silencio la oportunidad de ver cómo mi padre logró atravesar cada domingo cada uno de esos filtros y cómo desparramó tanto cariño en todo el tiempo que me acompañó en mi reclusión.

Salimos al aire libre, en un área llena de pasillos enrejados y de alambradas; nos sorprende ver a algunos gatos que se asoman.

—Que no se entere el Matagatos —digo en voz alta.

—El Matagatos fue trasladado a otra prisión —informa la licenciada Reyna Castillo.

—¡Que buena noticia! —festejo dejando salir un suspiro—. ¡No sabe cuanta impotencia sentía al escuchar cuando ese señor contaba las atrocidades que hacía con los felinos! perdón por las palabras pero que ¡cabrón! ¡Hijo de la chingada este tipo!

—Hay, Salvatierra, aquí se escuchan cosas peores —agrega la licenciada.

La brisa suave del viento mueve la crecida hierba, el clima sigue templado, perfecto para complementar la visita. Damos vuelta por el pasillo enrejado. El camino tiene algunas pendientes. Yo no había entrado a La Ciénaga por donde entran las visitas, sin embargo, los caminos parecen unirse y empiezo a orientarme. Mis ojos se abren, un cúmulo de emociones se aglutinan dentro de mí. Vuelvo mi rostro para encontrarme con los ojos de mi padre, quien con su característico aplomo camina paso a paso. Quizá para él este pasillo sea uno de tantos recuerdos de cada domingo y para la licenciada es el día a día, mientras que para mí está siendo

algo indescriptible. No había pisado este lugar desde aquel veinticuatro de agosto en que me declararon inocente, hace más de un año.

Llevo el mapa de La Ciénaga en mi mente. Vamos a entrar en ese portón, esa torre de seguridad es la del campo de fútbol y la huerta de don Raúl; el monte a mano izquierda es donde caen los balones de soccer y de softball que se vuelan por la barda. Algunos ya no regresan.

—¡Aunque nunca haya pisado aquí, reconozco donde estamos! —digo sintiendo cierto grado de asombro.

Nadie contesta, el viento que mece las hierbas se lleva pronto mis palabras. Cuanto más cerca estamos del muro, más grande se aprecia. Casi llegando, se abre una escotilla, un guardia nos observa, al instante abre la puerta metálica y nos da el paso a La Extensión. Entro como un hombre libre, después de que las autoridades reconocieran su error en el robo de mi identidad fiscal del que se me acusaba. La vista ha cambiado, la huerta de don Raúl no está más ahí, desde que fue trasladado al ambulatorio “A” todo se secó. Por lo demás está casi igual. Algunos internos se ejercitan trotando alrededor del campo, otros lavan ropa, la cuelgan en los tendederos. Imagino a los que están en los comedores deleitándose la pupila con la chica del pronóstico del clima en la televisión local. Recalientan los panes con frijol que recibieron a las seis de la mañana en el rancho, acompañado de un café chipiloso o bien cargado de crema y azúcar en vaso de litro. Mentalmente veo a quienes trabajan en los talleres, en el culto cristiano, en la talacha de limpieza y mantenimiento; otros deben estar nutriendo su acervo cultural en la biblioteca, algunos más descansando dentro de las celdas.

La esclusa está llena de guardias. Acaban de cambiar turno. Están por desayunar, se ponen de acuerdo con un interno para que les cocine. Sé que, a espaldas de la caseta, en el contenedor, se vacían tambos plásticos de doscientos litros llenos de basura.

Veo que ya no es necesario mover el enorme y pesado portón. La Extensión ya tiene su propia zona técnica, con psicólogos, criminólogos, trabajo social, laboral, etc. ¡esto sí que es nuevo para mí!

Llegamos a la caseta de seguridad, los custodios nos reconocen y saludan gustosos. Don Rubén recibe abrazos al por mayor, les cuenta chistes, ellos nos indican que pasemos. La licenciada nos dirige hacia el edificio de los internos psiquiátricos. Los donativos de la camioneta ya los bajó El Bolero, un interno que se ha convertido en el brazo derecho de la licenciada, y los dejó todos en un cuarto contiguo a la esclusa. Avanzamos en comitiva —parecemos políticos en campaña—, saludamos mientras caminamos, nos detenemos de vez en cuando a platicar con los conocidos. La licenciada observa nuestras acciones, sonrío sorprendida ante el recibimiento de los compañeros. En la entrada del pabellón psiquiátrico la visita nos espera. La gente de seguridad y el cuerpo médico en turno preparan a los “Pabelloncitos” o internos psiquiátricos para llevarlos al área del comedor, donde se hará la entrega de los donativos. Los internos que reconocen a mi papá, acuden presurosos a saludarlo, lo abrazan. Yo ando como un niño en el parque de diversiones, corro para todos lados a hacer lo mismo con mis ex compañeros. Todos aprovechan la visita de papá para estar con él, tanto los jóvenes, como sus contemporáneos le escuchan contar sus chistes. Por fin nos hacen la seña para pasar al ambulatorio psiquiátrico. Avanzo mientras observo en el suelo un plato con croquetas y un gatito pequeño comiendo. Sin duda, el respeto por los animales ha regresado a La Ciénaga. Los pabelloncitos están en fila, listos a la indicación del doctor para ingresar al comedor. Potiño sale a mi encuentro, y como si fuéramos amigos de muchos años, me abraza mientras sonrío. Él es el más agresivo del grupo. Detrás de él vienen el cantante, el mensajero, el lanza caca, el grandote y el avienta comida, todos me

abrazan. Las autoridades decidieron repartir los cobertores y las toallas primero a este grupo. La licenciada Reyna Castillo pronuncia un mensaje breve, luego me pide que haga entrega de los donativos. Concluimos ahí, nos despedimos y salimos del lugar. Don Rubén se me acerca, pone su enorme mano en mi hombro y me dice al oído:

—¡Qué bueno que ya salimos de aquí, el olor es insoportable! ¿A poco así huele donde tu vivías?

—No. Aquí apesta. Allá huele a orines fermentados a media tarde porque la talacha se hace en la mañana y luego vuelven a limpiar hasta la noche. Donde yo estuve fue en el otro edificio.

Parece que la información de nuestra visita corrió rápido por el pasillo enrejado. Ya están a la espera mis antiguos compañeros para saludarnos. El Muñeco tiene entre las manos un par de cigarros, pues recuerda el gusto de mi padre por el tabaco. El Bolero se le une al grupo, luego llega Pipiolo, don Germán, El Trucutrú, El Master, La Tinga, El Cabos y El Chef. Todos caminan junto a nosotros hacia la oficina donde se entregará el resto de los donativos. Los internos esperan en fila y sigue llegando más gente. En esta segunda repartición la prioridad la tienen los adultos mayores, le siguen los internos que no reciben visitas. Yo conozco a la mayoría y aprovecho para saludar y darles un abrazo. Cuando estuve preso trabajé con ellos en una actividad que denominé “La edad de oro”. La licenciada Reyna Castillo deja claro que sólo se repartirá una prenda de ropa por persona. Yo me vuelvo para verla con una mirada juguetona, dejando claro que no la voy a obedecer y aprovecho que se queda afuera para entrega de dos a tres prendas a cada uno. Cada uno eligen las de su agrado; El Bolero me ayuda, sonrío mientras me apoya dando de más a cada interno. Las prendas parecen multiplicarse, alcanzan para muchos. Al terminar iré a dejar unas cuantas más que reservé para los reos de alta peligrosidad. El ambulatorio de ellos sigue estando en la planta alta del edificio de los internos psiquiátricos. Así que entre la multitud que nos aborda queriendo más prendas, me abro paso hasta el hediondo ambulatorio de los pabelloncitos, camino sigiloso, me asomo por la escalera, prevengo a papá que viene tras de mí:

—Papi, estas escaleras son muy resbalosas, atrapan mucha humedad y los escalones son más altos de lo normal. Si quieres subir a acompañarnos, por favor con mucho cuidado, tómate del barandal. Te lo digo por experiencia, más de una vez resbalé y me di tremendos golpes.

Don Rubén es muy fuerte, pero también precavido. Obedece mi recomendación, toma la iniciativa de subir, yo decido ir detrás de él, cuidando sus pasos. En el área del comedor de la planta alta no hay televisor, las largas mesas de concreto lucen en apariencia limpias puesto que no tiene tráfico de gente. Los internos de este piso permanecen en sus celdas todo el tiempo, ahí reciben sus alimentos y ahí mismo desahogan sus necesidades fisiológicas. Los beneficiarios de los donativos son alrededor de seis internos, a los cuales van llamando de dos en dos. Les entrego un cobertor y un par de calcetas nuevas; la licenciada atenta con su cámara captura el momento, necesita dejar constancia en los archivos de dichos donativos. Don Rubén, con rostro muy serio observa todo cuanto ocurre. Lo percibo temeroso como cuando yo estaba preso pues dos de los internos de alta peligrosidad son imponentes, más altos que él ¡y vamos que papá es muy alto! Sus rostros son duros con abundantes tatuajes, además se mantienen en forma haciendo ejercicio en sus celdas, así que su musculatura está muy desarrollada. Sin embargo, todo lo rudo que aparentan se suaviza al escucharme decir sin temor alguno:

—Buenos días, unos amigos mandan esto para ustedes. ¿Me permiten entregárselos? ¿Los pueden aceptar? —Por sus gestos parecen aceptar, sonrío, suavizan su mirada, reciben el regalo, obedecen a la licenciada y posan para la foto.

Bajamos las escaleras, con mucha más precaución que cuando las subimos. Llegamos a la salida del ambulatorio. El Chef y El Trucutrú, nos esperan.

—Don Rubén, tenga —le aborda El Trucutrú al tiempo que le entrega unos cigarros, luego se gira hacia mí y me entrega un vaso con una bebida humeante—. Te traje un café como te gusta ¡Que sepa a café! —dice muy firme.

—Gracias. Café y cigarros para el camino —dice don Rubén.

—¡¿Cuál pal' camino?! —exclama El Chef con recia voz—. Ustedes no se van de aquí sin comer. Están todos invitados por mi cuenta, incluyendo, por su puesto a usted, licenciada.

—¡Bueno! Si la visita accede, vamos —dice la licenciada al tiempo que mi padre y yo cruzamos miradas, aceptando quedarnos a convivir y recordar viejos tiempos.

Mientras preparan los platillos yo voy de mesa en mesa platicando con mis ex compañeros. El gusto parece ser mutuo a juzgar por las expresiones de todos. Abrazos, pláticas del recuerdo, sonrisas, burlas; hoy no importa que se enfríe la comida, pues es más rico el alimento de la presencia de los amigos. A mediación del largo salón del restaurant está don Rubén, El Chef, don Germán, El Bolero y la licenciada. Yo aprovecho para moverme y salgo al pasillo a saludar a más gente. De pasada, llego a una de las tiendas, saludo al encargado, quien de inmediato me dice:

—¡Qué onda! Lo que quieras llevar de aquí, yo invito, eso incluye todo lo que quieran tú y tu papá.

—Te tomo la palabra, por favor dame unos refrescos para la comida.

—Hecho, ¿qué más quieres? ¿Cigarros?, ¿chocolates?, ¿pan dulce...?

—Así está bien, muchas gracias —agradezco con mi más amplia sonrisa mientras tomo ambos refrescos y me retiro.

—Ya está, lo que gustes —reitera también sonriendo.

Voy a la palapa donde veo a más gente conocida. De pronto una mano en la espalda me detiene.

—¿A dónde vas? ¿Todo bien? ¿Vienes? —me dice El Bolero—. Acá están preocupados por ti.

—Sí, ya voy ¡nada me va a pasar! —aseguro—. Deja saludo a aquellos que están por allá y ya voy con ustedes.

La comida está lista. Don Rubén y El Chef, comparten el mismo gusto por el pollo en mole decorado con ajonjolí. Don Germán huevos revueltos con jamón al igual que El Bolero, la licenciada, gustosa recibe un plato grande con tostadas de picadillo y verduras. Yo prefiero el bistec a la mexicana, que es uno de los platillos que más acostumbraba a comer en el restaurant durante mi estancia carcelaria. La comida se torna un manjar de charlas. Don Rubén con El Chef, y yo con la licenciada y El Bolero. Don Germán permanece silencioso, nos escucha mientras se concentra en degustar su platillo. El Chef platica de cuánto extraña a Pepe Garza y a los hermanos César y Alfonso, los generosos empresarios, hoy en día amigos cercanos míos y de don Rubén. Gracias a Dios ellos ya están libres. El Chef plática que lo han venido a visitar, que le traen ropa y le depositan dinero para que se alimente bien y, sobre todo, le dan ánimos para seguir vivo. Dice que lo están tratando de ayudar con su situación legal. Al hablar de ellos su rostro se ilumina. ¡Qué importante es tener a alguien que te valore y crea en ti!, eso inyecta vida, reflexiono mientras lo escucho hablar de los que fueran sus patrones en prisión. El Chef era el cocinero de planta de los empresarios, y a veces hasta les hacía algunos mandados.

Gente entra y sale del restaurant, van y vienen, de un pasillo a otro, del campo a la palapa, de la tienda al ambulatorio, del taller a la peletera o ferretería. Los días parecen los mismos que

cuando yo estaba ahí, con la excepción que han cambiado algunos personajes. Los que ahora estamos probando las mieles de la libertad, rápido tenemos un reemplazo. Por triste que parezca hay quienes quieren ser insustituibles, son esos que sólo permanecen uno o dos meses en la lleca y regresan a prisión, a veces con cargos más severos. También hay casos en los que pareciera que están destinados a permanecer encerrados, como el caso del Elote, de quien me enteré que, a días de cumplir su sentencia y salir libre, fue acusado de violación por otro compañero del que se decía por todos lados que era su “novio secreto”. Dicen que lo denunció para que le abrieran un nuevo proceso penal y por ser delito grave, no pudiera salir libre y seguir en la relación con él. El plan no le resultó al “novio” porque el Elote fue expulsado de La Extensión al Ambulatorio D, el sitio horrible en el que todos los castigados pagaban sus travesuras. Recuerdo a El Pelos quien estuvo ahí antes que lo arraigaran en Comportamientos, y nos contaba historias espeluznantes. ¡Sabrá Dios que hay en su corazón, qué trato les ha dado la vida, qué motivos tienen para elegir la delincuencia y la prisión como modo de vida!

El tiempo de la visita termina. Ya repartimos los donativos, saludamos a los amigos y para rematar comimos. Relajados, caminamos ligeros, nuestra postura corporal emana la paz que deja el cumplir con un deber moral.

—Es hora de salir de aquí, Salvatierra —indica la licenciada como queriendo decirme “Ya no te pierdas por ahí saludando”

—Sí, ya voy —contesto, sintiéndome seguro que esta vez prefiero que me llame la atención que abstenerme de despedirme de mis excompañeros que gritan desde la palapa.

—¡Ven un momento compadre! —grita El Muñeco.

Una vez más desobedezco a la autoridad, el alma manda. Voy a la palapa, saludo a un grupo grande de amigos de la tercera edad; bromeo con ellos por un momento. Al final del techado veo que está El Muñeco comiendo con otros dos compañeros.

—¡Compadre! Muchas gracias, ya me entregaron la ropa que mandaste, todo está muy bueno —dice complacido.

—Es un gusto que lo aproveches y te aseguro que más gusto le va a dar a los amigos que la mandaron.

—¿Ya comiste? —me pregunta.

—Recién comí, ya tengo que irme, me están esperando —le digo apurado al tiempo que me doy la media vuelta.

—¡Cuídate, compadre!, luego te llamo —me grita.

Por más que quiero alcanzar la salida, escucho sin parar ¡Ese de los Medardos! Y me detengo, me abordan para despedirse o para pedirme ayuda en algo. Al final del pasillo espera don Rubén fumándose un cigarro. Me observa de una forma muy especial. Parece satisfecho. No atino a saber si es por todo lo realizado hoy o por todo lo aprendido durante esta experiencia carcelaria que por un error del destino hemos vivido como familia.

¡Fue una buena mañana, nutritiva para el alma y muy bien aprovechada! Llego hasta dónde está mi padre, pongo mi mano en su hombro y continuamos el camino. El Bolero y don Germán nos acompañan hasta la caseta.

—¡Medardo! tú necesitas todo un día o hasta un fin de semana aquí para poder saludar a todos —dice El Bolero riendo

—¡Híjole, pues estoy muy contento, me da mucho gusto verlos! —repongo tendiéndole la mano.

Eso sí, quien no pierde la oportunidad de derrochar su carisma y don de gente, es mi padre, que

ya tiene de nuevo riendo a los guardias de la esclusa. Ellos una vez más omiten registrar los gafetes y el sello ultravioleta, dándonos por unos viejos conocidos a los dos. Después de una cálida despedida con la licenciada Reyna Castillo, La chamana está en movimiento sobre el asfalto, a punto de abordar la autopista de regreso a casa.

—¡Mijo, maneja despacio, no hay ninguna prisa por llegar! —dice mi padre.

Yo sonrío, mientras vuelvo a conectarme con mi pensamiento. Repaso todo lo vivido esa mañana; ambos contemplamos los campos, los pastizales se mecen con el viento. Dentro de la cabina de la camioneta todo es paz. El gozo llena el espacio.

DESPEDIDA EN MEMORIA

Quinientos días después de que fuera declarado libre de todo cargo, mi padre se desvaneció en la cocina de la casa. Un derrame cerebral fue la llave de entrada a la eternidad.

A través de estas letras honro a mi padre y amigo Rubén Medardo Tanos Kuri, quien me inspiró y motivó a iniciar esta obra. Desde los primeros días de mi internamiento en prisión dijo: “Debes escribir un libro con todo lo que estás viviendo aquí dentro”.

Mi padre, un ser humano compasivo, lleno de luz y paz, de alta y distinguida presencia, con facciones árabes, enormes manos, cejas pobladas, nariz pronunciada, pies grandes que lo sostenían firme sobre la tierra, avanzando a paso seguro en todo momento. Fue un hombre que repartió cariño, risas, abrazos en cada una de sus visitas al centro penitenciario. Abrazó sin distinción alguna a comandantes, custodios e internos.

Solo nueve días han pasado de que me acompañó a entregar donativos: todos ignorábamos que estaba ahí recogiendo sus pasos, despidiéndose de aquellos con los que había tenido la fortuna de compartir sus últimos años de vida, ellos le consintieron, atendieron sus gustos, le brindaron cariño genuino y sincero, y sobre todo le dejaron sentir el afecto incondicional que solo brota del alma.

Hoy tu hermoso ser y su maravillosa esencia, trasciende en el corazón de todos los que tuvimos la fortuna de conocerte y amarte.

¡Feliz viaje a la eternidad, papá!

Medardo

12 de enero, 2017

AGRADECIMIENTOS

Dedicamos este espacio para honrar la presencia en nuestra vida a todos aquellos que forman parte de este libro, estas líneas son posibles gracias a ustedes; han sido bendiciones en el camino que hoy trataremos de enlistar de manera breve.

A nuestros Padres:

- A los de Medardo: Rubén y Olga por darme la vida y los valores para sobrevivir este revés y sobre todo por caminar a mi lado todo este tiempo repartiendo amor a manos llenas estos 500 días.

- A los de Luz: José Jesús y Zulema por llenarla de esa sabiduría y paz que la distinguen y la capacidad de darnos tanto a todos los seres que acudimos a un “Espacio de Luz”.

A los abogados, Gerardo Tanos y Juan de Dios Granados que hoy descansa en presencia de Dios nuestro Señor. El trabajo que hicieron fue impecable y contundente y gracias a él hoy gozo de libertad.

A Consuelo Bañuelos, por apoyarnos y abrir las puertas a través de la fundación Promoción de Paz A.B.P. por el exitoso proyecto de la Sala para la Paz en el “Centro de Reinserción Social de Cadereyta Jiménez N. L”.

A Los Indestructibles, por cruzarnos en el camino, por tantas agradables y desagradables historias vividas bajo el mismo techo, acompañándonos, haciéndonos fuertes unos con otros. Por las pláticas de todos los matices, pero sobre todo nutritivas para mejorar como personas; por las divertidas partidas de Scrabble que provocaron peleas, risas y reuniones para compartir los alimentos.

- A Luis Salinas, por su ejemplo de disciplina que ha aportado un gran valor a mi vida. De ti aprendí como reconquistarse a uno mismo; como conservar y mejorar un matrimonio ante cualquier obstáculo.

- A José Cruz, por tu virtud de que todo emprendimiento se te hace fácil y te permite volar alto. Por tu alma noble y caritativa siempre dispuesta a dar a los demás.

- A Pedro Cardona, por tu atinada filosofía de vida, en pro del bienestar de la familia y nuestra sociedad; por tu sentido del humor que es capaz de sacarle la mejor sonrisa a quien esté pasando un mal momento.

- A Arturo Cardona, por tu gran corazón, por tu capacidad de escucha y de ayudar desinteresadamente a los demás.

- A Chuy González, por tu generosidad, por siempre buscar soluciones en lugar de problemas, por tu capacidad de sonreír hasta carcajearse a pesar de los golpes en contra.

- A Mario Medrano, por permitirme conocer al gran ser humano que eres, por demostrar que como personas somos capaces de ponernos en los zapatos del otro para apoyarnos ante cualquier situación.

- A Hugo Pimienta, por tu humor sarcástico necesario para llevar ameno las adversidades, por tu visión y facilidad para llevar a cabo cualquier objetivo.

- A Eduardo de los Santos, por tu humildad, por demostrar que se puede resurgir sin límites después de una caída.

- A Rogelio de la Garza, por mostrar madurez al enfrentar la adversidad, siendo consciente, con todos tus sentidos de lo que estás viviendo.

- A Ricky por compartir la fórmula de “Pollo a la Pelón Pelo Rico®”, receta canera que se hizo institucional en “Centro de Reinserción Social de Cadereyta Jiménez N. L”. alegrando muchos paladares.

- A Alan Monsiváis, por tu liderazgo, por tu capacidad innata de motivar a los demás.

A los amigos que estuvieron presentes de una u otra forma aportando para el bienestar de Medardo de manera directa o a través de Luz: Michel, Rolando, Carlos P, Carlinhos, Orlando, Rodolfo, Edgar, J.L., Sandra S, Xavier y a todos los pacientes de un Espacio de Luz por acudir al llamado de las charlas del club de la pequeña Lulú y de Tobi; por sus aportaciones de manera voluntaria.

A todos mis compañeros, a las autoridades y custodios del “Centro de Reinserción Social de Cadereyta Jiménez N. L”. por tantas anécdotas y enseñanzas, ustedes son los personajes que han hecho esto posible. Es una lista muy grande, Alfredo, Joel, Juan Enrique, Daniel, Saúl, Reynaldo.

Y sobre todo agradecemos al Teacher: Gerardo Segura por tomarnos de la mano con paciencia y compasión, compartiéndonos su conocimiento al corregir, editar y estructurar todo este material, nuestro eterno agradecimiento por dejar la puerta abierta para nuestras futuras publicaciones.

Medardo y Espacio de Luz